

Margarito Micifú

**SIETE
CRÍMENES
POR CÓPULA**

El extraño caso de Espuelitas



Plataforma
Novela

Siete crímenes por cópula

Siete crímenes por cópula
El extraño caso de Espuelitas

Margarito Micifú



Primera edición en esta colección: junio de 2015

© Margarito Micifú, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 12.614-2015

ISBN: 978-84-16429-35-6

IBIC: FA

Printed in Spain – Impreso en España

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

El papel que se ha utilizado para imprimir este libro proviene de explotaciones forestales controladas, donde se respetan los valores ecológicos, sociales y el desarrollo sostenible del bosque.

Impresión:

Romanyà Valls

Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

AGRADECIMIENTOS

A XAVIER SISTACH, crítico principal y lector insistente de la obra, cuyas aportaciones en todos los campos de las ciencias, artes y letras han resultado fundamentales e imprescindibles para el inicio ilusionante, elaboración procelosa y conclusión satisfactoria del manuscrito.

A Dolors Mateo, Helena Lamuela, Jordi Romañach, Leticia Morán y Miguel Salazar, críticos secundarios, lectores y correctores de la obra. Todos los ajustes y mejoras sustanciales han sido posibles gracias a sus finos olfatos literarios.

A Marta Sistach y Anna Serra, por su facilidad de interpretar los dibujos de Benito Xui y hacer posible su publicación, fundamental para que la percepción física de cada personaje por parte del lector sea la idónea.

A Albert Villamore, Arantxa Boix, Concepció Villar, Dolors Colom, Dolors Rocafull, Eli Cerdà, Enric Hugas, Eva González, Eva Plazas, Eva Prat, Isabel Martí, Lydia Díaz, Jordi Moreno, Jordi Rius, Margarita Espuña y Mònica Fernández por hacer el esfuerzo de leer el manuscrito hasta donde pudieron y por el valor inestimable de sus comentarios y sugerencias, si los hubo.

AMIGOS Y FIELES LECTORES de Editorial Marasmo:¹ no es frecuente que el editor intervenga en la obra de un autor o se convierta en su propio autor. Por ello resulta imprescindible una explicación clara para comprender las características de un proceso en cuya composición han intervenido tres plumas de manera directa.

1. Editorial Marasmo fue fundada por mi padre, Hércules Micifú, en el año 1953. La palabra *marasmo* proviene del griego «marasmos», y significa «apagar, extinguir, destruir, aniquilar, marchitar», y en medicina, «extremado enflaquecimiento del cuerpo humano». De joven, mi padre sufrió una extraña enfermedad vírica sin diagnosticar y durante años padeció adelgazamiento progresivo y apatía profunda. En todo ese tiempo no tuvo más afición que la lectura, su gran pasión. Devoró todo tipo de libros y adquirió un olfato especial para reconocer las grandes obras, incluso de autores noveles o poco reconocidos.

Afortunadamente, del mismo modo que el virus entró en su organismo, simplemente desapareció, y mi padre se restableció de manera milagrosa. Recuperó el peso normal y con él la energía suficiente para fundar Editorial Marasmo, nombre puesto en recuerdo de su terrible afección. Desde entonces se han publicado excelentes obras de autores desconocidos que han cosechado siempre el favor y la admiración de sus fieles lectores y de los críticos literarios. Y ha conseguido que el boca-oreja supla con garantías las costosas campañas de *marketing*, aquellas que intentan vender un producto con independencia de su calidad.

Victorino Delicado, investigador jefe de la comisaría del barrio de Espuelitas, leyó de forma casual un manuscrito anónimo en el que un confeso asesino narraba sus fechorías. El policía reconoció nombres y hechos reales tratados recientemente, casos cerrados donde las muertes fueron consideradas fortuitas y, sin embargo, parecían deberse a un asesino en serie. Los prolegómenos del caso conforman la primera parte de la obra.

Victorino contó con la ayuda de dos detectives, Manolito Cifuentes y Sebas Tobías. Pero el caso era de envergadura y se incorporó a otro agente, Jacinto Galí, policía voluntarioso por joven, de 31 años. Para él, el reclamo significó un premio a sus aptitudes... ¡ay!, santos los ilusos que creen lo que se les dice. Sin embargo, su investigación resultó fundamental y comprende la segunda parte de la obra. Yo supe del enrevesado caso por boca de mi querida Matilde Cunillera, insigne vidente, en aquellos momentos esposa del policía Victorino. Tuve gran curiosidad por conocer sus rugosidades e inconsistencias (las del caso). Y decidí proseguir con la investigación; es la tercera parte de la obra.

No ha sido mi intención modificar las expresiones de los distintos personajes aparecidos en el texto, aunque he realizado numerosas correcciones. En primer lugar, el estilo, que exista cierta armonía, que se perciba que siempre escribe el mismo autor. Rigor sí, anarquía de estilos, no. Se han corregido imprecisiones y errores gramaticales garrafales que pondrían en duda la pulcritud y profesionalidad del propio autor-editor, pues no deben reproducirse palabras del tipo «poblema» por problema, «esmáforo» por semáforo, expresiones soeces del tipo «cagon-lá», o mundanas y simples como «mecachis» o «jolines».

Estas correcciones no alteran el espíritu con que fue dicha aquella palabra, frase o pensamiento, y mejoran el tono general de la obra, adecuándose a las expectativas generadas por los lectores más selectivos y exigentes. Deseo que la lectura sea de su agrado y no les deje indiferentes. Ocasiones habrá, no lo duden, en que la sorpresa y la perplejidad se apoderarán de ustedes, incluso a traición.

Todos los personajes aparecidos son reales, igual que sus nombres; y todo lo que se cuenta es demostrable, con pruebas contrastadas. El consejo editorial no aprecia ningún comentario que pueda herir su sensibilidad. En caso contrario, los afectados serán libres de interponer una denuncia pertinente que sea aceptada por un juez imparcial, si lo encuentran.

MARGARITO MICIFÚ, editor de Marasmo

PRIMERA PARTE

El caso Espuelitas a través de Victorino Delicado²

2. Nota del editor: Victorino Delicado se inició en la policía científica. Durante años de ejercicio, tras ciertos méritos y muchos deméritos, fue nombrado, sin demasiada convicción por parte de sus superiores, inspector jefe de la comisaría de Espuelitas. No hay duda de que se hizo con el cargo porque este quedó vacante tras la jubilación forzosa del anterior titular, el comisario Cunillera, padre progenitor de Matilde Cunillera, actual exesposa de Victorino.

MI PROFESIÓN ES POLICÍA, no escritor, pero tras la petición insistente del editor Margarito Micifú, y visto su vivo interés, no he podido negarme a escribir para ustedes las interioridades del caso Espuelitas. Es un honor que se me haya confiado esta tarea, y espero estar a la altura de las circunstancias y no desmerecer su confianza.

El barrio de Espuelitas es uno de los más tranquilos de esta ciudad, y su tasa de delincuencia, muy reducida, prácticamente inexistente. Podría pensarse que esto se debe a la competente acción policial, pero lo cierto es que los vecinos son de carácter tranquilo y raramente se producen discusiones y altercados. Y esta no es buena noticia para mi comisaría, que podría aparecer como innecesaria y ser simplemente desmantelada por una cuestión de costes.

Yo estoy tranquilo ante esta eventualidad; el cuerpo de policía va siempre escaso de inspectores jefe y rápidamente sería incorporado a otro destino con las mismas funciones. Más bien temo por la situación en la que quedarían mis dos detectives, Manolito y Sebas. Siento por ellos cierta debilidad y simpatía, pero no puedo esconder que sus dotes investigativas son más bien escasas. No se trata de falta de voluntad, que les sobra, sino de que sus luces son de bajo voltaje, aunque suficientes para Espuelitas. Pero en las últimas semanas han ocurrido ciertos hechos luctuosos que han alterado nuestra cotidianeidad y han puesto a prueba nuestro ejercicio policial.

I. LOS ORÍGENES DEL CASO

EL PASADO 15 DE MARZO, hace poco más de tres meses, tuvo lugar un accidente fatal que alteró la tranquilidad del barrio. Providencia, vendedora de cupones, tenía su caseta en el cruce entre la avenida del 29 de Febrero y la travesía del Esteta Pirlov, dos calles muy céntricas, concurridas y con intenso tráfico. Había quedado ciega tras sufrir años atrás un accidente laboral en una caseta de tiro al blanco en la feria itinerante del barrio. Por desgracia, recibió el impacto consecutivo de tres balines: dos de ellos perforaron los globos oculares derecho e izquierdo, y el tercero entró por la boca y se incrustó en la lengua. La consecuencia fue que Providencia perdió la visión completa y sufrió un acortamiento severo de este músculo, lo que desembocó en serias dificultades en el habla y que pareciera gangosa de nacimiento.

Consiguió trabajo como vendedora de cupones, pero los vecinos del barrio estaban muy quejosos, pues no repartió nunca ni un número premiado. Para acudir a su caseta de trabajo, Providencia debía atravesar aquella calle ancha y transitada, y ante la falta de transeúntes, la mujer debía esperar a alguna alma caritativa que la ayudara a cruzar. Cuando se cansaba, se animaba a cruzar sola. Los vecinos le gritaban desde sus ventanas cuándo pasar, cuándo no venía ningún automóvil. Y en ocasiones la ciega los creía y cruzaba, en otras no. Y a veces circulaban automóviles, y a veces no.

Aquel día, Providencia cruzó cuando menos tocaba y se situó en medio de la calle justo cuando pasaba el autobús metropolitano, que no pudo evitar el accidente a pesar de frenar desesperadamente. No se registraron heridos entre el pasaje, pero ella murió al instante.

Mi policía Manolito se encargó de la investigación. El conductor había sufrido un terrible *shock* y dio negativo en la prueba de alcoholemia. Cuatro testimonios aseguraron que Providencia cruzó en el peor momento; quizá buscaba la muerte. Todo pareció indicar que se trató de un terrible accidente, y el caso quedó archivado. La caseta de venta de cupones permaneció cerrada durante ocho días, hasta que otra empleada ciega reabrió el negocio. Durante la primera semana de trabajo ya había repartido tres premios importantes, lo que fue celebrado por toda la comunidad.

Pocos días después ocurrió otro fatal accidente en Espuelitas. Se trataba de Cenicienta, una joven mujer ecuatoriana que trabajaba de cajera y reponedora en el supermercado El Paraíso de los Glotones. La tarde del 24 de marzo, domingo, prestó sus servicios en este negocio que abre los siete días de la semana y trescientos sesenta y cinco días al año. Por razones que se desconocen, entró en la cámara frigorífica, a una temperatura de menos 25 °C, y al desplazar el mobiliario de madera este cedió y le cayeron encima todos los estantes. Sufrió un fuerte golpe en el occipital derecho que le hizo perder el conocimiento y murió por congelación.

El policía Sebas interrogó a los dos empleados que trabajaron aquella tarde en el supermercado, pero no echaron en falta la presencia de Cenicienta; había muy poco trabajo. La buscaron a la hora de cerrar el negocio y solo entonces encontraron el cadáver. Se tuvo la convicción de que se trató de una muerte accidental.

Pasaron tres semanas desde esta trágica muerte cuando tuvo lugar otro accidente, el más espectacular. Ocurrió ante una multitud de testigos, los espectadores que acudieron el 17 de abril al teatrillo de Espuelitas Las Leches que nos Dieron para

ver la representación de *La Commedia dell'Arte*, a cargo de la compañía Títeres con Cabeza. Julio y su hermana María Auxiliadora habían ganado un concurso como sastres exclusivos de la Asociación Nacional de Teatrillos de Marionetas y eran los encargados de vestir a todos los personajes de la función, con la particularidad de que se trataba de actores de carne y hueso, de tamaño real.

Justo cuando se inició la representación, Julio apareció bruscamente en medio del escenario, medio trastabillando y chocando con el único actor en el escenario, el personaje llamado «el Capitán». Este se giró desconcertado por aquella aparición tan inesperada, pero con la mala fortuna de que la gran espada que portaba en su mano derecha atravesó el pecho del desgraciado sastre, que cayó fulminado al suelo, sin vida. El público quedó asombrado ante tal hecho y empezó a aplaudir rabiosamente, ante la verosimilitud de la escena, ajenos al drama que acababa de producirse.

El policía Manolito fue el encargado de investigar aquel caso y lo resolvió rápidamente; no había dudas de que se trató de un terrible accidente. Fueron interrogados diversos actores de la compañía y todos coincidieron en señalar que el sastre Julio, en un exceso de celo profesional, habría entrado a toda prisa en el escenario con el fin de realizar un último retoque. Desgraciadamente, el Capitán se dio la vuelta, y el sastre quedó ensartado como una anchoa en un palillo.

II. EL MANUSCRITO

A PESAR DE SER DOMINGO, el 28 de abril trabajé. Avanzada la noche y cansado de mis tareas policiales, salí del despacho y me dirigí a la oficina de objetos perdidos, adjunta a mi comisaría. Soy muy curioso y a menudo la visito, me distraigo viendo lo que pierde la gente e imagino cómo lo pierde. Enseguida reclamó mi atención una carpetilla de color negro, barata y raída, que tenía enganchada una pegatina inconfundible. Representaba una escena de *Rabinos y beduinos codo con codo*, uno de los filmes más celebrados del imponente Josimar de Moure. En ella, el actor viste como un explorador africano, salacot incluido, y se enfrenta valientemente a un mono babuino con un paraguas y un cepillo de dientes. Obvia decir que el babuino muerde a su antojo a Josimar. La película continúa con la estrella cinematográfica malherida, pero atendido con cariño por una monja que cae rendida ante el encanto del valiente explorador. Josimar le hace perder los votos y el hábito de manera voluntaria, que luego es encontrado por un niño negrito en un apartado rincón de la jungla.

Curiosamente, la carpeta llevaba una pequeña anotación en el margen superior izquierdo: «Recogido en Garbanzos Betanzos (19 de abril). Dueño desconocido», y estaba firmada por Salomé Chindilopis, policía becaria adscrita a mi comisaría. Ciertamente, la nota resultó fundamental para el inicio de las investigaciones, a pesar de que presumiblemente, por falta de ganas

y también por la inexperiencia e ineficacia de los aprendices a profesión cualquiera, no se cumplimentó el debido ingreso ni fue leído su contenido. Abrí la carpeta y encontré un par de folios sueltos, escritos en ordenador con letra Calibri, tamaño 11. En el primero de ellos aparecía el título de una supuesta obra: *Siete crímenes por cópula*, de autor anónimo, escrita de manera muy particular, con expresiones arcaicas y muy en desuso, de una época muy anterior a la nuestra, del siglo XVI o poco más.

De entrada parecía una paranoia absurda y deslavazada, la expresión de una mente turbia necesitada de tratamiento psiquiátrico: un supuesto ángel, llamado Serafín Batuecas, se aparecía misteriosamente a un varón mientras este se masturbaba, lo conminaba a cesar la práctica onanista y le reproducía las indicaciones de otro supuesto traspasado, Braulio San. Este le impelía a cometer siete asesinatos y obtener el premio de una primera cópula con hembra dispuesta, lo cual daba a entender que aquel varón era virgen.

En el momento de mi lectura, el anónimo autor, que era llamado «Braulio, bien amado hijo», ya había cometido cuatro homicidios de forma directa o indirecta. Pero lo que me llamó poderosamente la atención fue que yo conocía de primera mano tres casos, los que ustedes acaban de leer, y que en su momento fueron catalogados como muertes accidentales. Sospeché que el asesino seguiría matando impunemente y yo debía impedirlo. El texto completo del manuscrito es como sigue.

Siete crímenes por cópula

Aparecióseme de pronto un bello ángel en mi estancia en momento hartamente comprometido para mis íntimos intereses sexuales, y non me fue permitido desfogue inminente y solaz muy a mi pesar. Respondía a nombre de Serafín Batuecas, que así se llamó en vida y tras santo traspaso.

Con voz muy dulce y fina díjome ser enviado celestial con encargo muy especial: que su buen amado Braulio San Emiliano de los Lopezosa y Cardamín mensaje solícito para mí tenía, graciosamente escogido como ejecutor y a quien llamaría «Braulio, bien amado

hijo». Escribir debía sus explicaciones y sus nobles órdenes obedecer; y negarme non pude ni redactar distinto a como él me habló o inspiró. Empezó así, bien lo recuerdo, a hablar Braulio por boca de Serafín:

«Nacido soy, señores, en localidad pedregosa, caliente y seca, donde vegetación escasa crece y sin fuerza, y tan esquiva es esta a nuestros ojos como estos lo son con aquellas gentes que poco nos prodigan y arriban de tierras ajenas y alejadas. Fue el año en que Braulio San Mindos, padre mío, estrenó paternidad, y madre mía, Evelina Emiliano de los Lopezosa y Cardamín, maternidad. Y que fui yo el primero, el primogénito, es cosa segura; y a quien dudare dello pocas gracias recibiría de los San. Más bien ánimo revanchista y justo castigo.

»Braulio, bien amado hijo, que el Padre Celestial a buena prueba ponerte quiere. Cumple sus deseos sin más y triunfal en el Reino de los Cielos entrarás. Por el fin de los siglos paz eterna disfrutarás entre goces y suspiros a cual más. Que non sigas por este camino pecador: purifícate, mantente casto contigo mismo y con demás y premio ansiado conseguirás.

»Braulio, bien amado hijo, gran revelación se te aparecerá mediante el buen ángel Serafín, non desesperes porello: siete crímenes a cometer contra malignos e impíos personajes y porello gran premio alcanzarás: primera cópula esperada y merecida, mujer ardiente y apasionada se entregará deseosa y sin disimulado frenesí. Y la seguirán muchotras, cópulas placenteras a cual más.

»Ya se te ha dicho, Braulio, bien amado hijo, confía y retira ya mano de tus bajos, olvida las impurezas del cuerpo. Que todo se andará a su debido tiempo, sabrás cómo y cuándo actuar, que estamos en ti. Y cuando llegue el momento, hazlo sin resquemor, que nuestro buen Padre te ampara».

Vive Dios Nuestro Señor que tuve confianza en el bello ángel; retiré mano impura de erecto sexo y en mismo instante desapareció Serafín de mi expectante visión. Mas pronto tuve noticias dél y uno tras otro fuéronme revelados nombres de almas impías y malvadas a quienes al averno mandaría a ajustar cuentas con el Sumo Hacedor.

Providencia, vendedora ciega de cupones, jamás dio fortuna a clientes vecinales; y es más, fue la mujer culpable de vender números con caducidad cumplida, práctica miserable donde las hubiere. Cruzaba la calle con atrevimiento, que la suerte proveyera, ella que tanto la rondaba. De familiares honderos proviene Braulio San, y pericia en el lance de piedras mostróme. Colodrillo del conductor de ingenio mecánico rodador bien impactado fue y el resultado el más deseado: Providencia fulminada quedó, castigo justo recibió.

Froilán, odioso abogado que a espantosos ridículos sometióme en tiempos pretéritos con barbero y Sargento Mayor, y con saña y alegría indisimulada los celebró. Mas de largo excedióse en sus malas artes al entorpecer negocio pío y sacrosanto de pulseritas Cleofás, el bien terrestre y útil máspreciado.

Abogado yantaba sin medida en comederos vecinales y exigía sin vergüenza pagos de terceros con promesas peregrinas. Entre ropajes pordioseros y acompañado por perro pulgoso accedí a mesa suya con artimañas y artificios. Allí, sifonápteros diminutos, mortales huéspedes del sucio can, saltaron confiados en plato letrado. El malvado cogido fue de improviso y con insultos y aspavientos echóme de local alimenticio. Pero en siguiendo deglución tragó pulgas temerosas y medio afogadas. De fuera vi cómo ingería veneno sin solución, que pulgas molestas si pican son, pero comidas y digeridas colman mi ambición.

Cenicienta, cobradora de tienda alimenticia, por dar mal devoción buscóse final con devoción. Confundiendo adrede céntimos con unidades, buen cambio apropiábase, perjudicando a vecinos poco duchos en entresijos del sumar y el restar. Yo fui uno dellos, y Braulio decidió tercera víctima justamente.

En su comercio entré en hora tarda y dos natillas tomé. Observé a cajera que caducidad cumplida presentaban y exigíle reposición inmediata, no convenían a mi ingestión. Con aire cansino dirigióse a almacén, de lo cual aprovechéme maravillosamente. Abrió gran estancia refrigerada y con taimada astucia convencíla de que se adentrara en tan fría estancia. Cuán certero fui al empujar estante natillero, que en cayendo a peso sobrella, sepultada por completo quedó, sin sentido y sin lamentos proferir.

Julito, sastre de marionetas, guapo fue, justo es de reconocer, y vivaracho en sus andares, y gracioso en su hablar; y su hermana Mariauxi, así la llamo, manos ligeras y precisas, morena y de cuerpo serrano, belleza serena; y novio non tiene, verdad es. Confección nueva de ropaje yo bien necesitaba, y Julito bien dispuesto prestóse a ello. Dos días esperé con ansia contenida e ilusión renovada por mis nuevas entretelas. Que buen porte debía lucir ante Jesús Nicodemo, marchante de arte, a quien pulseritas Cleofás vendería con rutilante éxito. Probéme traje con desparpajo, un Cristóbal Polichinela, me dijeron entre risas de aprobación, y ufano y gallardo fuíme con resolución.

Mas qué díjome luego el fatuo Jesús Nicodemo, cómo iba yo suelto por las calles vestido de tal guisa. Risotadas estruendosas profirió, mucho más que ofensivas, diría yo. Y en siguiendo proverbiales consejos de mi guía Braulio, insistí con ardor y mostré orgulloso pulserita Cleofás. Tomóla despreciativo y tiróla al suelo rabioso; y acto seguido púsose en marcha mecanismo sonoro, la bendita oración de santa Teresa de Lisieux, que así dice: «Amor me pides y amor me das; tu amor es amor de cielo, y el mío, amor mezclado de tierra y cielo...».

En prosiguiendo sublime rezo non reprimí visceral odio. Puesta a seguro amada pulsera, buena coz dile en sentidas partes. Y en entrando alterado personal esbirro y desvergonzada secretaria, vime en situación harto comprometida y sin posible defensa, hasta que el tal Jesús Nicodemo, repuesto de tan dolorosa sentida, ordenóles cese inmediato de agresión y fulminante expulsión. Y así, tirado en calle y harto magullado, claramente comprendí que justa venganza contra malvado sastre cometería, fuente de mis males, y mismo fin para maltratador de celestiales pulseritas.

Venganza cumpliósse sin demora en Julito: función en teatrillo vecindario estrenábase y sastre presentaba vestuario. Difícil non fuíme acceder al local, y alguno en dirigiéndose a mí dixo: «Con garbo y marchando, Cristóbal Polichinela, p'arriba, que'l trabajo obliga». Justo llegué a escenario cuando iluminación apago se en iniciando puntual representación. Escondido entre bambalinas hallábase Julito repasando vestimentas. Hacia allí dirigíme

con furia non contenida y de tremendo empujón lancélo a escenario, cuando ya luces activadas iniciaban función. Trastabillando quedó él frente a Capitán, quien giróse y clavóle certero en pectoral espada de dimensión brutal. Sastrecillo ensartado quedó entre ovaciones de público espectador, impactado y pidiendo repetición.

Sor Rebeca, malvada cual leguleyo Froilán, negóse proseguir sacrosanto negocio de pulseritas Cleofás según divina inspiración. Púseme bermellón intenso y ansí díxelo, textual: «Si sor Rebeca hace berros en la cocina, a qué se pone, Señora, en estos menesteres. Sepa usted que Marta Portal desmerece a ojos de Dios por maltratar a empleaduría, y ya le digo agora que la tropa tramará para rapar a Marta Portal. La señora Anita, querida sor Rebeca, mujer de limpieza y confianza del convento, abusa de glotonería y estupefaciente adictivo marroquí; y muy frecuente es oír que Anita, la gorda lagartona, no traga la droga latina».

Con traiduría y notoria efusión de voz, monja impía requirió socorro a Pedro Netoxas, compositor conventual, y en viéndolo dirigirse hacia mí amenazante, díxelo a viva voz: «Allí toca Pedro Netoxas: saxo tenor de pacotilla»; y mientras agarrábame fuertemente por colodrillo, aún decirle pude: «Desgraciado, que a ti te contrataron porque Ana Rita sedaba a la abadesa tirana». Fue entonces cuando recibí salvajes golpes: de la gorda, del músico y de la monja. Y agora pienso, sin temor a erro, que Anita compinchada estaba y algo más con el tal Pedro golpeador. Pero caro pagaríalo sor Rebeca, que nadie dudárelo, contados tiene los días según dixo mi buen Braulio.

III. GARBANZOS BETANZOS Y SOPITAS CARVAJAL

AQUÍ TERMINABA EL MANUSCRITO, muy extraño ciertamente, y poco comprensible. Pero en él se hacía alusión a cuatro homicidios, de los cuales yo conocía tres, en principio muertes accidentales. Debía comprobarse la veracidad del escrito. Las investigaciones se orientarían hacia cuatro puntos fundamentales: comparar el manuscrito con los informes policiales anteriores y reabrir los casos, si fuera pertinente; investigar la extraña muerte del desconocido Froilán por causa de unas pulgas; tomar declaración a la policía Salomé para que diera luz sobre el manuscrito y su relación con Garbanzos Betanzos, una conocida tienda del barrio, y finalmente, poner a salvo a la tal sor Rebeca y al tal Jesús Nicodemo, de quienes no tenía ninguna pista y todo apuntaba a que estaban en grave peligro de muerte. Desde que fue encontrado el manuscrito, 19 de abril, hasta que lo leí, pasaron nueve días; Dios sabe lo que habría sucedido, pensé en aquel momento.

También debían ser investigados los otros nombres que aparecían en el texto: el supuesto ángel Serafín Batuecas; el traspasado Braulio San; Mariauxi, la hermana de Julio, el sastre; la tal Marta Portal y todos los personajes que golpearon al anónimo asesino, quizás en el interior de un convento: la señora Anita, Pedro Netoxas y Ana Rita.

Para esta ardua tarea puse al corriente, el día 29 por la mañana, a mis dos detectives, Manolito y Sebas. Tras la reunión se

pusieron a trabajar, y llamé a Salomé a mi despacho. Su padre era un cabo de infantería que pronto la abandonó, a ella y a su madre. Entonces, el abuelo de Salomé, el sargento Pelundrio, guardia civil, acogió en su cuartel del barrio de Espuelitas a las dos mujeres abandonadas. En este ambiente castrense creció la muchacha, fuerte, valerosa, resistente, malcarada, amante del riesgo y del peligro, pero muy femenina y atractiva, una cara angelical que no anunciaba su carácter belicoso. Con los años se convirtió en una joven muy hermosa que atraía a todos: números, suboficiales y oficiales.

Aquel cuartel estaba dirigido por el comandante Lágrimas, un hombre cercano a la sesentena, recio y muy macho, de eso presumía. Había enviudado recientemente y se había convertido en habitual de molinetes y puticlubes de la zona, que no aliviaban su pena. Salomé sabía de su situación necesitada y se le acercó provocadora; quizá podría independizarse de su abuelo, de conducta estricta y sin concesiones.

No fue difícil seducir al comandante Lágrimas, nunca lo habían tratado como objeto sexual y le gustó la experiencia. Salomé consiguió encoñarlo por completo, hasta que él la pidió en matrimonio y se casaron. Aquel guardia civil irradiaba felicidad, y Salomé también; el sueldo y los contactos de su marido no eran nada despreciables. Inmediatamente, el abuelo de Salomé fue destinado a una provincia lejana. Y con él marchó su hija, pues Salomé no quería una madre que fiscalizara su comportamiento ni le diera consejos. El sargento Pelundrio se fue rabian-do a su nuevo destino y decidió no hablar nunca más a su nieta.

La relación entre la policía y el guardia civil era extrema: se ataban, se pegaban, se herían, se mordían y se tiraban de los pelos. A él le gustaban las mujeres, pero esto era demasiado, temía por su salud y al poco tiempo le propuso una separación amistosa: le pagaría una indemnización y le pasaría una generosa pensión; al fin y al cabo, ella lo engatusó por dinero. Además, antes de jubilarse, ya estaba a punto, usaría sus influencias para que la aceptaran en el cuerpo de policía. Allí podría dar rienda suelta a sus instintos guerreros.

A Salomé le encantó la propuesta. Aceptó el dinero fresco y un trabajo que seguramente encajaba con su carácter. Yo era amigo del comandante y le debía favores, de manera que acordamos, muy a mi pesar, que Salomé entrara como becaria en el cuerpo de policía de la comisaría de Espuelitas. Ella tenía 27 años y debía darse prisa si quería promocionarse. Al principio, los compañeros se peleaban por ser su pareja de trabajo, pero cuando la conocieron más a fondo fueron más reticentes a acompañarla; siempre había alguna complicación y la tarea más sencilla solía terminar a gritos o a golpes. Yo le encargaba las tareas de menor responsabilidad; ya llevaba dos años conmigo y se conformaba, le gustaba el contacto diario con los camellos de poca monta y los ladronzuelos especializados en tirones.

Salomé entró resuelta en mi despacho y se sentó en la silla antes de que yo se lo pidiera. No quise darle ninguna información, quizás estaba implicada en el caso y tampoco me fiaba de su discreción. Le pregunté directamente por la carpeta que encontró en Garbanzos Betanzos y dejó en la oficina de objetos perdidos. Como policía, le dije, había actuado correctamente, pero olvidó cumplimentar el trámite administrativo, una tarea imprescindible que ahora solucionaríamos por si aparecía el dueño.

Ella se disculpó, cosa extraña, y explicó que era ya muy tarde cuando fue a la oficina de objetos perdidos y se olvidó de rellenar el papeleo. Contó que había ido a Garbanzos Betanzos a comprar alguna cosa para cenar, y casualmente encontró la carpeta en el suelo. En aquel momento no había casi nadie en la tienda, y su dueño, Paulino, no quiso hacerse cargo de ella. Comentó que poco antes se había celebrado en aquel negocio la entrega de premios de Sopitas Carvajal, un viaje de una semana que se iniciaría el 3 de mayo.

Aquella carpeta, por tanto, podía ser de cualquiera de los ganadores o, incluso, del personal que acompañó a la representante de la firma en la entrega del premio. Entonces, la joven policía simplemente cumplimentó la documentación pendiente, cuatro datos mal contados, y me preguntó cortante si no tenía más asuntos. Se levantó y salió del despacho, sin más. Aquel

manuscrito fue revisado por la sección científica, pero encontraron tantísimas huellas dactilares, las mías incluso, que no fue posible obtener ninguna conclusión; era vía muerta.

No me resultó difícil localizar a Ramoneta, la representante de Sopitas Carvajal. Cuando se puso al teléfono y le dije que llamaba Victorino Delicado, comisario de policía, se puso nerviosa; lo denotaban su voz temblorosa y los audibles golpecitos de uñas contra la mesa, donde, imaginé, estaba apoyado el teléfono. Le pregunté por su empresa y enseguida me contó a grandes rasgos sus características principales.

Se trata de un negocio familiar dedicado a la venta de sopas de fideos precocinados. Como la marca no consigue situarse en el mercado y sus ventas son muy limitadas, la familia Carvajal, propietaria de la empresa, pensó que sería una buena idea premiar con un viaje de placer a los trece clientes que compraran su producto. La referencia ganadora iría grabada en el envase de las sopas, el número 888.

El premio consistía en un viaje, sin concretarse al principio fecha, duración o destino. En Sopitas Carvajal querían asegurarse de que aparecerían los trece sobres premiados y no querían reservar anticipadamente vuelos y estancias que luego tuvieran que anular. Llegado el momento, entregarían un sobre a cada ganador y en su interior un vale por tres conceptos: billete de avión ida y vuelta a «lugar fantástico», para los días 3 y 9 de mayo, reserva en «hotel de ensueño» y diversos obsequios que se les daría en el hotel de destino.

El departamento de *marketing* de Sopitas Carvajal realizó la campaña con un gran despliegue de medios, y la oferta apareció en radio y prensa de todo el país. Sin embargo, hubo un terrible error, infantil si se quiere, a la hora de distribuir los sobres premiados, pues todos fueron a parar a Garbanzos Betanzos, un humilde colmado de barrio que había hecho un ridículo pedido de tan solo veinte sobres de sopitas.

Pasaron los días y sorprendentemente solo dos personas llamaron a la empresa reclamando el premio: Mary Montaña, una peluquera del barrio, y Paulino Fazoled, el dueño de la tienda.

Del resto, ninguna noticia. En Sopitas Carvajal se dieron cuenta de la repartición desastrosa del premio. Estaban ansiosos por entregarlo y terminar con la promoción, que tampoco había aportado ningún beneficio apreciable. La empresa decidió poner una fecha límite para que los afortunados reclamaran el viaje. Según Ramoneta, los Carvajal tienen la honradez como el primero de sus mandamientos. Por tanto, anunciaron en diversas cuñas publicitarias de ámbito local la fecha límite para presentar los sobres premiados: 19 de abril.

Con la seguridad de que todos ellos debían pertenecer al barrio de Espuelitas, colgaron en la fachada de la tienda de Paulino un cartel luminoso, encendido día y noche, en el que podía leerse, de corrido: «Distinguido cliente, ¿su sobre de referencia termina en 888? ¡Felicidades, ha ganado el fantástico viaje de Sopitas Carvajal! ¡Lo esperamos el próximo día 19 en este punto de venta, a las 19 horas!». Finalmente, se anunciaba el lema de la firma: «Sopitas Carvajal, frías o calientes son un manjar; en el cielo la toma Ramón y Cajal y en la tierra hasta mi tío Pascual».

A las 19 horas de aquel 19 de abril no se respiraba gran expectación en Garbanzos Betanzos. Ni en el interior de la tienda ni en el exterior. En representación de Sopitas Carvajal acudieron Ramoneta, un fotógrafo contratado para inmortalizar el evento y un notario especializado en actas de pequeño calado.

La peluquera Mary Montaña y Paulino, el dueño del negocio, eran los únicos ganadores presentes en el colmado y ya estaban impacientes por recibir el premio. Pero en pocos minutos fueron llegando distintas personas con el sobre afortunado, trece en total. Tras la comprobación pertinente a cargo del notario, se les entregó el sobre con el premio, se les comentaron sus particularidades y a las 19:30 horas se hizo la fotografía del grupo. Todos los presentes estaban aparentemente felices y sonrientes y recitaron a una el lema de la firma, con cierta vergüenza, todo hay que decirlo. Entonces, Ramoneta los emplazó para el 3 de mayo: se encontrarían en el mostrador de información del aeropuerto, Terminal B, a las 9 de la mañana. Tras estas palabras, se despidió de los afortunados.

Ramoneta comentó que una de las agraciadas con el premio, Salomé Chindilopis, de profesión policía, encontró una carpeta en el suelo de la tienda, y pensando que la habría perdido alguno de los ganadores, quiso dejársela a Paulino, el dueño. Pero este no la aceptó, aun sabiendo que, efectivamente, debía pertenecer a alguno de sus clientes. Ramoneta tampoco quiso quedarse con el manuscrito; esto a ella no le competía. Entonces la policía dijo que lo depositaría en el departamento de objetos perdidos de la comisaría.

Me quedé perplejo al saber que Salomé también había ganado aquel viaje, lo cual me ocultó de mala manera; ya tendría tiempo de ajustarle las cuentas. Pero ahora debía obtener más información. Corté a Ramoneta, cuyo nerviosismo persistente denotaba que escondía algo. Le dije abiertamente que el motivo de mi llamada no era para que me contara las excelencias de su firma, sino que estaba interesado en otro tipo de información.

Tras un largo silencio que yo favorecí, Ramoneta explicó que le sabía mal alterar la caja del negocio de su tío abuelo, el dueño de la empresa. Pero en Sopitas Carvajal le pagaban un pobre salario y ella tenía que sobrevivir dignamente, como un Carvajal de rompe y rasga.

Entonces comprendió que se había precipitado, pero ya era tarde y rompió a llorar, desconsolada, balbuceó que la perdonara: había aprendido la lección y devolvería lo robado. Quedé sorprendido de que alguien pudiera venirse abajo tan rápidamente y confesara su falta gracias a un simple silencio. Resulta que Ramoneta había falseado el presupuesto del premio y planeó un viaje basura con un coste muy inferior para así quedarse con la diferencia.

Le confirmé que mi llamada no tenía relación con el fraude a Sopitas Carvajal, de manera que de momento no lo tendría en cuenta, no existía denuncia. Le pedí con exigencia y sin explicaciones la relación con los nombres de las personas premiadas y toda la documentación disponible. Ramoneta no se opuso a mi requerimiento y se mostró muy colaboradora, más incluso de lo que yo podía esperar.

Por correo electrónico y de forma inmediata me mandó la lista completa de viajeros, siete hombres y seis mujeres, el número de sus documentos de identidad y la ficha rellena con datos personales de enorme valía para la investigación: edad, domicilio (todos del barrio de Espuelitas) y profesión.

Nombre	Edad	Domicilio	Profesión
Padre Carlos Borromeo	83 años	Iglesia de San Sulpicio Redentor	Sacerdote
Barrabás Rabasa	34 años	Calle del Bachiller Gregorio Molicio, 3, 2º 1ª	Técnico de laboratorio
Enrique Riquelme	56 años	Travesía del Esteta Pirlov, 51, 4º 1ª	Operario de mantenimiento
Salomón Quiriqui	36 años	Subida de Don Fernán Andante, 21, 3º 1ª	Feriante
Paulino Fazoled	35 años	Calle Sefarditas Altivos, 23, bajos	Tendero
Melitón Chispitis	28 años	Avenida del 29 de Febrero, 32, 3º 2ª	Maniquí fúnebre
Benito Xui	44 años	Calle del Re Sostenido, 13, casa	Cantante de iglesia
Rosita Rosicler	55 años	Travesía del Esteta Pirlov, 51, 4º 1ª	Callista
Mary Montaña	43 años	Pasaje de los Maronitas Célibes, 3, bajos	Peluquera
Angelita Tweres	55 años	Callejuela del Monje Segismón de Palenque, 1, 2º	Adivinadora
Pilarín Dete	52 años	Calle del Torero Tomás Banderillas, 19, 4º 2ª	Ama de casa
Bernadette Pilindris	35 años	Calle del Doctor Longinos, 5, 4º 1ª	Investigadora científica
Salomé Chindilopis	29 años	Plaza de Aristóteles Bienaimé, 96, ático	Policía

Había que lamentar una mala noticia: el fotógrafo que inmortalizó la entrega del premio había perdido el archivo de imagen con la fotografía del grupo. Ramoneta no sabía cómo excusarse por tan lamentable contratiempo y echaba la culpa al mal profesional, un inútil en toda regla. Afortunadamente, a través del carné de identidad conseguí las fotografías de todos los pasajeros. En algunos casos no parecían las más recientes y quizás el parecido no se ajustara exactamente con la realidad. Pero no sería problema, tampoco cambiamos tanto con el paso de los años.

Le dije a Ramoneta que eso era todo. Esperaba discreción absoluta y que estuviera disponible para cualquier contingencia, lo cual dije en mayúsculas, en voz alta. Colgué el teléfono y pensé en Salomé. Me había dicho la verdad, en términos generales, excepto que ella también había ganado el viaje de siete días... y ¡no había solicitado el permiso vacacional! Además, había sido incapaz de echarle un mínimo vistazo a la carpeta y descubrir una trama criminal. Vaya futuro tan lamentable le esperaba.

Repasé la documentación que mandó Ramoneta y comprobé que, efectivamente, metía mano en la caja para sacarse un sobresueldo. El presupuesto del viaje multiplicaba por nueve los gastos de todo lo contratado. Ni en el billete de avión hubo generosidad: Ramoneta alquiló la avioneta de una compañía de bajo coste con capacidad para catorce personas, más el piloto y la azafata. Todo muy penoso, como el destino del viaje, el hotel de hospedaje, las excursiones facultativas, etcétera.

En aquel momento comprendí que necesitaría ayuda, el caso parecía muy grave, y por eso reclamé prestado de la comisaría de Crispulones a Jacinto Galí Matías, un joven policía por el que siento gran simpatía y que es hijastro de mi hermano Miguel Jesús.

IV. LAS INVESTIGACIONES POLICIALES

UNA VEZ FILTRADOS LOS NOMBRES de los premiados en el ordenador central de la policía, comprobé que todos ellos se correspondían con la realidad y en ningún caso existían deudas pendientes con la justicia, ni las había existido con anterioridad.

Rebusqué en los archivos y a través de la red al supuesto ángel Serafín Batuecas, sin resultado positivo. Es un apellido muy poco corriente, prácticamente desaparecido. En realidad, existe un hombre llamado así, de profesión trapecista en el circo Hazañas Acrobáticas. Fue él quien me dijo que su padre se llamaba igual, pero había muerto hacía veinte años y siempre le había disgustado su nombre y su apellido.

La pista se perdía en un bisabuelo del Serafín trapecista, también llamado Serafín Batuecas, muerto en 1896 durante la Segunda Guerra de la Independencia cubana, cuando un mulato revolucionario le tiró una serpiente al cuello y esta le mordió en tan sentida parte. Pero no fue el veneno lo que mató al bisabuelo Serafín; no hay serpientes venenosas en Cuba. Aquella herida se infectó y gangrenó, y el pobre hombre murió en menos de diez días. Anterior al Serafín cubano no existen más datos, pues su partida de nacimiento se perdió tras un desgraciado incendio en los archivos de la parroquia donde nació.

No me cabía en la cabeza que alguno de los fallecidos Serafín Batuecas pudiera ser el supuesto ángel que se apareció a Braulio. Tampoco podía descartarlo definitivamente, pero

aquello era indemostrable y muy increíble. Al juez no podía ir yo con estas historias; tengo un nombre y una credibilidad ganados a pulso tras años de duro servicio. Tampoco encontré ningún Braulio San Emiliano, ni sus supuestos padres, Braulio San Mindos y Evelina Emiliano de los Lopezosa y Cardamín. Existían algunos ciudadanos San y Emiliano de primer apellido, pero ninguno de los Lopezosa y Cardamín de segundo ni de primero, ni que se le pareciera remotamente.

En aquel momento, Jacinto Galí llamó a la puerta de mi despacho. Lo hice entrar y nos abrazamos muy efusivamente, pues, de alguna manera, yo soy tío suyo, aunque muy de segundas. Le expliqué tal cual todo el caso y le dejé leer el manuscrito. Probablemente, alguno de los trece pasajeros debía ser el asesino de Espuelitas, si en realidad existía. Pero con la información disponible y sin ningún personaje con antecedentes policiales, no era posible llegar a conclusión alguna. Hacía falta investigar mucho más y yo contaba con él, esperaba mucho de su olfato policial.

Justo entonces entró mi policía Manolito, muy excitado. Había hablado con su esposa, muy devota del convento de San Juan Crisóstomo y San Pedro Nicodemo. Ella conocía las llamadas pulseritas Cleofás, que habían estado a la venta en dos tiendas de moda del barrio, Ponte Portal y Modatope: «Jefe Victorino, las pulseritas proceden de este mismo convento, y su madre superiora es ¡sor Rebeca de la Ascensión! Y ¡también existe el músico Pedro Netoxas y Anita, la mujer de la limpieza! Y ¡sor Ana Rita era la portera, pero murió hace un mes y medio por causas naturales!».

Impresionante, la investigación se inició dos horas antes y ya se percibía la luz. ¡Qué orgulloso me sentí de Manolito! Rápidamente los dirigí a la faena; el caso estaba muy bien orientado. Ordené a Jacinto que analizara los informes sobre las muertes de Providencia, Julio y Cenicienta. Que interrogara nuevamente a todos los testigos; quería una investigación limpia y no contaminada por la anterior, y solo él podía hacerla. Y que no se olvidara de Froilán, que descubriera quién era. Manolito y Sebas investigarían a todos los premiados, Salomé

incluida. Yo decidí ir sin demora al convento de sor Rebeca; me hacía ilusión salvar a una religiosa y realizar una buena obra. También visitaría las dos tiendas, Ponte Portal y Modatope; quería saber qué eran exactamente las pulseritas Cleofás.

1. Convento de San Juan Crisóstomo y San Pedro Nicodemo

El convento de San Juan Crisóstomo y San Pedro Nicodemo³ se halla en el extremo superior izquierdo del barrio de Espuelitas, justo en la frontera con el barrio de Crispulones, muy cerca de la iglesia de San Sulpicio Redentor. El convento está integrado en su mayoría por monjas concepcionistas franciscanas. También reside un pequeño grupo de monjas agustinas ermitañas, dedicadas a la meditación solitaria, que se evitan entre sí y viven en distintas estancias cerradas y estancas del palomar del convento. Son conocidas por los vecinos como las «monjitas grugrú» por la confusión acústica que se produce cuando ellas rezan y las palomas cantan o arrullan, emitiendo estas y aquellas un sonido parecido a gruuuu, gruuuu.

A media mañana me dirigí al convento, donde me recibieron con cierta extrañeza. Además, mi visita coincidía con una ceremonia religiosa de recordatorio a sor Ana Rita, la antigua portera, fallecida el pasado 10 de marzo.

Acompañé a las religiosas en tan sentida ceremonia y pude oír claramente las voces de las monjitas grugrú. Cantaban con

3. Nota del editor: El nombre del convento se puso en honor a dos santos con características contrapuestas: san Juan Crisóstomo o de Antioquía, patriarca de Constantinopla, uno de los cuatro grandes padres de la Iglesia de Oriente, famoso por ser un gran orador. Crisóstomo proviene del griego y significa «pico de oro». San Pedro Nicodemo o de la Morería fue un valiente misionero del siglo XVI, famoso por convertir numerosos mahometanos con sus largos silencios. Con estos dos santos, las monjas querían rendir tributo a las dos máximas que rigen su regla: elocuencia y parquedad, acción y meditación.

voz serena y acompasada, que se mezclaba con los reclamos que hacían diversos palomos para atraer a sus parejas. Estas aves anidaban a voluntad en el tejado del convento, en su parte externa, pero muchas de ellas también lo hacían en la parte interna, en el cielo de la bóveda. No solo caían del cielo estos sonidos, que eran muy sorprendidos, sino también frecuentes cagaditas de palomos y palomas, muy desmenuzadas y poco sólidas, más bien líquidas, que alcanzaban libremente la baranda del primer piso. Rebotaban allí y salpicaban a la hermana que tocaba el órgano, que ya no sabía cómo ponerse para evitar el goteo persistente. Y suerte tuvo que a su lado estaba otra monja, sufrida y generosa, que de forma regular la socorría limpiándole los cristales de las gafas manchadas. Así podía ver la partitura y seguir tocando tan evocadora melodía.

Al finalizar la triste ceremonia solicité hablar con sor Rebecca, la madre superiora, pero me dijeron que había salido y regresaría más tarde. Entonces pedí hablar con la responsable del convento en aquel momento. Me respondieron que se trataba de la hermana sor Catalina, la monja de mayor edad, a punto de cumplir 89 años.

Sin duda atendería mi petición, pero tendría que elevar mi tono de voz, pues sor Catalina estaba ya muy sorda. Además, se trataba de una monjita grugrú, y yo debería competir con palomas y rezos de monjas para que esta pudiera escucharme. Le hablaría desde fuera de la celda, a través de una ventana semiabierta y totalmente oscurecida.

Pensé que la investigación se iniciaba con mal pie y había pocas expectativas de avanzar en ella en aquel convento. Sin embargo, la entrevista con sor Catalina no fue tan estéril, aunque me vi obligado a reconducir el interrogatorio a cada momento, pues la hermana perdía la cabeza y el hilo de la conversación.⁴

4. He señalado con asterisco (*) cada vez que yo interrumpía a sor Catalina y le volvía a formular la pregunta. Seguirá a este signo su respuesta.

En realidad, más que elevar mi tono de voz, era ella quien gritaba, y de qué manera. Cuando contestaba a mis preguntas incluso callaban las palomas, quizá temerosas de que tras la voz estruendosa apareciera algún escobazo. Además, este miedo provocaba que esos animales infectos aumentaran sus deposiciones: algunas caían sobre la barandilla y el órgano, y otras muchas por toda la estancia, también sobre mi cabeza, traje y zapatos. Gracias tuve de una hermana considerada que me hizo un sombrero de párroco con papel de periódico, y al menos mi pelo quedó a salvo de tanto excremento líquido.

Me presenté como inspector jefe de la comisaría de Espuelitas. A ella le hizo gracia y me contó que hacía más de setenta años que vivía sin salir de aquella celda y recordaba con cariño al jefe de policía de su pueblo natal. En una ocasión la ayudó a recoger mandarinas cerca de las dos escuelas nacionales, Expósito Rubio y Expósito Moreno, dedicadas a los dos niños más destacados y agradecidos que tuvo jamás la inclusa del pueblo.

Le pregunté por sor Rebeca, era urgente que hablara con ella. Se hizo un breve silencio y a continuación respondió la monja, gritando: «Sor Rebeca es la madre superiora. No por edad, 52 años, sino por bondad, es más buena que las migas de pan que comía yo de pequeña, muchas veces con una amiga que era de buena casa y tenía un hermano mudo que hacía aspavientos para que entendiéramos lo que nos quería decir, y un día... (*)

»Ya le he dicho muchas veces a sor Rebeca que no debe salir del convento si no es estrictamente necesario. Pero no me ha hecho caso, como aquella vez que le extrajeron una muela y no quiso enjuagarse la boca con los litines que yo le ofrecía, bendecidos por el padre Filomeno, santo varón traspasado, cuyas apariciones aún recordamos, como el día que lo hizo a la hora de comer y a la de cenar. En vida comía con desespero y luego se aparecía en cocinas y comedores, aunque más delgadito estaba, ya se veía que pasaba hambre en el cielo, hasta que un día... (*)

»Sor Rebeca ha comentado que regresaría pronto, tenía que solucionar un problemilla relacionado con las pulseritas Cleofás. Gran hombre este, esclarecido por la gloria, gozoso de anunciar a Cristo, a quien se le acercó agradecido para explicarle las Sagradas Escrituras, y además un día... (*)

»Me ha dicho que había quedado en un bar con el director comercial, ella de beber no es, ni vino de misa, solo de comer, y de mucha vida. Y le he dicho que vigile, que no se atragante como le ocurrió a fray Alfredo, monje dominico, que cantando maitines en la sacristía y comiendo pan, que no debía, una miga gruesa se le atravesó en la garganta y enmudeció de golpe. Y morado quedó el pobrecito y sin terminar maitines, y un día... (*)

»¿El nombre del bar? Pues El Tragaluz, está aquí cerca. Su dueño a veces nos da limosna, y esto me recuerda al padre Filomeno, santo varón, cuyas apariciones aún recordamos, como aquel día... (*)

»¡Pues ya se lo he dicho, señor comisario!, que sor Rebeca ha quedado en un bar con un comercial que no conozco para tratar sobre las pulseritas Cleofás. Gran hombre este, esclarecido por la gloria, gozoso de anunciar a Cristo, a quien se le acercó agradecido para explicarle las Sagradas Escrituras, y además un día... (*)

»¡Oiga, que deje de interrumpirme! Tengo que rezar y lo haré con la oración favorita de san Leocadio: “Señor, ábreme tus puertas, que ya vengo, generosa, a ti, siguiendo en el camino esa miga que pones *pa'que* la siga”. Migas de pan tan buenas como aquellas que comía yo de pequeña, muchas veces con una amiga que era de buena casa y tenía un hermano mudo que hacía aspavientos para que entendiéramos lo que nos quería decir, y un día...».

Aquello resultaba ya insoportable, así que me fui del palomar con el traje muy manchado con cagadas de las más variadas formas, olores y colores. Fue la última vez que me lo puse. La información recogida no fue relevante, pero supe dónde encontrar a sor Rebeca. Yo conocía el bar El Tragaluz, soy cliente ocasional; hacía allí dirigiría mis pasos.

Antes de salir del convento trabé conversación con sor Angelita la mayor, la cocinera (también existe una sor Angelita la chica, de talla muy menuda, la encargada actual de la portería y recepción de visitas). Esta religiosa prepara los deliciosos pastelitos crisostos y nicodos, hechos de trufa y chocolate, los cuales llevan grabados los rasgos faciales de una monja, ella misma, que tiene un labio leporino enorme y cecea mucho. Respondió a mis preguntas escondida tras una ventana, y lo hizo con precisión y parquedad. Se la entiende poco, percibí que hablando no se siente cómoda, y es comprensible.

Pregunté por la señora Anita y Pedro Netoxas. La hermana pastelera me confirmó que Anita era la mujer de la limpieza: «Muy gruesa, pero muy limpia y aseada, muy amiga de Pedro Netoxas, el músico místico que componía piezas religiosas en uno de los confesionarios. Allí se sentía inspirado y se lo contrataba a tiempo parcial, cuando estaba prevista alguna ceremonia. Pero yo jamás lo vi, soy monja de clausura y solo se me permite ver a hombres sacerdotes. Pero tengo que decirle, señor policía, que nuestra verdadera alma musical es sor Leopolda, la organista».

Se me ocurrió preguntarle por qué razón hablaba en pasado de la señora Anita y de Pedro Netoxas, y la explicación me dejó pasmado: «Porque ya no están aquí, comisario Victorino, la abadesa los echó del convento hace unos días. Se descubrió que la mujer de la limpieza fumaba hachís marroquí y lo escondía en el confesionario donde componía Pedro su musiquilla, y allí habían pecado ambos gravemente de fornicio. A sor Rebeca no le gustaba aquel compositor, consiguió el puesto de trabajo gracias a la difunta sor Ana Rita, la antigua portera del convento, que insistió mucho a la abadesa para que lo contratara, pues era su sobrino. ¿Que si sabemos dónde están ahora? Anita tiene una hermana en el Perú y dijo que irían allí, había muchos conventos donde limpiar y componer música».

Sor Angelita la mayor sabía que sor Rebeca había tenido contratiempos con las pulseritas Cleofás, pero desconocía que se hubiera producido algún incidente con el comercial, a quien

nunca había visto, claro, ni oído su voz. Le enseñé las fotografías del carné de identidad de los participantes y solo reconoció al padre Borromeo, que alguna vez había oficiado misa en el convento y vivía en la iglesia de San Sulpicio Redentor.

2. Sor Rebeca de la Ascensión

El bar El Tragaluz se encuentra cerca del convento. Su dueño, Ulises, es un trabajador incansable que sobrevive a base de cafés y poco más. A las 13 horas, cuando entré, el bar estaba vacío, y Ulises miraba atentamente un conocido programa de televisión, *Corta, pega y viste*. Este consiste en cortar cabellos, pelos y uñas a la pareja participante, y con la ayuda de una sencilla tricotadora y pegamento transparente confeccionar una prenda de vestir. En ese momento participaba un concursante que rapaba al cero a su pareja, una mujer que se había presentado con larga melena y muchas mechas.

Ulises me saludó cordialmente y me preguntó de dónde venía con ese sombrero de cura hecho con papel de periódico y tan sucio. Había olvidado sacármelo de la cabeza y lo tiré a la basura; realmente daba asco. Ulises comentó: «Sor Rebeca ha estado en el bar. Hace unos diez minutos que se ha marchado, afortunadamente sana y salva». La monja había entrado sola, se sentó a la mesa del fondo y pidió tres Coca-Colas y galletas, la caja entera: «Poco después se ha presentado un joven varón de unos treinta años muy peculiar, un auténtico cromo, estatura y peso normal, ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo.

»Iba vestido con un traje blanco, los bolsillos descosidos, botones aparatosos, y un gorro terminado en punta que le tapaba completamente la cara. Le he agradecido que no pidiera consumición; yo estaba concentrado en el concurso. Pero al poco rato he tenido que subir el volumen del televisor, los dos discutían con cierta vehemencia y me molestaban, a la participante ya le cortaban la sexta uña, la primera del pie derecho, era muy emocionante.

»De pronto, aquel anormal se ha levantado bruscamente de la silla, y he visto que la monja tenía el cuerpo echado hacia atrás y las manos sobre su cuello. Tenía la cara amoratada y profería unos ronquidos como si estuviera ahogándose. Muy alarmado, he ido hacia ella mientras el otro se quedaba mirando en la puerta del bar, sin hacer nada. La monja ha estado muy apurada, los ojos se le salían de las órbitas y tenía la boca llena de galletas. Se me ha ocurrido meter los dedos en su garganta como buenamente he podido y le he extraído los pedazos que le taponaban la respiración. Le he sacado algunos, pero no ha sido suficiente; la religiosa se ahogaba de verdad. Entonces la he puesto de espaldas y le he apretado el tórax con mis dos brazos tan fuerte como he podido, hasta que de pronto ha expulsado tres galletas que han salido enteras del fondo de su tráquea. La monja ha respirado profundamente en medio de terribles sonidos guturales, estertores de muerte, he pensado, y luego ha tosido de manera compulsiva.

»Desde luego, he salvado a la hermana de morir ahogada. Cuando me he girado, me he dado cuenta de que su acompañante ya no estaba. Aquel cabrito simplemente ha negado su ayuda a la monja y si no es por mí, estaría muerta. Quién sabe si las galletas se las ha metido él mismo en la boca, hay mucha mala leche por el mundo. La monja se ha ido recuperando lentamente, y era curioso oír el avemaría que salía del pequeñísimo altavoz de una pulserita que llevaba en su muñeca izquierda. Cuando sor Rebeca se ha restablecido, me ha dicho que no me preocupara, que ella perdonaba a su agresor. Ha pagado la consumición, me ha mirado a los ojos, ha sonreído, me ha dado la bendición y ha salido del bar llevándose bajo el brazo la caja de galletas.

»Me he olvidado del tema, ni le he preguntado quién era el impresentable que la acompañaba y he seguido mirando el concurso hasta que has entrado tú, Victorino, a molestar. Ya te lo digo: la concursante estaba totalmente rapada y su pareja se disponía a iniciar su trabajo de artesanía en la tricotadora. Y ya ves ahora lo que ha fabricado, una espectacular

falda hawaiana, muy extremada. Fíjate en la abertura generosa del lateral derecho, se cierra con las uñas, que hacen la función de botones».

«¡Dios mío!, –pensé–, este pretendido comercial, con toda seguridad el tal “Braulio, bien amado hijo”, ha intentado matar a sor Rebeca, y gracias al bueno de Ulises aún está viva.» Le enseñé al propietario de El Tragaluz las fotografías de los premiados, pero tampoco hubo fortuna: «Con ese disfraz puede ser cualquiera, hasta una mujer». Entonces imaginé que la monja quizás aún estaría cerca del bar y salí a la calle; un hábito no pasa desapercibido.

Unos segundos después escuché un gran alboroto y vi gente que entraba apresurada en el bar, gritando: «¡Un hipopótamo!, ¡un hipopótamo!». «¡Hostias!», dije en voz alta, y saqué mi arma reglamentaria por si hacía falta usarla. Efectivamente, en medio de la calle, a unos cincuenta metros de distancia, se paseaba un enorme hipopótamo, de aspecto joven, y se desplazaba con gran ligereza, en absoluto era un trote cochinerero.

Me acerqué con cautela para proteger a los indefensos ciudadanos que corrían despavoridos, y vi a sor Rebeca, que andaba por delante del mamífero, distraída y tosiendo. El hipopótamo se le acercó amenazante, y tras la sorpresa inicial, ella le sonrió y pude oír cómo le decía: «¡Oh!, sí, tómame, y llévame contigo, Señor, con fuerza. Muérdeme sin miedo, mi dulce caballito de agua». Y justo en aquel momento el animal abrió su boca y la cerró sobre la cabeza de la monja. La zarandeó con una fuerza brutal a izquierda y derecha hasta que la arrancó del tronco, el cual quedó tendido en el suelo, inerte.

Todos gritamos horrorizados y nos quedamos estupefactos. Fui corriendo hacia allí y realicé siete disparos, todo el cargador.⁵ El hipopótamo quedó tendido, inmóvil, ya muerto y con

5. Nota del editor: Según testigos presenciales, solo dos de los siete disparos realizados por Victorino impactaron en el hipopótamo, en el corazón y en la cabeza, entre los ojos. Del resto, se sabe que uno dio en la pierna izquierda

la boca abierta, en medio de un enorme charco de sangre, la suya y la de sor Rebeca. La cabeza de la monja, decapitada, rodó por el suelo y aún parecía tener vida; me dio la sensación de que tosió un par de veces. La pulserita permanecía en la muñeca de la monja difunta y pude oír el final de una oración: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». La caja de galletas quedó junto al cuerpo de la abadesa; estaba prácticamente vacía.

Rápidamente llegaron dos ambulancias y diversos coches patrulla que acordonaron la zona. Del tal «Braulio, bien amado hijo», ni rastro, ya se habría escabullido. Aquello, sin duda, pareció un accidente, pero ya no podía fiarme. Pobre sor Rebeca, tanto que le gustaba comer y acabó siendo comida, ¡qué caprichoso es el destino!

Poco después, llegó a la escena de la tragedia la doctora Alzueta, directora del cercano zoológico municipal. Tuvo que salir apresuradamente de quirófano e interrumpir la delicada operación de fimosis a un rinoceronte de Sumatra, un problema que le suponía gran dolor al animal cuando intentaba montar a su pareja. La veterinaria conocía perfectamente al hipopótamo asesino, un ejemplar extraordinariamente agresivo, y no se explicaba cómo había sido posible que escapara de su encierro. Ella aseguraba que debía haber recibido ayuda del exterior, que le habrían abierto la jaula. El cuidador de aquella bestia, profesional de reputación intachable, estaba a salvo de cualquier sospecha. Por tanto, era claro que un adulto desconocido, un niño no tiene fuerza para descorder el grueso cerrojo, liberó al hipopótamo y lo condujo de alguna manera hasta la puerta de salida.

Acompañé a la doctora al zoológico. Por el camino no pudo reprimirse y me dijo, molesta, que yo olía peor que el rinoce-

de la monja, otro en el tronco de un árbol y otro más se incrustó en las profundidades del sofá expuesto en la tienda de muebles José María e hijos. Alcorcho de primera. Las dos balas restantes no fueron encontradas.

ronte que estaba operando, un hedor ofensivo. Me preguntó si aquello era genético o un simple descuido higiénico. Le respondí que tenía una explicación comprensible, pero formaba parte de la investigación: «*Top secret*, como usted puede imaginar».

En la jaula del hipopótamo encontramos restos de galletas crujientes, las mismas que había comprado sor Rebeca en el bar. Y también se hallaron por el suelo y por la calle, trazando el recorrido que siguió el animal hasta toparse con la monja. Quedé muy impactado: este asesino, Braulio, ya había matado como mínimo a cinco personas, y ahora lo hacía ante mis narices.

Según la descripción de Ulises, el sospechoso sería un hombre joven de unos treinta años, y esto solo coincidía con cuatro de los afortunados en el viaje. Por tanto, hacia ellos intensificaríamos la investigación y trataríamos de descubrir si alguno era un hombre célibe, el posible autor virgen de aquel manuscrito surrealista. Llamé a Manolito y a Sebas y les ordené que ante todo investigaran al técnico de laboratorio Barrabás Rabasa, al feriante Salomón Quiriqui, al tendero Paulino Fazole y al maniquí fúnebre Melitón Chispitis. En ese momento, todos ellos sospechosos de asesinato.

Me quedé en El Tragaluz comiendo alguna cosa, tenía hambre. Ulises me pidió por favor que me sentara al fondo; yo apestaba horriblemente y los clientes tendrían otra excusa para no entrar ni a tomar café. Ciertamente, las cagadas de paloma son muy malolientes, pero no tenía tiempo de ir a casa y cambiarme, antes debía volver al convento.

Las monjas estaban desconsoladas; ya conocían la noticia de la desgraciada muerte de sor Rebeca y no daban crédito. Les habían entregado el cuerpo desmembrado de su abadesa y lo estaban colocando cuidadosamente sobre el altar de la capilla. Entre la cabeza y el cuerpo le habían puesto una estola de cura a modo de bufanda para que no se viera que cabeza y torso estaban separados.

Las monjas rezaban a su alrededor y las monjitas grugrú hacían lo mismo en sus celdas, enclaustradas. Soy consciente de que las interrumpí y les disgustó, pero yo necesitaba saber

urgentemente qué eran las pulseritas Cleofás. Finalmente, la organista sor Leopolda me enseñó una de ellas y me explicó que las había inventado Enrique Riquelme, ¡Enrique Riquelme, otro de los premiados con el viaje de Sopitas Carvajal! Él, que estaba empleado en el área de mantenimiento de la iglesia de San Sulpicio, tuvo que repetir el ingenio, pues una de las oraciones gustó tan poco a sor Rebeca que incluso se deshizo del prototipo lanzándolo al horno.

Sor Leopolda añadió que su comunidad pasaba por un momento terrible. La antigua portera del convento, sor Ana Rita, no murió de muerte natural, como se dijo, sino que apareció ahorcada en su celda, un suicidio. Ni la policía fue informada de tal desgracia. Y ahora había muerto la abadesa, qué gran desolación. Aquella monja desconsolada me despidió rogándome que me aseara, que no era aceptable mantener unas cagadas de palomo horas y horas en mi ropa y mi piel. Que me lavara de una vez, aquello no se podía soportar.

Volví a llamar a Manolito y a Sebas para que la investigación sobre Enrique Riquelme también fuera prioritaria, aunque se trataba de un hombre maduro. El caso se complicaba y aparecían demasiadas coincidencias; no me gustaba. Hice caso a la monja y me fui a casa; me sentía cansado y debía poner muchas cosas en orden. Mi esposa no estaba y, lo agradecí, no tenía ganas de dar explicaciones ni justificar la pérdida de un traje que tiré directamente al contenedor de residuos orgánicos.

Tomé una larga ducha; no había manera de extraer de mi cuerpo el olor fétido de aquellas deposiciones. Al final lo conseguí restregándome fuertemente con una esponja de níquel impregnada de lejía y del desincrustador adi-90, fantástico agente limpiador que penetra fácilmente en las costras de los residuos, disgregándolos y disolviéndolos fácilmente. Todo ello me dejó la piel muy enrojecida y dolorida. Para aliviarme, me embadurné generosamente con argán, todo el bote, un aceite marroquí de amplio espectro y precio caro.

Me puse ropa cómoda, camiseta blanca de tirantes y calzoncillos también blancos; me acomodé en el sofá y simplemente

me dormí, un sueño profundo que duró toda la tarde y toda la noche. En él se me aparecía la cabeza de sor Rebeca con la boca llena de galletas. Daba vueltas alrededor del hipopótamo, el cual llevaba atada al cuello la pulserita Cleofás y la estola de cura a modo de bufanda, y sonaban oraciones sin descanso. La monja abría y cerraba los ojos, angustiada parecía, como reclamando justicia y exigiendo la detención del responsable de su muerte.

3. Las pulseritas Cleofás

El 30 de abril, a primera hora, mi esposa Matilde me despertó bruscamente y de malos modos, muy molesta porque el sofá estaba muy manchado de argán, y eso no se limpia con ningún detergente. Dijo que habría que comprar uno nuevo y lo pagaría yo, que era una «cabeza loca y sin sustancia».

Matilde trabaja por las mañanas en la Administración del Estado, es funcionaria; por las tardes acude a un consultorio esotérico que comparte con cuatro colegas. Entre todos ellos ofrecen una amplia oferta sobre temas paranormales, y se saca un sobresueldo. Mi mujer llegó a casa por la noche y me vio tan dormido que no quiso molestarme. Yo no le comenté nada del traje; afortunadamente, no dejé rastro que sirviera para aumentar su enfado. Volví a ducharme intensamente y después llamé a la comisaría. La investigación seguía su curso y se había recopilado mucha información. Parecía confirmarse que el tal «Braulio, bien amado hijo» era un asesino en serie, pero aún permanecía sin identificar.

Entonces decidí visitar los dos negocios donde se vendían las pulseritas Cleofás; estaba seguro de que allí me darían la clave para resolver el caso. Ponte Portal y Modatope son las tiendas de moda más exitosas de Espuelitas. Marta Portal, la dueña de la primera, las recordaba perfectamente y aún guardaba un ejemplar en su estuche, donde se encontraban las instrucciones de uso y las características del producto. Añado el dibujo que aparece en el folleto.



La pulserita Cleofás tiene treinta y cinco cuentas, engarzadas con un hilo de cobre muy resistente. Cada cuenta es una bolita de plástico recubierta con una ligerísima capa de fluoruro de calcio, un mineral fosforescente de color azulado que se ilumina en la oscuridad. La pulsera pesa en total quinientos gramos: diez por cuenta, treinta por el hilo de unión, setenta por el panel de control y cincuenta por el cierre. En realidad, un peso importante, pues la muñeca donde se pone la pulsera cuelga del brazo, todo lo cual aumenta la fuerza de atracción al centro de la Tierra.

El mecanismo consta de un chip en forma de medallón y cuatro botones que forman un pequeño cuadrado, en el centro del cual hay un minialtavoz que reproduce la oración de forma audible. Cada uno de los botones cumple una función distinta: el primero es el encendido y apagado; el segundo, el selector de idioma: latín en modo normal, griego, diversos idiomas modernos y tagalo, quechua y aimara, quizá con vistas a una posible venta en Filipinas y países andinos.

El tercer botón selecciona la oración, treinta y cinco en total, una por cada cuenta: padrenuestro, avemaría, kirieleisión, *Yo pecador*, *Jesusito de mi vida* y todo un abanico ciertamente completo. El cuarto botón es una pausa que interrumpe la oración sin apagar el sistema, y si se aprieta dos veces, la pulsera reproduce todas las oraciones seguidas, una tras otra.

Cada cuenta contiene una única oración. Una vez seleccionada con el tercer botón, si este se pulsa dos veces, aumenta la velocidad del rezo. Así, por ejemplo, el avemaría con una cadencia normal puede durar unos veinte segundos, pero acelerado al máximo no rebasa los siete, lo cual «es de agradecer en momentos de urgencia», según rezan las instrucciones, y nunca mejor dicho. Las baterías tienen una autonomía de setenta y dos horas y son recargables con luz solar.

Marta Portal explicó que Chechi Cagonché, el vendedor que le presentó el producto, es proveedor de mercancía variada y con él existe un trato cordial, amistoso incluso. Le compró a regañadientes las pulseritas, como un favor, pues dudaba de que tuvieran aceptación. Pronto las retiró de la venta y aconsejó directamente a sor Rebeca que buscara otra salida en ámbitos más religiosos. Solo vendió un ejemplar que fue devuelto al día siguiente por el cliente, avergonzado y excusándose por su compra.

Lo peor fueron las llamadas telefónicas repetitivas de un tal Braulio, que dijo ser el director comercial del producto, un hombre terriblemente insistente que se interesaba a todas horas por la venta de las pulseritas. Finalmente, Marta Portal no se ponía al teléfono, y si lo hacía, era engañada, pues Braulio se hacía pasar por otro: «El muy baboso intentaba que le pasaran las llamadas al punto de venta y comía el tarro a mis vendedoras con una verborrea aborrecible, como si fuera del siglo de la catapún. Yo las amenacé con que si alguna le hacía caso, le cortaría el pelo al cero, como en el ejército. Es posible que se acercara físicamente a nuestra tienda, pero nunca se presentó como tal; si llego a reconocerlo, Seguridad lo echa a patadas». Por las fotografías de los premiados tampoco pudo reconocer a nadie, excepto a Enrique Riquelme, que sabía que era el inventor del artilugio.

En el almacén Modatope, la responsable de bisutería contó una historia parecida: también terminó muy harta con las pulseritas y finalmente se las pudo sacar de encima gracias a una conversación sensata con sor Rebeca. Antes, tuvo que soportar llamadas continuadas del tal Braulio, que tampoco apareció por la tienda: «Como comercial ya tenía yo al representante exclusivo, el bueno de Chechi. Este hombre honrado no vio ni un céntimo de comisión, venta cero. Hubo un robo, y fue tal el desagrado que sintió el ladrón que nos encontramos la pulserita en el lavabo de caballeros, pisoteada».

Desde el despacho de Modatope llamé al tal Chechi. El comercial reconoció haber hecho un mal negocio: «Todo por

hacer un favor a la monja. Pobre sor Rebeca, no puedo sacármelo de la cabeza, ayer terminó comida por un hipopótamo hambriento. Enrique Riquelme inventó la pulserita Cleofás y sor Rebeca pensó que podría venderse en tiendas de moda.

»Un tal Braulio me llamó en nombre de sor Rebeca. Se presentó como director comercial del producto y me dijo que él tutelaría la venta de las pulseritas, aunque yo seguiría siendo el vendedor exclusivo y cobraría una buena comisión. Hablé con sor Rebeca y me confirmó lo que había dicho Braulio, aunque no me dijo qué relación tenían entre ellos.

»Ponte Portal y Modatope me conocen y tienen confianza en los productos que represento. En esta ocasión, más por favor que por convencimiento, compraron las pulseras que les ofrecí; y también por favor, o por pena, las tuvieron un tiempo a la venta, más de lo que merecían. Finalmente, la realidad se impone y si el cliente no compra, el producto no vale. Sor Rebeca se convenció de que era mejor colocar las pulseritas en conventos, monasterios, iglesias o colegios religiosos, allí donde la fe ya está bien implantada, y los creyentes, dispuestos a comprar este accesorio litúrgico. Pero el tal Braulio se puso como una fiera y me amenazó con insultos y golpes si me atrevía a devolver el género. Hizo lo mismo con sor Rebeca, y esta decidió pedir ayuda a un abogado conocido, Froilán Chichi, para que rescindiera el acuerdo con Braulio y pusiera fin a sus presiones y amenazas. Poco después llegó un escrito del juzgado. En él se me apremiaba a depositar la mercancía en el convento, y lo hice de inmediato; no quería más historias con Braulio. No lo conocí personalmente, pero sufrí sus iracundas blasfemias y amenazas telefónicas. Y me entró miedo cuando me dijo que yo podía acabar igual que el abogado Froilán, fallecido pocos días atrás. Pero esta vez yo sería comido por gusanos nematelmintos.

»Intenté convencer al tal Braulio de que no había negocio con las pulseritas, pero no atendía a razones. Y entonces se me ocurrió una idea que lo dejó aparentemente más tranquilo: que presentara el producto al marchante de arte Jesús Nicodemo,

un sudamericano con muchos vínculos en diversos países latinoamericanos, donde se habla quechua y aimara. Los indígenas son allí muy devotos, y las pulseritas podrían encajar a las mil maravillas. Había millones de indios andinos que empeñarían sus pertenencias para comprar la preciada pulserita y acercarse al ansiado cielo.

»¿Su voz? Era muy normal, señor Victorino, masculina sin duda, quizás un poco grave. ¿Alguna particularidad? Pues sí, su manera de hablar tan empalagosa, a veces poco comprensible, utilizaba vocablos extraños como “otrorá”, “gentilhombre” o “dudare dello”. Y de cobrar yo, ni un “maravedí”, como él decía, venta cero y comisión cero. Con todo, no me arrepiento de haber ayudado a sor Rebeca. No puedo dejar de pensar que un hipopótamo le arrancó la cabeza, pobre mujer, se me ponen los pelos de punta cuando lo pienso».

4. Jesús Nicodemo Barbarian

Chechi Cagonché fue de inestimable ayuda y desveló las identidades de Froilán y Jesús Nicodemo, el primero muerto y el segundo en peligro de muerte. Braulio era muy escurridizo y no dejaba pistas, era un asesino de marcada inteligencia. En esta ocasión pensé que llegaría a tiempo, nos acercábamos al asesino en serie.

Llamé nuevamente a comisaría, expliqué mis averiguaciones y les ordené que buscaran urgentemente la dirección de Jesús Nicodemo, el marchante de arte, y que investigaran la muerte de Froilán, el abogado contratado por sor Rebeca. Sebas se puso al teléfono y respondió que estaban al borde del colapso, todo eran urgencias, y que él supiera, la comisaría no era un hospital. Le respondí molesto que buscara la dirección solicitada y que Jacinto investigara a Froilán. Creo que solté incluso un «coño» y un «me cago en la leche» y colgué el teléfono.

Al cabo de cinco minutos llamó Sebas arrepentido. Pidió perdón; él sabía que cuando me encabrono está en peligro su

paga extra. Encontró la dirección de Jesús Nicodemo Barbarian; era una oficina de importación-exportación del barrio de Espuelitas. De forma solemne y con cierta sorna, me informó de que Jacinto ya investigaba al abogado Froilán.

Antes de colgar, este policía pasó el auricular a Manolito, que quería comentarme su visita al domicilio de Enrique Riquelme: «Jefe Victorino: ni el inventor Enrique ni su esposa Rosita están en casa, que está muy cerca de la iglesia de San Sulpicio. Según me ha informado la muy amable y distinguida portera del edificio, la pareja marchó ayer tarde al hospital. Él tenía unos dolores terribles en el riñón derecho, un cólico seguro, y andaba aullando y encogido. Rosita rezaba por él a coro con unas voces repetitivas que salían de una pulsera muy peculiar, la pulserita Cleofás. La portera tiene una, la compró casi por obligación y me la ha enseñado. Le he dicho que me interesaba aquel artilugio, que pusiera precio. Pero no ha querido vendérmela, me la ha dado directamente, dice que no le interesa ni la quiere para nada. Victorino, las pulseritas Cleofás funcionan de la siguiente manera...».

Rápidamente corté a Manolito y le dije que ya sabía todo eso, podía ahorrárselo. Que confirmara que Enrique estaba realmente en el hospital y no perdiera el tiempo hablando con porteras. Manolito es buen profesional y trabajador, pero se pierde en los detalles irrelevantes. Una hora después me volvió a llamar. Había ido a la policlínica La Esperanza y, efectivamente, Enrique estaba ingresado, afectado de un cólico nefrítico agudo. Llegó muy pálido al centro hospitalario, con sudoración fría, angustiado y agitado, incapaz de permanecer tranquilo. Tras el cese de la crisis cólica quedó muy abatido y temeroso, seguro de que le esperaba un nuevo y doloroso ataque.

Su esposa Rosita permanecía con él, ausente ante la presencia de Manolito e incapaz de responder a ninguna pregunta. Ella intentaba aliviar a su marido con las oraciones de la pulserita y se la cambiaba de muñeca cada dos por tres; quinientos gramos son duros de soportar. Manolito añadió que Enrique no

iría al viaje, el médico de guardia le confirmó que «de un cólico así no se repone uno en dos días, estos dolores extremos dejan al afectado muy aturrido y sin ganas de fiestas ni excesos».

Llegué al domicilio de Jesús Nicodemo, en realidad, también su oficina, un enorme dúplex con terraza grandiosa y piscina. Me recibió Rufina, una hermosísima mulata que se presentó como su secretaria. Me atendió vestida con una túnica transparente y sin ropa interior. La interrogué en la piscina mientras se tostaba al sol muy desvergonzada, a la vista de dos imponentes «amigos», dijo ella, que estoy seguro de que serían guardaespaldas.

Jesús Nicodemo había salido aquella misma mañana hacia Ecuador. Tenía que resolver un negocio relacionado con la compra-venta de las conocidas «figuritas de pan», las artesanías de mazapán hechas de harina fina y sal espolvoreada. Lamentablemente, Rufina dijo que el avión ya habría despegado haría una media hora. Sentí la marcha de Jesús Nicodemo, pero al menos me reconfortó que siguiera vivo y se le escapara al dichoso Braulio.

Rufina me entregó una tarjeta del marchante de arte, donde aparecía su teléfono móvil. Me sugirió que lo llamara de madrugada; él ya habría llegado a destino y me atendería debidamente, «Jesús siempre está dispuesto a cooperar con la *justisia*». Y que le diera recuerdos de su parte, aunque ya imaginaba ella dónde dormiría «el muy pendejo».

La secretaria de Jesús Nicodemo se acordaba del incidente de las pulseritas, sucedió unos días atrás: «Para Jesús fue un grave contratiempo. Le subió por las nubes la tensión arterial y el *asúcar* y tuvo que *hacerse* pruebas para descartar problemas. Él es ya un hombre de edad, ¿sabes? Su *corasón* no palpita como de joven y tiene que vigilar su salud. Y yo también, por la cuenta que me trae. Sus nervios ya no son de *asero*, ¿comprendes? Le gusta la diversión y el folleto, yo soy *distracción* menor... este ¿qué te *parese*?», me dijo, mientras agarraba sus grandes y turgentes pechos y los masajeaba voluptuosamente. En este momento me convencí de que su relación con el marchante de arte no era únicamente laboral.

«A ese jodido pinche, vestido de payaso, *desconosco* su nombre, le hubiéramos dado vire si Jesús no se repone del sofoco. Lo agarramos por el cuello y las pelotas y solo faltaba *retorser*. Aquellos que ves ahí enfrente, mirándome deseosos, son Claudio Joaquín y Chimbo, dos gorilas fieles a Jesús. Me cuidan como si fuese su hijita, los muy huevones, ni que yo tuviera seis añitos no más. Y ¿ves cómo me muevo sin ropa, así de sabrosona? Pues ellos solo miran y ya está; y sé que por dentro están como tú, Victorino, reconcomidos y ardientes de sexo.

»Ellos lo echaron de la *ofisina* a empellones y pisotones, y tuvo suerte de que a Jesús le diera lástima, es muy religioso y se arrodilla si escucha no más un avemaría. Tardó horas en repone-se: vino el doctor y lo medicó con *urgensia* y también le previno que no *hisiera* el viaje tan *resién*, las alturas no son buenas para su débil *corasón*. Pero Jesúsín es *tosudo* de lo más, si algo se le pone entre *sejas*, güey, eso lo cumple sin discusión.

»Aquel jodido pendejo es un degenerado, un majadero peligroso, y aunque le arreé mucho, lo vi poco y no me fijé bien cómo era. Estatura normalita, no era ninguna percha. La cara no recuerdo, ni el pelo, iba cubierto con una capucha blanca, francamente tremenda, no sé de qué iba *disfrasad*. La *vos* normal, aunque es *sierto* que gritaba... ahora recuerdo... “Por Dios, caballeros, que *meresco* un respeto”. Me *hiso* mucha *grasia*, hablaba como los conquistadores que asesinaban a los indios con la *crus* y la espada. Mientras Chimbo le arreaba un hostión de miedo el *desgrasiado* pedía *educación*. Así fue cómo se le echó a la calle y no más supimos de él, pero Jesús quedó *horrorisado* con aquella pulserita».

Le enseñé las fotografías de los premiados pero tampoco conseguí nada: Rufina dijo que quizás se tratara de Salomón, el feriante; de Melitón, el maniquí fúnebre, o de Barrabás, el técnico de laboratorio. Pero no podía asegurarlo, iba muy disfrazado y no se le veía la cara. Chimbo aseguró que no era ninguno de ellos tres, que aquel anormal se parecía a Angelita, la adivinadora, a saber su sexo real, y, para Claudio Joaquín, el

huevo era copia del padre Borromeo, pero sin tanta barba y melena y cincuenta años más joven.

Dejé a Rufina y después de comer, por la tarde, fui a la comisaría para supervisar las investigaciones de mis policías. No había novedades decisivas, solo una recopilación de información que apuntaba al tal Braulio como homicida de repetición, pero sin sospechosos claros. Este asesino era un desquiciado y hablaba a lo Quijote, como un caballero del siglo XVI. Lo que no tenía claro era ante qué estímulos hablaba así este hombre. Quizá lo hacía cuando se encolerizaba, pensé.

Investigué en los archivos sobre Jesús Nicodemo, el marchante de arte. Descubrí que estaba relacionado con el cártel de Latacunga, traficantes especializados en la venta ilícita de sombreros panamá y pieles de guanaco, vicuña, llama y alpaca. Y el negocio funcionaría muy bien, vista su lujosa casa. Pero en nuestro país estaba en paz con la ley y los compañeros del servicio de inteligencia me confirmaron que era un infiltrado que trabajaba para la policía secreta. Él había delatado a traficantes peligrosos de otros cárteles que quisieron instalarse en el país. Ya sabían que se marchaba a Ecuador, le habían encomendado una misión de espionaje. Les dije a mis tres policías que al día siguiente, por la mañana, nos reuniríamos y repasaríamos todo el caso. Los tres arrugaron la nariz, sería primero de mayo, festivo, pero ninguno abrió la boca para protestar, y bien que hicieron.

Marché a casa a una hora prudente con la ilusión de encontrarme a Matilde bien dispuesta. Mi esposa sospechó acertadamente que mis ganas de echarle un buen polvo tenían un origen incierto. Sigo sin entender por qué le expliqué mi conversación con la exuberante mulata, pues ella creyó firmemente que no me limité solo a conversar. Pero yo le confesé, muy seguro de mí mismo, que soy hombre de una sola mujer, virtuoso y fiel.⁶

6. Nota del editor: Matilde me comentó que cuando el policía Victorino le dijo aquella frase, ella se puso a reír a carcajadas y él se quedó atónito,

Matilde me exigió reparación a tan inexistente agravio, pero sobre todo que me abstuviera de ponerle las manos encima. No tuve más remedio que explicarle el enrevesado caso de Espuelitas, y eso le gustó. Además, se ofreció a realizar un estudio numerológico minucioso, por lo que necesitaría los nombres y las fechas de nacimiento y defunción de los fallecidos y los nombres y las fechas de nacimiento de los ganadores de Sopitas Carvajal. Con estos datos efectuaría el cálculo que permitiría descubrir al asesino de manera fiable. En aquel momento yo aún tenía la voluntad de salvar mi matrimonio y acepté su peregrina propuesta.

A la una de la madrugada Matilde ya se había acostado tras haber iniciado su estudio numerológico. Era el momento de llamar a Jesús Nicodemo, que ya habría llegado a Ecuador. Llamé al móvil de la tarjeta que me dio Rufina. El teléfono fue descolgado al tercer tono, pero nadie respondió.

Se percibía alboroto, gritos y lamentos. Pude oír a una mujer hablando brasileño y grabé la conversación: «*Mas Jesusinho, que aconteceu? Meus Deus, aperta os olhos, meu gatinho... não é possível, ta doente meu amor? Fala qualquer coisa, que eu estou com você... Maria Bonita, liga já pra o doutor do hotel, tem que vir agora mesmo. Jesusinho ta morrendo, eu penso. Olha, olha, tudo vermelho e com a boca fechada. Isto é terrível, Deus meus!*».

Siguieron oyéndose lamentos y una voz distinta de mujer que hablaba, supuse, desde otro teléfono: «Doctor, soy María Bonita, suba no más al *terser* piso, Jesús está en el suelo, *inconsciente*. *Desconosco* qué ha *susedido*, todo ha sido muy *fugás*. Amarela y yo *gosábamos* con él, los tres juntitos. Han llamado a su *selular* y él nos ha dicho: “Rufina controlando, seguro”. Ha descolgado y se oía una *vos* masculina que *desía*, lentamente: “Santo Ángel, mi consejero, inspírame...”. Jesús se ha puesto

avergonzado, sabiendo que aquella ridiculez no le serviría para desfogarse con mi querida Matilde, que ya no sentía nada por él. Hacía meses que no mantenían relaciones sexuales.

rojo bermellón, ha dicho ver una *lus* intensa y se le ha caído el teléfono al suelo y se habrá colgado, y luego ha caído él a plomo sobre la moqueta, resoplando y con los ojos *serrados*. ¿Qué hago, doctor? El boca a boca sé *haserlo*, pero para otros menesteres. ¿Desabrochar los botones de la camisa? Doctor, estábamos *gosando* y Jesús está desnudito y nosotras dos igual, peluditas, que así no nos quedamos. Venga pronto, venga, que se nos va de barrio. Amarela, vístete, que viene rapidito el doctor. *Dise* que esto es ataque al *corasón* y lo ve muy negro, el *po-bresito* ya está muy moradito».

Pasaron unos instantes en silencio y hablaron a mi teléfono: «*Aló, aló, quem fica ca, me responda piro molho, que eu não tenho medo de você. Aló, aló, sapatão filho de puta, me responda...*». Ya pensaba que colgaría la tal Amarela cuando sonaron unos golpes secos. Imaginé que María Bonita abría la puerta de la habitación y deduje que entró el médico del hotel: «Mírelo, tendidito y sin moverse; que no respira ni abre los ojos». «Déjeme a mí ahora, avise usted a una *ambulansia*, pero a este ya no lo reanimamos, no tiene pulso, está tieso como una tabla. Y usted, ¿qué *hase* con el teléfono? ¿Hay alguien ahí esperando? ¡Llame a Latacunga, informe que Jesús Nicodemo está pajarito!».

Amarela volvió a coger el teléfono: «*Aló, aló, quem fica ca*». Le dije que se pusiera María Bonita, que yo no hablaba brasileño, era muy importante que me diera el número de teléfono del anterior comunicante. Ella se puso, pero no me escuchó, solo dijo que era un asesino y que el cártel me enviaría al infierno. Y colgó el teléfono sin darme opción a más explicaciones. La llamada que desencadenó la tragedia estaba clara: el mensaje «Santo Ángel, mi consejero, inspírame», era inconfundible. Braulio se había vengado de Jesús Nicodemo y estas simples palabras le ocasionaron un ataque mortal al corazón. Es tremendo: ya tenemos seis asesinatos. ¿Quién será el séptimo? ¿Podré evitarlo?

Esa noche volví a tener pesadillas: a la cabeza de sor Rebeca se unió la de Jesús Nicodemo y ambas daban vueltas alrededor de las pulseritas Cleofás mientras el hipopótamo trataba de morderlos sin conseguirlo. Los dos me guiñaban el ojo y pe-

dían justicia. Me desperté asustado y llamé a Matilde. Me respondió desde el estudio que no la molestara, se había levantado para calcular unos números y resolverme el caso.

Me volví a dormir y tuve otra pesadilla: en esta aparecía un don Quijote, con yelmo y coraza, que zarandeaba con su lanza las cabezas de los dos fallecidos y arengaba al hipopótamo para que las mordiera. Ellos ya no me guiñaban el ojo, solo resoplaban y pedían clemencia.

5. Los informes policiales sobre los fallecidos Providencia, Cenicienta y Julio

El uno de mayo llegué el primero a comisaría. Encendí el ordenador y tomé un café muy cargado. Poco después llegaron Manolito y Jacinto, y luego Sebas, tarde, con la pobre excusa de que su motocicleta se había estropeado. Lo miré de mala gaita, pero lo dejé estar, lo necesitaba más que nunca para resolver el peor caso que había entrado jamás en mi comisaría de Espuelitas.

Jacinto tenía preparados los informes policiales sobre las muertes de Providencia, Cenicienta y Julio, a los que debía añadirse el de Froilán, una primicia. Todo parecía indicar lo que ya sabíamos; Braulio mataba y parecía que no lo hacía.

Comisaría de Espuelitas, a 1 de mayo del año en curso

Asunto: Investigación sobre la muerte de

Providencia Barrachina

Informe nº 4276/14, realizado por Jacinto Galí

(número de placa 055002-C)

Fecha de la muerte: 15 de marzo, viernes

Tras la revelación del manuscrito, se procede a nuevo interrogatorio al conductor del autobús. Aún no se ha recuperado plenamente de aquel suceso y tiene pesadillas nocturnas donde se le aparece Providencia y le enseña la lengua medio cortada. Insiste en que él no pudo hacer nada por evitar el

accidente; aquella mujer se metió bajo el vehículo y no hubo posibilidad humana de frenarlo.

Recuerda que justo cuando vio a la mujer, sintió un fuerte golpe en el cogote, como si le hubieran lanzado un duro objeto, quizás una piedra. Pero ¿quién iba a agredir al conductor de un autobús, con el riesgo de que este perdiera el control y el agresor sufriera igualmente las consecuencias? Definitivamente, este hombre cree que en realidad tuvo un latigazo en el cuello al echarse bruscamente hacia atrás al intentar frenar. De todas maneras, durante días persistió un cierto dolor en aquella zona, y su mujer le dijo que tenía una pequeña herida ligeramente enrojecida. Pero no le dio más importancia.

Consultados nuevamente los cuatro pasajeros conocidos del autobús (se sabe que viajaban algunos más, no identificados), todos coinciden en señalar que Providencia cruzó la calle sin mirar y se echó bajo el transporte. Ninguno de ellos observó la posible agresión que sufrió el conductor, aunque luego lo vieron tocándose el cogote insistentemente. Sus nombres no coinciden con ninguno de los premiados, y solo uno de ellos reconoció, por las fotografías que les mostré, a Paulino, el tendero de Garbanzos Betanzos. Pero está confirmado que él no viajaba en el autobús.

Conclusiones: Los detalles del suceso son compatibles con la descripción del manuscrito y podría tratarse de un homicidio inducido. Se desconoce el móvil real del crimen, si este ocurrió realmente.

Comisaría de Espuelitas, a 1 de mayo del año en curso
Asunto: Investigación sobre la muerte de Cenicienta Filiprim
Informe nº 4277/14 realizado por Jacinto Galí
(número de placa 055002-C)

Fecha de la muerte: 24 de marzo, domingo

Tras la revelación del manuscrito, se procede a nuevos interrogatorios de personas relacionadas con la víctima. El mari-

do de Cenicienta confiesa que su esposa tenía debilidad por agenciarse dinero ajeno, pues contaba con dificultades. Añade que la vagancia y la dejadez intelectual eran sus defectos más notorios. También tenía una desenfadada sensualidad que provocó diversos altercados maritales. Con su marcado acento sudamericano, añadió: «Posiblemente *Senisienta* hipnotizó al jefe de *selección* con artes seductoras y lo cameló con actos amorosos. Esto *dedusco* porque ella siempre hablaba de un tal José María que se le arrapaba como una garrapata. Le susurraba al oído *siertas obssenidades difísiles de reproducir*. Yo quise dar vire a semejante chingón, pero Cenicienta me lo prohibió. Ahora, pasado el tiempo, si a ese José María lo veo, lo despeloto por mi Virgen de la *Asunción*».

El tal José María es el responsable de selección de personal de los supermercados El Paraíso de los Glotones. Parecía apenado por la muerte de Cenicienta, pero no confesó su atracción por la mujer. Dijo que «la prueba de ingreso la realizó penosamente, pero su gracejo y buena disponibilidad me convencieron de su valía. No quiero pensar mal, pero en el súper hay un mozo de físico portentoso, Reynaldo, creo que buscaba a Ceni con intenciones de fornicio». José María está libre de sospechas, está confirmado que aquel domingo estuvo fuera de la ciudad.

Reynaldo es el reponedor de mercancías de este supermercado. Reconoce abiertamente que tuvo relaciones sexuales con Cenicienta, una mujer muy fogosa que no se resignaba a vivir aburridamente con su marido. Según este mozo, José María, el responsable de personal, achuchaba a la cobradora sin descanso: «En más de una ocasión tuve que intervenir, no había forma de despegarlo de Cenicienta. Yo sé que ella coqueteaba con él para mantener su puesto de trabajo. Yo, celoso, señor policía, no lo soy, tengo mujeres las que quiero, pero me apena esta muerte tan accidentada.

»Aquel día acordamos que ella me relevaría por la tarde y tan buen punto entró Cenicienta, yo marché a casa de mi hermana; ella puede confirmarlo. Me sabe mal toda la his-

toria porque los paquetes y bultos no se mueven solos. Cenicienta no tenía que tocar las estanterías ni entrar en el congelador. Fue una terrible imprudencia».

Interrogados los otros dos empleados, que ya no trabajan en este súper, coinciden en que se trató de un infeliz accidente. Quizá si hubieran estado en su puesto de trabajo, habrían evitado aquella estúpida muerte. Cenicienta cubrió el puesto del reponedor, y este se despidió de ellos mientras dormitaban en unas colchonetas al fondo del almacén, como hacían cada día a aquellas horas. Ni vieron ni oyeron nada. Cuando sonó el despertador, era hora de cerrar el súper y se dieron cuenta de que la cajera no estaba. La buscaron y la encontraron muerta, congelada.

Conclusiones: No existen evidencias fundadas de que pueda tratarse de un homicidio, pero es muy posible que el tal «Braulio, bien amado hijo» entrara sin que nadie lo viera y cometiera el asesinato como describe en su manuscrito. Se desconoce el móvil real del crimen, si este ocurrió realmente.

Comisaría de Espuelitas, a 1 de mayo del año en curso
Asunto: Investigación sobre la muerte de Julio Penitas
Informe nº 4278/14 realizado por Jacinto Galí
(número de placa 055002-C)

Fecha de la muerte: 17 de abril, miércoles

Tras la revelación del manuscrito, se procede a nuevo interrogatorio de los actores de la compañía Títeres con Cabeza, todos en paro y a la espera de algún contrato basura. Aseguran que se trató de un lamentable accidente. Julio Penitas, en un acceso de celo profesional, habría entrado a toda prisa en el escenario para dar un último retoque al traje del Capitán. Desgraciadamente, este se dio la vuelta y le clavó la espada en el pecho.

El actor que encarnaba al Capitán confirmó que no vio a Julio, estaba de espaldas. Quiere olvidar el lamentable

incidente; ahora solo recibe ofertas para trabajar de gladiador o picador de toros. El actor que encarnaba a Cristóbal Polichinela aseguró que justo antes de empezar la función creyó ver a un personaje vestido como él, escondido entre bastidores. No le dio importancia, la luz era escasa y quizá Julio confeccionaba trajes de repuesto para los actores. Sorprendentemente, el técnico de iluminación observó justo antes de empezar la función que Cristóbal Polichinela no estaba en su puesto con los demás actores, sino que se dirigía apresuradamente hacia el escenario desde el patio de butacas.

Este técnico lo arengó diciendo: «Con garbo y marchando *p'arriba, que'l* trabajo obliga», la función ya empezaba, y comentó que, quizá, Cristóbal Polichinela habría tenido un retortijón inoportuno y regresaba de la *toilette*. Esta versión fue negada airadamente por el actor que encarnó a Cristóbal Polichinela. Él asegura que no se movió del escenario y se ofendió porque lo habían comparado con el actor novel «que se escagarrucia antes de la representación». A sus cincuenta y cuatro años de profesión, «las tablas te mantienen firme y sereno. Este ridículo técnico de iluminación, lo llamamos don Pío Lucecitas, ve menos que Pepe Leches, no distingue el escenario y ciega al público apuntándole a los ojos con su cañón de luces».

Resultó imposible localizar a María Auxiliadora, la hermana de Julio. El gerente de Títeres con Cabeza asegura que pagó a los dos hermanos por adelantado el cincuenta por ciento del trabajo. Su hermana cobró el resto el mismo día del entierro de Julio, cuando la compañía en pleno le rindió sentido homenaje y le dio un último adiós. Una vecina contó que tras las exequias, Mariauxi, como gusta que la llamen, simplemente desapareció. Se sabe que compró un billete de avión, únicamente de ida, un vuelo hacia Wamena, remota región del planeta en Irian Jaya, la Nueva Guinea indonesia. No dejó dirección conocida ni tampoco existe comunicación telefónica, electrónica, telegráfica ni vía satélite con este in-

dómito territorio. Desde la embajada de Yakarta sentenciaron que podíamos dar a Mariauxi por perdida. Sabríamos de ella cuando volviera del viaje, si volvía.

Aquella vecina agradecía que el piso quedara vacío, siempre con noches ruidosas y gran jolgorio: «Julito era muy promiscuo, sarasa y mariposón; Mariauxi parecía mosquita muerta, pero también se arrimaba a los mansos que entraban en la casa». Fue una pena no encontrarla, pues si hacemos caso del manuscrito, ella habría podido identificar al tal «Braulio, bien amado hijo».

Conclusiones: La información recogida es compatible con la descripción del manuscrito y es posible que se trate de un homicidio. El autor del mismo habría acudido al teatrillo vestido igual que el personaje Cristóbal Polichinela. Se desconoce el móvil real del crimen, si este ocurrió realmente.

6. *Froilán Chichi*

Jacinto hizo un buen trabajo investigando a Froilán, supuestamente el cuarto asesinado por el autor de *Siete crímenes por cópula*. Se trataba de un hombre de 35 años, soltero, abogado de profesión. La muerte se produjo el día 6 de abril, sábado, de una manera muy particular, como ya apuntó el malvado Braulio. El informe de la autopsia, firmada por el doctor Ibrahim Ibn Bakr, patólogo forense, es como sigue:

Froilán Chichi. Paciente varón, 35 años, ingresa en policlínica La Esperanza afectado de graves convulsiones. Muere mientras se procede a su valoración médica. Para practicar autopsia se efectúa tomografía computarizada y resonancia de cerebro, con lo que se descubren en él gran número de parásitos vivos, en estado larval y adulto, de hasta 60 cm de largo y 3 mm de ancho. Se trata del platelminto cestodo *Dipylidium caninum*.

La muerte se ha producido por causa de una cisticercosis muy extendida que le ha originado un *status epilepticus* generalizado tónico-clónico sobrevenido por una red neuronal colapsada. Ha quedado afectada la región amigdalohipocámpica en tálamo y cerebelo, lo que ha provocado un déficit en el aporte sanguíneo, anoxia cerebral y exceso de sustancias tóxicas que han conducido a edema y muerte neuronal. Esta situación general ha desencadenado el inicio de la crisis con convulsiones epilépticas y ha ensombrecido el pronóstico vital hasta sobrevenir el desenlace fatal.

No había duda sobre el caso. Braulio dejó escrito en su manuscrito que «las pulgas molestas si pican son, pero comidas y digeridas colman mi ambición». Aquellos insectos ingeridos por Froilán liberaron de sus abdómenes gran cantidad de gusanos en su organismo, los cuales se reprodujeron y agravaron definitivamente el estado del paciente, algo que solo se produce de manera muy excepcional.

Jacinto se entrevistó con el abogado que compartía bufete con Froilán, un antiguo compañero de estudios. Este admitió que su muerte pudo ser causal, pues su ambición y afán de notoriedad eran desmedidos y se había granjeado numerosos enemigos. Era capaz de perjudicar a su propio cliente si no aceptaba el porcentaje de comisión, que aumentaba conforme se acercaba la fecha del juicio; o, incluso, perder el caso si con ello conseguía llamar la atención del juez y erigirse en centro de atención y comidilla en los juzgados.

Aquel compañero de Froilán dijo que sor Rebeca lo visitó tras su fallecimiento. La monja lo conocía porque había intervenido como abogado defensor del convento en unas denuncias puestas por diversos vecinos sobre los ruidos insufribles que emiten las monjitas grugrú. Con sus rezos no dejan dormir a niños, enfermos ni ancianos.

Pero la monja realizó la visita porque quería recompensar los servicios prestados por aquel letrado en el lamentable caso de unas pulseritas. Y como no existían familiares conocidos del

abogado fallecido, la monja entregó el dinero al compañero de bufete para que lo usara en su memoria. Y así se hizo: apareció una esquila en el periódico y se cancelaron las deudas en los bares del barrio más frecuentados. El pago de la monja no dio para nada más.

Jacinto preguntó a aquel abogado si sabía de un tal Braulio que tuviera relación con Froilán; quizás hubieran estudiado juntos y se hubieran enemistado. Él respondió que en su etapa de estudiante Froilán se granjeó numerosos enemigos, sobre todo en la resolución de los casos del llamado popularmente *Carcelín*, obra del profesor Macario Villarejo. En realidad, se trataba de *Juicios ficticios solemnes*, cuadernillos de prácticas para estudiantes de abogacía que servían para foguearse en el arte de la oratoria y en todas las ramas del derecho. Las alegaciones podían ser tan descabelladas como se quisiera, pero debían servir para dar un vuelco radical al proceso judicial y que el inocente pasara a ser claramente culpable, o el culpable, claramente inocente.

Aquel abogado recordó que Froilán tenía su *Carcelín* de estudiante en el despacho y se lo entregó al policía Jacinto por si servía a la investigación. El policía lo agarró y en el interior del cuadernillo encontró una hoja manuscrita; era la letra de Froilán. Allí se explicaba un caso muy particular: dos supuestas estudiantes, Bárbara Abrasas y Carolina Michel-Fidoh, se enfrentaban en una de las clases del profesor Villarejo para determinar la inocencia o culpabilidad de un barbero y un sargento mayor. ¡Un barbero y un sargento mayor!, ¡los mismos que aparecen en el texto de Braulio!

Por un lado, un barbero era denunciado por masajear con crema irritante a su cliente. Carolina convenció al ficticio juez de que el barbero era culpable porque no solicitó los servicios de un dermatólogo que analizara el cutis del afectado y la composición del producto. Las risas de los estudiantes fueron muy hirientes cuando Bárbara, queriendo demostrar la inocencia del barbero, se puso alegremente la misma crema en la cara. Al cabo de treinta segundos la tenía toda roja, hinchada y con surcos sanguinolentos que tardaron diez días en curar.

En el segundo caso, un sargento mayor había sido denunciado por insultar a un superior, un teniente segundo, ante toda la clientela de un bar de alterne, cuando le espetó: «Tú lo que eres, tú lo que eres... ¡tú eres un demócrata liberal!». Carolina adujo que lo peor no fue el insulto, muy grave por ser el afectado involucionista de corazón, sino cómo fue proferido: gritando y ante una multitud atónita porque un militar ofendía a otro de rango superior. Bárbara basó la defensa del sargento mayor en el hecho de que el teniente segundo era sordo como la tapia de su cuartel y no pudo escuchar la ofensa. Carolina, entre carcajadas, explicó al juez que este militar era sordo, efectivamente, pero leía los labios perfectamente y entendió la ofensa proferida por su inferior. Por tanto, la denuncia se ajustaba a derecho.

Carolina ganó los dos casos y dejó en ridículo a Bárbara. Lo extraño eran los nombres de las dos estudiantes, que no tenían aparentemente nada que ver con Braulio ni con Froilán. Jacinto apuntó que, quizá, fueran dos nombres ficticios, igual que los casos debatidos. De todas maneras, parecía una vía muerta y no se vislumbraba ninguna pista por seguir.

Conclusiones: Con toda probabilidad, el tal Braulio está implicado en el caso, pero en este momento no es posible establecer su relación con el fallecido Froilán.

V. LAS INVESTIGACIONES SOBRE LOS GANADORES DEL PREMIO

ERA YA MEDIODÍA PASADO, la jornada se presentaba aún densa y decidí descansar con una comida frugal que nos aireara la mente y la despejara para la tarde. Habríamos podido comer los cuatro policías juntos, pero preferí que cada uno lo hiciera a su aire para evitar un tema recurrente: el maldito caso de Espuelitas. Así que emplacé a Manolito, Sebas y Jacinto a las 17 horas, quedaba trabajo por hacer y quién sabe si daríamos con el asesino.⁷

Nos reencontramos a la hora convenida, todos más frescos y con energías renovadas; eso sería muy bueno para el caso. Teníamos que cotejar la información relacionada con las personas que asistieron a la entrega del premio Sopitas Carvajal. De entrada, parecían fuera de sospecha todas las mujeres, más el padre Borromeo y Benito Xui, por cuestión de edad. Enrique Riquelme también era mayor, pero era un caso particular.

Manolito había interrogado al notario que autentificó los sobres premiados, un hombre de mediana edad, muy espeso

7. Nota del editor: Victorino dio tres horas libres a sus tres policías, desde las 14 hasta las 17 horas, un tiempo exagerado si se tiene en cuenta el trabajo que quedaba pendiente. Desconozco dónde comió el investigador jefe, pero no fue en su casa; su exesposa Matilde recuerda que aquel día festivo ella comió sola.

de cabeza. Solo recordaba a uno de los ganadores, un sacerdote muy mayor y grandote con larga barba, que hacía cruces con las manos y miraba sin disimulo los escotes y los traseros de las mujeres premiadas. Este notario no reconoció ni su propia firma en el certificado y comentó bajito que quizá todo se debía a una conspiración: «Investigad a los Carvajal, pagan con retraso sus servicios y esto es sintomático y también de mal gusto». El notario no parecía sospechoso: no vio el manuscrito, no conocía a nadie del barrio y hacía treinta años que estaba casado con la misma mujer.

Manolito se entrevistó con el fotógrafo de Sopitas Carvajal, un hombre mayor, de unos setenta años de edad. Su laboratorio estaba muy revuelto, sin orden alguno: papeles, películas, cintas, cámaras, notas de encargo, albaranes, facturas, botellas vacías y medio llenas de líquidos variados. Y decenas de cubetas que contenían centenares de fotografías pasadas a papel, todo sin la menor organización. Este profesional explicó al policía que su orden era muy particular, basado en sistemas lógicos y en reconocimientos visuales de gran precisión. Que, a pesar de las apariencias, él siempre encontraba lo que buscaba.

Desgraciadamente, la fotografía que realizó en Garbanzos Betanzos ya no existe; ocurrió una desgracia y por error descargó el archivo digital en una carpeta que luego borró, un lamentable accidente. Si podía ayudar, estaba dispuesto a cooperar, aunque en realidad no recordaba prácticamente nada, a no ser al dueño de la tienda, calvo, bajito y muy gordo. Este fotógrafo está separado y tampoco es del barrio, parece libre de sospechas.

1. Paulino Fazole

Sebas investigó a Paulino, dueño de Garbanzos Betanzos, haciéndose pasar por empleado de Sopitas Carvajal: buscaba información sobre los premiados para hacerles el futuro viaje más agradable. El joven garbancero le explicó que el negocio

fue heredado de su madre, Carmelita Betanzos, muy popular en el barrio por los maravillosos garbanzos que cocinaba con arte magistral. Cuando esta murió, Paulino se hizo cargo de la tienda. Supuestamente, la receta seguía siendo la misma, pero los garbanzos ya no sabían igual, y la clientela fue retirando la confianza y dejó de comprar.

Paulino quería sobrevivir con un mínimo de dignidad. Diversificó la oferta y ahora vende gran variedad de productos procedentes de la harina. Con una altura muy corta para un hombre, 1,63 metros, y un peso superior a los 100 kilogramos, Paulino puede considerarse, a sus 35 años, una persona muy obesa. Su índice de masa corporal es próximo a 38 y se acerca peligrosamente a la llamada obesidad mórbida. En todo el barrio es conocido por sus deseos sexuales ardientes, un apetito voraz y descontrolado que pone en apuros a las despistadas mujeres que entran en su tienda. Ellas lo encuentran repulsivo a simple vista y, además, suele ir sucio y descosido.

La buena suerte llamó a su puerta de forma casual, como siempre ocurre con la suerte. Él no sabía de aquella promoción, y fue una de sus mejores clientas, también afortunada con el premio, la peluquera Mary, quien le dio noticia. Afortunadamente, Paulino aún tenía a la venta un sobre con el número ganador y también se iría de viaje. El tendero no recordaba gran cosa de la ceremonia del premio, pero se acordaba de Salomé, una clienta ocasional, «guapa de la hostia», también agraciada con el premio. Ella encontró una carpetilla: «Hecha polvo, con una pegatina aparatosa de un tío vestido de explorador que era mordido sin misericordia por un mono». Confirmó que nadie quiso hacerse cargo de ella excepto Salomé, «dijo que la dejaría en la oficina de objetos perdidos de la comisaría».

Paulino quiso vender al policía Sebas algunos sobres de Sopitas Carvajal. No estaban premiados, pero insistió en que son deliciosos y le recitó la famosa presentación comercial: «Frías o calientes son un manjar; en el cielo la toma Ramón y Cajal y en la tierra hasta mi tío Pascual». El garbancero reconoció que de vez en cuando acudía a la sastrería de Julio y Mariauxi:

«Ella no me puede ni ver, pero ya caerá en mis redes, soy muy paciente». Por un módico precio le cosían y zurcían la ropa, y a veces le conseguían prendas sobrantes de algún pedido. Sabía que Julio había muerto en aquel desgraciado accidente del teatrillo, pero desconocía que Mariauxi se hubiera marchado del país.

2. Mary Montaña

Sebas se dirigió entonces a la peluquería de Mary, dos calles más arriba de Garbanzos Betanzos. Quería confirmar la información de Paulino y, de paso, conocer las particularidades de aquella mujer. Solo había una cliente, con la cabeza metida dentro de un casco de cristal que echaba aire caliente por todos sus poros, y una etiqueta que ponía, en mayúsculas «PREMANENTE MARINTOÑETA».

El policía se presentó de nuevo como empleado de Sopitas Carvajal. Ella le dijo, satisfecha, que lo sabía todo del barrio, que podía preguntar lo que quisiera. Experimentó una gran alegría al ver su boleto premiado y se lo dijo a su marido, siempre desangelado. Decidió ir al viaje y a cargo de la peluquería quedaría su madre: «Para cuatro viejitas chochonas que vienen aquí a que les ponga unos rulos y salir con crepado de reina, ella ya vale».

Al saberse ganadora del premio, la peluquera se dirigió a la tienda de Paulino y le comunicó la feliz noticia: «Pero ese pobre muchacho, que se come los garbanzos que no vende, y son muchos, no sabía nada del premio, y suerte tuvo de mí para pillar el último sobre con viaje. Desde que murió su madre ha perdido el poco decoro que tenía y ahora ni se lava ni se zurce las camisas que se agujerea con las papelinas de legumbres de papel-cartón. Fíjese el mochuelo si es marrano que ni Cándida, la barragana vieja y desvergonzada que se lo beneficia, la mujer de limpieza de Garbanzos Betanzos, se acerca a él desde hace semanas».

Según Mary, esta Cándida es bala perdida y antiguamente ofrecía servicios íntimos en el centro de masajes Sex-Sassions, el lupanar por excelencia del barrio. Y es conocido que Paulino frecuenta ese lugar siempre que tiene algo de dinero ahorrado. Sebas comprendió enseguida que Paulino no tenía perfil de asesino. Estaba claro que Mary era puro veneno reconcentrado y disponía de mucha información, que manejaba a conveniencia. Incluso tentó a Sebas diciéndole que parecía más un policía que un empleado de aquellos fideos. Y a ella le ponían mucho los uniformes.

3. Salomé Chindilopis

El policía Manolito se puso peluca, gafas, barba, bigote y alzapetí para no infundir sospechas en la policía becaria; podría reconocerlo. Falseó su voz y se hizo pasar por hermano del notario desmemoriado de Sopitas Carvajal, también notario. La excusa de la entrevista era que uno de los agraciados con el premio había reclamado el manuscrito.

Salomé no se imaginó quién podía ser aquel individuo y se lo creyó todo. Le explicó que aquella tarde, «yo salía de la tienda cuando encontré una carpeta muy deteriorada con una pegatina donde se veía un hombre con salacot, cepillo de dientes y paraguas, el cual era mordido por un mono grande que parecía rabioso. Ninguno de los presentes en el colmado quiso hacerse cargo de la carpeta y decidí llevármela y depositarla en la oficina de objetos perdidos de la comisaría de Espuelitas.

»Por si no lo sabe usted, señor notario, está hablando con una policía adscrita a esta comisaría. De manera que si alguien reclama la carpeta, será mejor que se identifique y la reconozca en todos sus detalles. En la ley sobre objetos perdidos, artículo 3.2, párrafo 4, queda claro que “no se hará entrega del objeto perdido si hubiere dudas razonables acerca de la propiedad del reclamante”. Y ya le digo ahora que se necesitará,

como mínimo, tres testimonios que hagan declaración jurada de que esta persona es su propietaria».

El policía disfrazado dio la mano a Salomé y se despidió de ella. Le deseó buen viaje y la felicitó por la suerte que tenía de coger vacaciones en un mes tan bonito. Salomé se quedó un poco extrañada por el comentario; sonrió, pero no contestó.

4. Enrique Riquelme y Rosita Rosicler

Sebas confirmó que la pareja seguía en el hospital, y que él reaccionaba a medias con la medicación contra el cólico. Pusieron al matrimonio en una habitación individual, ya que era insufrible para los otros pacientes oír a aquella mujer con los rezos de su pulserita. El médico de guardia aseguró que el pronóstico no era grave, pero ya podían olvidarse del viaje. No se firmaría el alta hospitalaria bajo ningún concepto.

5. Salomón Quiriqui

Manolito investigó a este joven de 36 años, estatura casi alta, 1,75 metros, complexión fondona, portador de peluca con cresta descomunal y más bien cortito de luces. Salomón trabaja en una feria que, a pesar de llamarse itinerante, suele permanecer durante todo el año en el barrio de Espuelitas, justo detrás de la iglesia de San Sulpicio Redentor, en un descampado que nadie ha sido capaz de urbanizar.

En los días laborables hay poca animación en la feria, pero Salomón pone el mismo empeño que en los días festivos, cuando se llena a reventar. Manolito preguntó por él y resultó inconfundible, era el *speaker* de una de las tómbolas, delante de la cual no había nadie. El estruendoso reclamo hacía así: «Por solo un euriiiiito, la suerte le diráaa lo que le tocaráaa, tralará-la-liro-liro, tralará-la-liro-loro. ¡Escojan bien, señoreees, lo que hay entre bastidoreees! Escoja, señora; escoja, señor, la niña

y el niño con mucho cariño. Pasen y compren; vean y compren; compren y compren, el mono Carpanta, la muñeca Chochona, el payasete Yoni, el Hipo Pipo y Ovidio, el ofidio sirio».

El mono Carpanta es un muñeco de trapo muy mullido con aspecto de mono aullador. Viste americana negra sucia y raída, pantalones azules agujereados, camiseta a rayas horizontales rojas y amarillas, pajarita negra deshilachada, botas abiertas por la puntera, sin cordones ni suelas, cinturón sin hebilla sujeto al pantalón con un doble nudo, sombrero de copa rojo, cochambroso y bastón de apoyo muy carcomido, con mango roto y unido con cinta aislante.

La muñeca Chochona, de goma, tiene oquedades diversas, todas lavables y dispuestas estratégicamente para uso y disfrute del usuario masculino. Las muñecas van embaladas en cajas convenientemente protegidas y solo una de ellas se ofrece de muestra, vestida con simpático traje regional que evita la curiosidad y el reclamo de los más pequeños.

El payasete Yoni es un muñeco de importación muy gracioso. Abre una sombrilla plateada cuando hace mucho calor, se activa el mecanismo a partir de los 23 grados, y ríe a carcajadas cuando le rozan la nariz o el pirindolo. En realidad, tiene un microchip incrustado en el sombrero que es capaz de distinguir los cambios de temperatura según avanza el día. Puesto al fuego en una sartén o un fogón, abre y cierra la sombrilla como un poseso y se carcajea sin medida, como un loco.

Corté a Sebas, la información era minuciosa, pero textualmente le dije: «¡Qué coño tienen que ver estos putos muñecos con los asesinatos de Braulio! ¡Cíñete a lo trascendental, hostias, no tenemos todo el día para oír chorradas!». Manolito reconoció que no observó nada importante: «Salomón trabaja con su padre en la caseta, en realidad es su padrastro y hace muchos años que viven juntos. Es muy trabajador y dispuesto, virtudes esenciales para un feriante». Salomón dijo no saber nada del manuscrito y de los ganadores solo conocía a Melitón; por tanto, no parecía sospechoso. Sin embargo, explicó un detalle curioso: al salir de Garbanzos Betanzos, tras la entrega del

premio, vio en la esquina de la calle al sacerdote grandote doblado, parecía muy dolorido y se quejaba del estómago. Podía ser un retortijón, pero también una agresión. Definitivamente, iría a la iglesia de San Sulpicio Redentor; el padre Borromeo era ganador del premio y yo debía saber qué sucedió.

6. Melitón Chispitis

Manolito investigó a este premiado haciéndose pasar, otra vez, por empleado de Sopitas Carvajal. Se trata de un joven de 28 años, corto de estatura, 1,67 metros, y poquita cosa, muy escuchimizado, unos 45 kilogramos. El muchacho no estaba en casa, y su madre explicó que su hijo había nacido en Tokio por accidente, en una escala que hizo el avión mientras regresaban de la isla de Sajalín. Había abandonado a su marido, un hombre que la engañaba con todas las sajalinesas que se le ponían a tiro en la plataforma petrolífera donde trabajaba.

Al saberse nacido en Japón, este joven quiso aprender su lengua, lo que no ha conseguido ni remotamente. Para ambientarse se rodea de catanas por toda la casa. No tiene ni idea del arte del iaidō, pero gusta desenvainar la hoja y alardear con ella. Un día se cortó completamente la oreja derecha y su madre se lamentaba amargamente: «Se vio obligado a prescindir del uso de las gafas correctoras de su elevada miopía, pues no había por dónde agarrar la varilla. Acudió a un cirujano plástico para que le reimplantara el apéndice auricular, pero hubo un lamentable error en las proporciones del material usado y la oreja se tornó de color negruzco. Si se estiraba el lóbulo, este se alargaba y no recuperaba su forma hasta pasadas unas horas. Aún estamos pendientes de una indemnización».

Volví a cortar a Manolito, cada vez me impacientaba más. Le dije que fuera al grano, que no nos contara vida y milagros, que él era policía y no biografiador de pobres diablos. Respondió que era bueno hacer una introducción del personaje

sospechoso para comprender sus reacciones. Manolito me puso muy nervioso y me sacó de mis casillas. Le dije que continuara con lo fundamental.⁸

Intelectualmente, Melitón es muy precario y el certificado de estudios primarios lo obtuvo casi de regalo. Desde entonces, los trabajos que ha iniciado son incontables, de la misma manera que los que ha concluido. Fue contratado en diversas ocasiones como carpintero, hasta que el gremio en pleno protestó airadamente y pidió a la oficina de empleo que eliminaran definitivamente su nombre de la lista. Había provocado terribles bajas laborales por depresiones nerviosas y pérdidas irreparables de autoestima a todos los maestros carpinteros que intentaron iniciarlo en este oficio.

Actualmente, Melitón trabaja con un contrato temporal en la empresa Traspasos Calimocho. Su función es la de «maniquí fúnebre», en realidad, probador de mortajas, un oficio en el que persiste mucha superstición y demasiadas habladurías. Excepto los afectados por apnea, que se pasan el día durmiendo y resoplando, es difícil encontrar personal que tenga un perfil adecuado.

Mi policía Manolito fue a ver a Melitón al trabajo. El dueño de la empresa está muy satisfecho con él; cuando entra se desviste, se pone la mortaja, se acuesta en la caja que le indican y cierra los ojos. Nadie sabe si duerme o no duerme, pero no mueve ni un músculo. Cuando termina la jornada, Melitón se levanta, se viste y se va. Todo muy profesional.

8. Nota del editor: El policía Jacinto me contó que, en realidad, Victorino le dijo a Manolito: «¡Me importa un huevo que naciera en una isla de chinos y que tenga una oreja negra que se estira y parece *Dumbo!* Di algo interesante o cállate, cojones. ¡Valiente mierda de policía!». Manolito se puso muy rojo y pidió más respeto por su trabajo y que no consentiría gritos ni insultos de nadie. Ya se levantaba amenazante para enfrentarse a Victorino, pero Jacinto lo contuvo. Finalmente, el inspector jefe se disculpó y reconoció que el caso se les escapaba, que el asesino se iría de viaje y sería una tragedia total: podría seguir matando impunemente.

El investigador explicó que «Melitón estaba en el interior de la caja de muertos y no respondió a mis preguntas, igual que haría un fallecido. Esperé que finalizara su jornada laboral y entonces me atendió, pero solo si lo llamaba Miroku Sake, dice llamarse así. Su conversación es fluida, pero se ve que tiene pocas luces. Explicó que su madre compró el sobre ganador en Garbanzos Betanzos y se lo dio a él para que se fuera de viaje. Asegura que no tiene novia ni la necesita, una mujer lo alejaría del noble arte de la catana». Manolito concluyó acertadamente que este personaje no parecería sospechoso de ningún asesinato, no se aprecia religiosidad alguna en él y por su constitución física habría sido incapaz de tirar la estantería de natillas que dejó inconsciente a Cenicienta.

7. *Benito Xui*

La investigación sobre Benito la realizó Sebas, quien se hizo pasar, igualmente, por empleado de Sopitas Carvajal. Se trata de un hombre más bien bajito y poquita cosa, 1,69 metros y 58 kilogramos de peso, cabello rubio con raya vertical en el centro y bigote al estilo francés, anticuado. Le dijo que estaba solo en casa y enseguida vendría su mujer. Explicó que ella se enamoró perdidamente cuando le escuchó su representación pletórica del gran éxito *Lirio entre cardos* del maestro Brudieu.

Benito se hizo francamente pesado explicando sus excelencias como músico cantor: de niño fue el vocalista más preciado del conjunto musical Ruiseñores de Bandera, más tarde formó parte del grupo de música antigua Pentagramma y los Atriles Perejiles, y finalmente siguió su carrera en solitario y grabó dos discos que fueron muy vendidos: *Los trapenses escuchan a Benito* y el éxito de las fiestas navideñas *Tutto Benito*.

Afortunadamente, en aquel momento llegó su esposa y rápidamente se incorporó a la conversación. Llevaba la voz cantante, siempre con un punto negativo que incomodaba a Beni-

to. La mujer comentó que en verdad su marido había poseído el arte del canto, pero ya no: «Tiene obsesión por los chequeos periódicos, análisis sanguíneos y de orina; se controla el peso diariamente y ante el primer síntoma se automedica. Es hipocóndrico obsesivo y hace perder los nervios a los profesionales sanitarios. Sin embargo, el alcohol le gusta mucho y entonces no le importa alterar los valores de las transaminasas. Benito tuvo una época dorada, pero fue el principio de su declive, el éxito lo sobrepasó. Por culpa de sus manías se suspendieron muchas representaciones: resfriados y afonías fingidas, rigidez en las manos, picores varios, o simple ansiedad o depresión».

Entonces, Benito se levantó del sofá medio lloroso y desapareció sin decir palabra. La esposa siguió destripando a su marido: «Tuvo una faringitis severa por un resfriado real mal tratado y peor curado. El resultado fue que ya no puede cantar las piezas de entidad, y la discográfica le retiró la confianza. Actualmente se gana la vida modestamente en la iglesia de San Sulpicio. Lo contrataron gracias a mí; soy hermana del padre Celestino Piolín. Benito canta en bautizos, comuniones, bodas y entierros, en su extenso repertorio están incluidos aleluyas, salmos, arias y réquiems, y sus oyentes no son exigentes ni entendidos en música sacra. Además, ha descubierto una nueva vocación, la de caricaturista. Durante los intermedios de sus intervenciones en la iglesia, aprovecha el tiempo dibujando a los novios, a sus familiares y amigos, a los bebés y parentela, y también al finado y a sus allegados. Lógicamente, estos últimos dibujos no tienen demasiada aceptación y suelen quedar sin venta. Pero Benito los guarda en lo que él llama su “obituario ilustrado”».

Los cuatro policías convinimos en que el perfil de Benito no se ajustaba al homicida de Espuelitas. Otro sospechoso menos, se cerraba el círculo. Quedaba claro que se imponía una visita a la iglesia de San Sulpicio, existían puntos comunes con los ganadores del premio: el padre Borromeo, el padre Piolín, Enrique Riquelme y, quizás, el asesino Braulio.

8. *Barrabás Rabasa*

Barrabás fue el último sospechoso sobre el que hicimos valoración. Y, francamente, me enrabieté con Manolito por demorarla, pues resultó ser el que más se adecuaba al perfil de asesino. Se hizo pasar igualmente por empleado de Sopitas Carvajal, y ayer tarde interrogó a la madre de Barrabás. Es su único hijo, tiene 34 años y se ha independizado hace poco, pero vive en su mismo rellano. No pudo hablar con él porque estaba ausente, se había marchado un par de días con su novia Bernadette, a quien conoció en la entrega de premios de Sopitas Carvajal. Todos exclamamos a una: «¡Bernadette Pilindris, otra de las ganadoras del viaje!».

El padre de Barrabás era seguidor a ultranza de la Torá. Su madre, de origen armenio, consintió en casarse por el rito judío. El padre murió joven, y el niño sintió una gran liberación; se sentía más apegado a la religión cristiana. El rabino de la comunidad intentó sin éxito reconducir al muchacho, que en una ocasión lo mandó a paseo estirándole con fuerza de la larga barba y rompiéndole las gafitas redondas de un codazo. Barrabás iba a misa cada día y se confesaba tres veces por semana, a pesar de no tener pecados que contar.

Fue buen estudiante, pero en casa los ingresos eran justitos y debía encontrar trabajo. Supo que Uremial, los laboratorios de una mutua médica, buscaban diplomados sanitarios para realizar análisis de orina. Barrabás acudió a la entrevista y, sorprendentemente, fue contratado como técnico analista de orines, pues, aunque sus estudios nada tenían que ver con los solicitados por el laboratorio, fue el único que se presentó a la oferta: «Y así ha seguido hasta ahora. Trabaja duramente y le consideran un buen profesional, lleva muchos años y percibe un buen salario. ¿Si tiene alguna afición? Mi hijo es muy religioso y, además, le gusta nadar, hace años que es socio del Club Natación Espuelitas. Cierto que ahora la frecuencia natatoria ha disminuido, debe atender a su amor. Estoy muy contenta, es su primera novia, es científica y parece buena chica. Si quie-

ren darle una buena sorpresa, piensen algo relacionado con la natación, seguro que aciertan».

La madre de Barrabás dijo no saber nada de las pulseritas Cleofás ni de sor Rebeca ni de las muertes «accidentales» ocurridas en el barrio. Tampoco tenía noticias de que su hijo se disfrazara con trajes extraños. Pero se lo dijo a Manolito de una manera que a este le pareció sospechosa, percibió en ella un cierto nerviosismo. Aquella mujer empezó a incomodarse con tantas preguntas y exclamó que no era necesario un interrogatorio exhaustivo solamente para dar un regalito. Manolito no quiso forzar la situación y dio por concluida la visita.

En aquel momento corté a Manolito y me encabroné por haber demorado tanto aquella información. Él se disculpó tartamudeando; quería darnos una alegría al final de la jornada. Además, aprovechó las tres horas de comida, aún estaba en ayunas, para completar su investigación. También se lamentó de que no hubiera sabido la historia de Froilán hasta esta mañana; habría sido importante preguntarle a la madre de Barrabás y escuchar su respuesta.

Mi policía prosiguió con su explicación y dijo bien fuerte, un punto sobrado: «En mi tiempo de refrigerio de este día festivo para todos los trabajadores, he ido a Uremial y al Club Natación Espuelitas; Uremial es una mutua médica ligada a la sanidad pública y sabía que hoy estaría activa. A las 14:30 horas no había ningún paciente en espera para ser atendido, este horario es empleado mayormente por la gente para ingerir alimentos y asegurar así sus posibilidades de supervivencia...». Interrumpí a Manolito y le dije, fuera de mí, que si no se ajustaba a la investigación sin proferir comentarios hirientes, lo suspendía de sueldo, pero no de empleo, y patrullaría las calles a pie y gratis.

Manolito se puso muy tenso, giró la cabeza, dio un fuerte bufido y continuó con la explicación. En Uremial encontró a un médico que conocía a Barrabás y lo consideraba un buen profesional. Para desarrollar aquel trabajo se necesita mucho estómago y pocos escrúpulos. Su jornada laboral la dedica a la

manipulación de orines, con el inevitable traspaso de tactos, olores y gustos, pues más de una gotita de pipí, o incluso un chorrito, han caído sobre los labios o la lengua del técnico que los manipula. Además, en alguna ocasión, siempre que el donante masculino tenga problemas para orinar, Barrabás lo ayuda con algún que otro tocamiento que estimule su expulsión líquida, lo cual da fe de su gran abnegación. Este médico nunca ha notado nada raro en él, se limita a trabajar y a mantener una relación correcta con sus compañeros.

En el Club Natación Espuelitas, Manolito habló con la recepcionista. Barrabás acude puntualmente los lunes, miércoles y viernes de cinco a siete de la tarde. Le costó mucho aprender a nadar, y el profesor le puso unos manguitos en los antebrazos hasta que dominara el arte de la flotación. Pero a él le da igual, es muy poco sociable, aunque correcto y educado. Simplemente se baña un rato, se ducha y se va.

Finalmente, concluimos que Barrabás es muy religioso y tiene una novia reciente, la primera, algo muy extraño para un hombre de 34 años. Son detalles que nos hicieron pensar que quizás habíamos dado con el maldito Braulio. Pero ya eran las nueve de la noche y estábamos muy cansados. Al día siguiente lo interrogaríamos. Despedí a Jacinto, Sebas y Manolito, felicitándolos por su trabajo, aunque lo hice sin demasiada convicción.

Yo me quedé en el despacho recogiendo todos los informes y guardándolos en el archivo. Poco después, ocurrió un hecho ciertamente sorprendente: por la puerta entró una pareja joven y le dijeron al guardia de recepción que era muy urgente ver al inspector jefe. Parecían muy agitados y necesitaban ayuda. Se trataba de Barrabás Rabasa y de su novia, Bernadette Pilindris. Yo estaba derrotado y tenía hambre, pero la inesperada visita renovó mis energías; lástima que mis tres policías ya se hubieran marchado. Le pedí al guardia que permaneciera conmigo en el despacho, no podía fiarme de aquella pareja, y puse en marcha mi grabadora; no quería que se escapara ningún detalle.

Barrabás es un joven bien proporcionado, alrededor de 1,75 metros de estatura y unos 75 kilogramos de peso, ojos negros

y cabello castaño oscuro, liso. Empezó a hablar con total normalidad, sin acentos ni expresiones arcaicas. Bernadette y él pasaron dos días muy enamorados en un hotel de la costa, y su madre le dijo por teléfono que un empleado de Sopitas Carvajal le había pedido información para regalarles un premio a medida, lo cual los ilusionó mucho. Al regresar, Bernadette se marchó a cambiarse a su casa y quedaron luego en el piso de Barrabás para tomar una limonada bien fría.

Pero sucedió algo inesperado y ahora él temía por su vida, por eso acudieron rápidamente a la policía; estaba en peligro. Sucedió que al abrir la nevera, Bernadette se topó de frente, en el segundo estante, con una enorme cabeza de caballo, con los ojos abiertos y la larga lengua que le salía por la boca bien dentada, y tuvo una primera arcada; mas luego surgió la científica naturalista que es, sacó la cabeza de la nevera ayudándose con un trapo y la dejó sobre el mármol, encima de un periódico. Con el cambio de temperatura, la sangre empezó a brotar y le sobrevino una segunda arcada.

Aquel cabezón sanguinolento llevaba una nota grapada en la oreja, y Barrabás la leyó; estaba escrita a ordenador: «Barrabás, Barrabás, que de la cruz fuiste liberado injustamente y en tu lugar muerte atroz recibí nuestro bien amado Señor. Mas agora en situación extrema te hallas y por ello non es ya contemplada tu salvación, que tarde llegaste. Redime tu espíritu, arrepíentete de pecados cometidos y prepara tu alma para segura y cierta muerte terrenal».

Me quedé totalmente perplejo y sin saber qué decir. Para ordenar mis pensamientos y dar tiempo a la reflexión, les dije que empezaran por el principio: quiénes eran, de dónde venían y qué era aquello de Sopitas Carvajal. Barrabás respondió que trabajaba de analista en Uremial, su madre compró un sobre premiado en Garbanzos Betanzos y se lo dio a él para que disfrutara del viaje.

Unos días más tarde se efectuó la entrega del premio en esta tienda, conoció a Bernadette y el flechazo fue instantáneo y se enamoraron. La joven ratificó todas las palabras de su apuesto

galán. Recordó que en Garbanzos Betanzos se dieron los teléfonos y ella marchó ilusionada, segura de que de allí nacería una bonita historia de amor. Bernadette confesó que llegó a su casa alterada, nerviosa, y no pudo evitar llamar a Barrabás y pedirle una cita para aquella misma noche. El joven aceptó gustoso «y aquí se inició esta relación que ya lleva dos semanas de feliz camino».

Bernadette tiene una estatura normal, alrededor de 1,68 metros, y pesa unos 55 kilogramos. Sus ojos son castaños, como su cabello, rizado y corto. Es esbelta, buen tipo, con ligera barriguita. Pero es más bien feíta, nariz respingona y redondita de cara. Explicó que es naturalista, especializada en reproducciones al natural de artrópodos insectos. Trabaja en la aduana, analiza hexápodos exóticos y los retira de la circulación si son nocivos. También trabaja en el desarrollo de insecticidas que eliminan los parásitos portadores de patógenos mortales. Se hizo un prolongado silencio, necesitaba ordenar mis ideas. Y no podía contar con la ayuda del guardia de recepción; él no tiene más criterio que arrear mamporros cuando un superior se lo ordena.

Empecé un interrogatorio suave con la intención de descubrir inconsistencias en Barrabás. Bernadette no encajaba en la historia del asesinato de Espuelitas y la mantuve como convidada de piedra. En definitiva, ella no había recibido ninguna amenaza y aseguró no saber prácticamente nada de pulgas; su especialidad eran los dípteros, básicamente las moscas. Pregunté a Barrabás si tenía enemigos, y respondió que no creía, que llevaba una vida muy normal, su trabajo, la natación como deporte y poca cosa más. Es de carácter reservado y solitario. No le gusta intimar con las personas y sus relaciones son básicamente superficiales, sin demasiada emoción, por eso tiene pocos amigos y cree que ningún enemigo.

Había sido muy religioso de joven y frecuentaba la iglesia de San Sulpicio. Con la edad su fe se ha tornado más ligera, pero aún se siente cómodo entre la gente creyente y le agrada escuchar sus comentarios. Ocasionalmente oye misa en su iglesia preferida. Le pregunté si creía en ángeles o almas del más allá

que se aparecen a los mortales, y respondió que en principio no, pero no podía descartarlo completamente.

Le pregunté a Barrabás si no le resultaba extraño que el escrito amenazante que recibió estuviera escrito con expresiones y palabras arcaicas. Respondió que a él también le había sorprendido, pero no tenía ninguna explicación, quizá se trataba de un demente con delirios del siglo de oro.

Les pregunté si tenían conocimiento sobre los fatales accidentes ocurridos en el barrio, y ambos reconocieron que sabían de las muertes de Providencia, atropellada; de Julio, ensartado por una espada, y de sor Rebeca, descabezada por un hipopótamo. Pero aseguraron no tener relación con ninguno de los finados. Bernadette simplemente sabía que Providencia vendía cupones. Barrabás había visto a la monja en la iglesia de San Sulpicio en alguna ocasión; era el alma de las llamadas pulseritas Cleofás. Había hablado con ella una única vez y fue brevemente. Sabía que aquel objeto estuvo a la venta en varias tiendas del barrio, pero creía que ya las habían retirado. Y era lógico, aquel no era un producto comercial.

Ciertamente, Barrabás es un hombre listo. Lo que explicó podía ser cierto, o no serlo. Quizá sospechó que íbamos tras él cuando supo de la visita de Manolito a su madre, y luego se adelantó a todos contándome aquellas medias verdades para entorpecer el camino de la investigación. Realmente, él podía haber metido la cabeza de caballo en su nevera y escribir la nota para engatusar a Bernadette; no creo que ella esté al corriente de toda la trama. Además, comprobé que la letra estaba escrita con la tipografía Calibri, número 11, igual que en el manuscrito *Siete crímenes por cópula*.

La llamada del día anterior que mató a Jesús Nicodemo podría haberla realizado Barrabás desde el hotel de la costa sin que lo supiera su novia Bernadette. Pero tampoco podía descartar que él fuera inocente y pudiera convertirse en otra de las víctimas del malvado Braulio.

Tras sopesar rápidamente todos los elementos, tomé una decisión que serviría tanto si Barrabás mentía como si decía la

verdad. La pareja se iría a su casa, y yo mandaría a mis policías para que los custodiaran. Si Barrabás era inocente, estaría protegido; si era el asesino, estaría vigilado. Les dije que nosotros investigaríamos la nota amenazante y los restos del caballo. Y que no se preocuparan por el viaje de Sopitas Carvajal, yo les confirmaba que irían, lejos del barrio estarían a salvo de cualquier asesino. En el caso de que Braulio fuera efectivamente Barrabás, aún tenía otro día de investigación, el último, para descubrirlo.

Eran las 12:05 de la noche, 2 de mayo. Llamé a Sebas; se puso su madre y me dijo bruscamente que no eran horas de molestar. Le respondí con el mismo tono: «Su hijo es policía, ¿comprende, señora? Si lo llama el inspector jefe de la comisaría de Espuelitas a las dos de la madrugada, a las siete de la mañana o a las seis de la tarde, Sebas se pone y obedece mis órdenes, ¿entendido?».

Al momento, se puso mi policía. Le ordené que fuera a casa de Barrabás; había recibido una amenaza de muerte y podía estar en peligro. O quizá me había mentido y era el asesino. En todo caso, debía vigilarlo, a él y a Bernadette, aunque probablemente ella era del todo inocente. Por la mañana lo relevaría Manolito y acudiría a la oficina con la cabeza del caballo para analizarla. Sebas resopló pesadamente, pero no quise ser más desagradable. Le dije que había trabajado en día festivo y lo recompensaría con dos días de permiso y un estímulo monetario. Estábamos cerca de la resolución del caso y necesitaba de su ayuda inestimable. El policía se puso blando y me pidió que disculpara a su madre, es muy sentida y a veces olvida con quién habla.

Telefoné a Manolito y le comenté la visita de la pareja. Que durmiera tranquilo y relevara a Sebas por la mañana en casa de Barrabás. Finalmente, llamé a Jacinto a su móvil. Le expliqué lo mismo y le pedí que estuviera a las nueve en comisaría, visitaríamos la iglesia de San Sulpicio; teníamos que encontrar el vínculo que relacionara a Braulio con Barrabás, o con el verdadero asesino.

Llegué a casa a la una de la madrugada. Mi esposa Matilde no estaba y había dejado una nota: salía a cenar con unas amigas y volvería tarde, que no la esperara despierto. Había terminado su estudio numerológico y sabía quién era el asesino, mañana me lo enseñaría. Yo ya estaba muy cansado y me fui a la cama.⁹

9. La iglesia de San Sulpicio Redentor y el padre Carlos Borromeo

A las nueve de la mañana del 2 de mayo, Jacinto y yo nos encontramos en comisaría. El guardia de recepción, que seguía de servicio, me dio una noticia sorprendente. Diez minutos antes había llamado Salomé para informar de que su madre estaba enferma y se iba a cuidarla; su abuelo no se puede encargar de tal menester, pues está incapacitado de cuerpo y mente: «Lo peor, jefe Victorino, es que su familia vive en un pueblo muy lejos de aquí. Ya ha salido de viaje y necesitará varios días de permiso, una semanita por lo menos. Cree que el 10 o el 11 de mayo, si no hay complicaciones, estará de regreso y lista para el servicio. Que le sabe muy mal, pero la familia es lo primero. Yo le he respondido que haga lo que crea conveniente, nos hacemos cargo de que en situaciones graves hemos de actuar con energía y resolución, ¡que somos policías, coño!».

Me quedé pasmado ante la desfachatez de Salomé. Pero en verdad sería óptimo que en el viaje del premio de Sopitas Carvajal estuviera un policía, aunque fuera aquella mentirosa.

9. Nota del editor: En realidad, antes de irse a dormir, Victorino llamó a la madre del policía Jacinto y esta lo cortó rápidamente, pues su hijo estaba con ella y se percató de quién la llamaba. Yo sé de este hecho porque Jacinto me lo contó más tarde.

Matilde no estaba cenando con unas amigas, sino conmigo. Ahora ya lo puedo decir abiertamente, no tenemos nada que esconder. Desde que nos conocimos en la presentación de la obra de un autor mío, nos gustamos y empezamos a vernos con frecuencia. Ahora nos queremos y esto basta.

Agradecí al policía su dedicación y le ordené que se fuera a casa a dormir, que descansara, quién sabe si el sueño reparador le traería más luces; no le vendrían mal. Expliqué a Jacinto los antecedentes de Salomé, y que trabajaba en mi comisaría. Por supuesto que la enfermedad de la madre era pura invención, ¡ella quería irse de viaje sin pedir vacaciones!

Manolito ya estaba en casa de Barrabás para sustituir a Sebas. No había habido incidentes durante la noche y este policía llevaría la cabeza del caballo al forense. Todo se preparó correctamente y si existía alguna huella, alguna prueba, sería encontrada. Le dije a Sebas que después podía irse a casa; nos veríamos en comisaría a las 17 horas. Él respondió que había dormido en una butaca, en el piso de Barrabás, y quería seguir trabajando en el caso. Le contesté que lo agradecía, pero prefería que estuviera muy fresco. Me interesé por Barrabás y Sebas me informó de que estaba durmiendo en su habitación y Bernadette en el cuarto de invitados. «De acuerdo —dije—, avisa a Manolito de que no deben salir del piso, están custodiados por la policía, ¿entendido? Si hay alguna novedad, que me llame inmediatamente.»

Jacinto y yo fuimos a la iglesia de San Sulpicio. Nos recibió su rector, el padre Eulogio de Recebo, un hombre que ronda la sesentena y con aspecto bonachón. Nos presentamos como delegados de Sopitas Carvajal y le contamos aquella historia de hacer más agradable el viaje a los ganadores del premio. Por tanto, necesitábamos hablar con el padre Carlos Borromeo. El rector, visiblemente apenado, respondió que no sería posible: «Nuestro querido sacerdote está muy malito en su celda y de un mal humor insoportable, tiene un carácter muy fuerte; le duele mucho la barriga y el padre Segismundo, el farmacéutico, lo está tratando con hierbas medicinales. Por lo que parece, el caso es grave, se queja mucho y de qué manera».

Me quedé nuevamente contrariado, el caso no avanzaba. Le pregunté al sacerdote si no sería mejor que lo visitara un médico tradicional. Él respondió que de ninguna manera, que en su comunidad solo se aceptaban tratamientos naturistas y siem-

pre funcionaban bien, excepto «cuando Nuestro Señor quiere llevarnos con él». Le pedí al padre Eulogio que nos hablara del padre Borromeo, pues teníamos que rellenar el informe para cobrar la comisión de la visita.

Se trata de un hombretón de 83 años, dos metros de altura y alrededor de 130 kilos de peso. Tiene los ojos negro intenso, igual que el cabello, largo, casi melena, y luce bigote espeso y barba alargada. El padre Borromeo fue tocado de joven por la gracia divina y renunció a sus pertenencias, entró en el seminario y más tarde se ordenó sacerdote.

Sus inicios no fueron prometedores y su estancia fue muy breve en conventos de carmelitas marianos, trinitarios descalzos y dominicos de buena fe, que no podían tolerar una presencia tan incómoda. El problema estaba en el mal carácter del sacerdote, exigente, visceral y rabioso, incluso consigo mismo. Era frecuente ver su cuerpo amoratado por castigos nocturnos motivados por irreprimibles actos de contrición; y era tan escandaloso el ruido de golpes y estropicios que salían de su propia celda que los monjes quedaban desvelados y no acudían a sus obligaciones matutinas.

El padre Borromeo era muy temido y se lo conocía con el sobrenombre de «padre cachete», pues abofeteaba a los que no obedecían o remoloneaban sus iluminados designios. Suya fue la célebre frase dirigida a seminaristas díscolos y holgazanes: «Del esfuerzo y la dedicación tenemos grandes autores que ya trataron sobre ello. Del sobreesfuerzo y la obsesión nos constan algunos tratados, todos monótonos. Y ¿sobre abulia y flojera? ¡A por ellas, que acechan solitarias y traidoras a los buenos monjes! ¡Contundencia y se acabó!».

Afortunadamente para todos, este sacerdote recibió una feliz inspiración divina y le fue revelado claramente que debía emprender la obra pastoral en solitario, alejado del mundanal ruido. Marchó hacia el sur de Italia y tuvo gran influencia en las montañas del Pollino, donde vivió en el interior de grutas naturales. Allí fue creada una estimulante congregación, los llamados «Piccolissimi Borromei», muy adeptos a su persona.

El padre Eulogio añadió que «durante los últimos años, el padre Borromeo ha vivido en esta iglesia de San Sulpicio sin un trabajo específico por hacer; su avanzada edad no le permitía seguir su actividad pastoral en el abrupto sur italiano. Nuestra comunidad religiosa es atípica, y la mayoría de los integrantes pertenecen a órdenes distintas, pues disponemos de un privilegio vaticano: recoger a todos aquellos sacerdotes o misioneros descarriados, con vocación o sin ella, que de otra manera quedarían abandonados y a las puertas de la miseria y del hambre. Sepan, por ejemplo, que ayer llegó de Sudamérica el padre Celestino, un sacerdote que alterna misiones de sustitución y estancias en esta parroquia como consejero matrimonial».

Por el relato del padre Eulogio comprendimos que el anciano cura estaba libre de toda sospecha. Jacinto le preguntó al rector cuánto tiempo hacía que aquel sacerdote estaba enfermo. Este respondió: «Es muy viejito y tiene muchos achaques, pero se sintió malito la tarde que recogió el premio, llegó muy dolorido del colmado de Paulino y pasó toda la noche aullando desconsolado. Y es mala suerte, pues el viaje le hacía una ilusión bárbara».

Le pregunté por el farmacéutico, si había diagnosticado la dolencia. El padre Eulogio respondió seco y cortante que ya nos lo había explicado: «Mucho dolor de barriga; los naturistas no ponen nombre a las enfermedades, esto solo compete a Dios». No quise insistir sobre este tema y entonces le pregunté si podía darnos información sobre Enrique Riquelme y Barrabás Rabasa. Ellos dos también habían ganado el premio de Sopitas Carvajal y sabíamos que estaban relacionados con su parroquia.

Enrique era el encargado de mantenimiento de la iglesia, un hombre muy competente e ingenioso, inventor a ratos libres: «Su esposa Rosita es una santa mujer, muy pía y excelente callista, el sosiego de los pies doloridos. Pero, oigan, él está ahora ingresado en el hospital, un cólico nefrítico, y difícilmente podrá viajar mañana. Y si él no va, Rosita seguro que tampoco, adora a su marido y es su sombra».

Dijo conocer a Barrabás; hacía años que frecuentaba la iglesia. De niño era muy obediente y la maldad ni la imaginaba; sin embargo, se confesaba día sí, día no. Más tarde fue perdiendo interés por las cuestiones religiosas y actualmente asiste a misa de manera irregular, pero siempre ha mostrado respeto por los hombres de fe y gusta conversar con ellos. Incluso insistió últimamente en que lo confesara el propio padre Borromeo: «Hace poco se interesó vivamente por las pulseritas Cleofás; las tenemos a la venta en la sacristía. Las encontró muy interesantes y quiso saber quién se encargaba de su gestión comercial. Yo lo dirigí a la tristemente malograda sor Rebeca de la Ascensión. Desconozco si trató con ella, creo que solo la conocía de oídas. Si quieren saber más cosas, diríjense al propio Barrabás, no hay mejor conocedor de uno mismo que uno mismo».

Desgraciadamente, no pudimos ver al padre Borromeo y valorar exactamente cuál era su estado de salud. Nos pareció extraño que justamente se encontrara mal tras volver de Garbanzos Betanzos, y esto concordaba con lo que había explicado Salomón, que vio al sacerdote doblado y quejándose de la barriga.

El padre Eulogio ya se había despedido de nosotros y cuando salíamos de la iglesia oímos ruidos y golpes que salían de los pisos superiores, donde se encuentran las celdas o dormitorios de los religiosos. Se percibía claramente la voz de un hombre, pensamos que era el padre Segismundo, que gritaba autoritario: «¡Nelson y Wilfredo, abridle la boca al padre, por Dios bendito, qué tozudo es y qué fuerza tiene! ¡Padre, no muerda más a los monjes ni los arañe, que tendremos que atarlo! ¡Tómese ya las hierbas, le harán bien! ¡Padre, no se levante del camastro, que no, que no..., mecagoenlaleche, me ha mordido! ¡Ayúdame, Aureliano, lo atamos y amordazamos ya, está rabioso! ¡Que ya le hemos dicho que no va al viaje, así no puede ir, está usted muy malito, tiene que reponerse! ¡Cogedle de las piernas, por Dios misericordioso!, ¿no veis cómo me cocea las partes? ¡Y ¡las hierbas por el suelo! ¡Otra vez a hervir marialuisa,

ya va la cuarta! ¡Virgen María, esto no es vida, padre, obedezca, es por su bien!». Luego oímos más golpes, portazos, corredizas y gritos, y poco después, el silencio. Desde luego, carácter no le faltaba a este anciano sacerdote.

Llamé a Manolito y le pedí que Barrabás se pusiera al teléfono. La pareja ya se había levantado de la cama, duchado y almorzado. Estaban mirando un programa de televisión y se daban besitos en actitud muy cariñosa. Le pregunté a Barrabás, directamente, si siendo el director comercial de las pulseritas Cleofás no se sintió molesto cuando las retiraron de la venta en Modatope y Ponte Portal. Él respondió rápido, sin vacilar, que yo estaba equivocado: «Cuando vi las pulseritas en la iglesia de San Sulpicio pensé que sería un buen negocio si se vendían en otros ámbitos, siempre religiosos. Llamé a sor Rebeca de parte del rector de la iglesia, el padre Eulogio, y le propuse mi participación en el negocio. Fue muy amable y agradeció mi llamada, pero ya tenía un vendedor, no necesitaba mis servicios.

»Más tarde, al ver las pulseritas en las dos tiendas de moda, me di cuenta de que no habría negocio y todo acabaría en nada. Es una lástima, creo que tienen posibilidades de venta, pero sor Rebeca ya no está para impulsarla. Por cierto, tome nota de que yo no soy director comercial de nada. ¡Yo trabajo en Uremial como técnico de laboratorio, eso es todo!».

Le pedí perdón a Barrabás; había sido un error y lo lamentaba. Estábamos investigando las amenazas que había recibido, se hacía con máxima rapidez y en estas situaciones pueden producirse extrañas confusiones. Barrabás aceptó mis excusas y colgó el teléfono. Realmente tenía muchas tablas o era simplemente inocente. Y Braulio escurría el bulto y no dábamos con él.

Era hora de comer y le dije a mi joven policía que nos veríamos luego, a las 17 horas en comisaría; yo me iba a descansar. En casa estaba Matilde, muy atareada arreglando armarios. Casi ni me saludó, pero me recordó que tenía el informe terminado y el asesino descubierto; no entendía cómo demoraba la detención.

Últimamente mi mujer se mostraba muy arisca conmigo, pero ya se le pasaría, no era la primera vez. Preparé algo de comida, muy frugal, la nevera estaba casi vacía, y le hice una concesión a Matilde: leí su estudio numerológico y me sorprendió mucho; coincidía exactamente con mis sospechas.

Según mi esposa, teniendo en cuenta los nombres de los ganadores del viaje, comparados con sus fechas de nacimiento, podía considerarse fácilmente que Barrabás era asesino en serie. Además, predecía que los premiados padre Borromeo y Salomón Quiriqui estaban en peligro; sus números de suerte eran bajos, lo cual equivalía a gran desgracia. Para Matilde, la numerología es ciencia cierta y comprobable, pero yo creo que no tiene nada que ver con la lógica cartesiana ni con la razón pura, sea o no crítica. Por tanto, yo no podía detener a Barrabás con aquellos fundamentos, un juez acepta verdades contrastadas y no peregrinas suposiciones, por mucho que coincidían con la verdad.

Habíamos investigado a los ganadores del premio, fundamentalmente hombres, y, excepto Barrabás, el analista de orines, el resto parecía libre de sospechas. Pero no sabíamos nada de la ama de casa Pilarín Dete ni de la adivinadora Angelita Tweres. Y según mi esposa Matilde, esta última mostraba un perfil homicida, aunque estaba fuera de toda sospecha, pues era amiga suya. Así que, un poco contra mi voluntad, llamé a Sebas y le mandé investigar a Angelita. Agradecí a Matilde la confección del estudio, había dado en el clavo; yo sospechaba lo mismo, pero necesitaba pruebas más concluyentes. Ella respondió que no se trataba de sospechas, sino de evidencias. Barrabás era el asesino, no había duda, y la responsabilidad de si volvía a matar sería solo mía. Bajé la cabeza y quise darle un beso, pero giró la cara. Mi mujer estaba muy extraña, aunque en verdad no me incomodaba mucho. Yo tenía otros frentes abiertos que me procuraban un gran bienestar y a los que debía dedicarme con intensidad.

VI. LAS CONCLUSIONES PREVIAS AL VIAJE

DE VUELTA AL TRABAJO, Jacinto y yo nos sentamos en la gran mesa del despacho, uno frente al otro, y analizamos nuevamente toda la documentación por si algo se nos había pasado. Pero nos quedamos igual: Barrabás era el único sospechoso, aunque no podíamos inculparlo. Manolito informó de que no había novedad, la pareja seguía en casa.

En aquel momento me entregaron dos informes. El primero trataba sobre la cabeza de caballo hallada en la nevera de Barrabás y estaba firmado por el veterinario-forense de servicio. Realmente no aportaba nada, únicamente que el decapitador era profesional, a saber si esa cabeza simplemente se había comprado en una carnicería equina.

Cabeza de perisodáctilo adulto, alrededor de quince años, perteneciente a la especie *Equus ferus caballus*, de sexo masculino. Dentición completa y lengua con buena apariencia, lo que sugiere que el animal estaba sano en el momento de su muerte, producida entre 32-36 horas atrás. El corte, radical y limpio, muy profesional, se inició en la cerviz y terminó en la garganta; probablemente se realizó con sierra mecánica, difícilmente con hacha o cuchillo, no hay restos de estrías. No se encuentran huellas dactilares humanas, de manera que no puede añadirse nada más que lo expuesto.

El segundo informe estaba firmado por el doctor Carolino Balla, psiquiatra del juzgado, que a petición mía debía emitir un juicio médico sobre Braulio tras la lectura del manuscrito. A pesar de ser el único estudio que abordaba las características mentales del presunto asesino, creo que dejaba mucho que desear. Leído con mínimo detenimiento, uno percibe que este médico ha leído a medias el opúsculo. La mayoría de sus conclusiones son evidentes y previsibles, o simplemente crípticas y no tienen gran relación con el texto original.

**Aproximación meridiana a la personalidad
manifiestamente enfermiza del conocido
como asesino de Espuelitas, por el doctor Carolino Balla**

A petición del comisario Victorino Delicado procedo a redactar informe médico psiquiátrico tras lectura del manuscrito *Siete crímenes por cópula*, de un tal «Braulio, bien amado hijo», supuesto asesino de Espuelitas. Se trata de un hombre tozudo e insistente, muy devoto y fiel creyente hasta el éxtasis, creyéndose tocado por la gracia divina. Reprimido sexual, virgen con toda probabilidad.

Las razones que lo conducen a comportamiento tan extremo no están bien explicadas y se aprecia cierta animadversión hacia los dos sexos: a Anita, a quien llama «gorda lagartona»; a Marta Portal, a quien le desea una mala experiencia en el ejército, «la tropa rapará a Marta Portal»; a Pedro Netoxas, de quien dice ser «un saxo tenor de pacotilla», y también a sor Ana Rita, a quien acusa de drogar a la abadesa del convento.

Está claro que el asesinato de Providencia se produce porque su ceguera es peligrosa para Braulio, que intuye en ella un sexto sentido que podría descubrirlo. Siguiendo las recientes teorías de la escuela milanista encabezada por Girolamo Frescobaldi, podemos concluir que «la ceguera en stricto sensu supone una evolución cualitativa hacia el *homo admirabilis*. Es decir, un ser superior que prescinde de lo evidente

para percibir los recovecos y las oscuridades que se amagan en el interior de sus semejantes videntes, a todas luces inferiores a él».

Que Providencia repartiera la suerte vendiendo cupones es definitivo; Braulio no podría soportar ser ganador de un cupón premiado, lo alejaría de sus verdaderas intenciones. Es sabido que la riqueza súbita altera la percepción y la visión cósmica de los individuos, y los convierte en seres distintos e irreconocibles. Braulio temía que, tras años de «compras diarias y sufridas de cupones sin premio», su suerte pudiera cambiar, y el cálculo de probabilidades concluía que esta posibilidad era cada vez mayor. La primera víctima debía ser aquella que ponía en mayor riesgo la consecución de su plan.

Es comprensible la necesidad de matar con urgencia de Braulio; necesita cópula y la quiere pronto. No dejará pasar el tiempo, no se conforma con la abstinencia. Tiene que actuar sin pausa y progresar en la suma de asesinados. Los rasgos de su personalidad son difusos, aunque es claro que se observan dos mentes opuestas: un Braulio con reacciones violentas que asesina de forma compulsiva y un Braulio analista, frío y calculador, que ejecuta su acción tras so-pesada estrategia.

Estas dos personalidades son contrarias e incompatibles en un mismo sujeto. Según el libro de culto *Teoría pelteriana aplicada a seres humanos no inanimados*, escrito por el insigne profesor austríaco Oscar Pelter, «dos caracteres contrarios en misma persona son posibles siempre que haya desconocimiento del uno sobre el otro, o del otro sobre el uno». Y este podría ser el caso.

Para este doctor, también existiría otra explicación, peregrina y alejada de la ciencia si se quiere, dirigida únicamente a mentes crédulas y fantasiosas, como es la simple apropiación externa de una parte del sujeto: según la terminología católica clásica, una posesión ectoplasmática en toda regla. ¿Cuáles son las soluciones que debe aplicar el médico psiquiatra? Una en cada caso:

– Sobadol 600 mg para el primer caso. Un contraparácetamol de fortísimo espectro, a razón de tres tomas diarias. Produce unas jaquecas durísimas y muy duraderas en el paciente que lo inhabilitan para cualquier actividad mental, evitando la sinapsis del pensamiento. Tiene efectos secundarios en el propio sujeto: dolor persistente y confusión general.

Es muy beneficioso para el resto de la comunidad, que no deberá preocuparse por las acciones de este individuo, pues se reducirán a quejidos continuados y peticiones de ayuda desesperadas. Será conveniente la implantación de un bozal para minimizar la intensidad de sus molestos lamentos. Es vital la aplicación correcta del producto. Un error por exceso o por defecto podría ocasionar el efecto contrario. No oíríamos lamentos, pero sentiríamos en carne propia sus malas artes y su justificada venganza.

– Padre exorcizador para el segundo caso. Aplicable solo cuando los creyentes píos son mayoría en el entorno familiar y de amistades del paciente. No consta la existencia de ningún exorcista en activo ni con solvencia reconocida, aunque cabe la posibilidad de encontrar alguno en la parroquia más insospechada, cercana o remota.

El último caso de exorcismo descrito y estudiado por científicos de prestigio fue el realizado por el padre Athanasius Huygens de Brabantia en el año 1632. Quedó demostrado por doctos fisiólogos adscritos a la Universidad de Krankenheim que un espíritu maligno había invadido el cuerpo de Mathias Hässler. Este era un humilde monaguillo sajón que se negaba a recibir diariamente la santa comunión tras años de ejemplar servicio en la iglesia de Breitnauschlam am Brietnauschlam. Mathias aceptaba tomarla solo en día alternos, aduciendo tener un fuerte dolor de muelas que impedía la masticación normalizada.

El padre Athanasius reconoció enseguida que el paciente tenía dos caracteres contrarios en una misma

persona y aplicó con maestría el ritual católico contra el espíritu invasor. Durante las largas semanas que duró el tratamiento inmisericorde, se le recitaron letanías día y noche, se le aplicaron hierros candentes en las partes blandas del cuerpo y se le hizo ingerir vinagre o aceite a la fuerza, hasta comprobarse que el espíritu maligno había abandonado a Mathias. Finalmente, el monaguillo aceptó comulgar diariamente. El dolor de muelas simplemente desapareció, como por arte de magia, interpretándose que durante todo aquel tiempo el diablo se había instalado en su boca.

Conclusión: La personalidad manifiestamente enfermiza del asesino de Espuelitas resulta peligrosa para esta pacífica comunidad y, por extensión, para toda la sociedad. Bien harían los servicios policiales en aplicarse debidamente y conseguir su captura, pues sin duda seguirá matando hasta obtener su primera cópula. Si Braulio es detenido, recomiendo que lo aislen inmediatamente y le administren Sobadol 600 mg mínimo tres veces al día, cuatro mejor.

Jacinto y yo teníamos todos los papeles sobre la mesa, desordenados, releídos, subrayados, pero no había luz. Repasamos otra vez a todos los ganadores: padre Borromeo, hombre muy mayor y enfermo en la iglesia de San Sulpicio, libre de sospechas; Enrique Riquelme, ingresado en el hospital por un cólico nefrítico, libre de sospechas; su esposa Rosita Rosicler, mujer pía y la sombra de su esposo, libre de sospechas; Salomón Quiriqui y Melitón Chispitis, cortitos de luces y sin relación con el resto de los ganadores, libres de sospechas; Paulino Fazole, el garbancero gordo, libre de sospechas; Benito Xui, hipocondríaco de edad madura, libre de sospechas. El resto de las mujeres, libres de sospechas, excepto la adivinadora Angelita Tweres; veríamos qué aportaba Manolito. Salomé también quedaba al margen, aunque sería castigada por otros motivos. Por tanto, el único sospechoso era Barrabás, pero no podíamos

detenerlo y debía permitir que marchara de viaje. Además, tenía novia, y esto no encajaba con Braulio. Y ¿si él no fuera realmente el asesino? Y ¿si el manuscrito fuera de otra persona ajena al viaje? También habíamos investigado al personal de Sopitas Carvajal y todos parecían estar limpios... ¿Qué se nos había escapado?

Reparamos los casos de asesinato, determinados en primera instancia como muertes accidentales: Providencia, atropellada; Cenicienta, congelada; Julio, atravesado por una espada; Froilán, envenenado por pulgas; sor Rebeca, descabezada por un hipopótamo; Jesús Nicodemo, ataque cardíaco a distancia. Leíamos concentrados los informes y entonces Jacinto se dio cuenta de algo que me pareció trascendental: cada asesinato había ocurrido un día distinto de la semana. Solo faltaba el jueves; es decir, ¡ese día mismo! Hasta el momento, no teníamos constancia de ninguna muerte, y tanto el inventor Enrique como el padre Borromeo parecían estar bien atendidos y fuera de peligro. Entonces, si hoy no se producía ninguna incidencia, ¡tendríamos como mínimo una semana de plazo hasta que Braulio volviera a matar!

Llamé nuevamente a Manolito y le dije que de ninguna manera podía dejar salir a Barrabás del domicilio, que lo tuviera completamente vigilado hasta mañana, cuando nosotros mismos, la policía, lo llevaríamos al aeropuerto; que no lo alarmara y le dijera que todo estaba controlado. Probablemente tendríamos siete días de margen, pues la séptima muerte, si se producía y el asesino era uno de los ganadores, tendría lugar el día de regreso del viaje.

Pensé que sería bueno tener una policía entre el pasaje, pero vi claro que no sería suficiente, de Salomé no podía fiarme y ella no sabía nada del caso. Miré a Jacinto y se me iluminó la cara: ¡él acompañaría al resto de los ganadores! Sebas y Manolito habían realizado todas las pesquisas sobre los premiados. Ninguno de ellos lo conocía y él había participado en toda la investigación. Inmediatamente llamé a Ramoneta, la responsable de Sopitas Carvajal. Le dije que habría un nuevo pasajero

en el viaje, Yacintus Galí Matías (varié expresamente el nombre para hacerlo aún más anónimo), un hombre de mi total confianza, y no le di más explicaciones.

Ella no hizo ningún comentario incómodo, ni pregunta alguna, y simplemente confirmó que lo arreglaría todo. Me extrañó que no hubiera recibido ninguna anulación del viaje por parte de los premiados. En principio, mañana los esperaba a todos en el aeropuerto. Al cabo de cinco minutos recibí notificación vía fax a nombre de Yacintus Galí Matías. Era la invitación para un viaje de turismo entre el 3 y el 9 de mayo con todos los gastos pagados. Le comenté a Jacinto que más tarde llamaría a su comisaría de Crispulones y les informaría de que se iba de viaje a investigar el caso Espuelitas.

Poco después entró Sebas en el despacho, traía información sobre Angelita. Explicó que había decidido no entrevistarse con ella directamente; es adivinadora y quizás habría descubierto sus intenciones. Pero tampoco hacía demasiada falta hablar cara a cara, ella era una persona relativamente conocida y en la web existían numerosos enlaces sobre su vida.

Se trata de una mujer de complexión muy fuerte, 1,85 metros de altura y 70 kilogramos de peso, cabello oscuro y ojos color verde esmeralda. Nació en Nueva Zelanda hace 55 años y su nombre real es Anga-lata Tweres-Gwalda, hija del rey Karanga. A los ocho años fue escolarizada en una misión católica, pues la normativa gubernamental era inflexible y muy estricta: todos los niños debían recibir educación religiosa occidental.

Anga-lata tuvo por profesor a un misionero que le cambió el nombre por Angelita. En la misión se sintió muy a disgusto, excepto con la cocinera, quien la inició en el arte de la nigromancia: le enseñó a leer las manos y los posos del café, a descifrar el futuro a través de las cartas y a contactar con el más allá. Años después, la indígena maorí pensó que era hora de abandonar la misión; en su página web explica que confesó al misionero haber tenido una revelación mariana y solicitó ingresar en el noviciado del convento de las madres julianas de

Cristo, orden religiosa que prestaba servicio en esa misión. Al sacerdote le encantó esta vocación milagrosa y mandó a Angelita a 19.000 kilómetros de distancia, a la sede central de aquellas abnegadas monjas. Pero tras aterrizar el avión y recoger el equipaje, Angelita salió por la puerta de servicio y se dirigió sola a la ciudad, libre de ataduras.

Durante un tiempo trabajó en la calle, en zonas turísticas y frecuentadas, tirando las cartas y adivinando presente y futuro. Pronto ahorró dinero suficiente y alquiló un local céntrico, «Madame Angelita, su futuro en mis manos», rezaba el gran aparador. Enseguida se convirtió en adivinadora de prestigio y tuvo influencia entre personajes de reconocida solvencia, políticos y primeras lanzas del país.

Una editorial avispada le propuso escribir un libro, y ella se animó: *Regresiones al pasado más humano*, un tratado divulgativo donde se explicaba la técnica necesaria para realizar una regresión a un humano hacia un estadio anterior en el que también hubiera sido humano y fuera posible la comunicación. El éxito fue total y escribió una segunda obra, *Conversaciones con los del más allá*, entrevistas a personajes de relieve que ya realizaron traspaso, pero respondían a Angelita a través de la tabla ouija. Uno de los pasajes más emotivos fue la conversación que mantuvo con Jesusina Bodoque, «la bella maronita», una conocidísima bailarina de variedades que se lamentaba amargamente del silencio reinante a su alrededor y añoraba los aplausos de su querido público.

Gracias a estos trabajos se hizo muy famosa y fue contratada por una cadena de televisión para emitir el programa *Angelita te adivina*, que duró en antena varios años, hasta que simplemente desapareció; y parece ser que fue debido a la separación traumática con su marido, un empresario adinerado. Actualmente, su estrella ya no brilla igual y vuelve a trabajar en la calle, en las zonas más turísticas de la ciudad.

Agradecí a Sebas su aportación, pero con la boca pequeña; una historia que no servía para nada. Angelita no tenía perfil de asesina, y su religiosidad, si acaso, era paranormal: seguía-

mos sin nada tangible. Durante esta exposición me avisaron desde centralita que telefoneaba Ramoneta; era urgente. Respondí que estábamos reunidos, luego la llamaba yo.

Expliqué a Sebas que Jacinto iría al maldito viaje; no habíamos descubierto al asesino, y el pasaje estaba en peligro de muerte. Él, junto con Manolito, vigilaría a Barrabás y Bernadette; que durmieran los dos en su piso y por la mañana los llevaran al aeropuerto, no podíamos detener a nadie. Le agradecí su actitud tan profesional y tanto a él como a Manolito les regalaba tres días festivos. Sebas se levantó de la silla, me abrazó, deseó suerte a Jacinto y salió del despacho; parecía, incluso, un punto emocionado.

Nos quedamos Jacinto y yo solos. Le conté que su misión sería observar con precisión, no debía descubrir su profesión, únicamente a Salomé si las cosas se ponían feas. Si encontraba algún hecho sospechoso, debía actuar rápidamente y detener al asesino; si no era así, ya lo trataríamos a la vuelta. Jacinto estaba realmente contento de que se reconocieran sus esfuerzos y valía como policía. Debería presentarse en el mostrador de información de la terminal B a las 9 horas y preguntar por Ramoneta, la representante de Sopitas Carvajal. Le diría que venía de mi parte y le entregaría la notificación recibida por fax. Abracé fuertemente a Jacinto y le dije que preparara la bolsa de viaje y durmiera tanto como pudiera, venían días difíciles.

Cuando marchó Jacinto, llamé a su madre y se puso eufórica, su hijo sería tan buen policía como yo, y esto debía celebrarse, si se me ocurría cómo hacerlo, quizás una cena privada. Su esposo Jesús Miguel, mi hermano, estaba fuera de viaje, y podríamos charlar amistosamente sin tener que dar explicaciones. Mi hermano siempre ha sido un cornudo y un impotente. Su primera mujer lo abandonó después de engañarlo con todo el vecindario, muy harta de sus desganadas sexuales y erecciones flácidas. No voy a explicar por decoro qué le propuse a Jacinta de forma clara y abierta. Decir tan solo que ella aceptó encantada, y yo fui a la cita sin remor-

dimientos; mi esposa Matilde no me merecía. ¡Viva la vida, que son dos días!¹⁰

Eran las ocho, empezaba a oscurecer. Ordené todos los papeles y cuando salí por la puerta, excitado como puede comprenderse, me acordé de la llamada de Ramoneta. Marqué su número de teléfono, pero no respondió, y no le di mayor importancia; imaginé que querría confirmar la recepción del fax con la invitación a Jacinto como ganador del premio.

Entonces recordé que también debía llamar al investigador jefe de la comisaría de policía del barrio de Crispulones. Le pedí un nuevo permiso para utilizar a Jacinto unos días más en la investigación del caso de Espuelitas, cada vez más enrevesado. Respondió comprensivo: «El trabajo que hace aquí Jacinto es irrelevante, siempre administrativo, es concienzudo y preciso, pero no tiene madera de policía. La valentía no se le supone, simplemente no la tiene. Ponerlo de servicio en la calle es lo más beneficioso para los delincuentes. Si Jacinto tiene que desenfundar su porra o su pistola, ya te lo digo ahora, se

10. Nota del editor: Parece ser que la intención de Victorino, según confesó más tarde a Jacinto, habría sido ir de incógnito al aeropuerto, sin que la policía Salomé lo reconociera. Le habría gustado ver a todos los premiados; quién sabe si algún detalle le habría permitido la resolución del caso en el último momento.

Pero la cita con Jacinta era demasiado importante para cancelarla; primero es la satisfacción del deseo. Victorino afirma a los cuatro vientos que es un policía profesional y le gusta hacer su trabajo de manera seria y en condiciones. Por eso, pienso con sorna, decidió no acudir al aeropuerto a comprobar su estado, cansado y somnoliento por una noche en vela, y yo añadiría que sin energías por pérdida importante de fosfatos.

La sorpresa la tendría más tarde, al regresar a casa y encontrar una nota de Matilde, en la cual le explicaba que lo abandonaba, que ya no sentía nada por él, y quería el divorcio. Victorino no supo que su ya exmujer *de facto* lo dejaba para irse a vivir conmigo. Ahora ya ha pasado el tiempo y no me importa que el inspector jefe sepa la verdad, y por escrito, con la lectura de esta obra, que en parte también es suya. Mis obligaciones con él terminaron cuando me entregó su manuscrito, y buenos dineros cobró por ello.

jiña de arriba abajo, que lo insultas y se calla, de lo cortadito y cagón que es».

De todas maneras, no hay problema, el plan no debe alterarse. Si se produce una situación límite, está Salomé; suple todas las carencias de Jacinto, todo está pensado al milímetro. Con la satisfacción del deber cumplido, marché como un colegial a casa de Jacinta.

SEGUNDA PARTE

Continuación del caso Espuelitas a través de Jacinto Galí

ESTIMADOS LECTORES, que si algunos hubiere ya tienen mi más fervorosa consideración, quiero narrarles la sorprendente experiencia que viví durante un viaje en avión relativamente corto, pero altamente accidentado.

El pasaje se componía de dos tripulantes, piloto y azafata, más catorce pasajeros y la carga. Iniciábamos un viaje de placer gracias al premio otorgado por Sopitas Carvajal, éramos propietarios de uno de los cupones ganadores. En mi caso, ustedes lo saben bien, mi trabajo como policía me obligaba a estar muy atento. Era muy probable que a bordo viajara un asesino en serie, el asesino de Espuelitas, quizá Barrabás Rabasa. A mi favor estaba el hecho de que contaba con la presencia de otra policía, Salomé, que no me conocía, ignoraba totalmente los pormenores del caso y se había apuntado al viaje de manera irregular.

A pesar de que mis intereses particulares y profesionales quedan muy alejados de la narrativa, créanme que me siento feliz al poder explicarles con detalle lo que sucedió en este trayecto, y la manera como interactuaron los pasajeros entre sí hasta absorber completamente mi atención. No es necesaria ninguna introducción sobre los antecedentes del caso Espuelitas, ustedes ya los conocen a través del texto escrito por el comisario Victorino Delicado.

He tenido siempre el cuidado de anotar escrupulosamente los pensamientos, las reacciones o los comentarios de cada pa-

sajero. En algunas ocasiones fui su receptor directo y en otras me beneficié de las confidencias de terceros, pero siempre he querido mantener su frescura, talante y sentido original. Creo que ninguno de los personajes podrá acusarme de inventar situaciones imaginarias; quizás alguno pueda molestarse por no gustarle su propia realidad o por descubrir lo que él quiere esconder, pero yo no he maquillado verdades.

Para que ustedes puedan visualizar al personaje de la manera más próxima posible y no deban forzar su imaginación hasta crear una imagen distorsionada, me he tomado la libertad de incluir las caricaturas que realizó uno de los pasajeros, Benito Xui.

Cuando completé el rompecabezas sentí una inmensa sensación de relajo, el esfuerzo mereció la pena. Sin embargo, tan solo recibí unas tibias felicitaciones por parte de mis superiores. Felizmente, el editor Margarito Micifú, más sensato que cualquiera de los actores con poder de decisión que intervinieron en esta historia, me animó a contar mis vivencias, cosa que agradezco muy sinceramente.

Creo que son ustedes afortunados al poder leer lo que sigue, sin duda una *rara avis*, un suceso extraño. En todo caso, si no les gusta, pueden dejarlo sin contemplaciones. Pero hasta donde hayan leído, amigos, eso ya no se lo quitan de encima por más que pase el tiempo.

I. LLEGADA Y EMBARQUE

ERA EL DÍA 3 DE MAYO. Llegué al aeropuerto a las nueve de la mañana y me dirigí al mostrador de información de la terminal B, donde pregunté por Ramoneta. Me contestaron que no la conocían, pero ya era la cuarta persona que se interesaba por ella. Las tres anteriores podía encontrarlas justo enfrente, al lado de la máquina de café.

Me acerqué hacia allí y les pregunté si ellos también eran ganadores de Sopitas Carvajal. Una mujer relativamente joven, alrededor de la cuarentena, me contestó que sí. Iba vestida de manera anticuada, con falda azul que le llegaba a las rodillas y blusa blanca con estampados *beige*. Llevaba un sombrero ridículo, de rejilla, que más bien parecía la pantalla de una lámpara de estilo colonial. Se llamaba Mary Montaña y era peluquera. Estaba en el aeropuerto desde las ocho de la mañana, por nada del mundo se perdía aquel viaje. Con ella estaba Pilarín Dete, una de sus clientas, una mujer poquita cosa, pintada como un loro y portadora de dos muletas; ella también había ganado el premio. Benito Xui completaba el trío, músico del barrio, hipocondríaco, un hombre muy clásico, repeinado y con bigote de mediados del diecinueve. Yo ya sabía de todos ellos excepto de Pilarín, la ama de casa.

Mary me preguntó quién era yo, no recordaba que hubiera asistido el día de los premios a la tienda de Paulino. Además, no me tenía visto de Espuelitas y todos los ganadores vivían en

el barrio. Le contesté que me llamaba Yacintus Galí y había ganado el viaje igual que ella, pero me había sido imposible asistir a su entrega.

Instantes después vimos cómo se dirigía hacia el mostrador un sacerdote, vestido a la vieja usanza: sotana larga, hasta los pies, con botones en la parte delantera para podérsela abrochar y desabrochar. También preguntó por Ramoneta. Iba acompañado por tres jóvenes, vestidos de igual manera. Los cuatro tiraban de un carro grande con ruedas que transportaba un féretro, muy largo, de madera oscura y con un gran crucifijo en el centro. Realmente quedé estupefacto.

El sacerdote vino hacia nosotros y preguntó si teníamos relación con Sopitas Carvajal. Mary le contestó lo mismo que a mí y nos presentó a los otros tres. Benito Xui se abrazó al cura y nos dijo: «Es mi cuñado. Yo soy el marido de su hermana. ¡Qué sorpresa tan grande coincidir contigo! Sabía que llegaste hace un par de días, pero no te imaginaba aquí, en el aeropuerto».

Mary se interesó por el féretro que arrastraba y también por el nombre del sacerdote, pues ya lo tenía visto por el barrio. Respondió que él era el padre Celestino Piolín. Los tres jóvenes que lo acompañaban, Aureliano, Nelson y Wilfredo, eran seminaristas de su comunidad y lo ayudaban a transportar el ataúd. Hacía dos días que había regresado de misiones, de Sudamérica, y su superior de la iglesia de San Sulpicio le había encargado una importante tarea: acompañar en su último viaje al difunto padre Carlos Borromeo, muerto en la tarde de ayer, 2 de mayo. Él era uno de los agraciados con el premio y el pobrecito no lo disfrutaría.

El padre Celestino nos contó que el padre Borromeo «abandonó el mundo terrenal con gallardía, a una avanzada edad. Y el fatal desenlace le sorprendió muy desagradablemente, un día antes de iniciarse el viaje, pues él pensaba que era una recompensa del cielo, más teniendo en cuenta que la estancia turística tendría lugar muy cerca de sus queridos Piccolissimi Borromei. Murió diciendo: “Ya voy, Señor, ya me entrego a vos”, pues era consciente de que demoraba su marcha en exce-

so con distracciones banales que no eran del agrado del padre celestial. Él pretendía alargar la agonía con la esperanza de que aún tuviera tiempo de subir al avión con vida. Finalmente, el momento exacto del traspaso se produjo a las 15:47 horas.

»La comunidad de San Sulpicio lamenta profundamente que el padre Borromeo no pueda asistir en vida al viaje que tanta ilusión le hacía. Pero aprovechando que yo era uno de sus mejores amigos y regresaba de misiones, pensaron que sería buena idea pedir permiso a la firma de fideos para cargar en el avión el féretro con los restos del padre Borromeo y que yo lo custodiase para darle cristiana sepultura.

»En cuanto murió el padre Borromeo, el rector de la iglesia trató este tema con Ramoneta. Al principio ella puso reparos diciendo que esta particularidad no constaba en las bases del concurso y temía lo peor. Tampoco entendía cómo era posible que el padre Borromeo supiera el destino del viaje; ella no lo había comentado con nadie. Entonces, el rector le descubrió que aquel viejo sacerdote era muy alto y el día de la entrega de premios pudo verlo por encima de los hombros de Ramoneta. Estaba escrito en un sobre, medio tachado y con signos de admiración. Pero él conocía la zona y era inconfundible. De ahí la emoción que sintió al pensar que se trataba de un designio divino, el último premio por sus buenas obras. Tras esta explicación comprensiva, Ramoneta aceptó la propuesta y nos dijo que nos presentáramos hoy con todo el equipaje necesario, féretro incluido».

Quedé absolutamente pasmado, sin capacidad de reacción. El padre Borromeo muerto, y ¡en jueves! ¿Sería el séptimo asesinato de Braulio? ¿Era pura coincidencia? Imaginé que Ramoneta había llamado la noche anterior a Victorino para comunicarle esta terrible noticia, pero él no se puso, estábamos reunidos. Y luego, o bien se olvidaría, o bien no pudo contactar con ella, porque el inspector jefe no me informó de nada. Pregunté al padre Celestino si sabía de qué había fallecido aquel cura. Él respondió, tranquilo, que su buen amigo murió por causas naturales: «La muerte no perdona ni a la gente santa».

Entonces, Mary quiso saber el destino del viaje. El sacerdote le contestó, escuetamente: «Pues Italia, señora, dónde va a ser». Mary abrió los ojos y pronunció un «¡ooooooooh!» de alegría, aunque enseguida tuvo dudas de si el trayecto deberían hacerlo con un cadáver a bordo del avión. El padre Celestino le respondió que era un orgullo coincidir, en cuerpo presente, con un hombre tan pío como el padre Borromeo, que seguramente ya estaba a la diestra del padre celestial.

En aquel momento llegaron varias personas preguntando por la señorita Ramoneta y se pusieron a nuestro lado. A las 9:27 horas vimos a una joven corriendo por el vestíbulo en dirección al mostrador. Llegó jadeando, era Ramoneta. Yo no la conocía, claro, pero el resto del pasaje recordaba perfectamente que fue ella quien les entregó el premio. Mary se acercó la primera, le dio dos besos y le dijo que pensaba que el viaje era una broma; hacía dos horas que esperaba en el aeropuerto. La responsable de Sopitas Carvajal le respondió resuelta que no se pusiera nerviosa. Había tenido un contratiempo y esperaba mayor tolerancia. Y le recordó que la hora de encuentro era a las nueve de la mañana.

Ramoneta se disculpó con todos los demás y pidió que nos dispusiéramos a su alrededor, pasaría lista. Los que nombrara se situarían a su derecha. Empezó por Mary, siguió con Melitón, joven bajito, gafitas redondas y ojitos muy achinados, el probador de mortajas. El garbancero Paulino no había llegado aún. Luego Pilarín y Benito. Después llamó a Enrique y a su esposa Rosita, que tampoco se encontraban presentes, ni lo estarían, imaginé. Y a continuación Salomé, realmente guapa, muy atractiva, con larga melena.

Ramoneta llamó al padre Borromeo y la peluquera Mary se adelantó para aclararle que «no puede responder, está dentro de la caja que custodian estos curillas». El padre Celestino le rogó que tuviera más respeto y comentó a la empleada de Sopitas Carvajal que según se había acordado, él custodiaría el féretro del amadísimo sacerdote hasta el final del trayecto. Ella asintió y le rogó que no desvelara el destino; se trataba de una

sorpresa para el resto de los viajeros. Antes de proseguir con la lista, Mary exclamó: «Es Italia, Ramoneta, ya lo sabemos». Esta mujer resultaba odiosa por entrometerse en las conversaciones y pretender saberlo todo.

Los siguientes en ser nombrados fueron el feriante Salomón, portador de un peluquín exagerado; Angelita Tweres, la adivinadora, mujer alta y fortachona, de piel oscura, vestía una larga túnica de color azul eléctrico. Y entonces llegó corriendo una pareja joven cogida de la mano. Se trataba de Barrabás y de Bernadette.

Al fondo del corredor pude ver a Manolito y a Sebas, que disimularon su presencia. De Barrabás me impresionó lo peinado que iba y sobre todo los ojos, de un negro oscuro sin expresión, muy fríos.

En ese momento solo yo quedé sin nombrar. Todos me miraron, imaginando que quizá sería un polizón oportunista que quería colarse en aquel viaje. Dije a Ramoneta que yo era Yacintus Galí, ¿se acordaba? El señor Victorino Delicado, evité decir «comisario», ya la había puesto al corriente. Mary volvió a intervenir: «¿A qué corriente se refiere Yacintus? No queremos que nadie se beneficie del premio por ser “familia de”, ¿correcto?». Afortunadamente, Ramoneta reaccionó ágilmente y le contestó de forma tajante: «Mary, con todos mis respetos, Sopitas Carvajal se reserva el derecho de admisión en este viaje. Si sigues provocando con tus impertinencias, igual te quedas en tierra. El viaje durará varios días, ya lo sabes, y hay que mantener un equilibrio en el grupo. Y todos tus comentarios van en contra de este equilibrio. Para tu información, te diré que el señor Victorino es el dueño del colmado Manjares Delicados del barrio de Crispulones. Él vendió un sobre premiado al señor Yacintus Galí. Por eso él está aquí con todos nosotros, también es ganador del viaje, ¿te sirve la explicación?». Desde aquel momento, Mary no volvió a pronunciar palabra. Al menos hasta embarcar en el avión.

Pocos minutos después se presentó en el mostrador de la terminal B un hombre joven, poco más de treinta años, bajito,

muy gordo y totalmente calvo. Cuando los demás lo vieron, aplaudieron, se trataba de Paulino, el tendero de Garbanzos Betanzos. Vestía pantalones de color gris, muy raídos, por no decir destrozados. A pesar de su gordura, estos le venían grandes y se aguantaban gracias a unos tirantes amarillos. Por debajo llevaba una sahariana a cuadros azules, un modelo antiguo, agujereada alrededor de los dos bolsillos pectorales. Calzaba unos mocasines descoloridos y aplastados totalmente, las suelas ya no soportaban su peso. Ramoneta le dio la bienvenida y lo puso a su derecha.

Estábamos todos excepto Enrique y su esposa Rosita. Ramoneta nos avanzó que probablemente no vendrían; él estaba ingresado en el hospital, un cólico nefrítico severo, y su mujer ya la había avisado de que el estado era preocupante. Esperarían hasta las diez y media y embarcarían las maletas. El avión no tenía hora fija de salida, solo nos esperaba a nosotros.

Se veía un buen ambiente en la expedición, las ganas de iniciar unas merecidas vacaciones. ¡Italia! Todos estaban emocionados con el destino. Pero, exactamente, ¿qué parte de Italia? Ramoneta no quiso responder y dio largas. Era una sorpresa y lo sabríamos a su debido momento. Las apuestas mayoritarias se inclinaron por la Riviera, quizá San Remo o Imperia, por eso les avisaron de que se llevaran bañador. Otros preferían el sur de Nápoles, las evocadoras playas del golfo de Salerno o la mismísima isla de Capri. Algunos apuntaron la Toscana, Florencia o Arezzo, y el bañador para la piscina del hotel. Pero estaban contentos, la mayoría no había salido jamás del país y la idea de Italia los seducía con fuerza. El padre Celestino sonreía, pero se abstuvo de hacer comentarios.

A las diez y veinte llegaron los dos últimos viajeros. Enrique era llevado en camilla por dos camilleros. Su mujer iba detrás, arengándolos para que no se entretuvieran, llegaban muy tarde. Los dos sanitarios explicaron a Ramoneta que no había sido posible retener a ese hombre en el hospital. Firmó el alta voluntaria sin el consentimiento del médico de guardia, que no se hizo responsable de la evolución del cóli-

co nefrítico. Estaba muy sedado y prácticamente no sabía ni cómo se llamaba.

Su esposa Rosita desmintió a los camilleros y aseguró que su marido estaba mucho mejor, solo un poco mareado por los efectos del analgésico. Pero ya no presentaba aquel estado pálido acompañado de sudoración fría, angustiado y agitado, temiendo una nueva crisis. Ciertamente, el estado de Enrique no parecía el de un enfermo desesperado por el dolor. Además, añadió la mujer, con sus rezos y el traqueteo del avión su marido echaría la piedra antes de llegar al aeropuerto de destino.

Pilarín se acercó a Rosita. Le dio dos besos y le dijo que sus pies estaban fatal y requería las dos muletas para andar; necesitaba de sus milagrosas manos. El padre Celestino saludó a Enrique, llamándolo «mi querido inventor», lo abrazó con cariño y le dijo algo al oído. Benito le estrechó la mano y le dio unos golpecitos en la espalda. Enrique lo miró distraído y con una débil vocecita le pidió: «No me pintes aún, Benito, que estoy muy vivo». Rosita besó al sacerdote y al músico y les hizo saber que el viaje sería de lo más placentero, sus oraciones nunca caían en saco roto.

Ramoneta quería terminar pronto su trabajo, ya se veía que estaba harta del premio. Repasó la póliza de seguros que cubría repatriaciones en caso de enfermedad o muerte y consintió la marcha de Enrique y su esposa, no discutiría la letra pequeña, que se prepararan para facturar el equipaje. Rosita agradeció la decisión tomada y rezó el *Credo in unum Deum*, en latín, ante la sorpresa general de los presentes, incluidos los cuatro religiosos que custodiaban el ataúd del padre Borromeo.

Facturamos rápidamente las maletas y allí se despidió de nosotros la delegada de Sopitas Carvajal, que rogó que nos pusiéramos todos juntos y recitáramos el lema de la firma: «Sopitas Carvajal, frías o calientes son un manjar; en el cielo la toma Ramón y Cajal y en la tierra hasta mi tío Pascual». Un viajero anónimo nos hizo la pertinente fotografía con el teléfono móvil de Ramoneta, que lanzó un beso al aire y se fue sin mirar atrás.

El carro con el féretro del padre Borromeo fue conducido al avión por dos mozos del aeropuerto, pero por la puerta de mercancías; supuse que tendría los permisos en regla. Enrique no podía continuar con la camilla, así que buscaron una silla de ruedas y, como los camilleros tampoco podían pasar por aquella zona, fui yo quien lo condujo hasta el avión, vigilando que no cayera por los lados; estaba muy desorientado.

En el panel informativo de la puerta de embarque, P 27, no ponía el lugar de destino, no querían desvelárnoslo. Allí entregamos las tarjetas de embarque y entonces vimos el aparato que nos esperaba y nos quedamos boquiabiertos: un Embraer Legacy 600, un aeroplano de lujo al que no faltaba ningún detalle. Los pasajeros pensaron que a Sopitas Carvajal debían irle muy bien los negocios si fletaba para nosotros aquel magnífico avión. Si el vuelo lo realizábamos en ese medio de transporte, ¿qué fasto nos esperaba durante los nueve días restantes?

A mí no me cuadró en absoluto aquel exceso. Sabía que Ramoneta había contratado un viaje basura para aquellos infelices, allí había gato encerrado. Para hacerse una idea, el Embraer Legacy, de fabricación brasileña, está pensado para ejecutivos de alto nivel. El Legacy puede transportar dieciséis pasajeros a una distancia de 6.019 km sin necesidad de repostar. La tripulación está compuesta por piloto, copiloto opcional y azafata; su longitud es de 26,33 metros; la envergadura, de 21,17 metros; tiene una altura de 6,76 metros; en vacío pesa 16.000 kg; sus dos motores son turbofan Rolls-Royce AE 3007 con empuje de 33,0 kN cada uno, y la velocidad máxima, de 834 km/h.

La azafata de vuelo, una mujer muy fea, obesa y con cara de cerdita llena de granos, nos dijo que podíamos sentarnos donde quisiéramos, no había numeración en los asientos. Entonces, desde el puesto de mando nos habló un hombre alto, ligeramente fondón, rondando los cuarenta y un poco acelerado en sus comentarios: «Buenos días, me presento a ustedes, soy el comandante Cornelio Rubicón, encargado de pilotar esta maravillosa nave al aeropuerto de destino, sobre el

que no puedo desvelar su nombre. Sepan ustedes que el vuelo durará aproximadamente dos horas y media; las condiciones climatológicas son buenas y a nuestra llegada la temperatura será de unos 23 °C. Es posible que pasemos alguna turbulencia, pero no se inquieten, la aeronave no caerá. Precisamente hoy se estrena este Embraer por los aires y ustedes serán los testigos, un gran honor.

»Quiero presentarles a Ana Expósito. Ella será su azafata de vuelo, la encargada de que no les falte nada. No duden en pedir lo que se les ocurra, pero háganlo en voz más bien alta, Ana es un poco teniente. Quiero decir que no tiene unos pabellones auriculares especialmente dotados y se duerme con frecuencia.

»Comprobarán ustedes que gusta de comer y así está de hermosa. Pero no molesta a nadie. ¡Cuántos hay que sus vicios implican la infelicidad de un tercero! Debo añadir en su honor que es una gran jugadora de ajedrez y si alguno de ustedes es aficionado a este juego de reyes, ella está dispuesta a enfrentarse a quien la rete.

»Sopitas Carvajal me ha encargado que los entretenga durante el vuelo y les propongo participar en una competición, inventar palíndromos. Los ganadores recibirán un magnífico regalo a la llegada al hotel. Un palíndromo sería a la lengua lo mismo que un capicúa a los números: una palabra o frase, con sentido, que se lee igual de derecha a izquierda que de izquierda a derecha, como, por ejemplo, “Amor a Roma”. Este es muy sencillo, pero hay palíndromos de gran dificultad y de una enorme belleza.

»Espero que lo pasen bien y consigan los premios. Esfuércense y créanme si les digo que los ganadores serán muy afortunados. Para intervenir, solo tendrán que pulsar el botón naranja que tienen en el panel que se halla sobre sus cabezas, el cual accionará el timbre. Todos guardaremos silencio para escuchar su aportación y después la votaremos con una nota, del 1 al 5, siendo el 1 la más mediocre, la peor, y el 5 la más brillante, la máxima. Ahí va mi primer palíndromo, para abrir boca: “Ana lleva al oso la avellana”. Les ha gustado, ¿verdad? Ana, aho-

ra te toca a ti... ¡Ana, te toca a ti!». La azafata se levantó de su asiento, detrás de Cornelio y, dirigiéndose al pasaje, dijo: «A repollo, pan. A pollo, pera».

Todos nos quedamos muy sorprendidos con aquellas explicaciones. No entendíamos nada, pero la azafata nos entregó lápiz y papel y nos pusimos a pensar. Yo estaba sentado en la última fila de la derecha, junto al pasillo. A mi lado, en la parte de la ventanilla, estaba la policía Salomé. Por delante, Salomón y Melitón, sentados juntos. Delante de ellos, el padre Celestino y Benito, haciendo frontera con la pequeña cocina del avión.

En la parte izquierda estaba el piloto, seguido por la azafata. Detrás de ella, por este orden, Enrique y Rosita; Paulino y Mary; Angelita y Pilarín. Barrabás y Bernadette quedaban a mis espaldas, pero bien controlados. Y más atrás estaba la salida izquierda del avión. Y al fondo se encontraba la bodega de carga, que ocupaba todo lo ancho del avión.

Detrás de mí estaba la *toilette*, a la que seguía la salida derecha del avión. A continuación, la misma bodega para carga. Y en este lado se dispuso el féretro con los restos mortales del padre Borromeo, bien fijado y asegurado para evitar desplazamientos.

A continuación se muestra un dibujo que ilustra la disposición con la que iniciamos este viaje. Debo agradecer a Benito que hiciera las caricaturas de todos los pasajeros. Él no es un gran dibujante, ya verán, pero la intención es lo que cuenta y vale más una imagen, ni que se aproxime vagamente a la realidad, que cualquier descripción escrita.

El piloto Cornelio se dirigió a todos los pasajeros y repitió lo que es habitual en un vuelo comercial: «Por favor, abróchense los cinturones, vamos a despegar». A las 11:30 horas de la mañana los motores se pusieron en marcha y el avión rodó por la pista.

La azafata no nos hizo ninguna demostración de cómo ponernos el salvavidas ni alcanzar las mascarillas de oxígeno en caso de necesidad. Yo pensé que quizás el avión era tan sofisticado que no tenía manual y no eran necesarias aquellas explicaciones tan aburridas y supuestamente inútiles.



Cornelio Rubicón

Cabina de pilotaje



Ana Expósito

Cocina



Enrique Riquelme



Rosita Rosicler



Padre Celestino Piolín



Benito Xui



Paulino Fazoleo



Mary Montaña



Salomón Quiriqui



Melitón Chispitis



Angelita Tweres



Pilarín Dete



Yacinthus Galí



Salomé Chindilopis



Barrabás Rabasa



Bernadette Pilindris

Toilette

Salida
izquierda

Salida
derecha

Bodega para carga y equipaje



Padre Carlos Borromeo

II. PRIMER DESPEGUE

EL AVIÓN HIZO ALARDE de una potencia espectacular. Era agradable oír los motores a pleno rendimiento, con el aparato a punto de despegar. Nos quedamos pegados contra los respaldos de los asientos mientras escuchábamos al piloto Cornelio gritar: «¡Yuhuuu!, ¡vamos ya que nos vamos!, ¡yuhuuu!». El avión se elevaba y el suelo se alejaba. Yo me fijaba de reojo en Salomé, que miraba por la ventanilla. Su pelo rizado y su cara tan bonita.

En poco más de tres minutos ya estuvimos muy arriba, por encima de las nubes. La lucecita de abrocharse los cinturones se apagó, y Mary, no podía ser otra, fue la primera en hacer un comentario: «Cornelio, qué grande eres, cielo. Nos dejas alucinando con este despegue tan espectacular. Si todo lo haces igual, ya tienes una admiradora, Mary se llama». Cornelio le respondió rápidamente: «¿Que me tira los tejos, señora? Pues ahí va otro palíndromo: Ligar es ser ágil». Se oyeron las primeras risas, entre ellas la mía; me hizo gracia el piloto.

Ana se levantó de su asiento, con mucha cachaza. Se dirigió a la pequeña cocina que tenía a su derecha y sacó un carrito con bebidas y pastas para el primer refrigerio. Rosita también se levantó y fue hacia el lavabo, justo detrás de mí. Desde mi asiento pude oír cómo rezaba el *Yo pecador*, tras lo cual se escuchó el ruido de la cadena del váter y el agua corriente del lavabo; imagino que se lavaría las manos.

La azafata servía a discreción, y gustó a todos excepto a Paulino, que pidió un bocadillo de salchichón y dos cervezas. La primera para quitar la sed, dijo, y la segunda para saborear. Salomé seguía mirando por la ventanilla. No me había dicho ni buenos días cuando me senté a su lado. Era guapísima, en verdad, pero más bien arisca, eso ya lo sabía yo. Si así empezaba el viaje, ¿cómo terminaría, siete días después? Delante de mí estaba Salomón, y el enorme peluquín le sobresalía de su asiento. A su lado estaba el esmirriado Melitón, también miraba por la ventanilla y emitía unos ruiditos, «goooochi-gooo, gooochi-oooochi-oooochi-gooo». Más allá hablaban de sus cosas los dos cuñados, Benito y el padre Celestino.

Del otro lado del pasillo estaban Enrique y Rosita, esta ya había regresado a su asiento. Él dormitaba, ajeno a su alrededor, y ella hablaba de vez en cuando con el sacerdote. Paulino y Mary los seguían detrás. Angelita y Pilarín estaban a continuación; no mostraban ningún comportamiento atípico. En los dos últimos asientos se encontraban Barrabás y Bernadette. Se hablaban bajito, como susurrándose, con las caras muy cerca. Desde luego, no parecían unos viajeros normales.

La azafata Ana ya había servido a todo el pasaje y regresaba a la cocina comiéndose las sobras. Dejó el carrito dentro y se puso en medio del pasillo, todo lo ancha que era y dijo con voz bien alta: «Escuchen lo que voy a hacer y decir». Cogió una de las pastas, la más grande, y se la tragó sin masticar, hacía falta mucha pericia para no atragantarse. Entonces añadió: «Ana, galaica sana, sacia la gana», y a continuación se escuchó una sonora carcajada que provenía del puesto de mando, de Cornelio.

Al principio no caí en la cuenta, pero tras repetirme la frase varias veces, me di cuenta de que era otro palíndromo, y no puede evitar una amplia sonrisa. Salomé y Barrabás hicieron lo mismo. Al cabo de unos segundos sonó el timbre especial, fue Rosita quien lo pulsó. Cornelio pidió silencio absoluto. La mujer de Enrique se levantó y dijo: «Oirás orar a Rosario». Luego se sentó.

El piloto del Embraer aplaudió y añadió: «Ciertamente te oímos rezar, Rosita. Este palíndromo no es malo. Yo te doy de nota un tres. Pasad el papel para que vote el resto de pasajeros». Todos pusimos nuestras valoraciones y devolvimos la hoja al puesto de mando. Rosita consiguió 37 puntos. Cornelio se encargó de recordarnos que, en aquel momento, el premio fantástico de los palíndromos era para Rosita. Que espabiláramos los demás.

Entonces se levantó Barrabás y se dirigió al lavabo. Salomé se giró y lo saludó afablemente: «¿Qué tal, Barrabás? Hace días que no te veo por la piscina». Y siguió mirando por la ventanilla. Ellos dos también se conocían, era obvio. Al final, yo sería el único que iba por libre. Enrique y Rosita eran matrimonio y conocían a Benito y al padre Celestino, que eran cuñados. Mary y Pilarín, peluquera y clienta, y esta última también conocía a Rosita y sabía de su pericia como callista. Paulino, el famoso tendero, los conocía a todos. Y por último, Barrabás y Bernadette, pareja, aunque quizás eso solo yo lo sabía.

Barrabás salió del lavabo y volvió junto a Bernadette. Siguieron hablando muy bajito y de forma animada, besándose delicadamente. Yo estaba observando los acabados impecables del avión cuando de pronto Salomón se puso en pie y se giró hacia Salomé, diciéndole: «Eres muy guapa, te lo dedico». Pulsó el botón naranja y dijo su palíndromo, bien fuerte: «Salomé: me molas». Yo quedé muy parado, imagino que el resto del pasaje también. Aquello fue una verdadera declaración de intenciones. La respuesta de Salomé no se hizo esperar y fue demoledora: «No molas, Salomón», y se quedó tan ancha. No pude contener mi carcajada, aunque la más espectacular fue la del piloto, que al final pudo decir: «Ahora, voten los dos palíndromos. Y tiembla, Rosita, que ya no estarás en primera posición». Efectivamente, Salomón consiguió 41 puntos y Salomé, 52.

Paulino pidió otra cerveza y otro bocadillo. El padre Celestino se giró y le dijo que pensara un poco más en su salud, ya estaba muy rellenito y los excesos, como los errores, se pagan

caros. El tendero tuvo gracia en su respuesta: «Obeso. Lo sé; solo sebo». Otra carcajada se nos escapó a unos cuantos y se puso por delante en la competición: 56 puntos.

Sorprendentemente, Pilarín, que estaba a mi izquierda, y sin venir a cuento, se puso a cantar en portugués, desafinando horriblemente. No pude reprimirme más y con el propósito que no siguiera, le pregunté si era portuguesa: «Pues no. Hablo portugués, pero nací en Angola. ¿Conoces aquello? Volveré algún día con mis dos hijos, Mario y Darío. Ahora están de viaje, sabrá Dios dónde paran, a mí no me dicen lo que hacen, ya son mayores». Comentó que iba con muletas porque le dolían los pies, tenía unos terribles espolones. Rosita era su podóloga: «Me los arreglará durante el viaje y volveré a casa sin bastones».

Interrumpí a Pilarín, aquella conversación no me interesaba lo más mínimo y me ponía nervioso. Me excusé diciéndole que yo tenía que pensar algún palíndromo y ella debería hacer lo mismo. Lo entendió y se puso a hacer garabatos en el papel, pero rápidamente lo dejó.

En aquel momento se levantó Salomón para dejar pasar a Melitón: quería ir al lavabo, otro más con incontinencia. Pilarín vio su peluquín y se puso a cantar otro fado, *Ó careca*, que trata sobre los calvos. Afortunadamente, no sabía toda la letra y pronto cesó el terrible canto.

Cornelio se levantó de su puesto, dijo que no temiéramos nada, el piloto automático era de fiar, quería comprobar que el féretro fuera bien sujeto. Al pasar delante mío miró a Salomé y le hizo un guiño. Ella ni se inmutó. Unos segundos después regresó, y entonces le sacó la lengua de una manera que a mí me pareció obscena y, desde luego, de mal gusto. Esta vez la joven policía no se quedó parada. Se levantó y le pegó un buen bofetón al piloto, tirándole la gorra al suelo: «Quieres jugar, ¿verdad? Pues ve con cuidado conmigo, gilipollas».

Yo quedé asombrado por la actuación de Salomé y le levanté el dedo pulgar en señal de aprobación. Cornelio llegó un poco aturdido a su puesto de mando, cogió el altavoz y pidió disculpas: «Lamento el incidente ocurrido con la señorita

Salomé. En todo caso, gustoso pondría la otra mejilla si con ello consiguiera su perdón». Salomé se levantó al instante, se dirigió a la cabina y le soltó otro bofetón que le tiró la gorra al suelo por segunda vez.

Cornelio dijo por el altavoz que daba el caso por cerrado y seguidamente rogó que nos cambiáramos de asiento, que tuviéramos a otros compañeros por vecinos. Era importante que nos conociéramos todos y fortaleciéramos el grupo. El premio de Sopitas Carvajal era un viaje de ensueño y teníamos que poner de nuestra parte, interesarnos por los demás y dejarnos conocer. Entonces, todos los pasajeros nos levantamos, algunos a regañadientes. Yo me precipité a la hora de escoger asiento y me quedé al principio del avión, al lado de Mary; imagino que ella querría estar lo más cerca posible de Cornelio. Ciertamente, fue el peor de los escenarios para mí, pues Barrabás y Bernadette quedaron igualmente al fondo, ellos no cambiaron su puesto, y Salomé quedaba a mi altura, pero justamente al otro lado del pasillo, sin opciones de poder hablar con ella.

Detrás de mí quedaron Enrique y Rosita. Al enfermo se le acababan los efectos del tranquilizante y se quejaba de dolor intenso. El cólico no estaba curado ni remitía. Rosita no podía darle más pastillas, le dejarían el estómago hecho un colador. Debía aguantar media hora más y le administraría un nuevo calmante. Entonces se puso a rezar con intensidad para que el dolor fuera mínimo.

Enrique le rogó por favor que los rezos los hiciera en silencio; la jaqueca era también muy severa. Rosita llevaba una pulsera peculiar, pesada, la cambiaba de muñeca cada dos por tres. Yo ya sabía qué era, pero se lo pregunté: «Es la pulserita Cleofás, inventada y diseñada por mi marido y producida a petición de sor Rebeca de la Ascensión. ¿Sabe que un hipopótamo le arrancó la cabeza hace unos días? Pobre mujer, que Dios la tenga en su seno. Y ahora permítame, Yacinthus, que le rece una oración para la salvación de su alma». «Muy bien, muy bien, Rosita –interrumpió su marido Enrique–, pero en silencio, en silencio, por favor, respeta mi dolor de cabeza».

En aquel momento Cornelio pidió por el altavoz que nos abrocháramos los cinturones de seguridad, pues pasaríamos por una zona de fuertes turbulencias. Realmente, el avión tembló vivamente durante unos minutos y dio la sensación de que fuéramos en tren. Rosita rezó en voz alta, no se pudo contener. Mary me agarró la mano, se excusó, pero tenía mucho miedo. De pronto, las turbulencias cesaron y se apagó la luz, ya podíamos quitarnos el cinturón.

Paulino pidió otra cerveza y alguna cosa para picar. Cornelio ordenó a la azafata que lo complaciera y le llevara unas almendras. Mary se giró hacia mí y me susurró al oído: «Qué generoso es Cornelio, ¿verdad? Creo que está tímido conmigo. Me parece que le gusta al piloto. Y él a mí también. ¿Tú qué opinas?». También me ponía nervioso aquella mujer, así que le respondí que efectivamente, que ella le gustaba al piloto.

Le pregunté por Paulino, si lo conocía, y me contó su historia, casi susurrando, él estaba a su derecha. Mary contó que este nació en una pequeña aldea, lejos de aquí, era el único hijo de Carmelita, famosa por preparar unos maravillosos garbanzos cuya receta aprendió de su propia madre, una mujer que realizaba conjuros e invocaciones antes de cocinarlos. Cuando Carmelita tiraba los garbanzos al agua hirviendo, hacía dos cruces al aire con la mano derecha y se golpeaba levemente el estómago con la izquierda. Levantaba el puño, cerrado, y murmuraba algo que empezaba con un «*ai meus déus, ai meus déus*».

Carmelita se había casado con un marinero simpático y bailador que no era de aquellas tierras. Al poco de nacer Paulino, seis kilogramos de peso, murió el padre del marinero y este decidió regresar junto a su familia a la ciudad que lo vio nacer y encargarse del negocio familiar, Gorras y Boinas Fazoled. Pero el negocio de tres generaciones vistiendo cabezas no tenía futuro, y el marinero volvió a la pesca, ahora dedicado a la gamba y al calamar. Pocos años después ocurrió una tragedia, un fuerte temporal zarandó su embarcación y cayó al mar. Su cuerpo no fue recuperado y se lo consideró ahogado a todos los efectos.

La viuda reformó la tienda de gorras y boinas y la convirtió en un colmado para vender garbanzos, que enseguida tuvieron una gran acogida en el barrio de Espuelitas. Paulino dejó los estudios y se puso a trabajar con su madre en Garbanzos Betanzos. Al tiempo, Carmelita sufrió un ataque al corazón repentino, y al ver su grave estado, Paulino le pidió angustiado que le confesara el secreto de la receta. En un último esfuerzo, su madre abrió los ojos, lo miró fijamente y dijo: «Ai meus déus, ai meus déus», a lo cual siguió una murmuración ininteligible y murió. Para Paulino fue un duro golpe, pues quedó al frente de un negocio ya sin carácter.

En aquel momento, Melitón salió del lavabo, llevaba dentro mucho rato, no escuché tirar de la cadena, no sé para qué habría ido, y se sentó en su sitio. Me di cuenta de que Pilarín se quejaba a Rosita de sus pies. Le dolían mucho y le pidió un favor especial: un masaje, su «manitas de Rosita», seguro que la aliviaba.

Pilarín estiró las dos piernas a lo ancho del pasillo, y Rosita empezó a tocar los pies de su clienta, que cerró los ojos y pareció trascender a otra dimensión. A su lado, el padre Celestino, ¡no me lo podía creer!, estaba acariciando el pelo de Pilarín, y le susurraba algo a la oreja. Ella sonreía y parecía amonestarle, sin demasiada firmeza: «No me diga estas cositas, padre, que me hace un no sé qué el estómago...».

Enrique se dirigió eufórico a Rosita, su dolor había desaparecido, así de simple, y se encontraba muy mejorado. Iba al lavabo y volvía. Cuando regresó apretó el botón naranja: «Quiero agradecer a Cornelio su maniobra fantástica: he expulsado la piedra y se acabó el cólico y el dolor. ¡Qué turbulencia tan benefactora! He puesto la piedra en esta bolsita de plástico para quien quiera verla. No sé cuánto pesa, pero por el tamaño podéis imaginar el dolor que producía allí donde estaba encajada».

Mary hablaba ahora con Paulino y lo reñía: «¿Por qué vas tan desaseado y con esta ropa andrajosa? Paulino, tu madre te llevaba como un pincel y tú ahora pareces un pordiosero. ¿Que

no te das cuenta, hombre? Ya sé que estás solo y no puedes ir a aquel sastre que te vestía impecablemente. ¿Cómo se llamaba...? Ah, sí, ya recuerdo, Julito. Pobre, mira que morir de aquella manera en el teatro... También es mala suerte. ¿Sabes algo de su hermana? Creo que desapareció por arte de magia».

Paulino le contestó: «El moñitas del Julito se murió y a mí me ha dejado con lo puesto. No he renovado vestuario desde que muriera el sastre. No sé qué ponerme y hace semanas que voy con lo mismo. Pero, Mary, te lo digo a ti en confianza: al que no le guste que no mire. Y si huelo mal, que se joda. He oído que su hermana Mariauxi se fue con su padre». Poco a poco iba surgiendo la trama de Espuelitas, lo que habíamos investigado y sabíamos de ella. Mi deber era escuchar lo que sucedía a mi alrededor, anotarlo y esperar acontecimientos; seguro que aparecería la pista definitiva.

Salomé seguía mirando por la ventanilla y Rosita haciendo un masaje a Pilarín. Me giré atrás para dar conversación a Enrique: «Así que usted es inventor, ¿verdad?». «Pues sí, y trabajo en la iglesia de San Sulpicio, soy el encargado de mantenimiento. Por eso conozco al padre Celestino, nos vemos con frecuencia cuando no está de misión en el trópico. Es un hombre de nervio y las mujeres deben vigilar. Como es consejero matrimonial, dice que tiene que estar al día en el arte de la seducción. También conozco a su cuñado Benito, canta en la misma iglesia y hace caricaturas de la clientela.

»Ya has visto uno de mis inventos, Yacintus, la pulserita Cleofás, nombre puesto en honor de uno de los discípulos de Jesús, a quien este se le apareció tras su resurrección. Lo ideé para mi esposa, quería contentarla, es muy buena conmigo. Son unos diminutos circuitos integrados que se insertan en las cuentas del rosario y reproducen distintas oraciones. Al principio fabriqué dos unidades, pero antes de regalársela a Rosita, dejé una muestra a sor Rebeca, que en paz descanse, y otra al padre Eulogio, rector de la iglesia de San Sulpicio; quería saber su opinión. Unos días después la monja me dijo que la idea era muy buena, pues los feligreses se cansan de rezar y se quedan

sin voz. Así pueden seguir la oración en silencio y con el mismo beneficio. Pero era fundamental sustituir una de las oraciones, no encajaba con la liturgia católica tradicional; el resto era obra de Dios, sin duda. El padre Eulogio también vio con buenos ojos la función de aquella pulserita, pero él la perdió o quizá se la robaron, de pronto desapareció de la sacristía. Por tanto, sustituí aquella oración como pedía sor Rebeca y se fabricaron quinientas unidades, con los costes a cargo del convento. La iglesia de San Sulpicio solo se comprometió a venderlas.

»Las pulseritas se pusieron a la venta para el gran público, pero desgraciadamente el negocio no funcionó. Sor Rebeca entregó la representación del producto a un comercial para que le diera salida, un tal Braulio. Pero fue un desastre, no se vendió nada. Yo recuerdo haber hablado con él por teléfono para explicarle las características técnicas de las pulseritas y que supiera vender el producto con conocimiento de causa. Me dio la sensación de que no se aclaraba demasiado. Había interferencias en la línea y su manera de hablar era muy peculiar, un tanto extravagante, usaba expresiones antiguas y retorcidas. Creo que él me entendía tan poco como yo a él.

»Sor Rebeca me comentó más tarde que tenía muchos problemas para deshacerse de este individuo. Se había tomado aquella venta como algo personal, sin aceptar que los clientes no las quisieran ni regaladas. Si va usted al convento de sor Rebeca, aún podrá ver los montones de cajas que tienen guardadas sin abrir y sin saber qué hacer. Ahora, las monjas ofrecen las pulseritas a precio de saldo a todos los creyentes píos que las solicitan. Yo renuncié a mis ganancias y solo cobré los gastos de fabricación».

Paulino terminó la cerveza. Apretó el botón naranja, se levantó, y soltó otro palíndromo, dirigiéndose a Salomé: «A mamá le mima. A mí, me la mama». Puntuación: 29 puntos, la peor de todas. Y de premio extra un bofetón extraordinario que le endosó Salomé, «por grosero y desconsiderado». El padre Celestino también se levantó de su asiento y pidió calma y sobre todo educación. Rogó a Paulino que dejara de beber alcohol, ya no

sabía lo que decía. Y a Salomé que no tuviera una mano tan larga y ligera, esa actitud le recordaba a un santo varón que ahora estaba en la parte de atrás del avión, en la bodega.

Barrabás, desde el fondo del avión, gritó su palíndromo: «Allí toca Pedro Netoxas: saxo tenor de pacotilla». Su puntuación, ni buena ni mala: 36 puntos. Me quedé asombrado... «¡Allí toca Pedro Netoxas: saxo tenor de pacotilla!». Yo ya había leído esa frase, ¡en el manuscrito de Braulio! ¡Se trataba de un palíndromo y no nos habíamos dado cuenta! Abrí el lector de mi teléfono móvil, allí guardaba escaneados todos los informes y el manuscrito por si necesitaba consultarlos: ¡efectivamente!, y había al menos cuatro palíndromos más: «Sor Rebeca hace berros», «La tropa tramará para rapar a Marta Portal», «Anita, la gorda lagartona, no traga la droga latina» y «Ana Rita sedaba a la abadesa tirana». Tremendo, pensé, a este Braulio, con toda seguridad Barrabás, le gustan los juegos de palabras, y esta será su perdición. ¡Qué feliz casualidad la propuesta de Cornelio relativa a los palíndromos!

Tras las votaciones, Enrique siguió hablando conmigo y comentó que era muy curioso el palíndromo de Barrabás, pues el tal Pedro Netoxas existe en realidad: es un músico que colabora en el convento de sor Rebeca. Corté secamente a Enrique y me disculpé por ello, pero tenía que ir urgentemente al lavabo, ahora regresaba. Entré en la *toilette*, esperé unos segundos y salí. Sin concesiones, interrumpí los besitos de Bernadette y Barrabás y le dije a él que me había gustado mucho su palíndromo. Además, yo conocía a un Pedro Netoxas, un boxeador albano que había ganado una medalla olímpica. ¿Se trataba del mismo personaje?

Barrabás me contestó que era solo una casualidad, se trataba de un nombre inventado. Para construir el palíndromo pensó en el saxo tenor, su instrumento preferido. Leído al revés es «ronetoxas». Y se le ocurrió que el «ro» podía ser acompañado de «Ped» para formar un nombre y un apellido, «Pedro Netoxas», que leído al revés es «saxo tenor de p...». El resto fue fácil «...acotilla», que al revés es «allí toca». Bernadette lo mi-

raba embelesada, le dio un beso en la boca y le dijo: «Ay, Barry, ¡qué listo eres!». Yo también lo felicité por su ingenio y regresé a mi asiento, asombrado.

Enrique me explicó otro de sus inventos, un curioso despertador, un reloj de mesilla en cuyo interior colocaba moscas vivas y un comedero para que se alimentaran. En lugar de sonar la alarma a la hora convenida, se abría la trampilla del reloj y las moscas salían de su receptáculo y volaban alrededor de la persona. Como estos insectos son insistentes y muy pesados, irritan de tal manera que uno se obliga a levantarse sin remolonear. Después, las moscas regresaban al interior del despertador, donde encontraban sus detritus preferidos.

«No diga nada, Yacintus, pero Bernadette fue quien me proporcionó las moscas, ella las criaba en cautividad. Pero no me conoce, hice el pedido por teléfono y di el apellido de mi esposa Rosita; mi invento debía estar en el mayor de los secretos. Desgraciadamente, mi idea no tuvo el éxito esperado, pues no tuve en cuenta que en invierno las moscas mueren por el frío y concluye su ciclo biológico. Y sin moscas, el aparato no sirve para nada; y en verano tampoco hacen demasiada falta, ya están libres en el ambiente sin que nadie se lo pida. Y ahora, discúlpeme, pero debido al cólico no he pensado ningún palíndromo y me gustaría ganar algún premio para ofrecérselo a mi querida Rosita, se lo merece todo.»

Afortunadamente terminó aquella conversación. Rosita está como un cencerro con los rezos, y su marido es un inventor de pacotilla. Vaya pareja. Pero no importaba, mi misión iba viento en popa. Barrabás, sin saberlo, se había inculcado. Aún era pronto para detenerlo, pero estaba al caer. Según como fueran las cosas pediría ayuda a Salomé.

Llevábamos casi una hora de vuelo y el silencio era general, todos estábamos frente al papel, inventando palíndromos o simplemente pensativos. Al cabo de unos segundos sonó una alarma, como una campana de iglesia repicando a gran velocidad: «Tong, tong, tong, tong...». Nos quedamos un poco sorprendidos, el ruido no cesaba y se hacía bastante insopor-

table. La azafata se despertó y fue rápidamente hacia la cabina de mando: «Cornelio, ¿es grave?», la oímos decir.

«No, pero el piloto automático no funciona y no encuentro la carta de navegación. ¿Tú la has visto? Así no podemos seguir. No sabemos dónde estamos ni adónde vamos. Llamaré a nuestro centro operacional de urgencias a ver qué instrucciones me dan. No creo que sea tan difícil solucionar este problema.»

Pude oír bien claro cómo Cornelio refería la avería a su centro de operaciones: «Señores, señores, el piloto automático del Embraer no funciona. La clavija no responde. Creo que será algún fusible chamuscado. Por lo demás, sin incidencias a bordo, aunque la carta de navegación está extraviada. La hemos buscado sin éxito. ¿Debo decir “*mayday, mayday*”, o no hace falta?».

Al cabo de unos segundos se oyó una voz que decía: «Centro de operaciones a piloto Cornelio Rubicón: desde aquí dirigiremos de forma manual la operación de aterrizaje a través del programa de autoasistencia Embraer Helps You. Sin piloto automático y sin carta de navegación no puede usted volar. Vamos a conducirlo hasta el aeropuerto de Marsella, el más cercano y mejor dotado para reparar la avería y proseguir el vuelo. El volante se moverá solo, no lo toque bajo ningún concepto, variaría el rumbo. Si el Embraer Helps You dejara de funcionar, estarían ustedes en un grave aprieto».

Mary no pudo morderse la lengua: «Ay, por Dios bendito, qué viaje tan complicado, Cornelio. Yo confío en tus virtudes, y tienes muchas. Pongo mi vida en tus manos y sea lo que Dios quiera». Paulino añadió de su propia cosecha: «Piloto, qué coño es todo esto. ¿Forma parte del viaje tanta anormalidad? No sé dónde cojones vamos, pero me arrepiento del puto sobre premiado. ¿Se puede fumar?, me estoy poniendo nervioso».

Salomé se impacientaba: «¿Quieres callarte ya, gordinflas? No se puede fumar en el avión, está prohibido. Si no te gusta, te bajas, ¡ahora mismo!, o te bajo yo a hostias, enano pelón, que el único anormal de este avión eres tú». Y acto seguido le arreó otra buena colleja a Paulino, que no se inmutó. Tan

solo pidió una cerveza, «por caridad humana», dijo. El padre Celestino volvió a intervenir, pidiendo paz y paciencia. Todo saldría bien, Nuestro Señor no permitiría ningún percance en este avión: llevábamos a un hombre santo en la bodega. Rosita dejó de masajear los pies de Pilarín, que seguía durmiendo en el cielo y volvió con los rezos de su pulserita Cleofás.

Benito tosía de manera nerviosa y no podía parar: «Lo siento, lo siento, pero no controlo. Son mis nervios que me traicionan y no llevo la medicina apropiada. Ay, ay, ay, qué castigos nos manda el Señor, levantarse y volverse a agachar...». Y siguió tosiendo, poniéndonos todavía más nerviosos. Paulino se levantó y apretó el botón naranja: «Ahí va otro palíndromo, apropiado para la ocasión: “Sí, si toses es eso: tisis”». Todos nos reímos, incluso Benito, que tosía y reía a la vez. Puntuación: 54 puntos. El ingenio de Paulino era notable, sin duda. Iba primero destacado en la competición.

Angelita, la tarotista, se levantó resuelta, y apretó el botón naranja: «No voy a decir ahora ningún palíndromo, no es el momento. Pero os daré una buena noticia. El avión aterrizará sin incidencias, con toda seguridad. He tirado las cartas y no hay duda ninguna. Así que vamos a disfrutar del momento, ¿os parece? Yo pediría una copita de *brandy*, tengo seca la boca. ¿Es posible, Ana?». Cornelio le tiró una flor a Angelita: «Gracias por tus palabras y predicción de futuro. El Embraer es muy seguro y autosuficiente, ya os lo dije. Pero ahora que las cartas nos predicen un futuro halagüeño, ya estoy más relajado. Ana, sirve bebida para todos, paga Sopitas Carvajal».

Tras las palabras de Angelita, Benito dejó de toser y nos agradeció a todos por haberlo tranquilizado. Especialmente a la tarotista. Su predicción era infalible y se tomaría un agua de litines para celebrar la inexistencia de peligro.

Ana fue a la cocina y se dio cuenta de que en su asiento había una carpeta. La agarró y se la llevó a Cornelio: «Mira qué carpeta he encontrado sobre mi butaca. Me había sentado encima. Pone “Mapa de ruta”». El piloto volvió a encolerizarse: «¡Hostias, hostias, Ana! Mapa de ruta y carta de navegación son

lo mismo, por Dios. Nos van a echar de la compañía. Aparte de jugar al ajedrez no haces nada bien. Hostias, hostias, Pedrín...».

Desde mi posición vi cómo Cornelio se ponía las manos a la cabeza y daba vueltas por la cabina. Se sentó de nuevo, sopló con fuerza y dijo: «Ana, a ver si eres capaz de servirles las bebidas que te piden sin cagarla, que abro la ventanilla y te tiro por la borda, si cabes».

Ya no pude aguantar más. Me levanté y le dije al piloto que no tratara tan mal a la azafata, no se lo merecía. En todo caso, él era el responsable del comando del avión y quien debía asegurarse de tenerlo todo dispuesto. Así que mejor no diera las culpas a los demás ni perdiera el respeto a su compañera de trabajo. Cornelio se quedó en silencio. Desde su asiento, Salomé le dijo que la próxima vez que tratara mal a la azafata le caían del cielo otras dos hostias como Dios mandaba. El padre Celestino añadió indignado que Dios no mandaba violencia a la tierra, pero era verdad que el piloto debía moderarse y tratar con más respeto a Ana. Luego le hizo la señal de la cruz bendiciéndole.

Cornelio pidió perdón a la azafata, no repetiría aquel comportamiento tan grosero. Volvimos a aplaudir por sus palabras generosas y de contrición, que lo ennoblecían. Entonces gritó: «No hay bebidas ahora. Lista la tripulación, abróchense los cinturones, que bajamos a Marsella. *Vive la France!*».

III. ESPERA EN EL AEROPUERTO DE MARSELLA

ATERRIZAMOS SIN INCIDENCIAS y enseguida llegó un microbús para llevarnos del avión a una sala de espera diferenciada del resto. El piloto y la azafata se quedaron en la cabina aguardando al servicio de asistencia que repararía la avería.

Yo ya tenía una idea aproximada de todos los pasajeros del avión. Pero con Salomón y Melitón no había cruzado prácticamente ninguna palabra ni había escuchado comentarios significativos. Los dos se sentaron juntos en un extremo de la sala y aproveché para saber un poco más de ellos, eran muy particulares.

Melitón daba una extraña impresión, poquita cosa, muy blanco de cara, con los ojos achinados, llevaba gafitas redondas y unas varillas delgadas que se apoyaban sobre las orejas, una de ellas era de color negro y colgaba más que la otra. Estaba sentado en cuclillas, con los ojos cerrados, y emitía de forma continuada los mismos ruiditos misteriosos que ya había oído anteriormente: «Gooochi-gooo, gooochi-ooochi-ooochi-gooo».

A su lado estaba Salomón, altura media y ligero sobrepeso. Lo más espectacular era su impresionante peluquín, una cresta enorme de color oscuro y unas patillas largas y gruesas que casi le llegaban a los labios, como un rockero de casta. Su mirada era ciertamente bobalicona, de aquellas conocidas como «ojitos de pez».

Pregunté a Salomón si ellos dos se conocían y si sabía qué le pasaba a su compañero. Me respondió con una voz finita, muy aflautada: «Pues mucho no conozco a Melitón. Lo tengo visto del barrio, pero lo he tratado poco. Le disgusta que lo llamen por su nombre verdadero, dice que en realidad es Miroku Sake. Conozco un poco más a su madre, Bernardina, a veces hemos coincidido en el mercado. Me gusta mucho, pero nunca se lo he dicho. Cuando supo que yo también había ganado el viaje me rogó que estuviera pendiente de su hijo. Yo la tranquilicé, que no sufriera, sería como ir de colonias. Bernardina me dio un beso y me dijo con ojitos chispeantes que yo era muy bueno y generoso».

Salomón, ¿qué son estos ruiditos que hace?: «Pues creo que unas oraciones japonesas, para llamar a sus antepasados». Salomón añadió: «Salomé es muy guapa, pero tiene un carácter tremendo. ¿Os habéis fijado?, Bernadette y Barrabás no se separan el uno del otro. ¡Si parecen novios! A él lo tengo visto del barrio, pero no sé demasiado».

«Y ¿qué sabes de él?», le pregunté: «Trabaja en un laboratorio muy grande. Yo he ido allí dos veces, tenía problemas con el pipí y él me atendió. Es enfermero o algo así y no me gusta, es poco cuidadoso en su trabajo. A mí me hizo daño cuando manoseó mi pistolica y por eso no le he dirigido la palabra».

Melitón intervino por primera vez: «Yo no me enamoraré jamás, no necesito contacto ni con mujer ni con hombre. Es suficiente el dominio de la catana, que te obedezca y corte aquello que el cerebro ordena. ¡Soy Miroku Sake, samurái japonés!». Tuve la certeza de que tanto Melitón como Salomón estaban necesitados de tratamiento urgente, sobre todo el primero. El segundo me pareció un pobre chico, retrasadito, pero de buen corazón.

Los pasajeros del Embraer estábamos desperdigados a lo ancho de aquella sala de espera del aeropuerto marsellés. No era muy confortable y, además, la compartíamos con viajeros que esperaban embarcar para un vuelo con dirección a Ouagadougou, Burkina Faso. La mayoría de ellos eran gente de

color, vestidos con ropas muy vistosas y llamativas. Llevaban numerosas maletas, bolsas de viaje y distintos fardos atados con trapos y pañuelos, y pretendían embarcarlo todo como si fuera equipaje de mano.

Cuando llegó el momento de subir a su avión hubo gritos, enfados, amenazas, empujones y golpes contra el personal de la compañía Ouagadoul Fly. Tuvieron que intervenir los gendarmes y poner orden. Finalmente, embarcaron los burkinos dejando parte de sus pertenencias, y hasta que vino la brigada de limpieza se fueron paseando por la sala de espera varias gallinas, conejos y tres cerditos. Estos animales habían sido ocultados entre los paquetes y fueron descubiertos antes de subir al avión.

Cornelio y Ana entraron en la sala. Nos dijeron que tendríamos que esperar una hora y media; el piloto automático no estaba muy dañado, pero la pieza de repuesto debían traerla de Montpellier. La transportarían con urgencia por carretera, pero la distancia no se recorría en un minuto. Eran las 13 horas y el comandante informó que en treinta minutos nos prepararían la comida y la servirían en un reservado, dispuesto solo para nosotros.

Paulino pidió bebida, seguía sediento. Una azafata le trajo cerveza, sin tener en cuenta las protestas del padre Celestino, que se indignó por la ingestión de alcohol continuada de aquel bebedor voraz. Además, el tendero tuvo el descaro de pedir un puro; le apetecía. Ningún pasajero quiso acompañar a Paulino en la bebida, pero en el puro sí, y tanto el padre Celestino como Benito, incluso Angelita y yo mismo, pedimos uno para nosotros.

Barrabás y Bernadette seguían en la sala, separados del resto, medio abrazados y besándose, ajenos al mundo. A mi lado se sentó Salomé y exclamó: «Paso de este juego de palabras, me aburre, prefiero las historias fuertes, con gancho. Yo te cuento una y tú me cuentas otra, ¿de acuerdo? Si me gusta la tuya, te doy un beso; si no es así, te pellizco. Yo empiezo y así te das cuenta del tono que me gusta». Accedí en todo, era un juego y me gusta jugar.

Salomé contó la terrible historia del hombre que atentó contra el rey francés Luis XV al clavarle una navaja que lo hirió ligeramente. Los guardias reales lo detuvieron y fue torturado salvajemente: le quemaron los pies, le cortaron una mano, lo hirieron en carnes, brazos, muslos y piernas, y allí se vertió plomo, cera y azufre fundido, y aceite y brea hirviente. Finalmente, cuatro caballos tiraron de sus miembros en direcciones diferentes para descuartizarlo. Los miembros fueron arrojados a la hoguera y sus cenizas dispersadas al viento. La sensación general fue que el espectáculo mereció la pena y había compensado el dinero que los espectadores pagaron por presenciarlo.

Salomé me dejó estremecido, era una historia espeluznante. Ella se quedó sonriendo, con los ojos brillando, relamiéndose de gusto. Pero yo no iba a quedarme a atrás y recordé unos pasajes de Valerio Máximo sobre la crueldad. Le dije: «Mira, Salomé, yo no voy a contarte una historia, voy a contarte tres, y me gustaría recibir tres besos por cada una de ellas». «Tú verás –respondió–. Pero si no me gustan, te llevarás tres pellizcos dolorosos.»

Acepté sus condiciones y le conté la primera, sobre un general romano al que los cartagineses cortaron los párpados y lo encerraron en el interior de una máquina erizada de puntas. Murió tanto por el insomnio como por la continuidad del dolor. «¿Ya está?», preguntó Salomé. Yo asentí, y entonces me pellizó con fuerza la mejilla derecha, me la dejó muy dolorida: «Esmérate en la segunda, Yacinthus, esta no me impresiona».

Acariciándome suavemente la cara, le conté que Falaris, un sanguinario tirano, ordenó al artista ateniense Perilos que inventara una máquina de tortura que lo hiciera disfrutar. Y él construyó un toro de bronce bajo el que se colocaban braseros ardientes. Dentro del animal imaginario encerraba a las sufridas víctimas y en su prolongado tormento emitían unos alaridos que salían por la boca del toro y se asemejaban a sus mugidos. Salomé me miró a los ojos, negó con la cabeza y me pellizó con fuerza la mejilla izquierda, muy doloroso también. Entonces dijo riendo que si no mejoraba, el próximo pellizco

afectaría otras partes blandas, y no serían precisamente las mejillas.

No temí su amenaza y conté la tercera historia. Trataba sobre los etruscos, quienes ataban fuertemente a los hombres vivos con cadáveres, de manera que cada una de las partes de los distintos miembros se correspondiera perfectamente. Y entonces dejaban que se pudrieran los dos juntos. Este tormento era comparable al que practicaban los escitas, quienes después de sacar los intestinos y las entrañas de los cuerpos de las reses inmoladas, introducían en ellas a personas vivas de las que solo dejaban fuera la cabeza. Para prolongar más tiempo el sufrimiento, las obligaban a comer y a beber hasta que, corrompidas por dentro, vinieran a ser pasto de los gusanos que suelen nacer a causa de la descomposición orgánica.

En este caso, Salomé escuchó asombrada. Me miró con unos ojitos que parecieron tiernos, los cerró y abrió ligeramente la boca. La invitación era clara, así que le di un beso en la boca. Entonces, ella me dio dos pellizcos en las mejillas, ahora muy tiernos, y me besó profundamente y con lengua, mordisqueando la mía con suavidad.

Llegó la hora de comer. El seguro del Embrear se hacía cargo del gasto y estábamos en la zona vip del aeropuerto. Nos levantamos todos excepto Pilarín, que seguía durmiendo. El padre Celestino le dijo algo al oído y la mujer se desperezó rápidamente. Enrique y la azafata Ana jugaban al ajedrez y dejaron la partida para continuarla más tarde.

Me sorprendió el trato distinguido y la ambientación impecable. La mesa bien dispuesta, con capacidad para dieciséis comensales. Mantel blanco con bordados muy elaborados, cubiertos plateados y copas de agua y vino. Había de todo, aperitivos variados, entrante, primer y segundo plato, postres, café, copa y puro. Podían escogerse frutos secos o marisco; dulce o salado; ensaladas, sopas o zumos; carne o pescado; fruta, helado o pastel y licores variados. Nos atendían dos camareros vestidos de etiqueta y con oficio. El primero que entró en la sala fue Paulino, con el puro encendido y echando un humo

espantoso. Un camarero le dijo al entrar: «*Bienvenu, monsieur, c'est un plaisir vous recevoir dans ce restaurant*». Pero Paulino se lo tomó mal, por ignorante y mal pensado, así son los ignorantes. Le contestó con rabia: «Háblame cristiano, coño, que yo no insulto. Tanto lujo y tanta hostia y me hablas con la boca llena de estofado, no se entiende nada. Yo me siento aquí, tengo vacío el papo. Y llena la copa, joder, que estoy sediento».

El camarero alucinó con aquel individuo que se sentó presidiendo la mesa, apagó el puro dentro de la jarra de agua y empezó a comer con las manos sin esperar al resto de los comensales. Cornelio se excusó al camarero en un buen francés, explicándole que aquel energúmeno padecía una enfermedad nerviosa, degenerativa y terminal, solo le quedaban unas semanas de vida. El camarero asintió y sirvió vino a Paulino, que bebió sin más.

Enrique y Rosita se sentaron juntos en el extremo de la mesa opuesto a Paulino. Barrabás y Bernadette comieron al margen del grupo, en una mesa auxiliar. Salomé me comentó entonces que conocía a Barrabás del Club Natación Espuelitas, donde ella nada habitualmente. Era un tipo raro que no tenía relación con los demás socios. Nadaba con muchas dificultades y al principio entraba en la piscina con manguitos y todo el mundo se reía de él. Ahora lleva un caballito de mar color naranja, pero cuando nada parece un perrito.

Le pregunté a Salomé cuándo fue la última vez que vio a Barrabás y respondió que en la entrega de premios; casi ni se hablaron. Él salió poco después que el padre Borromeo, «y es curioso, ahora lo recuerdo, porque al salir de la tienda, fui de las últimas, y al girar la esquina, vi en la acera de enfrente al sacerdote doblado, quizá de dolor, tocándose la barriga. Pero ya era tarde, tenía prisa y no me paré a preguntar». El padre Borromeo doblado, de dolor quizá... ya conocía esa historia, Salomón se la había explicado al policía Manolito. Y Barrabás rondando por los alrededores. Seguro que existiría algún testimonio que vería la escena completa, yo imaginé

que Barrabás pateando al sacerdote. Y ¿si aquella agresión fue finalmente la que mató al cura? Debería continuar esa línea de investigación.

El padre Celestino se sentó en el lado derecho de la mesa, al lado de Pilarín, ya despierta de su modorra. Junto al sacerdote se puso su cuñado Benito, y enseguida se llenó la copa de vino, pero no comió, sorprendentemente dijo que no había nada que le gustara. Angelita se sentó sola, en el centro izquierdo de la mesa. A su lado, en la esquina, cerca de Enrique, se pusieron Salomón y Melitón.

Salomé se sentó cerca de Angelita. Me miró y me dijo dulcemente: «¿Que no te sientas conmigo? Te estoy guardando sitio, Yacintus». Y junto a ella me senté, por supuesto, y al lado de la tarotista. Enfrente teníamos a Pilarín, al padre Celestino y a Benito. Ana, Cornelio y Mary, ella parecía su sombra, se sentaron en el extremo derecho, cerca de Rosita.

La comida fue en verdad exquisita. Tan solo hubo que lamentar el comportamiento siempre grosero de Paulino. Quedó solo en presidencia, sin nadie con quien hablar, aunque creo que a él poco le importaba. Comió con los dedos, emitió ruidos insufribles al masticar, insultó a los camareros en voz alta y eructó de forma muy vulgar. Salomé se levantó dos veces y le arreó dos collejas de intensidad fuerte. Pero él ya se había acostumbrado a este trato.

Pilarín estaba verdaderamente insoportable hablando de sus hijos al padre Celestino. Tenía a los dos frente a mí y oía perfectamente su conversación, aunque ellos no se daban cuenta: que si Mario esto, que si Mario lo otro, que si Darío aquí o Darío allá.

Le comentó al sacerdote, lo llamaba por su nombre de pila a secas, Celestino, que su marido se había quedado solo en casa: «Está muy vejete y se queja todo el día. Tengo que levantarme y llevárselo todo, y yo no puedo con estos pies doloridos, ni quiero. Se ha quedado solito en casa y me ha animado a venir. Así que tan dependiente no debe ser. Suerte que has vuelto, Celestino, te echaba de menos.

»No sé de qué trabajan mis dos hijos postizos, pero ganan mucho dinero. Yo los veo siempre muy activos y nerviosos, todo el día con el teléfono, viajando por aquí y por allá. Se levantan tarde por las mañanas y no sé a qué horas se acuestan. Justo ayer por la tarde, cuando yo preparaba las maletas, Darío se despidió de mí y me explicó que se marchaba unos días fuera con su hermano. Que no me preocupara y fuera feliz en mis vacaciones merecidas.

»Una hora después llamaron a la puerta y se presentaron cuatro hombres muy corpulentos y un poco hoscos. Tenían acento sudamericano y dijeron que eran policías. Preguntaron si estaba Darío y yo les dije que no, que se había marchado unos días de merecido descanso, pero desconocía dónde. Mi marido les dijo que tampoco lo sabía y añadió que era una noticia magnífica, porque él se quedaba solo en casa; yo también me iba de viaje.

»Nos rogaron que si hablábamos con Darío o con Mario, les dijéramos muy seriamente que el comisario Escobar quería verlos con urgencia. Una remesa no había sido entregada y eso no estaba bien, mucha gente esperaba el polvo blanco. Aquellos hombres me hicieron pensar. Mi marido supuso que se trataba de un envío de preservativos que se habría extraviado. Si venía la policía a reclamarlo, seguramente sería porque no tenían los permisos en regla. A saber de dónde vendrían aquellos condones. Igual no habían pasado los controles sanitarios preceptivos.

»Yo no supe qué pensar, Celestino. Mario llamó por teléfono poco después y confirmó que se iba con Darío de viaje. Le expliqué lo ocurrido y respondió que estuviéramos tranquilos, quizás aquel polvo blanco sería fuente de felicidad. Del comisario Escobar no debía preocuparme: “Si vuelve, le decís que a verlo o irá Darío o irá Mario”. Nuestro hijo nos dio dos besos telefónicos y colgó tan fresco».

El padre Celestino se rascó la cabeza, pensativo, y le contestó a Pilarín que, efectivamente, no debía preocuparse. Quizás fuera cierto que se trataba de unos preservativos caducados,

o quizás harina o cualquier especia exótica, hoy en día tienen mucha aceptación y en ocasiones viaja sin permisos.

Yo también medité. ¿Polvo blanco? Se me ocurrió un producto muy particular, que no se come precisamente. También podía ser un defecto profesional, los policías pensamos que estamos rodeados de maleantes. De todas maneras, no conocía a ningún comisario Escobar, y que fuera sudamericano aún me extrañó más. Salomé me miró, boquiabierta.

Pilarín se quedó como obnubilada. Buscó el lápiz y el papel que tenía en el bolso y se puso a escribir, ante la sorpresa del sacerdote, y también la mía. Era extraña la reacción de aquella mujer. Al cabo de unos segundos se le iluminó la cara. Se levantó, pidió silencio a todos los presentes porque tenía un palíndromo nuevo para el juego, y dijo bien fuerte: «O irá Darío y oirá Mario o irá Mario y oirá Darío».

Yo había escuchado aquella conversación tan particular y su palíndromo me dejó perplejo. Los hijos de Pilarín eran traficantes de cocaína, quién sabe, y se habían agenciado un alijo, quién sabe. Pero gracias a eso y a la visita de la supuesta policía, o de gorilas dirigidos por el tal Escobar, aquella mujer inventó un palíndromo, y yo pensaba que sería incapaz. Desde luego, tuvo mi nota máxima. El resto del pasaje también fue generoso, 50 puntos en total.

Salomé me preguntó por qué no había inventado aún ningún palíndromo. ¿Acaso no tenía imaginación suficiente? La miré fijamente, me levanté y pedí silencio. Me dirigí a Salomé y le dije: «Roma le da té o pan a poeta del amor». Obtuve algunos aplausos e incluso un beso apasionado de Salomé que me alteró ligeramente la presión sanguínea. Total: 49 puntos.

A continuación se levantó Paulino y pidió silencio con la boca llena, nos regalaría los oídos con una frase ingeniosa y apropiada para el momento: «Una ventosidad furibunda liberada en pleno desierto no favorece significativamente los valores de entropía o desorden del universo, pero es reconocido sin embudos por el intestino expeledor como un gran bien otorgado por Dios». Dicho esto, levantó una pierna y se tiró

un pedo extraordinariamente sonoro, incluso una azafata que estaba fuera de la sala entró preguntando si se había producido un atentado. Salomé se levantó y le arreó un tremendo bofetón a Paulino, muy sonoro, que lo tiró al suelo. El padre Celestino lo reprobó muy enfadado, casi temblando: «No utilices en mi presencia el nombre de Dios para decir groserías o quedarás excomulgado».

La comida llegó a su fin cuando una azafata entró en la sala y le dijo a Cornelio, en francés, que la avería ya estaba reparada; podíamos prepararnos para regresar al avión y reiniciar aquel aparatoso vuelo. Eran las 15:15 horas de la tarde y aún no habíamos llegado a nuestro destino tras casi cuatro horas de viaje.

Salimos de la sala, el microbús nos condujo al Embraer y el padre Celestino comprobó que el ataúd del padre Borromeo seguía en la bodega. Cornelio dijo que nos mezcláramos y cambiáramos asientos, pero ya no se le hizo demasiado caso. Así quedamos dispuestos, de arriba abajo y de izquierda a derecha: Cornelio, piloto; Ana, azafata. Y los pasajeros: Benito y Angelita; Salomé y yo; Pilarín y Melitón; Barrabás y Bernadette, estos dos sentados en los mismos asientos que antes. A la derecha, Mary y el padre Celestino; Enrique y Rosita; Paulino y Salomón.

El comandante realizó diversas pruebas, todas satisfactorias. Se encendieron las luces para que nos abrocháramos los cinturones y Ana revisó que los tuviéramos bien puestos. Hubo un pequeño problema con Paulino, era difícil que el extremo diera más de sí y consiguiera enganchar con el cierre de seguridad. Probablemente su vientre había aumentado de volumen tras la ingestión abusiva de líquidos y sólidos. Ana volvió a sentarse. Los motores ya estaban a su máximo de potencia, y oímos a Cornelio que gritaba por segunda vez: «¡Yuhuuu! ¡Vamos ya que nos vamos!, ¡yuhuuu!».

IV. SEGUNDO DESPEGUE

ERAN LAS 15:48 HORAS y volvíamos a estar en el aire. Cornelio nos dijo que aún quedaba una hora y media de vuelo para llegar a nuestro feliz destino; el Embraer no podía volar a una gran potencia, era su primer vuelo, prácticamente de rodaje. Se apagaron las luces que obligaban a tener el cinturón abrochado y Paulino pudo sacárselo con gran facilidad, el cierre estuvo sometido a tan extrema tensión que se abrió solo con tocarlo levemente.

Detrás de mi asiento se sentaba Pilarín. Hablaba con Melitón y le comentaba que sus dos hijos postizos, Darío y Mario, tenían una edad parecida a la suya. Ellos también estaban de viaje y su marido se había quedado solo en casa. Melitón no la interrumpía, ni le preguntaba nada, ni asentía nada. Simplemente permanecía sentado, con los ojitos medio abiertos, pero en otra dimensión, muy lejos de la tierra. Me giré y les pregunté, por curiosidad, si habían conocido al padre Borromeo. Pilarín respondió que sí, ella tenía relación con la iglesia de San Sulpicio: «¿Que cuándo fue la última vez que lo vi? Pues en la entrega de premios en Garbanzos Betanzos. Yo me marché de las primeras de la tienda, el padre aún quedó dentro. No creo que nadie lo acompañara de regreso a la iglesia, estaba fuerte y era totalmente autosuficiente». Insistí a Melitón para que respondiera la misma pregunta, pero solo fue capaz de decir: «Selonóyo», que vendría a significar «yo no lo sé».

Al otro lado, a la izquierda, estaba Mary, lo más cerca posible de Cornelio; no dejaba de mirarlo. A su lado tenía al padre Celestino, le hablaba flojito, a la oreja, y la masajeaba como a Pilarín. Hasta que llegó un momento en que Mary se giró y le exigió que parara de toquetearla. Por muy cura que fuese no tenía derecho a ponerle la mano encima, ella no era Pilarín y no se dejaría toquetear desvergonzadamente. El sacerdote se disculpó vagamente diciendo que en las misiones donde prestaba sus servicios era muy frecuente que la gente se rozara, una muestra inequívoca de cariño y proximidad. Pero si ella no lo sentía así, él se retiraba, no quería malentendidos. Y le recordó que él era un religioso ordenado.

Mary siguió mirando a Cornelio. El padre Celestino le hizo la señal de la cruz y luego se dirigió a Rosita, la tenía detrás, con un comentario exculpatorio sobre su presunto comportamiento indecoroso. Ana se levantó de nuevo y nos pasó el carrito con comida y bebida. Casi nadie quiso probar nada, excepto ella misma, y Paulino, que pidió un *whisky* que le fue denegado. Finalmente se conformó con un digestivo.

Delante de mí estaban Benito y Angelita. Él la estaba dibujando, una caricatura graciosa, es cierto, aunque había que tener imaginación para encontrar parecido con la realidad. Me enseñó los dibujos que había hecho de los pasajeros del avión, pero no estábamos todos aún.

En aquel momento pensé que mi futuro informe ganaría mucho si lo acompañaba de las caricaturas de Benito; así tendría una imagen permanente de cada pasajero, un recordatorio visual. Le pedí una copia de cada dibujo y me respondió que no había problema siempre que las pagara; su negocio no estaba en la inspiración, sino en la venta de su creación. Si adquiría la colección completa, todos los pasajeros, me haría un buen descuento.

Me gustó la idea y le pedí precio. No era descabellado, desde luego, aunque los dibujos tampoco eran un dechado de perfección, y daba más la impresión de haberlos hecho un niño que un artista adulto. Acepté su oferta y le prometí pagarle sus

honorarios, siempre que terminara las caricaturas pendientes, la suya incluida. También le pedí que dibujara al padre Borromeo, pues, aunque fallecido, formaba parte de la expedición, y él lo conocería de la iglesia: «Y tanto que lo conocía, y me acuerdo de él. Pobre hombre, un sacerdote con fuerte personalidad y mucho carácter».

Entonces intervino la tarotista Angelita, que escuchaba a su lado: «Yo lo conocí el día del premio y me fijé que miraba los escotes y los culos de todas las mujeres, y si podía, las toqueteaba. Quizá se le fue la mano con alguna de ellas, pues cuando salí lo encontré en la esquina de la calle medio doblado, dolorido, quejándose de una patada que dijo que le habían dado en el estómago. Lo intenté ayudar, pero me dijo bruscamente que lo dejara, que ya se le pasaría, incluso retiró mi mano con fuerza. Y me fui tan alegremente, lástima no haberle tirado las cartas para avisarlo de que se despidiera de este mundo».

Quedaba confirmada la agresión al padre Borromeo; solo faltaba saber quién le dio la patada. Pensé que Victorino tuvo una gran idea, estar en aquel vuelo era como investigar sin salir de casa, solo con escuchar tendría pruebas suficientes y resolvería el caso. Salomé, intrigada, me preguntó por qué tenía yo interés en pagar las caricaturas de todos los pasajeros. Le contesté que mi memoria era pésima con las caras de las personas. Aquel sería un viaje agradable a pesar de haberse colado gente como Paulino, y me gustaría recordarlos a todos cuando pasara el tiempo: «Pero no te preocupes –le dije cariñosamente– seguro que de ti no me olvido, no necesitaré tu caricatura para recordarte». Ella sonrió y me pellizcó suavemente la mejilla derecha, aún estaba enrojecida, seguía caliente y me dolía.

Volábamos sin incidencias y esto era noticia. Lo hacíamos muy alto, pero se distinguía perfectamente el mar, el Mediterráneo sin duda, signo inequívoco de que nos dirigíamos hacia Italia.

Escuché al padre Celestino comentar en voz alta que el mar le recordaba los infinitos ríos de la Amazonia y recordó a la gran Yacu Mana, la anaconda, algunas de cuarenta metros,

capaces de tragarse una canoa y a toda su tripulación. Rosita exclamó en dos ocasiones: «Dios Santo». Mary se levantó y entró en la cabina del piloto: «¡Qué comentario tan terrorífico, Cornelio! He sentido miedo y me habría gustado que me abrazaras fuertemente. Y a mí me gustaría abrazarte igual de fuerte, un hombre con las seis letras que me gusta un montón, lo confieso abiertamente delante de todos. Y me encantaría que me sedujeras cual dama retenida en un castillo a la espera de su amado».

Mary dijo bien fuerte: «Ahí va mi palíndromo, me hago a la idea de que me lo dedica Cornelio: “Yo soy Amadís: sí, dama, yo soy”. Cornelio respondió a Mary: «Yo soy Amadís: sí, dama, yo soy». Y acto seguido le dio un beso en la boca.

Yo aluciné con aquella escena y, en general, con el pasaje. Un simple vuelo de avión, que aún seguía su curso, ya había generado una pareja confesa, Cornelio y Mary. Además, Barrabás y Bernadette seguían con sus arrumacos y se besaban abiertamente. El padre Celestino acariciaba a quien se pusiera a tiro, y Salomé y yo iniciábamos una relación, o eso parecía.

El palíndromo de Mary consiguió 53 puntos. Cornelio le permitió quedarse con él en la cabina, podía sentarse en una sillita plegable, a su lado. Mary aceptó contenta y dejó al padre Celestino en su asiento. Entonces este se levantó, apretó el botón naranja y dijo su primer palíndromo, dedicado a Rosita, a la que oía rezar con una fe encomiable: «Oirá sor Rosa a sor Rosario». Rosita aplaudió emocionada y Benito la acompañó con cierta desgana, quizá solo por familiaridad. La puntuación, muy justita: 26 puntos. El pasaje ya denotaba cierto cansancio y desinterés por este juego, todos teníamos ganas de llegar al final del trayecto.

En aquel momento me levanté y fui al lavabo, necesitaba vaciar líquido. También se alzó Pilarín y se sentó con el padre Celestino, que se había quedado solo. Cornelio cerró la puerta de la cabina, y ni se oía ni veía nada de lo que sucedía dentro.

Entré en la *toilette* y la inspeccioné; ciertamente, un lujo. Al salir, vi que Barrabás estaba solo. Miré más adelante, Salomé se

había sentado en mi lugar y Bernadette junto a ella, y hablaban animadamente. Estupendo, pensé, así podría hablar con Barrabás, ¿era el maldito Braulio? Le comenté que la *toilette* era espaciosa e, incluso, disponía de *jacuzzi*. Me miró, pero no respondió nada. Le pregunté por los palíndromos, si ya tenía alguna novedad. Solo había inventado uno hasta entonces y vista la competencia sería insuficiente para ganar el premio.

«Mira, Yacinthus, los palíndromos son una de mis debilidades y siento un intenso placer en inventar palabras que vienen y que van por el mismo camino. Hasta ahora he dicho solo uno, pero tienes razón, voy a ganar el concurso: ahí van tres palíndromos a la vez, ¡a ver quién lo supera!» Barrabás se levantó, apretó el botón naranja y soltó tres palíndromos a la carrera: «El primero: “La tropa tramará para rapar a Marta Portal”; el segundo: “Ana Rita sedaba a la abadesa tirana”, y el tercero: “Sor Rebeca hace berros”. Y ahora, un favor te pido, Cornelio, actualiza las puntuaciones, confirma que voy primero».

Bernadette se puso en pie, y mirando a Barrabás sonrió con los brazos extendidos y los pulgares levantados; luego le lanzó un apasionado beso al aire. Mientras los pasajeros anotaban los puntos que darían a Barrabás, yo le comenté a este que era curioso, pero en sus cuatro palíndromos aparecían nombres de personas: Pedro Netoxas, Marta Portal, Ana Rita y sor Rebeca. Me respondió molesto que su inspiración provenía de las realidades cotidianas que vivía. Y, excepto en el primer caso, los otros nombres no eran ficticios, se trataba de personas que conocía para bien o para mal.

Le dije que conocía a una sor Rebeca, religiosa del convento de San Juan Crisóstomo y San Pedro Nicodemo. ¿Era la misma persona de su palíndromo? Respondió que, efectivamente, era ella, pero ya no tenía ningún contacto con ella y prefería no recordar esa relación por motivos que no venían al caso. Le pregunté si sabía que un hipopótamo le había arrancado la cabeza hacía unos días. Se quedó pensativo y respondió que lo desconocía, pero que los designios del Señor no son opinables y quizá la monja había merecido ese final, todo tiene un porqué.

Barrabás no daba su brazo a torcer y escondía sus fechorías, pero yo ya lo había pillado con una inconsistencia y una mentira: ¿conocía a sor Rebeca y a Ana Rita, ambas del convento, y, en cambio, no sabía quién era Pedro Netoxas? Esto no era creíble. Por otro lado, había reconocido ante el comisario Victorino que sabía de la muerte de la monja por culpa de un hipopótamo. Me disgustó pensar que ya no tendría oportunidad de continuar el viaje; debía detener a Barrabás. Sin embargo, aún necesitaba más pruebas, concluyentes, que lo inculparan. Y quizá debía implicar a Salomé, que me ayudara en el momento oportuno, pero aún no le desvelaría mi identidad.

Barrabás obtuvo en total 127 puntos. No hacía falta que Cornelio añadiera ningún comentario, él ganaba por el momento, y con diferencia. Había inventado cuatro palíndromos, un portento de imaginación, pensaron el resto de los pasajeros. El piloto me llamó por el megáfono solicitando ayuda para hacer el recuento de puntuaciones y la clasificación actual. Fui hacia la cabina y la puerta se abrió. Salió Mary sin el sombrero, muy despeinada, y se sentó al lado de Barrabás, al fondo del avión.

Bernadette seguía hablando con Salomé. Ella me miró, lanzó un beso figurado y se lamió los labios, muy excitante. Entré en la cabina, muy revuelta y desordenada. Me senté en la sillita y entre el piloto y yo ordenamos los papeles que contenían las votaciones de los palíndromos y confeccionamos la clasificación momentánea: Barrabás, 163 puntos; Paulino, 139; Mary, 53; Salomé, 50; Pilarín, 50; Yacintus, 49; Salomón, 41; Rosita, 37; padre Celestino, 26; el resto, 0 puntos. Una vez leídas las puntuaciones por megafonía, Cornelio recordó que los premios merecían la pena y todos teníamos aún opciones.

Salí de la cabina y me senté en mi asiento. Bernadette había vuelto con Barrabás y Mary volvió a encerrarse con Cornelio. Le di un beso a la joven policía y le pregunté por su conversación con la novia de Barrabás. Resulta que la científica le había hecho una reflexión sobre una historia que pondría en aprietos al poderosísimo Estados Unidos, pues era ya sabido que Cris-

tóbal Colón no descubrió América. En realidad, fueron los vikingos los primeros en pisar las islas que bordean el continente al noreste, aunque no se establecieron de manera permanente. Y, además, se han encontrado pruebas físicas irrefutables que confirman la presencia vikinga mucho más al sur de Terranova, en pleno territorio estadounidense. Estas son pruebas conseguidas de la manera más inimaginable.

En las montañas Beartooth, en el estado de Montana, a 3.200 metros de altura, se encuentra el llamado «glaciar de las langostas», que ha ido retrocediendo poco a poco en su superficie por el aumento de la temperatura producido por el supuesto cambio climático. En el año 1990 se encontraron en este glaciar un total de 130 cuerpos intactos de una langosta migratoria que devastó numerosos estados norteamericanos en distintas ocasiones. De acuerdo con los análisis geológicos y de radiocarbono, pudo deducirse que a principios del siglo XIII un enjambre de langostas fue dirigido por el viento hacia el glaciar. Y al pasar por la cima, millones de individuos fueron dispersados, inmovilizados y muertos por el frío.

Bernadette afirmaba que esto no ha sido publicado en ningún medio; se teme que los descendientes de estos vikingos puedan reclamar para sí las fértiles tierras norteamericanas, pues entre la multitud de cuerpos y fragmentos de langosta, se han encontrado mandíbulas con restos de tejido perteneciente a ropa vikinga, su textura, color y origen así lo confirman. Son pequeños trozos de lana que pertenecieron en su día a camisas, capas y jubones.

Lo más impresionante es que se han descubierto pequeños restos de pergamino entre las mandíbulas de un grupo de langostas y pudo reconstruirse de forma milagrosa una pequeña parte de un códice. En él aparecían claramente escritos los nombres de Clontarf y Brian Boro, lo cual confirma su origen vikingo. Esto, según Bernadette, podría suponer un gravísimo problema para Estados Unidos, que debería indemnizar a países como Islandia, Noruega, Suecia o Dinamarca, o bien cederles una parte de su territorio y su soberanía. La historia me

pareció muy curiosa, pero la conclusión, absurda; no creo que Estados Unidos esté en ningún aprieto. Aquellas eran especulaciones típicas de los científicos que han perdido los principios del sentido común.

Enseguida abandoné estos pensamientos y retomé el tema que realmente me interesaba. Salomé me contó, ya bajito, que tras explicarle esta historia, Bernadette le hizo una confidencia: «Resulta que hace dos semanas que Barrabás y ella son novios, se declararon la noche del premio de Sopitas Carvajal. Desde entonces se han visto cada día y están muy enamorados. Incluso han pasado dos días en la costa. Pero Barrabás insistía en que debía respetarla, besos y abrazos los que quisieran, pero nada más, era muy pronto y tenían que conocerse mejor. Ella aceptó a regañadientes, tiene unas ganas bárbaras de tirarse al manso y tiene que aguantarse. Y fíjate tú que esta mañana, antes de subir al avión, Barrabás le ha dicho que ya está, que ya se conocen suficientemente y está loco por follar con ella. Están los dos muy calientes, pero no pueden desfogarse, en el avión no hay intimidad».

Entonces, Salomé comentó la conversación que mantuvo Bernadette con Enrique, sentado a su derecha, en la otra fila. Él había regresado de la partida de ajedrez a su asiento, para tomar un calmante preventivo, y la científica preguntó al inventor si su esposa conocía a un tal Rosicler, de la familia quizá. Tiempo atrás, no hacía mucho, aquel Rosicler le hizo un encargo de mil moscas para un invento relacionado con un despertador. Enrique le respondió que no sabía nada, pero enseguida su esposa Rosita le contestó a Bernadette que recordaba perfectamente cómo Enrique había guardado moscas en su casa durante unos meses, hasta que el frío las mató a todas. Eran parte fundamental de un despertador peculiar y supuestamente infalible.

Le objetó a Enrique que no era posible que no se acordara. Este se giró hacia su mujer, con los ojos encendidos, y le dijo: «Muchas gracias, Rosita, me has delatado». Se dirigió a Bernadette y le pidió discreción, debía guardar su identidad. Haciendo lo perseguía por unas cuentas pendientes y no podía

emitir facturas a su nombre. Rosita volvió a incomodar a su marido: «Pero, Enrique, cielo, ¿por qué no me dijiste nada? Yo te habría ayudado. ¿Hacienda te persigue por algo que hiciste antes de conocernos?». Enrique le respondió que no se preocupara, todo formaba parte del pasado y no había que darle más vueltas.

Le comenté a Salomé que tenía la sospecha que este inventor disperso no era agua clara y a saber quién era en realidad. Ella me preguntó entre risas si yo era policía, con esas cábalas de investigador profesional. Respondí que simplemente tenía curiosidad por el comportamiento humano, muchas veces rugoso y con zonas opacas: «Y tú, Salomé, ¿en qué trabajas?», le pregunté. «Pues yo sí soy policía, Yacintus, ya ves, estoy adscrita a la comisaría del barrio de Espuelitas y he cogido unos días de vacaciones para este viaje, me los merezco.» Entonces, con los ojos muy abiertos, me preguntó si me daban miedo las mujeres policía. Por supuesto que no, respondí; y sin tiempo de reaccionar, me cogió de mis partes tan fuerte como pudo, hasta que yo, desesperado por el dolor, le aparté la mano con violencia y le arreé un bofetón que le giró la cara. Tras esta escena, que a ella le gustó, me abrazó y me mordió en el cuello, y brotó sangre. Incomprendiblemente, nos reímos los dos y entonces me puso un pañuelo en el cuello para taponar la pequeña hemorragia.

Miré por la ventana y se veía tierra. Por su forma no había duda de que se trataba de la isla de Cerdeña y de que volábamos hacia al sur. Quizá nos dirigíamos a Sicilia; me agradaba la idea, una isla con playas exóticas y ciudades bonitas y culturales. El piloto recordó que faltaba poco tiempo para aterrizar, que nos diéramos prisa en la invención de palíndromos, pero la mayoría de los pasajeros ya no tenía interés en el juego; estaban muy alejados de las puntuaciones de Barrabás, Paulino y Salomé.

Me levanté y vi a Enrique muy concentrado en su partida de ajedrez. Las posiciones eran muy complicadas y estaba claro que el inventor se sentía incómodo con una posición forzada y a remolque de la azafata. Lo más curioso era que las figuras estaban hechas de mazapán, blancas y negras, y Ana se comía

todas las que mataba o le mataban. En aquel momento jugó Ana y rápidamente ganó la partida, un jaque mate inapelable. El inventor quedó asombrado: «La partida contra Ana ha sido fabulosa y no puedo recordar nada semejante. Después de la jugada onceava de las blancas, podría evaluar mi posición como levemente superior para mis intereses, y en cualquier caso me parecía perfectamente sólida. Pero de ahí a llegar cinco jugadas más tarde a una posición de mate me parece más consecuencia de brujería que de ajedrez». Enrique felicitó a la azafata, estaba comiéndose el alfil blanco de mazapán. Le pidió una partida de revancha y ella aceptó.

Eran las 16 horas y 39 minutos. Hacía cinco horas y media que habíamos salido del aeropuerto de origen. Justo en aquel momento se escuchó una voz desconocida en la cabina de mando. Oímos perfectamente cómo decían, en italiano, yo lo entiendo mínimamente: «Atención Embraer Legacy. Atención Embraer Legacy. Aquí torre de control del aeropuerto de Nápoles Capodichino. Ha surgido una urgencia y solicitamos que aterricen con la máxima celeridad en este aeropuerto. Repetimos: ha surgido una urgencia y solicitamos que aterricen con la máxima celeridad en este aeropuerto».

Cornelio no se conformaba con ese mensaje y pidió más explicaciones: «Atención, atención, aquí el comandante Cornelio Rubicón, solicito aclaración sobre última información. Faltan 30 minutos para llegar a nuestro destino después de un viaje muy accidentado. ¿Qué urgencia es esa que nos hacen bajar a tierra?».

«Comandante Cornelio, se trata de una misión de la ONU que no puede retrasarse. La vida de muchas personas está en juego y necesitamos el avión. Le ruego que tome posición inmediata para aterrizar en el aeropuerto de Capodichino. Tienen prioridad alfa. Repito, prioridad alfa. Está preparada pista número 34, la más alejada. Por favor, avise al pasaje y vaya perdiendo altura y abriendo los alerones de aterrizaje.» Todos nos quedamos muy confundidos, pero no dijimos nada; demasiado inesperado como para reaccionar.

V. ESPERA EN EL AEROPUERTO DE NÁPOLES

EL AVIÓN TOMÓ TIERRA A LAS 16:48 HORAS. Cornelio paró los motores y enseguida abrió la puerta exterior. Entró una azafata muy amable diciendo que había una gran emergencia y se necesitaban los servicios de aquel avión. Catorce delegados de alto nivel de la ONU debían volar con máxima urgencia para asistir a una reunión y dar solución a un grave problema: 1.500 refugiados de un país africano estaban siendo bombardeados por tropas hostiles. Era una tarea humanitaria y debíamos entender su prioridad. Nos informó de que el avión quedaba requisado. Que recogiéramos nuestras pertenencias y saliéramos inmediatamente del aparato.

Nos miramos perplejos por aquella situación. Cornelio revisó la documentación aportada y reconoció que estaba en regla. El piloto se interesó por los pasajeros, Nápoles no era su destino final. La azafata le respondió que todo estaba previsto y en la sala de espera nos darían una solución. Debíamos darnos prisa en recoger las bolsas. En unos minutos entraban los delegados de la ONU y se iniciaba el despegue. Nos pusimos en pie y recogimos el equipaje de mano. La escalerilla estaba adosada a la parte izquierda del avión y fuimos descendiendo en fila india uno tras otro. La última en hacerlo fue Pilarín, que necesitó la ayuda del padre Celestino para bajar las escaleras con sus muletas. Abajo nos esperaba un pequeño microbús que tiraba de un carrito donde ya habían colocado nuestro equipaje facturado.

Subimos al pequeño transporte y vimos cómo unos empleados del aeropuerto cogían la escalerilla y la pasaban al lado derecho del avión, donde había otro microbús del cual salían los pasajeros para subir al Embraer. Pude ver aquellos hombres con detalle, todos con un aspecto peculiar, vestidos de negro, impecables, unos cuantos incluso trajeados. Había algunos delegados con barba, bigote y melena. Todos llevaban gafas oscuras y los que iban en manga corta presentaban varios tatuajes en sus brazos, muy atléticos y fornidos.

Se cerraron las puertas del microbús y nos llevaron hasta un edificio destartado, una sala de espera alejada de las terminales de embarque. Allí nos esperaba un señor trajeado de negro que se identificó como Gianfranco Così, delegado de Embraer en Italia. Nos dijo con un acento muy italianizado que se había fletado un autocar que nos trasladaría al lugar final del viaje, a solo cuatro horas por carretera.

Mary no aceptó las nuevas condiciones y replicó que ella no estaba dispuesta a subirse a un vulgar autocar. No sabíamos aún dónde íbamos, pero era inadmisibles viajar de una manera tan desconsiderada como él nos proponía: «¡Cuatro horas en autocar! ¿Dónde se ha visto tamaña desfachatez? Además, ¿por qué no vamos en avión? Cuatro horas por carretera pueden ser 20 minutos en avión, ¿verdad? Que nos traigan otro avión y nos vamos sin protestar». Los demás pasajeros coincidimos con Mary, que por una vez pareció sensata. El señor Così no perdió la calma y explicó que ya se había valorado aquella posibilidad. Pero el aeropuerto de Nápoles es pequeño y no registra un gran volumen de vuelos, de manera que hasta el día siguiente no sería posible conseguir un aparato. Y, desde luego, la compañía no se haría cargo de nuestra estancia, los gastos correrían de nuestra cuenta. Una contingencia de máxima urgencia como aquella misión de la ONU no está contemplada en las pólizas de seguros. Él entendía nuestras quejas, pero no había solución.

Entendimos que no quedaba otro remedio. Pero entonces me di cuenta de que el féretro del padre Borromeo no había sido bajado del avión, que ya había despegado. Le dije al padre

Celestino que esto no podía consentirse, que se llamara inmediatamente a seguridad del aeropuerto; todo parecía muy irregular. Y en este momento, Salomé se puso de mi lado y se identificó como policía. El padre Celestino pareció tener un sofoco, se puso tremendamente rojo y empezó a gritar: «Y ¿el padre Borromeo? ¿Que no lo ha bajado nadie y se ha quedado en el avión! ¡Dios bendito! ¿Dónde está el féretro del buen padre Borromeo?». Gianfranco se quedó pálido: «¿De qué féretro están ustedes hablando? Yo no sé nada de un cadáver en el avión. Nadie me ha informado de ello».

El padre Celestino le explicó toda la historia y le aseguró que él no se movía del aeropuerto hasta que le devolvieran el ataúd con los restos del sacerdote. Y si no le daban solución inmediata, avisaría a todos los periódicos para que publicaran la noticia de que el cuerpo del padre Borromeo volaba hacia una incierta misión humanitaria y con riesgo de ser bombardeado. Gianfranco le preguntó al padre Celestino dónde debían llevar a aquel hombre santo. Este le respondió que cerca de Castrovillari, en la congregación de los Piccolissimi Borromei que él tanto amaba. Gianfranco preguntó al sacerdote si conocía alguna persona de la congregación para comentar el caso, seguro que se encontraría una solución. El padre Celestino respondió que conocía a su máximo responsable, el padre Ferdinando Bognigni, y que ahora mismo lo llamaba, pero necesitaba un teléfono. Gianfranco le prestó el suyo e, incluso, marcó el número, casualmente lo tenía memorizado en su base de datos.

«Ferdinando, caro amico! Sono Celestino. Ti telefono dall'aeroporto di Napoli. Non capisco perchè siamo qui, l'aereo doveva volare piu lontano. Un funzionario della Società Embraer ha detto che dovevamo atterrare a causa di una situazione di emergenza obbligatoria della ONU. Ora abbiamo proposto di fare il viaggio subito con il Pulman parcheggiato porta accanto. Ma questo non é il grande problema, Ferdinando! La tragedia é altra, perchè il padre Borromeo non é qui. Nulla persona a pensato en lui e a partito de viaggio con gli ambasciatore alle Nazione Unite ONU, nel suo feretro, non só fino quello

paese. E tutti gli passeggeri hanno conosciuto questa tragedia. Con noi viaggia una poliziotta che vuole chiamare gli carabinieri. Ferdinando, aspetta un attimo, il signor Così, delegado dal Embraer, mi chiede il telefonino per parlare con te. Dopo parliamo, Ferdinando.»

Gianfranco tomó el teléfono y habló con Ferdinando, desconozco en qué idioma, quizá napolitano o calabrés, no supe, pero me dio la sensación de que los dos se conocían y existía cierta familiaridad. Nuevamente, el padre Celestino agarró el teléfono y entendí que el padre Bognigni lo tranquilizó. Le rogaba que cualquier necesidad se la transmitiera a Gianfranco, un hombre de fiar y muy conocido por la congregación. El delegado de Embraer se dirigió a nosotros y nos informó de que, de momento, el viaje en autocar quedaba congelado a la espera de otra solución más interesante. Todos pensamos que el tal Bognigni sería un gran personaje.

Al cabo de pocos minutos sonó el teléfono de Gianfranco. Tras una breve conversación en aquel idioma desconocido, pasó el aparato al padre Celestino. El sacerdote se puso al teléfono y volvió a hablar en italiano: «Io sono il padre Celestino. Ho parlato con il mio carissimo amico il padre Ferdinando Bognigni dal padre Borromeo, che è partito con il Embraer Legacy a non so quel paese con la delegazione della ONU. E io bisogno una soluzione subito. Il padre non puo sparire...

Va bene, signore Giuliano, io ascolto... bene, capisco... va bene, bene... bene... aspettare anche due ore?... bene, bene, signore Giuliano... Io penso é una buona soluzione, ma chiaro que si! Allora tutto bene. Grazie mille per la sua preoccupazione e diligenza nella soluzione di questo affaire. Ciao, ciao, amico Giuliano».

El padre Celestino colgó el teléfono, esbozó una amplia sonrisa y se dirigió a todos nosotros: «Amigos, la congregación de los Piccolissimi Borromei tiene buenos contactos. Acabo de hablar con el señor Giuliano Giardinelli. Él encabeza la delegación de la ONU en misión urgente, y me ha llamado desde el Embraer Legacy. Me ha dicho que su viaje no es muy largo

y aproximadamente en dos horas el avión podría estar de regreso en este aeropuerto para embarcarnos junto al padre Borromeo hasta final de trayecto. ¿Qué os parece?». Todos aceptamos con alegría aquella solución. Mary, Paulino, y después Salomón, gritaron varias veces: «¡Viva el padre Celestinooooo, vivaaaaa! Y ¡viva el padre Borromeooooo, vivaaaaaaa!». Los demás nos conformamos con sonreír, aplaudir con entusiasmo y abrazar con fuerza a nuestro salvador, el padre Celestino.

La sala de espera de Nápoles no tenía nada que ver con la de Marsella. Aquella estancia napolitana estaba sucia: papeles por el suelo, bolsas de plástico, restos de comida y papeleras a rebosar. Una señora de la limpieza estaba en medio de la sala. Desde luego su trabajo sería insuficiente para ordenar todo aquel estropicio. Pero su actitud tampoco acompañaba demasiado, sentada en uno de los butacones leyendo una revista.

Paulino miró a Salomón y empezó a reír a carcajadas. Todos los demás, sin excepción, hicimos lo mismo. Su peluquín había desaparecido. Seguramente un golpe de viento, al bajar del avión, le levantaría el pelo postizo y no se dio cuenta. Estaba completamente calvo, sin un triste pelo. Fue corriendo al lavabo y volvió con una bolsa de plástico encasquetada en la cabeza. Era muy lastimoso verlo en aquel estado, preguntando excitadísimo a Cornelio la manera de recuperar su equipaje; allí llevaba peluquines de repuesto. El piloto hizo una gestión pero no consiguió ayudar a Salomón; las maletas del pasaje estaban seguras en una habitación cerrada con llave para evitar el robo, frecuente en aquel aeropuerto. Gianfranco explicó que el encargado de la custodia era un funcionario, de nombre Pippo; iba a buscarlo.

Eran las 17:20 horas. Entró en nuestra sala un hombre con un carrito de cocina y supuse que era el camarero. No me equivoqué. Nos dijo en italiano que detrás de él venía el director del aeropuerto de Capodichino, había ordenado que fuéramos atendidos de la mejor manera. Este preguntó por el padre Celestino, lo saludó muy efusivamente, y le dijo que lamentaba el terrible contratiempo del padre Borromeo. Como muestra

de cortesía y hospitalidad nos agasajaría con una de las comidas más típicas de la región: *fettucine plaglia e fieno* regado con el excelente vino Lacrima Christi, salido directamente de las viñas del Vesubio.

Para amenizar aquella comida nos regalaban también con una exhibición del grupo de danza Campania Felix, que esperaba la llegada de un vuelo procedente de Nueva York. Gentilmente nos ofrecían una tarantela, un curioso baile de origen muy antiguo. Salomón aprovechó la ocasión para comentarle al director, previa traducción del padre Celestino, que necesitaba la llave de la habitación donde estaba guardado el equipaje, era urgente recoger otro peluquín para reponer el que había perdido a causa del viento.

Aquel hombre dijo que el funcionario Pippo no tardaría. El feriante exclamó que él así no podía quedarse, delante de nosotros, con aquella vergüenza. Se iba al lavabo y que lo avisáramos cuando estuviera disponible su equipaje.

El camarero sirvió unos *fettucini*, pero ya no teníamos hambre. Únicamente Paulino y Ana atacaron el plato de pasta e, incluso, repitieron. También me fijé en Benito, que pidió una botella de vino y empezó a beberla a palo seco. Cinco minutos más tarde entraron en la sala ocho parejas de bailarines, el cantante y cinco músicos, uno que tocaba la mandolina, dos los tamboriles y dos las panderetas. Nos dijeron: «*Per voi, una tarantella genuina napoletana*», y empezaron a bailar, las parejas dispuestas una delante de la otra. Era curioso ver a los bailarines danzando en aquella sala destartada y sucia y a la señora de la limpieza aplaudiendo mientras seguía la melodía. Uno de ellos resbaló al pisar un plástico y cayó al suelo. Una mala caída, pues siguió bailando bastante cojo, sin seguir compases y perdiendo el ritmo con frecuencia.

El grupo musical vestía su traje de gala y, según explicó el camarero, los habían contratado para bailar en una de las salas de desembarque. Se trataba de recibir emotivamente, y como gesto de reconocimiento, al gran jugador de béisbol de origen napolitano Gigi Lambroscano, que había dado grandes

jornadas de gloria al equipo de los Yankees de New York. Abandonaba este deporte a causa de una gravísima lesión lumbar y volvía a su tierra natal. La ciudad de Nápoles rendiría un pequeño homenaje a uno de sus hijos pródigos.

Cuando los miembros de Campania Felix terminaron su representación se marcharon por donde habían venido, el bailarín cojo el último. Nosotros nos quedamos solos en la sala de espera, con la señora de la limpieza, que siguió leyendo su revista. Enrique y la azafata empezaron otra partida de ajedrez, Rosita dormitaba cerca de Enrique y Benito se había bebido más de media botella de vino. Cornelio y Mary hablaban muy flojito y se cogían de las manos, el padre Celestino masajeaba la cabeza de Pilarín, que parecía estar en trance. Y, cerca de ellos, Melitón permanecía inmóvil, haciendo aquellos ruiditos que parecían una paloma macho arrullando a la hembra, «gooochi-gooo, gooochi-ooochi-ooochi-gooo».

Salomé me contó cosas de su trabajo. Hacía pocas horas que nos conocíamos y me convencí de que su fuerte carácter encajaba perfectamente con mi manera de ser; veía futuro en aquel feliz encuentro. Barrabás y Bernadette seguían a lo suyo, al fondo de la sala: besos, manitas y abrazos. Angelita se tiraba las cartas del tarot y Paulino dormitaba y roncaba fuertemente. Salomón seguiría en el lavabo, avergonzado por mostrar su calvicie total.

Cuando Benito terminó de beberse la botella de *Lacrima Christi*, nos dijo, ceceando y visiblemente traspuesto, que nos cantarí una bonita melodía. Pidió la colaboración del padre Celestino, él también la conocía: *Lirio entre cardos*. Se puso en medio de la sala, al lado del sacerdote, y empezó a cantar, casi gritando y desafinando terriblemente.

Afortunadamente, el canto terminó. Era duro de oír por sí solo, pero sin música, con un cantante beodo y otro que no recordaba la letra y silbaba pobremente, resultó insufrible. El sacerdote, avergonzado por el espectáculo bochornoso de su cuñado, tendió a Benito en un asiento, donde quedó tumbado y sin moverse. Al cabo de un momento vimos un charquito en

el suelo, líquido amarillento: Benito se había orinado encima. La señora de la limpieza lo vio y lo olió, pero allí lo dejó todo, asqueada.

Cornelio quiso amenizarnos la espera y por teléfono interno llamó al servicio de atención al usuario. Unos minutos después dos mozos trajeron una pantalla enorme de televisión más un reproductor de DVD. La pusieron en un rincón de la sala y nos dispusimos a su alrededor, excepto Barrabás y Bernadette, que siguieron con sus cosas. Fueron apagadas las luces de aquella sala, parecía que estuviéramos en el cine, la atmósfera recreada fue perfecta.

Para mi sorpresa, la película que trajo Cornelio era bien conocida. Se trataba de *Rabinos y beduinos codo con codo*, interpretada por Josimar de Moure. Cuando Barrabás se dio cuenta dijo bien alto que era un excelente filme, uno de sus preferidos. Aquella película, realmente, no ganaría ningún Óscar, pero se dejaba ver. Unos veinte minutos más tarde, curiosamente en la escena en que Josimar, en el papel de explorador africano, se enfrenta a un mono babuino con un paraguas y un cepillo de dientes, se encendieron las luces de la sala y percibimos cierto alboroto.

Entraron dos agentes de seguridad custodiando a Barrabás y Bernadette, no me había dado cuenta de su desaparición. Le contaron a nuestro piloto que los habían encontrado en el lavabo de señoras besándose, abrazándose y medio desnudos, y eso no podían consentirlo. Se perdió la magia de la película y ya nadie prestó atención. Cornelio apagó el televisor y concluyó aquella breve sesión cinematográfica. Yo tenía mi palíndromo acabado y aproveché la ocasión. Guiñé un ojo al padre Celestino y le pedí que no tuviera en cuenta su sentido, era pura invención y no conocía a ningún abad que tuviera tratos con el maligno ni lo alimentara con dulces: «Dábale natas a Satán el abad». Salomé me dio un pellizco en la mejilla y dijo que era muy bueno. Total, 45 puntos.

Eran las 18:15 horas y entró en la sala Gianfranco Così, el delegado de Embraer, para informar a Cornelio y al padre Celestino de que nos fuéramos preparando, en algo más de media

hora nuestro avión estaría disponible. Cornelio volvió a explicarle que Salomón tenía una urgencia: si no se ponía uno de sus peluquines de repuesto de la habitación cerrada con llave, no saldría del lavabo. Gianfranco pareció sorprendido, Pippo ya debería haber llegado. Lo llamó por teléfono y entre grandes gritos lo obligó a presentarse inmediatamente.

Me levanté para ver la partida de ajedrez que habían reanudado Enrique y Ana. Ella jugaba con blancas y se comía las piezas que capturaba. La azafata movió y todo volvió a cambiar, un final soberbio. Enrique perdió de nuevo y felicitó otra vez a Ana, admirado por otra combinación bella y precisa. Él la invitó a conocer la página de internet buho21.com, donde puede jugarse al ajedrez *online*; así podrían seguir jugando a distancia.

Enseguida llegó Pippo. En cuanto Gianfranco lo vio se fue para él como una mula y le arreó un puñetazo que lo tiró al suelo. Y cuando se levantó le dio una patada en la boca y otra en las costillas que volvieron a tirarlo al suelo, mientras le gritaba en aquel extraño idioma. Le dije al delegado de Embraer que ya era suficiente, ayudé a Pippo a incorporarse y lo acompañé a la habitación cerrada. Sacó la llave, abrió la puerta y me enseñó nuestro equipaje. El funcionario tenía la cara muy enrojecida, el labio partido y la nariz hinchadísima.

Le pedí a Pippo que aguardara, iba a buscar a Salomón al lavabo. Entré en la *toilette*, pero no lo vi. Grité su nombre y nada, no respondió. Había tres cuartitos con váter, dos de ellos con la puerta abierta y la otra cerrada. La empujé, pero no cedió, tenía el pestillo puesto por dentro. Grité a Salomón que tenía su equipaje, pero no contestó. Me agaché y miré por debajo de la puerta. Vi los zapatos del feriante, sus pantalones bajados y manchas de sangre por el suelo. Le grité de nuevo, pero seguía mudo. Me alarmé mucho, aquello era grave. Di dos patadas a la puerta y la reventé. La escena que vi fue terrible.

Salomón estaba sentado en la taza del váter, inconsciente, parecía muerto, con los pantalones y los calzoncillos bajados. Además, la gran cisterna del inodoro, de cerámica blanca, había caído a peso sobre su cabeza y se había encasquetado sobre

su frente, por la que manaba abundante sangre. Imaginé que aquel pobre diablo sentiría que el armatoste cedía, miró hacia arriba y le cayó tal cual. ¡Qué fatal accidente! Y ¿si no fue un accidente? ¡Barrabás se ausentó mientras veíamos la película! Cierto que iba con Bernadette y los pillaron en la *toilette* de mujeres. Pero antes, antes... antes él pudo enviar allí a su novia y, con cualquier excusa, entrar en el lavabo de hombres y cometer la fechoría. Pudo colgarse del váter contiguo y empujar la cisterna sobre el pobre Salomón: ¿el séptimo, quizás octavo asesinato si se confirmaba el del padre Borromeo?

Dejé mis pensamientos y salí corriendo a pedir ayuda. De hecho, no sabía si Salomón aún estaba vivo. Todos los viajeros, Barrabás incluido, formaron un corro a mi alrededor y muy agitados escucharon mi relato sobre «el accidente». Rápidamente, Gianfranco hizo una llamada a los servicios sanitarios del aeropuerto y me acompañó al lavabo de caballeros junto con nuestro piloto. También vino Salomé, que recordó que era policía, así como el padre Celestino, por si había que «dar el santo unguento a un buen cristiano».

El espectáculo era realmente dantesco. Salomón sentado sobre la taza del váter, la espalda contra la pared, la cabeza levantada, mirando al cielo, y la cisterna sobre su frente, haciendo equilibrios para no caer. El hedor era insoportable, sin duda el pobre Salomón estaba defecando cuando le cayó aquel pedazo de cerámica y ya no pudo tirar de la cadena; o quizá se le aflojó el esfínter cuando vio que se le caía el cielo encima.

Entre Gianfranco y yo pudimos sacar la cisterna de la cabeza del desgraciado, y con la ayuda de Cornelio y Salomé, echarla fuera; pesaba una barbaridad. Salomón tenía los ojos cerrados, pero me dio la sensación de que aún respiraba. La sangre volvió a brotar de la terrible herida y el cuerpo, inerte, se dobló hacia delante. Con mucho esfuerzo conseguimos sacarlo del váter y dejarlo en el suelo, tendido, y con las piernas levantadas, aunque no sé por qué lo hicimos así. El padre Celestino se las aguantaba con una mano y con la otra hacía la señal de la cruz. Salomé comprobó que su corazón aún latía. Enseguida

llegaron un médico y un enfermero, eso dijeron, sin uniformar, con un botiquín de primeros auxilios.

Ordenaron al padre Celestino que dejara las piernas del herido en el suelo; eso no servía para nada. Reconocieron médicamente al tombolero y confirmaron que estaba vivo. Su pulso, aunque débil, era constante; buena señal. Limpiaron la herida y pudimos observar la terrible brecha que se abría entre las dos cejas, que cosieron con unas grapas muy aparatosas. Entonces, imagino que por el dolor, Salomón reaccionó, primero con unos ligeros «ay, ay, ay». Lentamente fue recuperando la conciencia y nos miraba con aquellos ojitos de pez, sin pronunciar palabra. Por decoro, Salomé le subió los calzoncillos y los pantalones y cerró la puerta de aquel váter que seguía oliendo terriblemente.

Gianfranco desmontó una de las puertas de los inodoros y colocamos a Salomón encima, a modo de camilla. Entonces lo llevamos a la sala donde estaban los demás, que aplaudieron aliviados al verlo pasar vivo. Él saludaba levemente y sonreía. Gianfranco recibió una llamada y dijo al piloto que el Embraer estaba a punto de aterrizar. Era hora de coger el transporte que nos llevaría hasta la pista de aterrizaje. Y ¿qué hacíamos con Salomón? El médico dijo que era mejor que el herido no viajara; era necesario hacerle radiografías y comprobar el grado de afectación.

Salomón lo escuchó y se puso como una fiera, intentó levantarse de la puerta-camilla. Lo aguantaron entre cuatro para que no se moviera y dijo llorando que él venía con nosotros, que no lo dejáramos «solito». Las radiografías ya se las harían en el lugar de destino. El médico preguntó adónde íbamos, y Cornelio le respondió que no podía decirlo, era sorpresa, pero se trataba de una ciudad conocida y a unos 300 kilómetros de distancia, 30 minutos de vuelo. «Bien —dijo el médico—. Si es así, puede marcharse. Quizá solo sea el golpe, pero podría tratarse de un traumatismo craneal grave. Manténganlo estirado y no le cubran la cabeza, que la herida la seque el aire.» Salomón dio las gracias gimiendo de alegría.

Salomé comentó que el feriante era realmente bobalicón. Yo la abracé y le dije que tenía que contarle una cosa, nos sentaríamos juntos en el último asiento, que no hiciera preguntas ahora, era largo y complicado. Vimos cómo aterrizaba nuestro Embraer y poco después nos dirigimos andando hacia la pista de despegue. Desde el volante de un carrito, Pippo ordenó a dos mozos que cargaran nuestras bolsas y maletas en el avión.

Nos despedimos de Gianfranco y subimos por las escaleras del avión. Nos cruzamos con dos personas vestidas elegantemente y con gafas de sol. Supuse que serían los mismos pilotos que se llevaron nuestro avión, pero habían regresado sin pasaje. Cornelio dejó que nos sentáramos donde quisiéramos.

El padre Celestino fue enseguida a la bodega y comprobó que el féretro del padre Borromeo estaba intacto. Entonces bajó las escaleras y ayudó a su cuñado Benito, borracho, meado y también vomitado; el hedor era insoportable. Pero el sacerdote, sufrido y acostumbrado a las miserias humanas, lo subió al avión y lo dejó tirado en un asiento. Nadie se sentó a su lado.

Dos mozos subieron a Salomón sobre la tabla. Como no había sitio donde ponerla, la colocaron sobre el féretro del padre Borromeo, una superficie plana y alargada, similar a la puerta del váter. El resto nos sentamos como quisimos y, sorprendentemente, Barrabás y Bernadette, que cerraban la comitiva, se encerraron dentro del lavabo. Le habían dicho a Cornelio que no se preocupara por el cinturón de seguridad. Ellos ya irían muy seguros y enganchados; no había peligro. El piloto no quiso discutir y permitió a la pareja hacer lo que quisiera. Los motores rendían a pleno rendimiento, a punto de despegar. Y entonces apareció Salomón, tambaleándose por el pasillo. Dijo que él no se quedaba encima de un féretro y se sentó en la primera fila de la derecha, la que estaba vacía. Nos quedamos pegados contra el respaldo de los asientos y el piloto volvió a gritar: «¡Yuhuuu!, ¡vamos ya que nos vamos!, ¡yuhuuu!». El avión se elevó y nos alejamos de Nápoles.



Cornelio Rubicón



Mary Montaña

Cabina de pilotaje



Enrique Riquelme



Ana Expósito



Rosita Rosicler



Angelita Tweres



Melitón Chispitis



Padre Celestino Piolín



Pilarín Dete



Salomé Chindilopis



Yacinthus Gali

Cocina



Salomón Quiriqui



Benito Xui



Paulino Fazoled



Barrabás Rabasa



Bernadette Pilindris

Salida
izquierda

Salida
derecha

Bodega para carga y equipaje



Padre Carlos Borromeo

VI. LLEGADA AL AEROPUERTO DE DESTINO

AFORTUNADAMENTE, ESTE ÚLTIMO VUELO fue rápido y sin incidencias técnicas ni nuevos aterrizajes de urgencia. Hablé con Salomé y no pudo creer lo que le contaba. Yo también era policía, mi nombre real era Jacinto Galí, y estaba adscrito a la comisaría de Crispulones, por eso no me conocía. A petición del inspector jefe Victorino Delicado, fui reclamado para investigar el caso Espuelitas junto con sus detectives Manolito y Sebas, unos crímenes que al principio parecieron fatales accidentes. Y todo se supo gracias al manuscrito que ella encontró en Garbanzos Betanzos y depositó en la oficina de objetos perdidos. ¡Ahora entendía Salomé las preguntas insistentes de Victorino sobre este tema!

El comisario ya sabía que la enfermedad de su madre era una patraña y que se iba de viaje sin pedir las vacaciones preceptivas. Salomé bajó la cabeza, se vio descubierta y sintió rabia: «¡Jodido Victorino y jodido manuscrito, me cago en la leche, me ha chafado el viaje!». Le dije cariñosamente que a lo hecho, pecho. Pero aún podía evitar un expediente disciplinario si me ayudaba a detener al asesino; yo estaba seguro de quién era, aunque era complicado demostrarlo. Le expliqué superficialmente el contenido del manuscrito y las investigaciones llevadas a cabo, más las muertes que se produjeron con posterioridad. Y siempre el tal Braulio se nos escapaba de las manos. Le dejé a Salomé mi teléfono móvil para que leyera

detenidamente los informes redactados. Después cambiaríamos impresiones.

Cornelio y Mary seguían encerrados en la cabina de mando y se oían gritos que parecían salir de la garganta del piloto. Enrique y Ana jugaban la tercera partida de ajedrez y se los veía muy concentrados. Luego, Enrique me confesó que el secreto para ganar a la azafata estaba en no intercambiar piezas. Ella se ponía muy nerviosa al ver figuras en el tablero y no en su boca, y esto propiciaba jugadas erróneas. Rosita dormitaba y Angelita encendió otro puro de los que había cogido en la sala de espera de Marsella. Nadie le dijo que estaba prohibido y nadie vigilaba a nadie. Delante de nosotros estaban sentados el padre Celestino y Pilarín. Pudimos ver claramente que ella estaba recostada sobre su hombro y él le ponía una mano por dentro de la blusa, acariciándole los pechos. A saber dónde tendría el sacerdote la otra mano, no la veíamos. Pero oíamos suspirar a Pilarín y animar al cura a seguir sin pausa.

A nuestra derecha estaba la *toilette*, cerrada, con Barrabás y Bernadette dentro. Se oían jadeos y voces entrecortadas. En un momento dado se abrió la puerta, ella sacó la cabeza y dijo, bien fuerte: «Ahora un palíndromo muy adecuado para el momento. Te lo dedico a ti, Barrabás: “Otro coito, tío corto”». Y volvió a entrar en la *toilette* y cerró la puerta. A mí me hizo mucha gracia el palíndromo, pero ya no fue votado por nadie.

Paulino estaba sentado justo delante del lavabo y oía todo lo que sucedía dentro. Además, tenía a su izquierda al padre Celestino y a Pilarín. Su grado de excitación era muy grande, incluso se había bajado los pantalones. Salomé quiso darle otra colleja, pero la detuve, que dejara desfogarse al pobre garbanero. Aquel viaje era una locura. Paulino se masturbó en medio de grandes rugidos. Después se subió los pantalones y se quedó dormido.

Supusimos que el padre Celestino terminó su trabajo con Pilarín, pues se levantó y dijo su último palíndromo: «Amaba la rosa a sor Alabama». Y se oyó a Pilarín que respondía: «Ay, sí, la amaba, y mucho...». Tampoco votó nadie. Y ¿Salomón?

Me levanté para ver su estado. Lo encontré tendido a lo ancho de los dos asientos, medio inconsciente y babeando, quejándose con un leve «ay, ay, ay, qué dolor, qué dolor, qué pena, Mambrú se fue a la guerra...». Le pregunté si se encontraba bien, se tocó la frente y dijo: «Ay, ay, mi cabecita, mi cabecita, qué dolor, qué dolor». Su estado parecía preocupante y creo que deliraba. Es posible que tuviera un traumatismo, una conmoción grave, el golpe debió ser muy fuerte. En cuanto aterrizáramos deberían llevarlo al hospital.

Melitón estaba tranquilo, sonriendo y profiriendo sus ruiditos, «gooochi-gooo, gooochi-ooochi-ooochi-gooo». Le pregunté si se encontraba bien con tanto ajeteo, y no sé por qué lo hice, pero lo llamé Miroku Sake. Entonces abrió los ojitos achinados y me dijo que me sentara a su lado: «¿Así que Salomé es policía, Yacintus? Pues igual le gustaría saber una cosa, antes no te dije nada porque no me llamaste por mi verdadero nombre». Y ¿qué información es esta?: «Cuando salimos de Marsella le preguntaste a Pilarín si conocía al padre Borromeo. Ella contestó que sí, y añadió que salió de las primeras de la tienda de Paulino y no vio nada raro. Me preguntaste a mí y te respondí que no sabía».

«Efectivamente, Miroku, me dijiste “selonósyo”. Entonces, ¿sabes algo más?». «Pues claro que sé. Después de recoger el premio en la tienda de Paulino salí a la calle y observé que Barrabás y el sacerdote grandote discutían. Vi con claridad cómo el cura le arreaba un tremendo bofetón y luego una patada en el culo que lo tiró al suelo. Lo señaló enrabiado y le dijo que él confesaba a quien le daba la gana y no por obligación. Entonces Barrabás se levantó del suelo y le dio una gran coz al padre Borromeo en el estómago, un golpe a lo kung-fu que lo dejó doblado y sin respiración. Barrabás se alejó cabizbajo con una mano en la cara y otra en el culo, le debían doler mucho.»

«Y tú ¿qué hiciste, Miroku?» «Pues nada, según el código *bushido* las cosas deben fluir por su propio cauce, no es bueno interferir en los asuntos ajenos. Además, poco después llegó Angelita, vio al cura en aquel estado delicado y quiso socorrerlo.

Ahí me olvidé del tema y me fui a casa. ¿Se lo contarás todo a Salomé?» «Muchas gracias, Melitón, ahora mismo se lo explicaré todo.» No me di cuenta de que lo había llamado por su nombre de bautizo. Entonces cerró ligeramente sus ojitos achinados y volvió a emitir sonriente los ruiditos de palomo, «goooochi-gooo, gooochi-oooochi-oooochi-gooo». Me senté nuevamente al lado de Salomé, excitado por la noticia. Ella me pidió cinco minutos más, ya terminaba de leer los informes.

Cornelio habló por megafonía: «Señores pasajeros, este viaje se acaba. Veinte minutos y aterrizamos. El juego de los palíndromos ha terminado. Ruego a Yacintus que venga aquí para ordenar las puntuaciones y dar los nombres de los ganadores». Le di un beso a Salomé y fui hacia la cabina. Mary salió de allí muy despeinada, medio vestida y con la cara muy larga, exclamando: «Jodido cabrón, el Cornelio de los cojones». Fue a sentarse junto a Benito, pero enseguida olió el ambiente putrefacto y se puso al lado de Melitón.

El piloto hizo ver que no escuchaba las palabras de Mary y me dijo, secamente, que contabilizara todas las puntuaciones y ordenara el *ranking* de los más votados. Yo cantaré los nombres de los ganadores y desvelaré su premio. Antes, le informé de que el estado de Salomón parecía muy preocupante y sería necesaria una ambulancia medicalizada a nuestra llegada. Cornelio asintió y contactó con el aeropuerto pidiendo este servicio.

El comandante dijo entonces que tenía reservada una grata sorpresa para nosotros: «Es un placer informarlos de que tendrán premio los cuatro participantes que hayan conseguido más puntos. Los dos primeros pasarán tres noches en la suite Monongah del hotel Benvenuti Amici. El tercero obtendrá un fantástico cuadro con quince nudos marineros y el cuarto, un pareo de colores o una sombrilla de playa plegable, a escoger.

»Los cuatro participantes con puntuación más alta en cada palíndromo también recibirán premio: los dos primeros dormirán tres noches en la suite Gioacchino da Fiore del hotel Benvenuti Amici. El tercero será agraciado con una jarra de

vino con imágenes de la Magna Grecia, y el cuarto, una figura de cerámica que representa al entrañable abuelo calabrés.

»Igualmente se premiará a los concursantes que hayan dado más puntos, es el premio Bondad sin Fronteras: un juego de rotuladores *amore di cuore* acompañado de una botella de alcohol para evitar el secado; un paraguas modelo *allegro assai* para féminas, o *andante cantabile* para caballeros, y la planta flor de la pasión junto con un spray para prevenirla de los ataques de hongos, pulgones y cochinillas.

»Finalmente, nadie quedará sin recompensa y todos los participantes sin premio recibirán el magnífico regalo «Honor al participante», el magnífico *pack* del padre Profumo Santoscristi: el libro *Il padre Profumo, o ferite che guariscono*, tres juegos de estampas, un medallón y un rosario sonoro. Todos los premios se os darán a vuestra llegada al hotel. Sopitas Carvajal también quiere contribuir en este concurso y regalará a todos los viajeros tres sobres de las sopitas que «frías o calientes son un manjar; en el cielo la toma Ramón y Cajal y en la tierra hasta mi tío Pascual».

Tras repasar las puntuaciones, confeccioné una tabla con los ganadores en cada disciplina y la leí a través del megáfono. Excepto las noches en las suites Monongah y Gioacchino da Fiore, que solo disfrutarían Paulino, Barrabás y Angelita, el resto de los premios parecía de pobrísimo nivel y todos quedamos muy decepcionados. A mí me tocó el cuadro de nudos marineros y un juego de rotuladores; eso no se regala ni a un enemigo.

Regresé junto a Salomé. Ya había leído todos los informes. No tenía ninguna duda, el asesino era Barrabás. Cuando le expliqué lo que me había contado Melitón sobre la patada al padre Borromeo, Salomé imaginó que «probablemente la muerte del sacerdote se produjo como consecuencia de ese impacto en el estómago, pero faltaría la autopsia que lo certificara. Todo cuadra, Jacinto, cuando Barrabás ha sabido esta mañana que el cura había muerto, rápidamente ha querido copular con Bernadette, ya había cumplido su trabajo, siete asesinatos. El caso de Salomón es más peliagudo, Barrabás ya lo tenía todo hecho; quizás haya sido un lamentable accidente.

»Y escucha esto, Jacinto: cuando he repasado el caso de Froilán, he mirado los nombres que aparecían en el *Carcelín*; aquellas dos supuestas estudiantes, Bárbara Abrasas y Carolina Michel-Fidoh, que se enfrentaban entre sí, ¿te acuerdas? Pues bien, pensé que los nombres podían ser ficticios, y ¡se encendieron mis luces!, ¡se trata de un anagrama! Si reordenas correctamente las palabras del nombre de la vencedora, Carolina Michel-Fidoh, ¿qué se obtiene? Pues ¡Froilán Chichi del Amo! Y ¿con Bárbara Abrasas? Pues casi nada... ¡Barrabás Rabasa!».

La emoción que sentí fue grande, ¡muy grande! Por fin teníamos la prueba definitiva que inculpaba a Barrabás, al asesino Braulio. Le di un beso apasionado a Salomé y le agradecí su colaboración en el caso. Más que una sanción se merecía un reconocimiento y una promoción en el servicio. Hablaría con Victorino para que esto se hiciera realidad. Pero también le dije a Salomé que el viaje había terminado para nosotros dos. En cuanto aterrizáramos, avisaríamos a la policía y detendríamos a Barrabás, que seguía en la *toilette* con Bernadette. Aquel sujeto no podía seguir suelto más tiempo. Al fin lo habíamos atrapado. A Salomé no le hizo ninguna gracia quedarse sin el premio, pero comprendió que no tenía más salida.

En aquel momento, Cornelio desveló al fin el destino del viaje: «Atención a todos los pasajeros. En cinco minutos aterrizaremos en el aeropuerto italiano de Lamezia Terme, el más cercano a la ciudad de Cosenza, que está a 71 kilómetros de distancia. Tomarán un *autopullman*, con todas las comodidades, que les llevará hasta esa ciudad. De allí se dirigirán hacia la hermosísima población montañesa de San Giovanni in Fiore, en el corazón de la Sila Grande, muy próxima a las maravillosas playas de Crotona, en el mar Jónico. Llegarán aproximadamente a las 21 horas y se alojarán en el confortable hotel Benvenuti Amici. La cena los estará esperando».

Hubo aplausos entre los pasajeros, satisfechos por el destino final, que ninguno de ellos conocía, excepto el padre Celestino. En realidad, no tenían ni idea de lo que les esperaba.

VII. DETENCIÓN DE BARRABÁS Y ACCIÓN JUDICIAL

TOMAMOS TIERRA EXACTAMENTE a las 19:13 horas. El comandante, fuera de la cabina, se despidió de todos nosotros fríamente. Mary no le dio ningún beso y le dijo rabiosa: «Eres un cacho cabrón y suerte tiene el mundo de que no tengas ningún hijo, desgraciado». Ana siguió sentada ante el tablero de ajedrez, comiéndose las piezas que quedaban cuando abandonó la partida y dio el triunfo a Enrique. El inventor había conseguido una posición muy favorable, tres peones pasados y un alfil de ventaja.

Por fin habíamos llegado al final del viaje y el pasaje estaba muy cerca de sus ansiadas vacaciones. El padre Celestino ayudó a levantarse a su cuñado Benito, que medio recuperaba la conciencia. Salimos del avión, bajamos la escalerilla y vimos un microbús que nos esperaba a pie de pista y también una ambulancia para Salomón, que parecía estar inconsciente y no se levantó de su asiento. Me sorprendió la presencia de una furgoneta de la policía italiana en la que iban seis carabineros armados con ametralladoras.

Uno de ellos nos saludó amablemente y nos hizo subir al vehículo que nos transportaría a las instalaciones del pequeño aeropuerto de Lamezia Terme. Yo supuse que su intención era conducirnos a la terminal de recogida de equipajes y, en el peor de los casos, querrían revisar nuestras pertenencias. Pero no fue exactamente así.

Nos dejaron a todos juntos en una sala más bien pequeña. En una esquina había una mesita y cuatro sillas dispuestas a su alrededor. Uno de los *carabinieri* se presentó como el comisario Conrado Grazi. Preguntó por Yacintus Galí, debía hablar urgentemente con él. Excepto Salomé, los demás pasajeros quedaron sorprendidos y me miraron con desconfianza, especialmente Barrabás. Levanté la mano y me dijo que lo acompañara a otra habitación. Grazi me informó, en italiano, de que Victorino Delicado lo había puesto al corriente del caso y la policía italiana estaba a mi disposición para lo que fuera necesario.

Además, el vuelo había sido muy irregular, un avión de lujo no hace ese recorrido ni se demora tanto en llegar a su destino. «La Ndrangheta –dijo–, la mafia calabresa, campa a sus anchas por este territorio, y el tráfico de drogas y los secuestros son frecuentes». Por tanto, harían una profunda revisión del aparato e interrogarían al piloto y a la azafata; en muchas ocasiones los correos saben mucho más de lo que imaginan sus capos.

En aquel momento entraron el féretro del padre Borromeo; querían comprobar su contenido. Pedí permiso para quedarme y me lo concedieron. Con grandes palancas consiguieron abrir el ataúd. Efectivamente, allí estaba el cuerpo del sacerdote, vestido con sotana y medio parecido a la caricatura de Benito, con barba larga y bigote. Dos perros husmearon el interior de la caja y por su expresión e inquietud los policías supieron que aún olía a droga.

Explicué a Conrado la historia de la delegación de la ONU y que nos obligaron a dejarles el avión para una supuesta misión humanitaria. El policía sonrió y explicó que el féretro había contenido probablemente decenas de kilos de droga, pero ya había volado y podía cerrarse la caja. El sacerdote muerto no era culpable, desde luego, podían enterrarlo donde estuviera previsto. Antes de sellar nuevamente el féretro, le pedí al policía italiano si era posible hacer una inspección del cuerpo; era importante para mi investigación. No puso objeción y llamó al médico forense de guardia para que diera su opinión profesional.

Quisimos desnudar el cuerpo del sacerdote, pero tuvimos muchos problemas; su rigidez no permitía sacarle la larga sotana. Plantearon la posibilidad de cortarla, pero no fue necesario, yo solo quería ver si aquella cox había causado alguna lesión. Arremangamos la gruesa tela hasta el pecho y quedó al descubierto la zona que me interesaba. Efectivamente, el cuadrante superior izquierdo de la cavidad abdominal presentaba un gran abultamiento, una esplenomegalia, explicó el forense, una hinchazón del bazo. Los motivos podían ser diversos, pero vista la hemorragia subcutánea aún visible, podía deducirse fácilmente que el bazo simplemente se abrió, y esto era muy compatible con un traumatismo, una patada, por ejemplo. El médico había observado casos similares en las agresiones brutales que se suceden entre aficiones rivales de fútbol y en las que participan elementos radicales.

Le pregunté si era posible que una patada hubiera ocasionado la muerte del sacerdote, pues aquella se produjo el 19 de abril y el padre Borromeo falleció el 2 de mayo, dos semanas más tarde. El forense respondió que era perfectamente viable, la cox le ocasionaría una primera lesión que no fue debidamente atendida. Las hierbas medicinales no sanan este tipo de traumatismo; es necesaria la intervención quirúrgica y, quizás, extirpar el órgano. Pero no se hizo, esta actitud contraria a la medicina tradicional es frecuente en ciertas órdenes religiosas, que creen únicamente en los milagros; es decir, en la naturaleza.

Le dije a Conrado que sería conveniente llamar a la pasajera Salomé Chindilopis, también policía y conocedora del caso, para acordar las acciones que debían tomar, aunque yo tenía muy claro que debía detenerse a Barrabás, sin duda el asesino de Espuelitas. Ni el mejor abogado del mundo podría salvarlo. Salomé entró en la habitación y vio el abdomen del padre Borromeo.

Le expliqué la opinión del médico forense y coincidió conmigo: «Jacinto, hay que detenerlo ahora mismo, no se nos puede escapar de aquí, es demasiado peligroso. Y que sepas

que Salomón está muy grave, se lo han llevado urgentemente al hospital y temen por su vida». Eran las 20:15 horas y ya oscurecía. Pero, de momento, nadie saldría del aeropuerto.

Junto con Salomé, el policía Conrado y cuatro agentes más, nos dirigimos a la sala donde permanecían los otros pasajeros. Barrabás estaba en un rincón de la sala con Bernadette, los dos besándose con intensidad, como ya nos tenían acostumbrados. Los interrumpí sin rodeos y anuncié que yo era Jacinto Galí, policía de la comisaría de Crispulones, y mi compañera Salomé Chindilopis, policía de la comisaría de Espuelitas. Le dije a Barrabás que tenía derecho a guardar silencio y que estaba detenido como sospechoso por los asesinatos de siete personas, incluido el padre Borromeo. Luego le pedí a Conrado que esposara al presunto asesino.

Bernadette se puso a gritar histéricamente, no había forma de serenarla y proclamaba que Barrabás era inocente. Los carabineros intentaron reducirla, pero en un momento dado se zafó de ellos y me tiró de los pelos y me dio una patada dolorosísima en mis partes nobles; tardé varios minutos en reponerme. Entonces intervino Salomé; le dio un imponente bofetón que la tiró al suelo. Quedó unos segundos fuera de combate y fueron aprovechados para esposarla y atarla a una silla. Cuando recuperó el sentido se enrabetó de una manera bárbara y la sedaron con una dosis doble de Termizol 6 mg, intravenoso, un tranquilizante usado también en veterinaria para dormir a los paquidermos estresados.

Barrabás estaba impasible, sentado en la silla, también esposado. De vez en cuando le decía a su novia que no se preocupara, todo era un error y continuarían el viaje. A Salomé la avisó de que no volviera a pegar a su novia. Pensé que en aquel estado no era necesario administrarle Sobadol 600 mg, como había recomendado el doctor Carolino Balla, psiquiatra.

En aquella habitación permanecían todos los pasajeros alucinando con la escena, pero sin decir nada; no se atrevían. De todas maneras, era un problema que no les concernía, y Mary fue muy clara: «Mira, Jacinto, que Barrabás sea un asesino me

sorprende, pero esta no es mi guerra. Quiero irme a San Iovani y empezar mis vacaciones. Hasta ahora esto ha sido un castigo y si lo sé, me quedo con mi marido, es aburrido, pero no da tanto por saco».

El resto de los pasajeros fue de la misma opinión. Me rogaron que los dejara ir y coger el *autopullman*. Eran casi las nueve de la noche y aún les quedaban dos horas de viaje hasta San Giovanni in Fiore. Tenían hambre, estaban cansados y hartos de contratiempos. No tuve inconveniente en dejarlos marchar. Bernadette se negó rotundamente a abandonar a Barrabás y aseguró que se quedaba por las buenas o por las malas, y si no lo permitía, me arrancarían la yugular de un mordisco. Yo desconocía cómo regresaríamos a casa, pero no habría problemas por llevar a una persona más. Así que permití a Bernadette quedarse con nosotros; tampoco sabía si estaba involucrada en los asesinatos.

Sugerí al policía Grazi que el resto de los pasajeros podía marchar hacia San Giovanni. Allí nos quedábamos Salomé, Bernadette, el detenido y yo, a la espera de que nos informaran sobre la manera de volver a casa. El comisario respondió que haría gestiones en este sentido y accedió a que los pasajeros marcharan hacia su lugar de destino. El *autopullman* esperaba en la puerta y llegarían muy tarde al hotel.

Nos despedimos todos de todos y les deseé una feliz estancia y mi decepción por no poder acompañarlos en un viaje que sería inolvidable. Besos a las mujeres y abrazos a los hombres, excepto a Benito, que se había limpiado ligeramente, pero aún olía fatal. No me sorprendió que ninguno de ellos saludara a Barrabás ni a Bernadette. En realidad, hubo muy poca relación entre ellos y no es agradable mirar a los ojos de un presunto asesino.

A la salida de aquella terminal estaba aparcada una gran furgoneta. Conrado me dijo que la conducía el padre Bognigni, de los Piccolissimi Borromei, sospechoso de dedicarse a tareas delictivas, nunca demostradas. Venía a recoger el féretro del padre Borromeo y al padre Celestino, que no seguiría con el resto de los viajeros. Respondí al policía italiano que por mí

no había inconveniente. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a Pilarín abrazar efusivamente a dos muchachos, sus dos hijos, dijo, Mario y Darío, que habían venido a buscarla. Yo no supe qué hacían ellos dos allí, pero acompañaban al padre Bognigni. Todo muy extraño, pensé, pero bastantes problemas tenía ya con Barrabás y Bernadette; no quería involucrarme en más historias, y menos relacionadas con drogas y mafias italianas. Ese era el trabajo de Conrado, no el mío.

El padre Celestino comentó: «Los dos hijos de Pilarín son muy píos y están muy ligados a los Piccolissimi Borromei. Resulta que estaban de viaje por esta zona y supieron del lamentable fallecimiento del padre Borromeo. Y, sabiendo que su madre Pilarín venía para acá, han querido recogerla y asistir todos juntos al entierro de nuestro querido sacerdote. Así que nos vamos todos a Castrovillari. Probablemente, en dos o tres días, Pilarín y yo nos reincorporaremos al viaje de Sopitas Carvajal». Esta explicación suscitaba muchas dudas. Los hijos de Pilarín no podían conocer el destino de su madre, ni ella misma lo sabía. En todo caso habría sido el padre Celestino quien se lo dijo a ellos, igual que les informaría sobre la muerte del padre Borromeo. Aquel sacerdote no era trigo limpio, pero mi única tarea era poner a Barrabás entre rejas.

Unos marcharon con la furgoneta, féretro incluido, y los otros, con el *autopullman*. Rosita también quería ir al entierro del sacerdote, y Enrique le prometió que ya se desplazarían desde San Giovanni. Volvimos a despedirnos de todos y les deseamos una feliz estancia, esperábamos noticias suyas cuando regresaran del viaje.

Conrado me explicó que no podíamos llevarnos al detenido sin cumplimentar una mínima disposición legal. Prácticamente no había pisado territorio italiano y podía considerarse que la detención se hizo en origen o durante el vuelo; no sería un caso de extradición. Pero era necesario comunicar a Barrabás el motivo del arresto para entregarnos él su custodia.

Barrabás fue trasladado a otra dependencia más apropiada para interrogatorios, donde fue grabada la conversación: «Ba-

rrabás, el día que se entregaron los premios de Sopitas Carvajal, fue encontrado en Garbanzos Betanzos un manuscrito en el que se detallaban cuatro asesinatos: Providencia Barrachina, Cenicienta Filiprim, Julio Penitas y Froilán Chichi. El escrito te pertenece a ti, Barrabás Rabasa, asesino en serie. En este vuelo, por ejemplo, has cantado a viva voz los mismos palíndromos que aparecen en tu escrito, y todos tienen que ver con personas relacionadas con el convento de San Juan Crisóstomo. Su madre superiora, sor Rebeca de la Ascensión, murió descabezada por un hipopótamo que escapó del zoológico por tu culpa. En el manuscrito se asegura que si tú, “Braulio, mi bien amado hijo”, asesinabas a siete personas, abandonarías tu virginidad. Luego se produjeron las dos muertes que te faltaban: el marchante de arte Jesús Nicodemo Barbarian y el padre Carlos Borromeo. En este último caso, existe un testimonio que te vio dar una patada en la barriga del sacerdote, la cual le ocasionó la muerte.

»No ha sido de extrañar, por tanto, que esta mañana, cuando has visto el féretro del cura, te hayan entrado unas ganas locas de mantener relaciones sexuales con tu novia Bernadette, a la que habías respetado desde que iniciasteis vuestra relación sentimental. Has sabido que se había cumplido tu parte del pacto con el supuesto ángel Serafín y quedabas libre para “copular con mujer ardiente”, ¿recuerdas el manuscrito?

»Mentiste a la policía cuando dijiste que no conocías al abogado Froilán. En su librito de ejercicios, *Carcelín*, aparecéis vosotros dos bajo los pseudónimos de Carolina Michel-Fidoh y Bárbara Abrasas, en realidad, un anagrama de Froilán Chichi del Amo y Barrabás Rabasa. Por último, maquinaste la historia de que alguien quería hacerte daño y te dejó una cabeza de caballo en el frigorífico. Suponías que la policía iba detrás de ti y trataste de confundirnos para ganar tiempo y escapar a través del viaje. Pero no pensaste que en el avión irían policías, para protegerte o para investigarte, y tú solito te has delatado. Ahora regresarás a Espuelitas y el juez decidirá, pero las pruebas son abrumadoras».

Barrabás escuchó mi intervención sin pestañear. Reconoció ser el autor del manuscrito, pero eso no demostraba nada, todo el mundo sabía que las muertes de aquellas personas habían sido accidentales. Él era inocente y el juez lo vería igual, las pruebas eran meras suposiciones, hechos circunstanciales que no probaban nada. No quería abogado, no lo necesitaba.

El policía Conrado dijo que no había entendido nada de aquel enrevesado caso, pero era suficiente mi explicación y la respuesta de Barrabás. Esto le bastaba para entregarnos su custodia. Para volver a casa, el comisario nos propuso ir en coche policial a Nápoles. A las seis de la mañana tomaríamos un vuelo de mercancías hasta Aviñón, y de allí hasta casa, otra furgoneta policial. Sin contratiempos, llegaríamos a la comisaría de Espuelitas hacia las doce del mediodía del día siguiente.

A Bernadette la llevaríamos esposada igual que a Barrabás. Ella protestó ligeramente, seguía muy sedada, y yo le dije que agredir a un policía estaba penado por la ley, así que mejor que se portara bien y no agravara su delito. Desde luego, si aquella mujer volvía a ponerse histérica, le enchufaría sin reparos otra dosis doble de Termizol 6 mg.

El viaje de regreso fue muy pesado, pero sin incidencias, y lo aproveché para redactar un pequeño informe sobre lo sucedido. Llegamos a la comisaría de Espuelitas a las doce del mediodía del sábado 4 de mayo, como estaba previsto. Nos recibió Victorino, que me abrazó fuertemente. Dijo que yo había resuelto el caso gracias a mi sagacidad y esto suponía un trampolín definitivo para mi carrera. Podía irme a casa a descansar. Mi trabajo había concluido y tenía tres días de permiso, me los había ganado.

Yo pedí estar presente en el interrogatorio del juez a Barrabás, junto con Salomé; ella cooperó conmigo en todo momento y resultó fundamental para relacionar al asesino con el abogado Froilán. Victorino me explicó que estaba a punto de llegar Agapito Amor, el juez, y únicamente él tomaría declaración ayudándose de mi informe. Insistió en que me fuera a casa a descansar. Ya tendríamos tiempo de hablar sobre mi posible

ascenso. Y ahí me dejó, sin opciones de intervenir en lo que yo consideraba mi caso. El inspector jefe se dirigió a Salomé, que debía ir inmediatamente a su despacho. Yo le insistí al comisario que ella me había ayudado mucho y se le debía un trato más que considerado. Al poco se oyeron los gritos de Victorino, rabioso. Informó a Salomé como un energúmeno de que estaba suspendida de empleo y sueldo por mentir a todo el cuerpo de policía.

Salomé salió muy abatida del despacho. Le pregunté si quería acompañarme a mi casa; teníamos que descansar los dos. Respondió afirmativamente y se le humedecieron los ojos. Posteriormente hablé por teléfono con Victorino, pero no hubo manera de convencerlo de que perdonara a Salomé y le retirara la sanción. Fue taxativo: estaría suspendida, como mínimo, durante tres meses; la falta era gravísima y no se podía tolerar. Yo le supliqué que reconsiderara el tema, se lo pedí como un favor personal, pero no atendió a mis ruegos.

Estaba claro que Barrabás era el asesino de Espuelitas. Existían pruebas irrefutables que lo inculpaban y, además, había confesado ser el autor del manuscrito *Siete crímenes por cópula*. Mi teoría era que este individuo había enloquecido y mostraba signos inequívocos de doble personalidad. Probablemente, Barrabás era una persona extraña, esquiva y solitaria, pero respetuosa con la vida ajena; no había pruebas de lo contrario. Braulio era otro cantar. Yo había demostrado que ambos eran la misma persona.

Sorprendentemente, mi trabajo no sirvió para nada, pues al día siguiente, 5 de mayo, Barrabás fue puesto en libertad. Fui a quejarme a Victorino como una furia. Jamás me había sentido tan indignado por un caso, ¡mi caso!, que lo ninguneaban y dejaban de lado. Él también estaba muy dolido, pero no había nada que hacer. El juez dejaba libre a Barrabás y archivaba el caso por falta de pruebas: «No insistas más, Jacinto, el caso está cerrado. Quizás se nos escapan detalles que no atinamos a ver, no lo sé. Pero el caso es que ya no hay caso. Tú te vuelves a la comisaría de Crispulones y yo me quedo en Espuelitas. Ya vendrán tiempos mejores, no lo dudes. Y ten la seguridad de

que hablaré con tu superior para que confíe más en ti, has demostrado ser un buen policía».

Yo no atendía a razones y seguí protestando. Al final, Victorino se enfadó y me gritó: «¡Jacinto, basta! Yo estoy tan jodido como tú y esto me disgusta enormemente. Nos han tomado el pelo, está claro. Pero he recibido una orden directa de mis superiores para que olvide el tema, y voy a hacerlo. Como un detalle personal, voy a darte una copia del informe del juez Agapito y los fundamentos para dejar en libertad a Barrabás. Ya verás que todo es muy lamentable y poco serio. Pero, Jacinto, somos unos mandados. Y tú aún más que yo, que estás muy por debajo en el escalafón policial. Que te sirva de lección: no pongas demasiado empeño en el trabajo a no ser que seas su propio dueño».

Victorino me abrazó, me entregó una carpeta con el escrito del juez y me acompañó hasta la puerta de la comisaría, deseándome toda la suerte del mundo. Sobre Salomé, mejor que no le recordara el caso; estaba muy molesto, indignado. Los fundamentos por los que el juez Agapito Amor dejaba libre a Barrabás no tenían ningún sentido, al menos para aquellos que habíamos trabajado intensamente en el caso. Era evidente que había un gran interés por omitir la evidencia y rizar un rizo que se había desenredado.

**Juzgado de Espuelitas, a 5 de mayo del año en curso,
domingo.**

**Asunto: Determinación judicial sobre el presunto asesino
Barrabás Rabasa**

Informe nº 1336/13

Juez instructor: Agapito Amor de Paz

Número de licenciado: 43.383

Fecha de la detención: 3 de mayo (Italia). Ingresó en la comisaría de Espuelitas a día 4 de mayo.

Antecedentes:

Hombre caucásico, 34 años, de nombre Barrabás Rabasa Lusián. De oficio técnico sanitario en laboratorios Uremial.

Causa de la detención: sospechoso de la muerte de siete vecinos del barrio de Espuelitas: Providencia Barrachina, Froilán Chichi, Cenicienta Filiprim, Julio Penitas, sor Rebeca de la Ascensión, Jesús Nicodemo Barbarian y padre Carlos Borromeo.

Fundamentos de la resolución: Vistas diligencias policiales en sendos informes firmados por don Victorino Delicado Delicioso, comisario jefe, los detectives don Manolito Cifuentes y don Sebas Tobías, y el agente don Jacinto Galí Matías.

Este legislador aprecia cierta animadversión de los investigadores hacia el investigado y excesivas ansias por cerrar el caso. Que las pruebas parezcan concluyentes no significa que lo sean y que las apariencias engañan es un tópico al que se recurre con frecuencia, como es el caso.

La palabra «detener» proviene del latín *custodire*. Si se detiene es para no continuar, para no avanzar, para paralizar o evitar un hecho delictivo. En este sentido, cabe admirar el trabajo de estos investigadores policiales, pues con gran celo y profesionalidad trabajan para mantener la seguridad de nuestra sociedad y hacerla habitable sin miedos. Pero el celo en el trabajo no es sinónimo de éxito. Es el fin perseguido, pero los medios no justifican el logro apetecido. Pues si no hay fin, no hay principio. Y este es un caso claro en este sentido. Muertes han existido, no hay duda. Pero ¿son asesinatos? Vayamos por partes, punto por punto, que lo total es siempre suma de lo parcial.

Providencia Barrachina. Murió por causa del atropello de un autobús de línea metropolitana. Muerte instantánea. Sin testigos que confirmen voluntariedad del conductor, que no era Barrabás, ni incidente anterior que pudiera ocasionarlo (pedrada en cogote). No existen pruebas que induzcan a pensar que el atropello se produjo por causa intencionada. La muerte se atribuye a la fatalidad.

Froilán Chichi. Murió por causas naturales. Una cisticercosis mortal ocasionada por la presencia en su cuerpo de gran número de platelmintos cestodos vivos. ¿Cómo llegaron estos parásitos al organismo de Froilán? Es una incógnita. Lo que apunta Braulio en su manuscrito sobre las tres pulgas que se come el finado es solo una posibilidad. Pero podríamos imaginar miles de posibilidades distintas que no harían pensar en ningún asesinato.

Cenicienta Filiprim. El derrumbe de una estantería dentro del refrigerador del supermercado El Paraíso de los Glotones le hizo perder el conocimiento y posteriormente murió por congelación. Sin indicios de que no se tratara de un accidente, tampoco hay testigos. La muerte se atribuye a la fatalidad.

Julio Penitas. Murió ensartado por una espada en medio de una representación teatral. Fueron testigos los espectadores que asistieron a ella y todos coinciden en la misma apreciación: Julio salió disparado desde bambalinas hasta el centro del escenario, justo en el momento en que el Capitán se giró y le clavó la espada en el pecho. ¿Por qué salió Julio tan precipitadamente? No lo sabemos ni hay testigos presenciales, solo teorías. Fue un lamentable accidente, otra fatalidad.

Sor Rebeca de la Ascensión. Murió descabezada por un hipopótamo. Podría considerarse que fue Barrabás la persona que estuvo con la finada en el bar El Tragaluz, pero no está probado; y aun si creyéramos lo que cuenta su dueño, que intentó ahogar a la monja con las galletas, todo serían conjeturas y la palabra del uno contra el otro. Mas pensar que el sospechoso se dirigió después al zoológico, que dejó en libertad al hipopótamo y lo guio hasta encontrar a sor Rebeca es teoría muy peregrina. La muerte se atribuye a la fatalidad.

Jesús Nicodemo Barbarian. Murió por causas naturales. Un ataque al corazón. No hay duda y existe informe médico que

lo certifica (recibido desde Quito). Que el ataque fuera debido a una llamada telefónica es una teoría tan peregrina como la del hipopótamo en sor Rebeca. No merece investigación esta evidentísima muerte natural de un hombre que ya padecía dolencias cardíacas.

Padre Carlos Borromeo. Un testigo dice que Barrabás dio una patada al sacerdote, y un forense italiano sostiene que fue la causa de defunción. Pero no existe dictamen médico competente; todo son conjeturas. El padre volvió «enfermito» a la iglesia y fue atendido por un farmacéutico, hombre de ciencia. En ningún momento trascendió que hubiera sido agredido, por lo que se deduce que la presunta patada no tuvo consecuencias. Cuando un hombre de 83 años muere atendido por familiares y amigos, solo cabe pensar que se ha cumplido el inexorable ciclo de la vida.

Dictamen final: Vistos los antecedentes y los fundamentos de la resolución, no es posible retener en las celdas de comisaría al ciudadano Barrabás Rabasa Lusián ni condenarlo a pena alguna. El interrogatorio al inculpado no ha aportado luces al caso. Él niega su participación en todos los supuestos crímenes y expresa su sorpresa por las imputaciones.

Se maravilla que un manuscrito escrito por él, lo reconoce, que recoge hechos parcialmente verdaderos que son conocidos por todos los vecinos del barrio, pueda servir para inculparlo de siete asesinatos. Él supo de las muertes accidentales de Providencia, Froilán, Cenicienta y Julio. Y estaba escribiendo un relato de ficción con toda esa información. ¿Qué delito hay en ello, se pregunta?

Que Barrabás sea un asesino de repetición es inverosímil, todas las pruebas son circunstanciales. No hay testigos que inculpen directamente al presunto asesino en las muertes a él atribuidas, excepto en el caso del padre Borromeo, y ya se ha argumentado que no fue la patada lo que lo mató. Y ante la duda, la pena, la menor, según aconsejan los cánones o

reglas del derecho romano, al que debemos ceñirnos, por viejo y por sabio.

Por tanto, mi decisión ajustada a derecho es la siguiente: que se deje en libertad sin cargos a Barrabás Rabasa Lusián. No procede aplicarle el peso de la ley cuando no existe culpabilidad manifiesta. A Bernadette Pilindris la condeno a pagar las dos dosis de anestésico que se le aplicaron en el aeropuerto de Cosenza. Su reacción fue humana y comprensible, de defensa hacia su amado, al fin y al cabo, un hombre inocente. El caso queda archivado y en último término se reabría si hubiera novedades significativas que así lo aconsejaran.

Juzgado de lo criminal nº 3, a 5 de mayo del presente.
Firmado, el juez Agapito Amor de Paz.

No me convenció el informe de Agapito y no abandoné la investigación, como pretendía Victorino. Al final, el juez escribió que «el caso queda archivado y en último término volvería a reabrirse si hubiera novedades significativas que así lo aconsejaran». Por tanto, aproveché los días de permiso para continuar con el caso Espuelitas y presentar al juez nuevas pruebas que lo obligaran a reabrir el caso. La investigación fue muy sencilla, y lo digo en descrédito de los detectives Sebas y Manolito y del propio Victorino.

Me entrevisté con diversas personas relacionadas con el caso. Ramoneta, representante de Sopitas Carvajal, me mandó copia de la fotografía de grupo que hizo en el aeropuerto. Comparando esta imagen con la que aparecía en el documento de identidad de Barrabás, comprobé que esta era muy desfasada, pues aparecía con gafas gruesas, barba y bigote, muy rejuvenecido. Victorino no estuvo a la altura, fue extraordinariamente descuidado.

Una vecina de Providencia reconoció a Barrabás, cliente habitual de la caseta de ciegos; cada día compraba cupones y se quejaba por su mala fortuna. Cuando el abogado que com-

partía bufete con Froilán vio la fotografía de Barrabás recordó que este se había matriculado en la Facultad de Derecho como Tobías Lusián en homenaje a sus padres.¹¹ La relación de amistad con el finado se había enfriado y durante años no tuvieron contacto, hasta que Barrabás reapareció. Froilán explicó a este abogado que su antiguo amigo daba muchos problemas y lo había amenazado en el caso de unas desgraciadas pulseras.

El reponedor de mercancías de El Paraíso de los Glotones reconoció a Barrabás sin vacilar. Afirmó que solía discutir con Cenicienta por los cambios, como hacían otros muchos clientes; ella se equivocaba con frecuencia. Julio Penitas y Barrabás se conocían, fue confirmado por dos vecinas del sastre fallecido. Allí iban muchos clientes para hacerse trajes a medida y a Barrabás lo habían visto en diversas ocasiones entrar o salir del piso.

Fue muy sencillo relacionar a sor Rebeca con Barrabás. La encargada de la portería, sor Angelita la chica, lo reconoció por la fotografía. Dijo que sor Rebeca se había enfadado con él por culpa de las pulseritas Cleofás. La última vez que vio a Barrabás estaba muy alterado y tuvo que intervenir el músico Pedro Netoxas para evitar que agrediera a la monja.

Rufina, secretaria del marchante Jesús Nicodemo, reconoció ahora claramente al Barrabás de la foto, igual que los dos gorilas que la protegían. Preguntaron si sabía dónde encontrar a aquel degenerado. Le tenían ganas y querían dejarle un recuerdo en cara, brazos y piernas.

No fue posible realizar la autopsia al padre Borromeo; fue enterrado en otro país y los trámites eran demasiado complicados. El rector de la iglesia de San Sulpicio, el padre De Recebo, me explicó que Barrabás «gustaba confesarse de vez en cuando y últimamente se empeñó en que lo hiciera el padre

11. Tobías Rabasa era el padre de Barrabás, y Bethsabé Lusián, su madre. En la universidad confirmaron que un tal Tobías Lusián sí estuvo matriculado en la facultad, y coincidió con Froilán Chichi.

Borromeo. Pero nuestro querido cura no quiso confesarlo; no le apetecía, no le caía bien. Barrabás acudía cada día a la iglesia y preguntaba por el sacerdote. Le dábamos largas diciéndole que no se encontraba allí o no estaba disponible. Hasta que el pobre enfermó y luego murió. Incluso aquella misma noche se presentó Barrabás pidiendo confesión y le dijimos que era imposible; el cura estaba muy malito. Después de que el padre muriera ya no hemos visto más a Barrabás».

Todos los fallecidos tuvieron relación directa con él, estaba probado, y todo encajaba: Braulio, o Barrabás, era el asesino de Espuelitas, y mi investigación debía llegar al juez para que reconsiderara su decisión judicial. El trabajo, redactado como informe, se lo entregué a Victorino Delicado. Él lo leyó con interés y por doble motivo: podría colgarse una medalla con la reapertura del caso y su resolución. Y al quedar bien conmigo, fortalecería su relación sentimental con mi madre, que parecía un hecho consumado.

Justo el día en que entregué el informe, 9 de mayo, recibí una pésima noticia. Llamó Conrado Grazi, el policía italiano del aeropuerto de Cosenza, y me informó de que Salomón había fallecido a causa del traumatismo craneal provocado por la caída de la cisterna del váter. Los médicos no pudieron salvarle la vida; no hubo manera de disolver el tremendo coágulo formado. Salomón no recuperó el conocimiento en el hospital, no se dio cuenta de lo que le pasaba, pero no murió solo, su padrastro feriante lo acompañó en el último suspiro. Me supo mal la muerte del pobre tombolero. Finalmente, pensé que en esta ocasión sí que se había tratado de un accidente fatal. Braulio-Barrabás ya había cometido siete homicidios y no necesitaba ampliar su cuenta. Que Salomón descansara en paz, ese fue mi deseo.

Mi informe llegó al juez Agapito y es seguro que lo leyó. Pero no sucedió nada. No reabrió el caso y Barrabás permanecería libre. ¡No podía creerlo! ¡Todos mis esfuerzos y las investigaciones en una papelera! Victorino no quiso saber nada más del caso y desde aquel momento no lo he visto ni he hablado

con él. Pronto supe que ya no tenía interés en quedar bien conmigo; la relación con mi madre había terminado, ella no aguantaba más a este policía tontito y engreído y seguiría con su marido, que le perdonó su infidelidad como hacía siempre. Mi madre me dijo que prefería vivir con un cornudo antes que con un gilipollas.

Mi superior en la comisaría de Crispulones me llamó a su despacho y no fue agradable. Dijo lamentar que mi viaje hubiera durado tan poco; ya se sabe que la vida placentera de un policía no existe. Ya vendrían tiempos mejores. Él valoraba mucho la investigación que llevé a cabo, pero mis pesquisas no dieron el fruto apetecido, no convencieron al juez. Barrabás estaba libre, y mi trabajo, concluido. Él me animó a seguir en la línea del trabajo y del esfuerzo y de momento seguiría encargado de las tareas administrativas que generaba aquella comisaría. Quizás al año siguiente cambiaría de funciones. Yo sentí un malestar terrible. Mi investigación no sirvió de nada. El juez no hizo ni caso y Victorino se desentendió de la trama; era más cómodo seguir en la poltrona que arriesgar su puesto. Y en Crispulones no consideraron mi investigación y seguiría como policía oficinista.

Salomé seguía recibiendo la pensión de su exmarido, dinero no le hacía falta. Hace muy poco, alrededor de un mes, ocurrió una tragedia que, todo hay que decirlo, nos ha beneficiado mucho a los dos. El pasado 20 de mayo, su exmarido Tomás salió a la calle. No se dio cuenta del camión que hacía una maniobra de marcha atrás. El ex guardia civil ya estaba mayor y ni lo vio ni lo oyó. El caso es que el transporte le pasó por encima y lo dejó planchado como una bufanda. A Salomé le dio pena, le tenía aprecio y se había portado bien con ella. Y mejor se portó al morir, pues en el testamento se lo dejó todo a Salomé: dinero, casas y terrenos. Puede decirse sin exagerar que Salomé es ahora una mujer rica.

Entonces, ella quiso satisfacer una deuda pendiente. La acompañé a comisaría, pero preferí esperar fuera. Le entregó la placa a Victorino y le explicó que abandonaba el cuerpo, la

irritaba su extrema inutilidad, carencia de cojones y falta de respeto hacia sus subordinados, a los que trataba con desprecio y castigaba de manera impropia. Él se quedó tan tranquilo, tomó la placa y le dijo que podía irse, que no la echaría en falta.

«Mira, Jacinto, este cabrito me ha puesto a cien. Le he dicho que se metiera la placa por el culo, lo he llamado vago y cornudo y le he arreado dos hostias en la nariz y la boca y una buena patada en los huevos. Ha pedido socorro y han entrado Manolito y Sebas. Me han agarrado entre los dos y me han echado fuera de su despacho. Victorino aún debe de estar en el suelo, retorciéndose de dolor. Jacinto, ¡somos ricos y no necesitamos trabajar! Pide la cuenta en Crispulones y dedícate a lo que te venga en gana.»

He hecho caso a Salomé. Me despedí de la comisaría y trato de hacerla feliz: nos atamos, nos pegamos, nos mordemos y nos tiramos de los pelos. He olvidado el caso Espuelitas, no me preocupa. Poco después vino a verme el editor Margarito Micifú, muy interesado en estos sucesos. Animado por Salomé, he escrito con gran placer la experiencia que viví. Espero que sea de ayuda y sirva para meter entre rejas a un temible asesino de repetición. *Saravá*.¹²

12. Nota del editor: *Saravá* es una palabra perteneciente al folclore brasileño que viene a significar el deseo de tener un buen viaje, de estar a salvo durante él y, por extensión, a lo largo de la vida.

TERCERA PARTE

¡Hágase la luz! La resolución
del caso Espuelitas a través de
Margarito Micifú

YO TUVE CONOCIMIENTO DEL CASO Espuelitas a mediados de junio gracias a mi querida Matilde. Ella me dejó leer el manuscrito de Braulio, *Siete crímenes por cópula*, y luego me enseñó y explicó su estudio numerológico: ella ya descubrió al supuesto asesino, Barrabás. Su exmarido, el comisario Victorino Delicado, le reconoció que la policía pensaba lo mismo. Sin embargo, todos los premiados de Sopitas Carvajal marcharon de viaje y luego regresaron solamente algunos. Incomprendiblemente no pasó nada, no hubo ninguna detención, los crímenes quedaron impunes. Matilde estaba segura de que algo irregular había sucedido y su entonces marido escondía algo. Él debía ser el primer interesado en detener al asesino de Espuelitas. Pero todo se silenció.

Matilde tiene una amiga común de la examante de Victorino y madre del policía Jacinto. Por ella supo con quién le ponía los cuernos el inspector jefe, aunque ya le importó muy poco. Aquella amiga también le contó que Jacinto viajó en el avión como investigador, descubrió al asesino y lo detuvo, pero después lo pusieron en libertad. Dolido y defraudado por la falsa resolución del caso Espuelitas, Jacinto abandonó el cuerpo de policía.

Mi querida Matilde creía que allí había una buena historia e insistió en que debía interesarme por ella. Yo soy editor y mi obligación es tener buen olfato para descubrir eso, buenas his-

torias; y le hice caso, felizmente le hice caso. El 20 de junio me entrevisté con Jacinto. Él seguía muy molesto con el caso Espuelitas, pero ya había perdido las ganas de investigar.

Yo le comenté que conocía el caso; existían muchas lagunas y *Siete crímenes por cópula* era muy comprometedor.¹³ ¡Por supuesto que aquellos accidentes fatales pudieron ser asesinatos! «¡Claro que sí! —respondió Jacinto—, y lo fueron. Pero el juez Agapito pensó justamente lo contrario y cerró el caso. Y Victorino no tuvo valor para reclamar otra valoración judicial. ¡Yo leí todos los informes, algunos los redacté yo mismo, yo fui al viaje, yo descubrí al asesino y todo acabó en nada!»

Le dije a Jacinto que era editor y que mi obligación era buscar narrativas con gancho. Le propuse que me dejara leer los informes para hacerme una idea del caso que investigó y quizá tendríamos la oportunidad de obligar al juez a reconsiderar su sentencia y encarcelar al presunto asesino. Jacinto respondió que podía entregarme los informes realizados por Sebas, Manolito y él mismo, los redactados por un forense y un psiquiatra y el informe definitivo del juez Agapito. Sin embargo, dijo, «excepto este último, los otros fueron escritos antes del viaje. Y, sin duda, el viaje resultó fundamental para la resolución del caso». Le respondí que ya lo arreglaríamos, que no se preocupara, que me dejara esos escritos y yo vería si existían mimbres para confeccionar una buena obra.

Jacinto me los mandó desde su móvil y yo accedí a una parte de la investigación. Lo que leí me gustó y encontré fundamentos para ser editado. El expolicía se brindó a escribirme sus experiencias, y si finalmente decidía publicar el caso Espuelitas le pagaría un porcentaje sobre las ventas. Necesitaba su escrito con urgencia y él se comprometió a terminarlo en tres semanas. Pero enseguida comprendí que aquellos informes

13. En realidad, yo no tenía gran idea de lo sucedido, solo lo que me había contado Matilde y la lectura del manuscrito de Braulio. En cierta manera, fue un señuelo para ver si yo percibía allí una historia publicable.

eran insuficientes, pues las pesquisas de Victorino quedaban al margen y era fundamental que él se implicara en la reconstrucción de los hechos.

Fui a comisaría el 21 de junio. El inspector jefe no sabía que yo era la nueva pareja de Matilde, y me guardé muy mucho de decírselo. Ya lo descubriría él, ¿no era policía? Yo no tenía por qué avanzarle ninguna información y ponérmelo en contra, al menos en ese momento.

Me presenté como editor de Marasmo, una editorial sorprendentemente desconocida para él. Le comenté que sabía que en el barrio se habían producido diversas muertes accidentales en un corto periodo de tiempo y él las había investigado. Pero yo debía confirmar que no se tratara de viles asesinatos. Victorino respondió que ya formaba parte del pasado, hacía un mes y medio que el juez había resuelto el caso: las defunciones fueron accidentales y allí acabó la investigación. Él, como policía, había cumplido su cometido y tenía la conciencia tranquila.

Yo quise ser franco y directo; la verdad siempre se impone ante la falacia o la maquinación perversa, por mucho que sea precisa y bien calculada. Al final, la perfidia se vuelve en contra. Le comenté que buscaba una buena historia sobre un hecho verídico, mi interés era vender libros. Y yo estaba seguro de que los policías siempre se ciñen a la realidad; la ficción es solo competencia de novelistas, gente con imaginación y poca profesión tangible. Mi intención era publicar el caso Espuelitas y pensaba que él tenía mucho que decir, su experiencia resultaba fundamental.

Al expolicía Jacinto Galí le había ilusionado mi propuesta y estaba trabajando en ella: contaría su experiencia, el vuelo hasta Cosenza y las investigaciones posteriores. Yo pensaba que él, Victorino, era la persona idónea para contar las pesquisas previas, los prolegómenos sin los cuales Jacinto no habría descubierto nada. Era imprescindible la versión del cerebro de la investigación, del detective curtido en mil batallas.

Victorino no parecía convencido y arrugó nariz y labios, signo inequívoco de que meditaba negarse a mi propuesta.

Me avancé a su decisión y le comenté que, por supuesto, yo le avanzaría una cantidad de dinero y tendría una comisión sobre las ventas de la obra. En caso de que no quisiera participar en el proyecto, haría la misma propuesta a Manolito y a Sebas, sus dos detectives. Estaba seguro, sin embargo, de que la aportación de ambos sería muy mediocre comparada con la suya, el gran garganta profunda del caso Espuelitas.

El comisario se mesó la barbilla y meditó durante unos segundos, con la vista perdida. Entonces se interesó por la cantidad monetaria que yo le ofrecía. Respondí que pusiera precio; él lo hizo y enseguida quedamos de acuerdo. Debo confesar que no fue un coste barato, pero la historia empezaba a atraerme y no quería reproches de mi querida Matilde. Victorino añadió que ya podía explicar toda la verdad sobre el caso, sin omitir una coma. Actualmente, el juez Agapito estaba fuera de servicio. Ya no ejercía y no podría interferir.

Que no me preocupara, añadió; en cuanto recibiera la transferencia se pondría a escribir. Me encantó su decisión. Le pedí su cuenta bancaria y le dije que al día siguiente recibiría en su despacho el contrato como autor. Pero solo podía darle tres semanas de plazo para terminar su escrito, la gente enseguida olvida los sucesos y recordar les supone un esfuerzo doloroso. El caso Espuelitas puede estar vigente hoy, dije, pero mañana a nadie le interesará.

El policía estuvo de acuerdo conmigo y se comprometió a cumplir el plazo acordado; se había separado de su mujer, tenía tiempo libre y le apetecía despejar la mente con temas relacionados con el trabajo, lo que más amaba. Nos dimos la mano y le deseé suerte en su proceso de inspiración. Victorino reconoció que nunca pensó convertirse en escritor, ni que fuera por encargo, pero ahora le hacía ilusión y esperaba que la obra se vendiera bien.

Efectivamente, Victorino y Jacinto fueron puntuales en su ejercicio literario y en el plazo acordado entregaron sus escritos, que fueron debidamente retocados por mi pluma de editor; yo soy el experto en la materia.

El trabajo literario de Victorino es correcto, aunque se perciben ciertas lagunas en su investigación que yo no puedo ni debo cubrir. Y el de Jacinto se solapa a la perfección con las investigaciones que llevaron a cabo los policías Manolito y Sebas.

Podría pensarse que el azar reunió en un momento dado y un lugar concreto a toda una serie de personajes peculiares, pero no fue exactamente así. Y yo creo, queridos lectores, y me darán la razón, que estos no son tan diferentes a ustedes, o a mí mismo: son representantes de una comunidad, Espuelitas, en nada diferente a otros barrios de otras ciudades. Señores, la mayoría de la gente es así, créanme; mírense en el espejo y se verán reflejados.

El desenlace inicial de esta historia verídica me dejó perplejo. No tanto por el descubrimiento del supuesto asesino, sino porque Barrabás está en libertad tras cometer siete crímenes. Que el juez Agapito no fuera capaz de condenarlo, con todas las pruebas inculpatorias, parecía increíble. Y por este motivo, porque había tantas rugosidades por allanar, decidí investigar a fondo y por mi cuenta; yo daría luz a todas las oscuridades del caso. Pueden creerme si les digo que al leer mi aportación a la obra, su tercera y definitiva parte, sigo sorprendiéndome por la completa resolución de la trama de Espuelitas.

Una iglesia y un convento estaban implicados, habían sido asesinados una monja y un sacerdote. Un inventor, encargado del área de mantenimiento de aquella iglesia, escondía algo. Era el marido de Rosita, una callista que se pasaba el día rezando. El padre Celestino, misionero de sustitución, no era de fiar y manoseaba a Pilarín, madre de Mario y Darío, presuntamente relacionados con temas de droga. Los dos aparecieron de la nada junto a los Piccolissimi Borromei en Cosenza. Salomón murió de muerte accidental en el aeropuerto de Nápoles y se sumaba a todas las desgracias anteriores. Y había que añadir a un piloto y una azafata muy particulares, quizá relacionados con la mafia napolitana o calabresa; yo no sabía qué había ocurrido en el interrogatorio al que fueron sometidos por el policía Conrado Grazi.

Pido disculpas a mi querida Matilde: no la puse al corriente de mis investigaciones. No quise que se preocupara por ellas, podría pensar con acierto que yo corría algún tipo de riesgo. Sé que dudaba de mí cuando hablábamos de este caso y yo cambiaba de conversación. Deseo que no me lo reproche, no fue desconfianza. Se trató de la simple convicción de que si compartía con ella la información, la magia de la historia se rompería y no podría ser publicada como un círculo completo, como lo es ahora: da mala suerte explicar las intimidades a los demás, ni que sean allegados, se frustran los sueños. «Matilde: te pido por favor que no lo tomes en cuenta, que no sientas disgusto por mis actos hechos sin mala fe. Disfrutemos del éxito de este libro, que contará con el favor del gran público. Te quiero».

I. EL REGRESO DEL VIAJE DE SOPITAS CARVAJAL

EL 10 DE JULIO RECIBÍ los manuscritos de Victorino y Jacinto. Los leí rápidamente y decidí continuar yo mismo con la investigación. No tengo conocimiento de que en la historia de la edición se haya producido una implicación tan íntima del editor con la obra de su autor, autores en este caso, ni que finalmente sea él quien la concluya y se constituya en su autor principal. Releí nuevamente los textos, no sabía por dónde empezar: ¿por el juez Agapito?, ¿por Barrabás?, y ¿cómo lo hacía?, yo no era detective, no tenía acceso a información privilegiada ni podía ir preguntando alegremente y mostrando una placa policial.

El viaje de Sopitas Carvajal ya había concluido. Me pareció buena idea hablar con los ganadores del premio. Me haría pasar por abogado de la firma, Margarito Farnesio; investigaba las irregularidades de aquella promoción. Se había descubierto un desvío fraudulento de fondos, una gran estafa. Benigno Carvajal, dueño de la empresa, quería saber exactamente qué había sucedido en el viaje, pruebas concretas para denunciar a Ramoneta.

La mañana del 11 de julio fui a la peluquería Mary Peluquera, un local pequeño con capacidad para tres clientas. Me presenté y me recibió desconfiada y con cara agria. Pero en cuanto le dije que quizá cobraría una indemnización por los malos tratos recibidos en el viaje, cambió totalmente de actitud. Mary atendía a tres señoras de edad sentadas y con

sus cabezas metidas bajo unas bolas transparentes, unos cascos especiales que soltaban un potente chorro de aire caliente con los que podía montar la permanente estilo Catalina la Grande o María Antonieta, según fuera el gusto de la clientela, ruso o francés. La peluquera llamó a su madre por teléfono, vivía en el piso de arriba, que bajara y se ocupara de las tres clientas, así podríamos hablar más tranquilos en la trastienda.

La peluquera comentó que le hizo ilusión el premio de Sopitas Carvajal; un cambio de aires le iría bien, estaba muy aburrida con su marido taxista. Quién sabe, pensó, igual conocería al hombre de su vida, un apuesto galán, noble y rico, que se enamoraría de ella. Pero todo fue al revés: «¿Sabe, señor Farnesio?, tuve un *affaire* con el piloto del avión. Ya puede poner en su informe que fue una pésima experiencia y harían bien en expulsarlo de la compañía, es un hombre de la peor calaña. Cornelio, así se llama el asqueroso, se comportó al principio como un seductor irresistible. Me cameló de tal manera que enseguida sentí deseos de tener trato carnal con él. Solo acordarme de mi esposo ya me entraban todas las calenturas para tirarme al piloto. Pero no salió bien. Primero se mostró muy libidinoso conmigo y cuando me quedé a solas con él en la cabina, se comportó como un macho salvaje, me desnudó, tiró mi sombrero al suelo y me agarró de los pelos. Pero un momento después se quedó incomprensiblemente quieto. Yo estaba en el suelo esperando su acometida poderosa... pero no llegó. Tan solo noté en mi piel un líquido tibio y viscoso, y poquito líquido. Cornelio se había corrido antes de meterla. Tiene cojones la cosa, un tío que cazo y resulta que es un jodido eyaculador precoz. Entonces puso los brazos en cruz y me pidió perdón, que siempre le pasaba lo mismo. Que me vistiera y saliera de la cabina, que debía dar los premios del viaje. Salí de muy mala leche de aquella cabina, como puede usted comprender.

»Le cuento esta confidencia, espero que guarde el secreto, mi marido no sabe nada ni debe saberlo, para que sepan en Sopitas Carvajal qué clase de piloto nos endosaron: un pésimo

profesional que sedujo de mala manera a una mujer soñadora que iniciaba un viaje de placer que se fue a tomar por saco».

Sobre los regalos que recibieron, Mary explicó que fueron «una caquita de mucho cuidado. La jarra de vino estaba pintada con unos dibujitos infantiles que representaban unos griegos dándose por culo. Me dieron el regalo de Salomé; ella no siguió con nosotros en el viaje. Era la figurita del abuelo calabrés. No supe dónde meterla, estaba rota, la pipa solo se intuía y el imaginario acordeón era un mazacote de barro. Los otros premios fueron de auténtica vergüenza, los vendían en la tiendecita del propio hotel, muy rancia, atendida por un niño cojo. Los cuadros con nudos marineros eran un resto de serie, la cuerda deshilachada y medio rota. Los pareos, la sombrilla playera y el paraguas de bolsillo eran tan horteras y anticuados que nadie los quiso, ni de regalo.

»El hotel Benvenuti Amici era de muy baja categoría y nos alimentaron únicamente con pasta, nada más. La dueña, Mamma Lucia, era una matrona gorda y con desparpajo. Nos regaló a todos una caja de rotuladores *amore di cuore*, pero se lo hubiera podido ahorrar, ninguno escribía y no apareció la botella de alcohol. A Enrique le tocó la maceta con la flor de la pasión, pero solo había tierra y algunas piedras.

»El premio de consolación “Honor al participante” era para agarrarse los machos. El librito con la biografía del padre Profumo estaba escrito en italiano. Las estampas, dobladas y con restos de grasa, el medallón había perdido la cadena y el rosario sonoro del padre Profumo solo reproducía una frase: “*Veni venite adoremus, venite adoremus*”. Nos dieron a cada uno tres sobres de Sopitas Carvajal, ¿se imagina usted en qué condiciones? Pues todos caducados desde hacía seis meses...».

Los viajes por la región no tuvieron ningún interés. El grupo no dispuso de guía turístico ni recibió información ni folletos gratuitos. Simplemente los viajeros subían a un autocar vetusto que era conducido por un conductor malcarado que los paseaba arriba y abajo por carreteras de segunda llenas de curvas. Los llevaron un único día a la playa y escogieron el

peor de todos; llovió toda la jornada y no pudieron bañarse. Se quedaron dentro del autocar durante horas. «¿Fiestas para lucir los trajes de gala? Ni de coña, señor Farnesio, ni de coña...».

Quedé muy sorprendido al saber que únicamente tres pasajeros regresaron a casa: Paulino, Benito y Mary, y fue otra odisea. Les dijeron que no era posible volver en avión, el Embraer no estaba disponible y no se fletaría un autocar para tres viajeros, demasiado caro.

La única opción fue subir a una furgoneta de transporte que llevaba *mozzarella*, frutas y verduras a un restaurante italiano del barrio de Crispulones. Recorrieron casi mil trescientos kilómetros en dieciséis horas, sentados en incómodos asientos sin recibir ningún tipo de alimentación. El vehículo se detuvo cuatro veces para reponer combustible y se les permitió estirar las piernas durante cinco minutos. Llegaron al Restaurante Calabrese Don Pippo, fin del trayecto, a las 4 de la madrugada del 10 de mayo.

Mary no sabía muy bien qué había ocurrido con los viajeros que no regresaron: «Salomón murió en un hospital; el padre Celestino y Pilarín, tras enterrar al padre Borromeo, estuvieron dos días con nosotros, el 6 y el 7 de mayo, y luego desaparecieron. Yo ya sabía que Pilarín tenía un querido, en la peluquería lo llamaba su “dulce pajarito”. Poco podía imaginar que fuera aquel sacerdote libidinoso; a mí también quiso meterme mano. Me da pena su marido, estará solo y desasistido, es muy dependiente, a saber si consigue alimentarse.

»Enrique y Rosita solo estuvieron un día con nosotros. Luego dijeron que iban al entierro del padre Borromeo y ya no los vimos más. Melitón encontró trabajo de camarero en un bar de chinos y allí se quedó. Angelita ligó con el hijo de Mamma Lucia y rechazó volver a casa. Un desastre de viaje, una gran mierda pinchada en un palo, un castigo tremendo. Espero, señor Farnesio, que haya tomado buena nota e informe al señor Carvajal. A Ramoneta le tengo muchas ganas, y a Cornelio, aún más».

Le dije a Mary que tomaba nota y hablaría personalmente con Benigno Carvajal para que supiera el trato vejatorio que

habían sufrido; merecían una compensación económica. En realidad, no engañé a Mary y tuve la firme intención de informar de aquella estafa al *totum factotum* de Sopitas Carvajal.

La siguiente visita, a primera hora de la tarde, la realicé a Garbanzos Betanzos. Paulino no estaba y me atendió Cándida, la mujer de la limpieza, ya mayor y muy arrugada. Sin vergüenza alguna me dijo que el garbancero habría conseguido algo de dinero y podría encontrarlo en el centro de masajes Sex-Sassions. Yo conocía aquel local, el puticlub por excelencia del barrio, conocido por todos y frecuentado por nadie, o eso dicen todos. Yo tampoco había estado nunca, pero dada mi nueva condición de investigador tenía carta blanca para presentarme y sonsacar información.

Me recibió doña Calandria, propietaria del negocio. Me informó de que allí se dedican al sexo por el sexo, «lo que nos mueve a todos los humanos, pero pagando; dinero por favores». Sex-Sassions está bien ambientado con pinturas y objetos sugerentes. Como era cliente nuevo, Calandria me explicó que allí trabajan cuatro «empleados sociales»: ella misma, Ceci Pechitos, Ignacita Maragata y Luis Canario. Además, también trabaja Fernanda, hermana de Calandria, que por edad está inhabilitada para seducciones de pago. Ahora se encarga de adecentar las habitaciones tras el zafarrancho sexual.

Calandria comentó que no podría atenderme; tenían un servicio muy especial, el «polvo galáctico», donde participan todos los trabajadores. Si quería, podía visionar el espectáculo desde la habitación adyacente a través de una mirilla disimulada. Por un precio módico podría hacerme una idea de lo que son capaces de hacer. El «polvo galáctico» lo ofrecían a un japonés muy especial, llamado Mominito, y también estaría presente Paulino, «un tendero del barrio muy salido. Cuando tiene dinero, Ignacita le hace una extracción seminal, el resto nos abstenemos. Pero hoy lo hemos invitado, Luis no es suficiente y se necesita otro varón».

La *madame* me llevó a la habitación tras pagarle la tarifa estipulada. Sentado en una sillita, frente a la mirilla, vi toda la

escena del cuarto adyacente. El japonés, un hombre bajito, se desnudó completamente y se vistió como un samurái: kimono blanco, falda negra larga y sandalias con plataforma alta. A continuación se situó en un lateral de la habitación y, subido a una silla, grabó las escenas que se sucedían. En un momento dado, decidió sustituir a Paulino por Luis en el folleto a Ignacita. Dio la sensación de que la gordura y las dobleces del tendero no lo estimulaban suficientemente. Cuando llegó el momento oportuno, el japonés se bajó la falda y eligió a Ceci para que le realizara una felación. Fernanda debía encularlo entonces con el mango de una catana, pero no la encontró. El japonés la había olvidado y se puso muy nervioso y visiblemente enfadado. Fernanda tuvo la feliz idea de meterle por el orificio anal el palo del mocho, ancho y rugoso, lo cual gustó al japonés, que se bajó de la silla y quedó tendido sobre la cama redonda, exhausto y con el palo clavado en el culo.

Acabado aquel espectáculo más bien sórdido, salí de la habitación y Calandria me dijo que Paulino ya se había ido, nunca se aseaba. Le pedí una tarjeta, me había gustado la sesión, y bajé corriendo a la calle. Afortunadamente, Paulino estaba en la acera de enfrente y lo abordé presentándome como Margarito Farnesio, abogado de Sopitas Carvajal. Si contaba su experiencia en el viaje, pediríamos daños y perjuicios a Ramoneta.

En general, explicó lo mismo que Mary. Sobre las dos suites, aseguró que «eran las dos únicas habitaciones con luz solar, las otras daban frente a una tapia de cemento. La Gioacchino da Fiore era muy rancia, una camita cubierta con sábanas sucias y raídas; los tres días me levanté lleno de picadas de chinches. Había que tener mucho valor para llamar suite a la Monongah: era pequeña y destartalada, con goteras muy visibles. Una noche llovió mucho y el agua cayó a litros por aquellos agujeros. Pude dormir ligeramente gracias a los dos paraguas que me dejó Mamma Lucia, pero uno de ellos estaba agujereado y el otro solo se abría a medias, tenía las varillas rotas».

El viaje de regreso fue horrible, los asientos del vehículo eran demasiado estrechos y Paulino pasó todo el trayecto esti-

rado en la zona de carga de la furgoneta, sobre lechugas, verduras y tomates. Pero fue el único que comió algo sólido durante el viaje. Me despedí de Paulino agradeciéndole sus comentarios y asegurándole que pronto tendría noticias mías.

A media tarde visité a Benito. Su esposa también estaba en casa. Para aquel hombre, lo peor del viaje fue el terrible castigo de regresar a casa en furgoneta. No comió nada, se mareó constantemente y se orinó encima. Comentó que el viaje de ida también resultó muy accidentado y se mareó muchísimo. En el aeropuerto de Nápoles cantó a dúo con su cuñado la evocadora melodía *Lirio entre cardos*, y después ya no recordaba nada más. Le pregunté por su cuñado, el padre Celestino, dónde podría encontrarlo. Su mujer, hermana del sacerdote, respondió que no lo sabía, que estaría con los Piccolissimi Borromei: «Llegó de misiones de sustitución el 1 de mayo, y al día siguiente me llamó por la noche para decirme que se iba a Italia y que pasaría allí una larga temporada. Él es así, aparece y desaparece».

Benito añadió que Enrique y Rosita tampoco volvieron y nadie sabe dónde están. Él era el encargado de mantenimiento de San Sulpicio: «Sabe afinar los micrófonos de la iglesia. Mi voz sonaba maravillosa y ahora ya no es lo mismo. El padre de Recebo, el rector, también desapareció repentinamente y el provincial de la orden, el padre Recesvinto, no atiende a mis ruegos. Dice que cante más fuerte o que grite si quiero que me oigan».

Antes de irme le aseguré que informaría al dueño de Sopitas Carvajal del maltrato sufrido; tenía derecho a una indemnización. Desde luego, pensé, en esta iglesia hay gato encerrado, y es negro. Muere un cura y otros dos desaparecen misteriosamente. Me sentí como Victorino y el resto de los policías antes del viaje: dando tumbos y todo revuelto.

II. IGLESIA DE SAN SULPICIO REDENTOR

POR LA MAÑANA TRABAJÉ en la editorial; comí con Matilde, le oculté mis pesquisas. Por la tarde me dirigí a la iglesia de San Sulpicio. Me recibió Nelson, un seminarista, uno de los que acompañó al padre Celestino al aeropuerto con el féretro del padre Borromeo.

Le pregunté por el padre De Recebo, el rector. Respondió con acento sudamericano que estaba ausente y no sabía cuándo volvería. «Y ¿el padre Celestino está aquí?» Contestó lo mismo, estaba ausente y no sabía cuándo volvería. «Y ¿el padre Recesvinto está aquí?» También ausente, pero volvería más tarde. «Y ¿el padre Segismundo, el farmacéutico, está aquí?» El seminarista se puso nervioso y me contestó de mala gana si mi intención era pasar lista a todos los religiosos de la comunidad. Yo le contesté que quería saber si en aquella iglesia había algún religioso que estuviera presente en cuerpo y alma, exceptuando un seminarista borde, le dije, como él. Y añadí que si el padre Borromeo hubiera sabido de sus formas díscolas y desagradables, lo habría reconvertido a base de tortas. Nelson se echó para atrás, pensó que se había excedido, no sabía quién era yo y, quizá, merecía otro trato.

Se disculpó bajito y con la cabeza gacha. Dijo que esperara un momento, avisaba al padre Segismundo. Al cabo de cinco minutos se presentó el encargado de la farmacia, un hombre de mediana edad, corpulento, de grandes manos y tonsura espec-

tacular. No vestía sotana, sino tejanos y camiseta. Me pareció bastante ridículo y fuera de contexto presentarme como abogado de Sopitas Carvajal, y rápidamente pensé en otra identidad. Le tendí la mano y le dije que era Margarito Farnesio, jefe de ventas de la compañía de seguros Cénit. Que no se alarmara, no quería venderle ninguna póliza, era justo lo contrario.

Resultaba que el padre Borromeo había contratado un seguro de vida cuyo beneficiario era la comunidad de San Sulpicio Redentor. Me informaron de que el buen sacerdote había fallecido, pero era necesario el certificado de defunción para hacer efectivo el pago de la póliza. No era una gran cantidad económica, pero los religiosos saben alargar el dinero como nadie. El padre Segismundo se mostró cooperante. Él mismo había firmado aquel certificado y quizá no se habría tramitado correctamente. Él se encargaba de la farmacia de la comunidad, pero también era licenciado en medicina. En los centros religiosos, dijo, los sacerdotes médicos tienen la potestad para firmar estos certificados. Que esperara un momento y ahora bajaba una copia.

Efectivamente, el documento estaba cumplimentado. La defunción se produjo el día 2 de mayo a las 15:47 horas. La causa de la muerte: fallo multiorgánico. Le pregunté al farmacéutico cuál fue el origen de ese fallo generalizado: «El padre Borromeo era ya muy mayor y sufría diversas dolencias, un corazón muy débil, diabetes avanzada y un paludismo crónico contraído durante sus misiones en el sur de Italia. Su bazo estaba ciertamente hinchado, pero es normal en estos casos. Para aliviar sus dolencias le receté hierbas naturales, óptimas en pacientes con complicaciones diversas y en los que la medicación tradicional interactúa negativamente. Pero era un pésimo enfermo, con muy mal carácter; siempre que podía tiraba mis preparados al retrete.

»En los últimos días empeoró sensiblemente, dijo que le habían dado una patada en la barriga a la salida del premio Sopitas Carvajal. Pero no lo creí demasiado, desvariaba mucho y confundía situaciones y personas. El bazo siguió igual de hinchado, así que no le di mayor importancia. El padre Borromeo murió porque tenía muchos achaques y Nuestro Señor lo

llamó a su vera. Yo firmé la documentación necesaria para que pasara los controles policiales del aeropuerto sin problemas».

El padre Segismundo me entregó la copia del certificado, me dio la mano y regresó por donde había venido. Entonces, cuando ya me disponía a salir de la iglesia, vi a Nelson que acompañaba a otro sacerdote, este vestido con larga sotana, de aspecto rechoncho y bonachón. Le habló a la oreja y me señaló. Era el padre Recesvinto, el provincial.

Rápidamente volví a maquinar mi identidad. Aprovechando que el farmacéutico ya no estaba, me presenté como Margarito Farnesio, abogado de Sopitas Carvajal. En aquel viaje habían ido el padre Celestino y Enrique Riquelme, ambos relacionados con su comunidad. Quería confirmar si habían sufrido trato vejatorio. Que si la denuncia a Ramoneta, que si la indemnización, que si tal, que si cual...

El padre Recesvinto pidió al seminarista que nos dejara solos y me llevó a su despacho, un habitáculo muy austero. El sacerdote me miró, mantuvo un largo silencio y suspiró: «Mire, no ha vuelto ninguno de los dos, ni los tres si contamos a la esposa de Enrique, y no sabemos las razones. En el matrimonio es más extraño, él trabajaba aquí en el área de mantenimiento y su esposa es callista, tiene una consulta. No han dado señales de vida y cuando marcharon no llevaban más que el equipaje de viaje, y debía ser mínimo, pues del hospital, él tuvo un cólico nefrítico, fueron directamente al aeropuerto.

»Yo conozco bien a Rosita. Cuando terminó los estudios, sus padres le compraron un piso y allí montó su consulta, Rosicler, Podóloga, con todos los avances tecnológicos del momento. Su especialidad es la plantilla llamada “sufrejuán”, aligera el terrible dolor del juanete, y lo sé por propia experiencia, me hizo una hace tiempo. La ventaja añadida es que también alivia el dolor del “juanete de sastre”; lo tienen las personas que trabajan con las piernas cruzadas, como los confesores, por ejemplo.

»Sin embargo, la mayoría de los clientes acuden a su consulta para recibir su “manitas de Rosita”, un masaje excepcio-

nal, yo también puedo confirmarlo, dedicado a pies doloridos o simplemente cansados. Las manos de Rosita son muy pequeñas y bien untadas de crema se deslizan deliciosamente hasta los últimos recovecos. Suele ser necesario el equipo de reanimación, los pacientes se duermen profundamente y no hay manera de despertarlos. Es muy útil, entonces, la llamada “cuchilla cortapellejos”. Aplicada con saña bajo la uña produce un dolor tan sentido que despierta al paciente *ipso facto*.

»Es muy conocida la religiosidad de Rosita. Últimamente venía a esta iglesia con el rosario que hizo su marido, la pulse-rita Cleofás. Él también es inventor, pero desconozco su pasado, siempre ha sido extremadamente discreto. Es un hombre alto, delgado, barba poblada y melena, con unos ojos azules penetrantes que la enamoraron. Ella insistió en que diéramos trabajo a su amor, y así lo hicimos. Es un hombre peculiar, excéntrico, muy disperso y con un sentido común muy poco común. Pero nunca nos ha fallado y siempre ha estado atento a nuestras necesidades. Realmente me extraña que no hayan regresado ni hayan dado ninguna explicación. Han pasado muchos días y no existen noticias de ningún percance. Más bien da la sensación de que se trata de una huida consentida. Con todo, es seguro que Rosita estará cerca de una iglesia donde haya una imagen de San Hilarión Careca. A él se encomendaba diariamente para que le diera suerte y felicidad en su vida».

Al tratar sobre el padre Celestino, el padre Recesvinto bajó la cabeza; no sabía si debía hablar. Finalmente dijo que quizá Sopitas Carvajal podría ayudarlo a encontrar a este sacerdote, y también al rector de la iglesia, el padre Eulogio de Recebo. El padre Celestino se esfumó tras el entierro del padre Borromeo y el rector está desaparecido desde el 8 de mayo, después de dar misa. Desde entonces, nadie ha sabido nada más de él.

«El padre Eulogio es un santo varón y está libre de todo pecado. Temo que le haya sucedido algo malo. Dimos aviso de su desaparición a la policía, pero no hay ninguna pista. El caso de Celestino es diferente. Es un sacerdote que nunca me gustó, ya se lo digo abiertamente. Pero es un religioso orde-

nado y estoy obligado a acogerlo en mi rebaño. Sus antecedentes son para echarse a temblar y voy a contárselos, quizá no debería. Pero me fío de usted y tengo necesidad de aliviar mi angustia.

»Celestino fue el monaguillo preferido de un misionero que permaneció en la selva colombiana durante años y le explicó sus experiencias, repletas de aventuras y anécdotas sorprendentes. Había aprendido la lengua de los indios curripacos y Celestino mostró mucho interés por conocerla; más tarde ingresó en el seminario de misiones y fue ordenado sacerdote. Allí conoció a Ferdinando Bognigni, que estudiaba para difundir la obra del padre Borromeo, a quien admiraba por su talento y dotes enérgicos.

»Cumplidos los 25 años, Celestino fue mandado a la misión Puerto Inírida, tierra habitada por los indios curripacos. Pero como se trataba de un pequeño edificio que se caía a trozos y del que nadie se hacía cargo, el joven misionero contrató los servicios de un indígena para que lo llevara en su barca hasta la población de Cacahual, junto al río Atabapo, donde existía una congregación de monjas, las hermanas esclavas de Santa Dorothea, que quizá querrían albergarlo. Durante tres días, Celestino navegó por la Amazonia. Los pájaros cantaban sin cesar y él los imitaba con sus silbidos. El indio que lo acompañaba reconoció que no había diferencias entre los dos sonidos y le puso el apodo de padre Pajarito, nombre por el que se lo conoció desde entonces en toda aquella vasta región. En el convento de Santa María del Atabapo solo vivía una monja, de avanzada edad. Las otras, o murieron o marcharon hacia otras misiones, pero la congregación seguía mandando dinero para mantener activo el centro religioso. Esta hermana era absolutamente dependiente y la cuidaban tres indígenas curripacas. La monja apenas pudo entender quién era Celestino y qué hacía allí, pero lo aceptó en su convento y ordenó a sus cuidadoras que también lo atendieran a él.

»Las tres mujeres confesaron su gran preocupación al misionero, pues el desenlace fatal de aquella monja se intuía cer-

cano y ellas quedarían sin trabajo. Celestino decidió quedarse a vivir allí. Sus ingresos eran suficientes para pagar un salario mínimo a aquellas indígenas aculturadas y seguiría recibiendo dinero para mantener en pie el convento. La religiosa solo vivió tres meses más, murió en la gracia de Dios y recibió todos los sacramentos.

»Celestino vivió solo con aquellas indígenas y fue su perdición. Eran jóvenes y bonitas, iban medio desnudas y no supo cumplir el celibato. A los dos años, la población del convento había aumentado significativamente, cuatro niñas y dos niños. Tras veinte años de servicio ininterrumpido en la misión, sin recibir visita alguna de sus superiores, su hermana le informó de que se casaba con Benito, de esto hace unos seis años. Celestino pidió permiso al obispo para asistir a la boda y este se lo concedió, sería sustituido por otro misionero.

»A las dos semanas de su llegada me llamó el obispo del Guainía. Yo no podía dar crédito a sus palabras: el edificio del convento de Cacahual había sufrido diversas reformas, los inquilinos eran muy numerosos. En sus veinte años como misionero, Celestino había tenido veintisiete hijos con muy variadas mujeres. De ellos, sobrevivían once niñas, chicas y mujeres, y ocho niños, chicos y hombres. Además, ya estaban contabilizados seis nietos.

»Hablé muy seriamente con Celestino. Él me contó esta historia y se justificó con unos fundamentos asombrosos. Entendía que el celibato era una opción ineludible dentro del sacerdocio. Pero la obligación de un misionero era también convertir infieles. Y ¿cómo hacerlo si una gota de agua no hace mar? ¿Cómo conseguir que unos indios perezosos y sin estímulos se conviertan a la fe de Cristo si solo piensan en cazar, bañarse en el río, jugar, cantar y aparearse con tantas indias como les es posible?

»Afirmó que sus diecinueve hijos vivos eran almas cristianas, sacristanes voluntariosos y con vocación. Podía comprobarse que en una misa cualquiera había más feligreses que los que cabían en la iglesia. Los argumentos de Celestino me pare-

cieron sólidos, consiguió aumentar el número de practicantes en una zona que la Iglesia daba por perdida. No recomendé la expulsión de Celestino al obispo del Guainía, sino un cambio radical de sus funciones, y me equivoqué. Celestino quedaría asignado a mi parroquia como consejero matrimonial, conocía bien la materia. Además, se le encargarían trabajos puntuales como misionero de sustitución en casos de enfermedad, vacaciones o refuerzo. Así podría visitar su antigua misión; no es un buen cristiano el padre que abandona a su grey.

»El obispo del Guainía aceptó la propuesta; pensó que otra solución habría dado notoriedad al incidente y aparecería en los medios de comunicación. El obispo saldría obviamente perjudicado por ser el máximo responsable de la misión y tenerla abandonada y sin control durante veinte años. Desde aquel momento, Celestino quedó adscrito a esta iglesia. Ocasionalmente ha viajado como misionero suplente a diversos lugares de la Amazonia y ha visitado Cahual en dos ocasiones. La población mestiza es muy importante y los indios puros están en franca recesión. Pero vocaciones religiosas verdaderas, ninguna.

»Siempre me ha tenido con la mosca tras la oreja cuando Celestino regresa de viajes misioneros, pues siempre visita a los Piccolissimi Borromei, una comunidad del sur de Italia que no me inspira ninguna confianza; oímos cosas terribles sobre ella, que coopera con la Ndrangheta calabresa. Pero nunca ha sido demostrado. Celestino regresó el día 1 de mayo de una misión sustitutoria en territorio colombiano. Antes de desaparecer, el padre De Recebo me contó que Celestino se había entristecido mucho con la muerte del padre Borromeo. Sabía la ilusión que le hacía el premio del viaje y tuvo una idea: aprovechando que este se efectuaba muy cerca de los Piccolissimi Borromei, él acompañaría al féretro para que le dieran sepultura en su amada congregación. El rector encontró razonable la propuesta y llamó a Sopitas Carvajal para que lo autorizaran.

»Yo supe de esto más tarde, estaba fuera, en un congreso de catequistas. Cuando regresé, llamé al padre Bognigni y me confirmó que recogió a Celestino y el féretro del padre Bo-

romeo en Cosenza y los llevó a Castrovillari. El cuerpo del sacerdote estuvo expuesto en la capilla ardiente durante un día y el 5 de mayo fue enterrado con todos los honores. Aquella misma tarde, Celestino marchó a San Giovanni in Fiore para disfrutar del viaje de Sopitas Carvajal. Desde entonces, Ferdinando dice que no ha vuelto a verlo y no sabe dónde anda. Y hasta aquí lo que puedo contarle, señor Farnesio, todo es muy sospechoso. Le agradecería que si usted descubre algo, por favor me informe, estamos muy alterados y esta tranquila comunidad religiosa quiere volver a la normalidad».

Respondí al padre Recesvinto que le informaría puntualmente sobre cualquier novedad, mi atención sería máxima. Y que tuviera la seguridad de que si existía una indemnización por el maltrato infligido a los viajeros, la comunidad de San Sulpicio sería la beneficiaria, pues Enrique, Rosita y el padre Celestino estaban desaparecidos.

En la sacristía tenían expuestas las pulseritas Cleofás y compré una, me hizo gracia tener un objeto tan curioso. Después le di la mano al sacerdote, hombre bueno y honesto, y me marché de la iglesia un poco avergonzado: había conseguido una valiosa información sobre la base de dos mentiras, mis dos identidades falsas. Reflexioné sobre esta circunstancia y resolví que no era malo obtener la verdad a partir de mentiras. Antes de salir, observé que cerca de la sacristía se encuentra la imagen de san Hilarión Careca. Es una figura realmente imponente, viste una larga túnica oscura y sorprende su calzado, unos zapatos nuevos y muy lustrosos, un diacronismo que desentona con el conjunto monumental de la iglesia.

III. SALOMÓN QUIRIQUI

SALÍ DE ALLÍ PENSANDO en lo que me habían contado los dos sacerdotes y de repente un ruido estridente me volvió a la realidad. Era la feria de Espuelitas, fija durante todo el año en un descampado junto a San Sulpicio. Había quedado con Matilde para cenar, pero aún tenía tiempo y, como ya estaba allí, aproveché para hablar con el padraastro del malogrado Salomón, muerto por la caída accidental de una cisterna de váter sobre su cabeza.

Encontré a aquel hombre en la misma caseta que visitó el policía Sebas. Cantaba muy fuerte la cancioncilla conocida: «Por solo un euriito, la suerte le diráaa lo que le tocaráaa, tralará-la-liro-liro, tralará-la-liro-loro...». Había poca gente en la feria, y solo yo en aquella caseta. Para romper el hielo, le di tres euritos y me dio tres papelinas, pero solo conseguí el regalo de consolación, el Hipo Pipo, realmente muy tronado. Entonces me presenté como Margarito Farnesio, abogado, y le conté toda la patraña sabida. Él estaba aún muy triste, en verdad quería a su hijo adoptivo, y me contó su historia: «Al cumplir once años, todo se torció para Salomón, empezó a perder pelo y era muy aparente en la parte frontal y la coronilla. Ningún médico supo solucionar su problema y a los doce años solo mantenía vivas dos patillas de espesor menor. Su autoestima cayó por los suelos y se tornó muy introvertido. Abandonó los estudios y se fue de casa sin oficio, apoyo ni recursos. Yo lo en-

contré en un banco mientras comía altramuces. Me dio pena, le propuse trabajar conmigo y lo adopté. Era simple, pero bondadoso de corazón.

»Salomón me confesó años más tarde que su alopecia radical tan temprana fue debida a un maleficio del zapatero remendón del barrio, un hombre que usaba un peluquín plateado. Este apósito le era sustraído con frecuencia por niños y mayores mientras paseaba por la calle, y entonces quedaba con la calva al aire, lo cual provocaba grandes carcajadas. Posteriormente, el peluquín era devuelto a su propietario por elementos anónimos que lo depositaban en el suelo, delante de su comercio.

»En una ocasión, cuando Salomón volvía de la escuela, se abrió a su lado la puerta de aquella zapatería. Su dueño salió a recoger su peluquín robado y, encendido de ira y confundiendo al muchacho por el ladrón que no era, lo zarandé y le arrancó un mechón de pelo de su gracioso remolino. El zapatero alzó al cielo su mano e invocó a san Hilarión Careca, protector de los pelos caídos: “Juro que si tú, mi santo Hilarión, castigas con saña a este malvado ladrón de peluquines honrados, yo proveeré tu humilde imagen con un soberbio par de zapatos con los que te verás más esbelto que un san Luis”. Dicho esto, aquel hombre abrió su mano y cayeron al suelo los pelos arrancados a Salomón, que marchó corriendo y muy asustado. Efectivamente, desde aquel día, la imagen de este santo, que se encuentra en la iglesia de San Sulpicio, luce un par de magníficos zapatos que elevan al santo varios centímetros por encima del pedestal, es el más alto de la iglesia. Y desde entonces, muestra una formidable sonrisa socarrona.

»Mi hijastro explicó que al poco de morir el zapatero se le apareció tal cual san Hilarión y le dijo textualmente: “Salomón, llevas mal camino y pobre calzado para recorrerlo. Sobreponete a tu desgracia, lucha contra la adversidad. Sé que no fuiste tú quien robó aquel peluquín, pero soy caprichoso y vanidoso, y puedo permitírmelo, soy santo. Pero te ayudaré a superar tus penas: fuiste condenado injustamente y por ello te permito robar peluquines, sustráelos a quien te venga en

gana y utilízalos en tu beneficio, tienes un aspecto muy lastimoso. Yo solo te pido una cosa, que lleses periódicamente a la iglesia de San Sulpicio una caja de tiritas; los zapatos me rozan los tobillos y es muy doloroso”. Luego, la imagen desapareció.

»Rápidamente, Salomón acudió a la iglesia y comprobó que san Hilarión tenía unas llagas, o estigmas, que sangraban ligeramente. Y, como le pidió el santo, compró una caja de tiritas y la depositó en la parte baja del pedestal, junto a los zapatos. Y así creo que siguió haciéndolo de forma regular hasta que se fue de viaje, y ya no regresó, ¡cómo lo añoro!».

El padre de Salomón fue avisado del accidente de su hijo adoptivo y viajó hasta Cosenza; cuando llegó, estaba en coma y poco después le desconectaron las máquinas. Lo que peor le supo fue que Salomón murió sin portar ningún peluquín; los cables a los que estaba conectado lo impedían. La repatriación del cuerpo corrió a cargo de su seguro; no tuvo que pagar nada. Pero si cobraba alguna indemnización de Sopitas Carvajal, le iría muy bien. Además, cambiaría todos los regalos, excepto la muñeca Chochona, la joya de la tómbola.

Llegué tarde a casa, pensando que todos los viajeros del premio y allegados eran carne de psiquiatra. Matilde estaba molesta, pero supe compensarla como se merecía y pasé el día siguiente con ella. Lo único digno de mención fue que comimos en un restaurante indonesio. El resto, tumbados en el sofá, dejando pasar las horas tranquilamente.

EL LUNES POR LA MAÑANA, 15 de julio, me levanté pronto. Matilde dormía, le di un beso y le dije flojito que me iba a la editorial. Le repetí que tenía una buena obra entre manos, seguro que sería un éxito de ventas. Ella asintió sonriente y deseó que tuviera un buen día. Engañé a medias a Matilde, estaba seguro de que tenía una buena historia, pero no fui a la editorial, sino al domicilio de Rosita y su marido Enrique. Y me sorprendió ver en su balcón un cartel anunciando la venta del piso. ¡En venta! ¡Solo puede vender quien es propietario!

La gestoría estaba cerca y entré resuelto. Me atendió una joven y le mostré mi interés por la finca de la travesía del Esteta Pirlov, 51, 4º 1ª. Yo era abogado y quería montar un bufete en aquella zona, pero antes quería ver el inmueble. Ella se mostró dispuesta y me lo enseñaría personalmente. Su dueña marchó precipitadamente al extranjero y por teléfono le dijo que, quizá, no regresaría jamás, tenía que venderlo todo, contenido incluido.

Fuimos al piso en aquel mismo momento: cinco habitaciones dobles y un comedor muy luminoso, la cocina integrada en él. En la parte derecha, el dormitorio, y al fondo, el consultorio de Rosita, y en otra gran estancia, el taller. En la parte izquierda, dos habitaciones: el estudio de Enrique y una gran biblioteca, centenares de libros. Para terminar el recorrido vi el lavabo y la terraza con numerosas plantas agonizando por falta de riego.

Le dije a la vendedora que en realidad me interesaba el inmueble, pero debía meditarlo. Ella respondió que dos clientes estaban interesados y mañana tenía otra visita. El primero que depositara la paga y señal se llevaría el piso. Nos despedimos en la puerta de la calle y yo supe que debía entrar de nuevo en aquella casa; estaba seguro de que encontraría pistas.

Recordé que tenía un amigo cerrajero, de origen ecuatoriano, él me ayudaría. Lo llamé urgentemente y me dijo que no contara con él para este trabajo, era allanamiento de morada, intento de robo y a saber cuántas cosas más. Si nos pillaban, íbamos al talego directos, y él, después, repatriado y sin posibilidades de volver. Ciertamente tenía razón, pero debía vencerlo; era mi única alternativa y solo podía ser aquella tarde, antes de que anocheciera, no podría encender luces. Este cerrajero es poeta, muy malo; y aunque fuera bueno sería lo mismo, es un género que no vende nada. Le prometí que si me ayudaba, publicaría su obra completa, más de cien poesías, unas doscientas páginas, una locura editorial.

Él lo pensó durante un instante y respondió: «De acuerdo, pero una edición de mil ejemplares, tapa dura, ¿hace, Margarito?». No tuve más remedio que aceptar, una ruina de negocio, pero yo quería llegar hasta el final en el caso Espuelitas. Quedamos a las cuatro de la tarde, que viniera bien vestido y con el instrumental. Si nos pillaban la portera o los vecinos, él diría que era uno de los vendedores de la finca y enseñaba el piso de Rosita a un cliente. Pero no hizo falta, afortunadamente nadie nos vio. El cerrajero abrió aquella puerta con maestría y rapidez. Entré clandestinamente y sin remordimientos.

Rebusqué en el estudio de Enrique, muy ordenado, allí debía de estar la pista, y efectivamente la encontré, fue muy sencillo: al fondo de un cajón había una libreta, un diario, parecía. En su interior, un recorte de periódico con la noticia de que un tal Leandro Roesenthal había salido en libertad tras cinco años encarcelado por el caso Felicidad laboral. Allí aparecían dos fotografías, la de Roesenthal y la del doctor Felicitas. ¡El doctor Felicitas...! ¡Enrique Riquelme era en realidad Enric

Riqué, conocido como doctor Felicitas! Según la foto de grupo que tomó Ramoneta en el aeropuerto, Enric está ahora más envejecido y la barba y el pelo disimulan sus facciones. Pero no hay duda sobre su identidad.

Le dije al cerrajero ecuatoriano que ya había encontrado lo que buscaba, podíamos irnos. Él había cumplido y yo publicaría sus poesías. Me marché emocionado hacia la editorial; quería leer aquel diario. Enric Riqué escribió que fue un niño pueblerino que paseaba por el campo y recreaba su imaginación. Pero el entorno donde vivía era muy limitado y los avances tecnológicos llegaban tarde y mal. Él quería ser inventor y revolucionar el mundo con objetos que mejoraran las condiciones de vida de la gente. Enric comprendió que debía estudiar química para conocer con exactitud los materiales que compondrían sus objetos, física para saber sus características y su comportamiento terrestre, y economía para desarrollar comercialmente un utensilio de reducido coste y amplio espectro.

Ingresó en la universidad y en siete años logró licenciarse en las tres carreras. El doctorado sobre química trató sobre el impacto medioambiental que se produce al destapar una botella de gaseosa y el valor entrópico que la liberación de este gas causa en el universo. Consiguió el doctorado de física tras realizar un ingenioso estudio que tenía por fin reducir a ecuaciones matemáticas el movimiento presuntamente anárquico del humo de un cigarrillo, cuando se inspira una calada suave, de grado 3, y a continuación se expulsa el humo con fuerza moderadamente contenida, sin superar los 2 m/s.

El doctorado sobre economía lo hizo con una exposición brillante que demostraba que el milagro bíblico de los panes y los peces no fue tal. Está aceptado que en el siglo 1 d. C., el mundo estaba habitado por unos doscientos millones de habitantes, de los cuales 600.000 formaban el pueblo de Israel. Según Enric, la probabilidad de que unos 5.000 de ellos siguieran a Jesús para ver los milagros que realizaba no superaba el 6%. Enric demostró que las Sagradas Escrituras habían exagerado las cifras y no podía haber más de cincuenta almas en aquel

lugar. Y para alimentarlas eran solo necesarios quince panes y ocho peces de tamaño mediano, un coste modesto valorado en tres denarios de la época.

Tras finalizar sus estudios, Enric recibió numerosas ofertas de trabajo. Pero su inconstancia, dispersión de ideas y poco orden jugaron en su contra y poco a poco fue perdiendo crédito. En una ocasión fue contratado por la compañía Rewin and Win Corporation, presidida por Leandro Roesenthal, dedicada al recauchutado de material tóxico. Se le encargó que ideara un sistema que minimizara la carga que suponía para la empresa las múltiples bajas laborales y el interminable periodo vacacional de sus trabajadores, más de doscientos.

La empresa no sabía cómo frenar tanta desmotivación y veía peligrar el futuro de la firma si se mantenía esa dinámica tan negativa. Enric trabajó en el proyecto durante tres meses y presentó una idea revolucionaria, el *Felicitas in laboro*, o Felicidad Laboral (FIL), un producto químico, la felicitina, psicotrópico potentísimo del grupo de los betadextroalcaloides monorgánicos. Esta droga producía un efecto balsámico en el organismo, pero era muy adictiva. El planteamiento gustó enormemente a Roesenthal, que vio grandes ventajas en aquel sistema de engaño placentero. Enric consiguió formular el producto como un gas y se administró a todos los empleados a través de los conductos del aire acondicionado: se sentían tan a gusto en su puesto de trabajo que renunciaban a las vacaciones y cesaron totalmente las bajas laborales, incluso las más extremas. Fuera de la empresa, lejos de los efectos de la felicitina, el estado general del trabajador empeoraba drásticamente y se volvía malhumorado y arisco.

Con el tiempo fueron descubiertas las malas artes de la empresa, y fue por casualidad. La municipalidad ordenó una inspección rutinaria, pues los vecinos del distrito denunciaban que los jubilados de la firma se negaban a abandonar las instalaciones y, cuando eran expulsados por los agentes de seguridad, hacían cola en la puerta de entrada y protestaban airadamente: exigían su readmisión aun renunciando a su pensión.

Seis funcionarios revisaron las instalaciones, pero al cabo de dos horas todos ellos se unieron a los jubilados y pidieron a gritos un contrato laboral en Rewin and Win Corporation.

Finalmente fue destacado un grupo de la policía científica, convenientemente vestido con el equipo de protección contra ataques biológicos. Desactivaron el aire acondicionado y acabaron con aquel invento diabólico. La dirección de la empresa en pleno fue detenida por contravenir gravemente la normativa laboral: engaño sistemático, poner en riesgo la salud de los trabajadores y estafa vil y ruin. Fue descubierto, además, que estos ejecutivos se habían instalado la felicita en el aire acondicionado de su propio hogar, de manera que no sentían la imperiosa necesidad de acudir al trabajo.

Enric escapó milagrosamente de los controles policiales. Su rostro apareció en los medios de comunicación, lo llamaban doctor Felicitas, y se ofreció recompensa por su captura, se lo consideraba muy peligroso. Se convirtió en un vagabundo que rondaba por el barrio de Espuelitas hasta que el mundo se olvidó de él. Consiguió documentación falsa y más tarde conoció a Rosita en la puerta de la iglesia de San Sulpicio, cuando pedía caridad. Al verlo, ella quedó prendada al instante: alto, delgado y con aquellos ojos azules tan penetrantes. Rosita lo confundió con un bondadoso eremita de comprobada santidad y se ilusionó. Él aceptó de buen grado aquella relación y abandonó la vida de pordiosero.

Otro pasaje del diario de Enric era reciente y me llamó la atención, trataba de Bernadette, la novia de Barrabás, y de la tarotista Angelita. En el avión, la esposa de Enric lo delató diciendo que era él quien hacía los pedidos de moscas para un despertador muy particular. Pero aquí no terminaba la historia: en su diario, Enric contaba que escogió a Bernadette para un trabajo muy especial tras leer su apasionado doctorado en ciencias, *Calliphora vomitoria* y *Scatophaga carnaria*, dos amigas para siempre. En él se hacía alusión al comportamiento idéntico de estas dos moscas, capaces de compartir el mismo excremento de forma amistosa y depositar en ella sus huevos. Bernadette culminó

su exposición con la demostración pública de su experimento. Para ello, sacó de una bolsa de plástico una gran boñiga fresca y montones de moscas de las dos especies, que revolotearon al principio sobre la hez, y después por toda la sala, posándose en los lugares más inverosímiles. El tribunal que la examinaba dio por finalizado el examen, por decoro, y dio por buena la tesis de Bernadette. Terminó la sesión con un breve y sonoro aplauso y el desalojo inmediato de la sala, que fue fumigada poco después por los servicios sanitarios de la Facultad de Biología.

De hecho, Enric colaboraba con la compañía de transportes Nimiedades SL y efectuó un encargo a Bernadette: que esta criara doscientas moscas de la especie *Volucella zonaria*, de tamaño respetable, muy recias, fortachonas y resistentes. Estas grandes moscas serían capaces de transportar hasta cincuenta gramos de cocaína. Los dípteros salvarían sin problemas edificios y demás barreras arquitectónicas, pues su vuelo es alto y potente. Para adaptar esta mercancía, Enric ideó un cestito cerrado con velcro que debía colocarse sobre el abdomen de la mosca, a modo de cinturón. El problema para que estas supieran la dirección exacta donde hacer la entrega fue solucionado por un monje budista con conocimientos de hipnosis selectiva y alumno de la vidente Angelita Tweres, autora de la obra *Regresiones al pasado más humano*.

Según Enric, al aplicar aquella técnica fue posible que las moscas se remontaran a una vida anterior, humana, y en este estado cognoscitivo comprendieran hacia dónde debían volar. El sistema funcionó de maravilla hasta que la policía descubrió que Nimiedades SL era una tapadera y en realidad se dedicaban a la recepción y distribución de cocaína colombiana. Sospechaban que la droga llegaba al almacén, pero desconocían el método de reparto, sin vehículos ni correos humanos. Hubo un soplo y los narcotraficantes desaparecieron. Cuando los agentes entraron en el local, solo encontraron moscas muertas, de gran tamaño, con unos cestitos colgados de sus abdómenes negros y amarillos. Dedujeron que los traficantes pasaban sus horas libres atrapando estos dípteros en algún jue-

go difícil de entender. A partir de aquel momento, Enric ya no volvió a encargar más moscas a Bernadette, pero era claro que el inventor estaba involucrado en el tráfico de drogas. El diario terminaba explicando el invento de las pulseritas Cleofás, sin novedades sobre lo que ya es sabido, y con una nota final explicando que le dolía el riñón derecho y tendría que ir al médico; el dolor era insoportable.

Mi investigación avanzaba, pero tenía la sensación de hundirme en arenas movedizas y en razonamientos sin sentido. Tenía claro en aquel momento que el padre Celestino y Enric Riqué pertenecían a una trama criminal y se aprovecharon de la muerte del padre Borromeo, y quizá Pilarín y Rosita también sabían lo que se cocía en aquel pretendido viaje de placer. Por otro lado, Barrabás seguía libre y se relacionaba con Bernadette, cómplice necesaria del caso Nimiedades SL, aunque quizá desconocedora de la actividad delictiva. Ahora debía investigar por qué razón el juez Agapito Amor decidió dejar libre a Barrabás; no sería fácil.

V. EL JUEZ AGAPITO AMOR DE PAZ

AGAPITO ES UN JUEZ PECULIAR y muy mediático. Por tanto, ha sido fácil informarme sobre él. Es capaz de lo mejor y de lo peor, al menos a los ojos de los entendidos. Tiene 56 años y en treinta y uno de ellos ha ejercido en el Juzgado de lo Criminal número 3; casos de todo tipo: accidentes, agresiones, robos, asesinatos, tráfico de drogas, prostitución, etcétera. Ha mandado a multitud de gente a la cárcel con fundamentos supuestamente ajustados a derecho, en ocasiones surgidos de planteamientos dudosos. Es muy severo a la hora de imponer penas y es conocido como «juez de la orca», no porque mande a nadie a la pena capital, sino por apadrinar al cetáceo que vive feliz en el zoológico de la ciudad.

Es sabido su gusto por el lujo, a pesar de que su cuenta de ingresos es limitada. Su tercera y actual esposa, Natasha Virulenko, es una joven rusa de imponente belleza. Ha participado en diversos concursos, pero no ha ganado ninguno. Agapito la conoció en un caso de proxenetismo y quedó prendado de ella, una campesina caucasiana acostumbrada a la rudeza del campo y de los hombres. Sin embargo, también es caprichosa y Agapito la complace: ropa cara, pieles, joyas, viajes de placer, fiestas exclusivas, etcétera. Está claro que el sueldo de juez no da para tanto y ha sido investigado por prevaricación, dictar una resolución a sabiendas de que es injusta, y por cohecho, ya que al parecer ha aceptado o solicitado un soborno a cam-

bio de ejecutar un acto justo o injusto. Pero siempre ha salido airoso.¹⁴

Agapito ha justificado sus ganancias gracias a los numerosos premios de lotería que dice haber conseguido, de los cuales guarda todos los comprobantes. Asegura tener sueños en los que se le aparecen los números de las combinaciones ganadoras, y que él sepa, esto no está castigado por el código penal. Efectivamente, como ya avanzó el comisario Victorino, Agapito no ejerce en su juzgado desde el 15 de junio. Parece ser que sufrió un percance, se desconocen los detalles, pero se especula que ya no regresará, que está afortunadamente *caput*. Su propia página web está sin operar desde ese mismo día, ni un apunte más.

Debía acercarme al círculo íntimo del juez. Quizá podría contactar con Natasha, ella tiene una página web, pero sería difícil ganarme su confianza y, además, sus aportaciones están escritas en ruso, lengua sobre la que no conozco ni su alfabeto. Recordé haber publicado el libro de un moscovita sobre sus experiencias cinegéticas como cazador de agapornis en las cercanías de Minsk. La obra, con franqueza, se vendió muy mal y tuve que guillotinar la edición entera. Pero tuve ocasión de conocer a Gabrilo Bronishev, hijo de un ruso de Smolensk, que hizo una traducción fantástica de la obra, o eso supongo.

14. Son conocidos los casos de la compañía de seguros Merpaf, a quien se acusaba de pagar generosos sobornos a Agapito para que redujera las indemnizaciones de los afectados por accidentes de tráfico. Fue especialmente doloroso el caso del motorista al que tuvo que amputársele la pierna izquierda por culpa de un conductor, asegurado de Merpaf, que circulaba con exceso de velocidad, se saltó un semáforo y no frenó. El juez Agapito demoró miserablemente el caso durante dos años, alegando, según se desprendía de un estudio neurológico de dudoso origen, que existía la posibilidad de que la pierna volviera a crecer, como si se tratara de una uña, lo cual modificaría sustancialmente los fundamentos de la sentencia. El pobre amputado, desesperado por tanta dilación y necesitado de recursos, aceptó la indemnización a la baja que le ofreció Merpaf.

Llamé a Gabrilo y le pedí que me tradujera la página web de Natasha. Me respondió que lo haría si pagaba al contado, que había tardado seis meses en abonarle su traducción y le había generado desconfianza. No se avino a razones ni valoró el hecho de que su nombre aparecía en los créditos y le daba currículum para optar a otros trabajos.

Yo necesitaba de su cooperación, así que le pedí que mirara la página web de Natasha y pusiera precio. Al cabo de dos minutos me llamó y acepté sus condiciones, que viniera a la editorial tan pronto como pudiera. Gabrilo no invirtió ni cinco minutos en la traducción. Lo que escribía Natasha tenía poco interés: las fiestas en las que participaba, su música preferida, actores que ella consideraba guapos, y marcas de ropa y tiendas de moda preferidas. Pero ninguna alusión a su marido ni a su estado de salud. Sin embargo, hubo un dato que sí me interesó: aquella misma noche, 15 de julio, acudiría a la representación musical del grupo de *rock* ruso llamado Los Bebedores Cosacos. Esta se llevaría a cabo en un pequeño local, la Cueva del Buen Mal.

Decidí que yo estaría allí y contactaría con ella. Pero debía meditar cómo me presentaría y cómo le sonsacaría información. Sus gustos están muy alejados de los míos; ya no soy joven y he perdido la práctica en la dinámica de fiestas, conciertos modernos y ligoteo. Además, acudiría gente famosilla, de la cual soy un absoluto desconocedor.

Aquella noche, Matilde y yo teníamos comprometida una cena con unos amigos y tendría que buscar una buena excusa para no asistir. La llamé y le conté que tenía cita con dos autores importantes y quería cerrar un contrato con ellos. Llegaría un poco más tarde a casa, pero a tiempo para la cena, las 20:30 horas.

A las 20:15 horas la llamé nuevamente, desde la calle, y le comenté alterado que había ocurrido un incidente: un motorista trató de robar a una señora mayor y le di una patada y lo tiré al suelo, estaba medio inconsciente. La policía me retenía, pues debía testificar en comisaría y sería un trámite más bien

largo. Matilde se alarmó y quiso acompañarme en ese mal trago, pero conseguí tranquilizarla y que hiciera de anfitriona; yo iría lo antes posible.

El concierto empezaba a las 21 horas. Volví a la editorial y rebusqué en el armario ropero. En muchas ocasiones, mi oficina ha sido mi propia casa; algo encontraría. Efectivamente, una camisa verde muy floreada, unos pantalones pirata negros, calcetines de tenis y zapatos deportivos. Así parecía un vulgar turista, pero si me ponía al cuello dos cámaras fotográficas, que las tenía, gafas de sol y una mochilita a la espalda con cuatro bolígrafos y una libreta, igual podría pasar por un periodista musical a la búsqueda de un reportaje.

Llegué a la Cueva del Buen Mal diez minutos antes de las nueve y no percibí gran expectación. El portero del local era un gorila enorme, rubio y con coleta, tenía todo el aspecto de un ruso campeón de halterofilia. Le dije que trabajaba para la revista musical *Granujas a todo ritmo* y le enseñé mi acreditación, en realidad, una tarjeta a mi nombre del ya extinto videoclub del barrio. Le comenté desenfadado que quería hacer una crónica del concierto y entrevistar a alguno de sus componentes. Me respondió muy hosco, en ruso, algo así como «*cherta vy govorite*», a saber qué quería decir, y volví a enseñarle las dos cámaras de fotos, a ver si por señas me entendía. Pero tampoco así.

Empezó a venir gente, casi todos rusos, o eso me pareció, la mayoría jóvenes. Todos venían con pases, los habrían repartido por recomendación. Entre la multitud reconocí a Natasha Virulenko, inconfundible, melena rubia, alta, tipazo, ojos azules, con un vestido de lentejuelas dorado, muy corto, muchísimo más que sugerente, con escote hasta el ombligo y talones discretos, no le hacían falta más. Pensé que era mi oportunidad y no podía desperdiciarla; la vergüenza me la puse en los bolsillos.

Me acerqué a ella gritando: «¡Natasha, Natasha, Natasha!». Todos se volvieron y me miraron sorprendidos, como si reconocieran al típico fan que es capaz de llorar miserablemente

cuando está delante de su estrella preferida. Pero no era el caso. Me puse frente a ella, era más alta que yo e iba acompañada por otras dos mujeres, a cual más atractiva. Sonriendo lo mejor que supe le dije: «Eres Natasha Virulenko. Yo soy Margrit Mísifu, cazatalentos *freelance*. Igor me ha dicho que venías al concierto y quería proponerte un negocio».

Ella respondió: «¿Igor Sokolov?», con su marcado acento ruso. «Pues sí, claro, Igor Sokolov, nos conocemos de historias comunes y le pregunté cómo podía contactar contigo. Te explicaré, la empresa Sopitas Carvajal, líder del mercado, quiere hacer un *casting* de modelos para encontrar la nueva cara de la firma. Tienen pensado rodar un anuncio a lo grande, disponen de mucho presupuesto y quieren alguien con un toque de distinción, una mujer que sea hermosa y que a la vez tenga clase; quieren convertirla en su musa.

»Tú tienes ambas virtudes, he seguido tu carrera, pero, además, hay un detalle fundamental: Sopitas Carvajal ofreció un premio a sus clientes, un magnífico viaje a Italia. Pero hubo algún contratiempo y uno de los ganadores fue detenido por la policía como presunto asesino. Tu marido Agapito fue el juez encargado de tomarle declaración y, obviamente, lo puso en libertad sin cargos; no había ninguna prueba. Sopitas Carvajal está muy agradecida a Agapito; habría sido terrible para su imagen que uno de sus clientes fuera un homicida. Así que estoy seguro de que con todas tus virtudes, y siendo la mujer de quien eres, tienes ganado el *casting*. Si te parece, entremos juntos en el concierto y te hago unas fotos para que sepan en quién he pensado para convertirla en su reina. ¿Qué te parece?»

Realmente, Natasha pareció halagada por mis palabras y sonrió. Me respondió: «Es extraño que Igor no me haya dicho nada de este *casting*, es mi representante y está al tanto de todo. Pero, bueno, hoy volaba hacia Moscú y quizá se le haya pasado. Mañana lo llamaré, pero de entrada me interesa tu propuesta; tendrás que decirme las condiciones, claro. Entra conmigo y me haces fotos durante el concierto».

No podía creérmelo, lo había clavado, ni en sueños me habría imaginado ser capaz de semejante representación teatral, y que saliera tan bien. Pensé en Igor igual que habría podido pensar en Vladimir, Sergei o Mijaíl. Y ¡di en el clavo! Y, ¡además, aquel Igor estaba de viaje, no podría importunar! Acompañado de Natasha, el gorila de la entrada me dejó pasar sin rechistar, y así accedí a la sala, realmente pequeña, un aforo inferior a cien personas. Lo más curioso fue que la bebida era gratuita, parecía agua, pero no lo era, claro, solo vodka, no sé cuántas variedades distintas de agua y etanol. Lo normal, según supe después, en un concierto de Los Bebedores Cosacos. Tendría que moderarme mucho, me gusta beber y esta no era una fiesta para mí, no era la cena que tenía en casa.

Para disimular, hice algunas fotos de Natasha desde diversos ángulos. Ella ponía todas las caras posibles, no hacía falta que le dijera nada. En aquel local no había asientos, todos de pie, donde quisiéramos y pudiéramos. Incluso subí al escenario, ¡era fotógrafo y periodista *freelance!*, y desde allí le hice otras tomas. Bajé enseguida, el concierto empezaba.

Por un lateral salieron siete peludos, creo que iban muy bebidos. Tropezaron con todos los instrumentos y la batería quedó tumbada en medio del escenario. Se inició la representación, luces potentes se encendían y apagaban violentamente, música electrónica muy estridente. Gritos y vociferio de la banda y gritos y vociferio del público, que bailaba locamente sin seguir ningún ritmo; no había ningún ritmo. Y a medida que pasó el tiempo, los efectos del alcohol fueron evidentes, jóvenes por el suelo, creo que al menos hubo tres o cuatro comas etílicos, y los sacaron de la sala a rastras. Gente sudorosa medio desnuda o desnuda del todo, unos cuantos fornicando sin vergüenza por los rincones, hombres con hombres, mujeres con hombres y mujeres con mujeres. Me recordó el «polvo de estrellas» de Sex-Sassions, pero con gente guapa. Esto no impedía que todo pareciera igualmente muy sórdido y dantesco.

Natasha se limitó a beber y bailar grotescamente, como todos, pero guardó la compostura ante los pretendientes que

intentaron seducirla. Sus dos amigas no hicieron lo mismo e, incluso, trataron de tentarme a mí. Pero supe resistir, soy monógamo y amo a Matilde.

Ya no sabía qué hacer para pasar el tiempo y que terminara aquella locura pretendidamente musical, una orgía de sexo y alcohol. También bailé grotescamente, pero eso fue fácil, siempre bailo igual. Finalmente, todo acabó alrededor de las doce de la noche; los músicos fueron incapaces de tocar una nota más y se produjo el silencio. Había sido imposible hablar con Natasha sobre Sopitas Carvajal, y ahora ella estaba muy bebida. Pero la juerga no terminó ahí. Me invitó a su casa a seguir con la fiesta con unos amigos y amigas, todos rusos. No pude negarme, yo no había conseguido aún la información que buscaba.

Salí a la calle con gran satisfacción y buscamos taxi. Entonces aproveché para llamar a Matilde y le dije muy apenado que no podría ir aún a casa; la policía me retenía en comisaría hasta que prestara declaración. Pero que no se angustiara, todo acabaría bien.

La vivienda de Natasha y el juez Agapito se encuentra en una zona residencial para gente exclusiva. Es una casa enorme de cuatro plantas, jardín con piscina y todas las comodidades imaginables. Nos reunimos en el comedor, en realidad, una gran sala donde cabía, incluso, un billar americano. Este fue rápidamente ocupado por dos parejas, amigos de Natasha, que no daban pie con bola, nunca mejor dicho; el vodka y las carambolas no hacen buenas migas.

El resto salimos al jardín, la noche era espléndida. Reapareció el vodka y todos bebimos, yo también. Natasha puso música, menos estridente, y algunos empezaron a bailar, aún tenían energías. Pero al cabo de cinco minutos todos estaban tumbados sobre el esplendoroso césped, mirando las estrellas, o las estrellas mirándolos a ellos. Era mi ocasión. Me tendí junto a Natasha, estaba obnubilada, borracha, en definitiva. Le comenté que al día siguiente enviaría el dossier a Sopitas Carvajal para que lo estudiaran, pero yo forzaría su decisión.

Podría ganar miles de euros al año, los derechos de imagen son un goteo incesante.

Ella sonrió y aproveché para preguntarle qué le parecería a su marido que fuera la musa de una empresa con difusión nacional. Respondió con dificultades, la lengua la tenía pegada al paladar y costaba entenderla: «Vaya, Natasha, lo siento. Espero que con Sopitas Carvajal puedas ser autosuficiente y hacer lo que te venga en gana. Pero, dime, ¿no existe ningún informe que explique el estado de Agapito? Lo digo porque así podrías buscar una segunda opinión con otros profesionales de la medicina, ¿no te parece?». Respondió que «bueno, y ¿para qué quiero yo otra opinión?, ya me conviene que Agapito esté como un pajarito, vaya final para un tipo tan prepotente y corrupto. Me trataba como una reina, es verdad, pero una cosa no quita la otra. Era muy caprichoso, mucho, y lo que yo tenía que hacer para darle gusto y que estuviera satisfecho solo yo lo sé, y mejor no contarlo. No se le levantaba y cada polvo, mínimo uno diario, era un suplicio».

«Así pues, ¿los médicos no te dieron ningún informe sobre su estado?» «Pues no, Margrit, ya te he dicho que no saben lo que tiene, ¿qué informe van a hacer? Eso sí, me dijeron que mentalmente también desvariaba. Pudieron confirmarlo porque quiso explicar lo que le sucedió y cómo le sucedió, y lo escribió en un papel. Ahora está recibiendo también tratamiento psiquiátrico. El otro día fui a verlo y daba mucha lástima, sentado en una silla, con la vista perdida y totalmente sedado. Y realmente es de locos lo que escribió la semana pasada, yo lo leí y no tiene pies ni cabeza. Si quieres comprobarlo, tengo una copia en mi escritorio, en el segundo piso, una carpeta amarilla que titulé *La paja mental de Agapito*».

«No, Natasha, esas son cosas íntimas, yo no tengo ningún derecho a leer lo que escribió tu marido. ¿Hace otra copita?, con este calor el vodka entra muy bien.» Le puse el vaso hasta arriba, con poco hielo, y le dije: «¡Venga, de un trago! ¡Por Sopitas Carvajal, por tu éxito!». Se lo bebió sin rechistar, y, ahora sí, quedó tumbada, con las piernas abiertas, espantada. De

hecho, tirada como el resto de amigos, unos en el jardín y los otros sobre la mesa de billar.

Yo era el único sobrio de la casa, así que fui rápidamente al escritorio del segundo piso. Allí encontré una carpeta amarilla, pero no supe qué ponía en la portada, estaba escrita en ruso. Efectivamente, era la explicación de Agapito sobre su terrible enfermedad. Pero no me detuve a mirar más, hice fotografías del texto con mi cámara y lo dejé todo tal como estaba. Bajé al piso inferior y nada había cambiado, todos durmiendo como cosacos bebidos.

Salí de la mansión de Natasha, cogí un taxi y pasé por la editorial para cambiarme. Llegué a casa a las tres de la madrugada. Matilde aún estaba despierta, leyendo un libro en la cama. Cuando me vio, reconoció el pestazo de alcohol. ¿De dónde venía yo? Le conté que el ladrón motorista se había salvado, estaba fuera de peligro. Con los policías de la comisaría hubo empatía, y cuando recibieron la buena noticia del hospital quisieron celebrarlo conmigo. Sacaron una botella de vodka decomisada y bebimos un trago. Bueno, en realidad, más de uno. Pero todo había acabado y ya estaba en casa, con ella. ¿Por qué no dejaba el libro y despedíamos un día horrible de la mejor manera posible? Matilde sonrió y lo dejó sobre la cama, se trataba de *Conversaciones con el más allá*, de Angelita Tweres.

«¿Conoces a Angelita?», le pregunté. «Pues claro que la conozco, somos amigas, me dio un curso de adivinación hace tiempo. No la veo desde antes de que marchara de viaje con Sopitas Carvajal. La llamaré un día para saber de su vida. Este es un muy buen libro, te lo recomiendo.»

Por la mañana me levanté con una fuerte resaca. Bebí zumo de tomate y marché rápidamente a la editorial. Borré las fotografías de Natasha y descargué las imágenes del manuscrito, tenía mucho interés en leer las explicaciones de Agapito sobre su presunta enfermedad. Lo que leí me dejó francamente impresionado. Los médicos apreciarían en el juez demencia severa, un diagnóstico claramente precipitado según mi opinión.

En su descargo cabe decir que aquellos científicos desconocían las rugosidades del caso Espuelitas.

**Agapito Amor de Paz, juez: el origen de mi enfermedad,
a 9 de julio**

El día 15 de junio escuchaba la radio solo en casa. Emitían un programa de divulgación científica donde trataban el tema de la vejez y sus enfermedades asociadas. Yo no tengo una edad avanzada, pero el tema me incomodaba por diversas razones que no vienen al caso, así que cerré el aparato y de pronto aparecieron unos primeros temblores, yo pensé que producto de la ansiedad.

Me sentí exhausto y me dormí en el mismo suelo. Pero no tuve un sueño placentero, más bien una pesadilla. En ella se presentaban personajes provenientes de antiguos casos que yo había juzgado. Y, no puedo negarlo, por intereses propios condené con exceso o perjudiqué notablemente. Me desperté sudando, palpitaciones en el corazón y la cara desencajada. Me levanté a trompicones y me fijé en un cuadro de la pared que no reconocí como mío. Era una fotografía a color, una calle de esta ciudad, de las más concurridas. En la acera izquierda se veía una persona de cara, joven, poquita cosa y aspecto achinado, andaba llevando un pequeño paquete en una mano. No se veía a nadie más, ni coches aparcados ni circulando.

No pude creer lo que veía: ¡el cuadro tenía vida! Aquel hombrecillo andaba y los edificios se movían como alejándose de él. El joven, ahora lo veía más claro, con gafitas redondas y una oreja de color negro, siguió su camino, y, sin salir de mi asombro, vi cómo se aproximaba cada vez más a mi domicilio. Todo aquello era imposible y, sin embargo, lo veía claramente. Y yo estaba despierto, sin duda. El joven del cuadro estaba ya tan cerca de mi casa que miré por la ventana. Y efectivamente vi en la calle a una persona con un paquete en una mano. Sonó el interfono y observé en el cuadro cómo aquel muchacho estaba allí enfrente, llamando a través del timbre de la verja. Me entró pánico, pero soy juez y siempre llego hasta al final. Por eso le abrí la puerta y lo dejé entrar.

Avanzó con el paquete en una mano y al llegar a mi altura me lo entregó, pronunciando un sonido extraño, algo así como «gooochi-

gooo, goochi-ooochi-ooochi-gooo». Luego me dijo, en tono solemne: «Ogaño ofrézcole muy dispuesto y donoso este su encargo, señor juez. A fe mía que disfrutará dél, vive Dios». Después simplemente se fue. Yo miré nuevamente aquel cuadro y ahora sí lo reconocí, una marina preciosa de autor con firma.

Desembalé el pequeño paquete. Era una caja de música y al abrirla ya sonaron las primeras notas. Se veía el mecanismo de funcionamiento: un rodete presumiblemente de acero con unas incisiones grabadas en él, las notas musicales, unas lengüetas que las presionaban provocaban el sonido y una manivela que servía para girar el rodete. Todo parecía muy simple, pero no lo era. Dando vueltas a la manivela, siguiendo las agujas del reloj, sonaba una melodía. Pero si se hacía al revés, la melodía lógicamente cambiaba, y también lo hacía si la manivela se manipulaba a distinta velocidad. Todo muy curioso, pero sin sentido.

En la caja había unas hojas con pentagramas y notas musicales, una partitura, y las «instrucciones» de uso y manejo de aquel extraño instrumento, llamado *Polyphon pour les âgés*, del género *Harmonia coeleste*. No podía creérmelo, las explicaciones decían que poniendo las notas correctas en el rodete y accionándolo a una velocidad determinada, la música conseguía rejuvenecer a quien la escuchara. Era necesario cantar la melodía, así se aceleraba el proceso. Aquello era muy surrealista, pero ¿qué perdía si lo probaba?

Las instrucciones eran claras y sencillas. Consulté los libros que tenía a mano y los textos de música que guardaba de la escuela y refresqué la memoria. Aquella pieza musical era de Johann Sebastian Bach, un fragmento de la cantata *Herz und Mund und Tat und Leben* («El corazón y la boca y los hechos y la vida»). Se trataba del coro de la segunda parte y décima sección, *Jesu bleibet meine Freude* («Jesús sigue siendo mi alegría»). Yo la había escuchado en alguna ocasión, pero desconocía el significado, no sé alemán. Estudié la melodía una y otra vez, tanto las notas musicales como el canto. Canté una y otra vez, intentando entonar lo mejor posible. Yo interpretaría la voz de tenor, la que mejor se ajusta a mis características. En las instrucciones se advertía que solo podría tocar y cantar completa la melodía una única vez, y no había posibilidad de pruebas.

Una vez cargadas las notas en el rodillo, ya no habría marcha atrás. Grabé todas las notas en el rodete y me cercioré una y otra vez de que no había ningún error. Al fin lo tuve completo. Memorice toda la melodía y tuve pleno conocimiento de su tempo. No había fallo posible. Las notas estaban bien ordenadas y a punto para sonar.

Me puse en pie, muy serio. Cogí la caja de música con la mano izquierda y la manivela con la derecha, y empecé a rodar con un movimiento seguro y acompasado. Cuando terminé la introducción musical, empecé con el canto. Lo hice a la perfección, sin el más mínimo error. Quedé muy satisfecho de mi trabajo, una interpretación soberbia. Incluso creo que mi acento pareció el de un alemán nativo. Dejé la caja de música sobre el suelo y pensé que debía esperar acontecimientos. Pero lo único que me llegó fue un mareo muy fuerte, unos pinchazos en la cabeza, una visión nublada y una pérdida de conocimiento. Caí al suelo y quedé tendido junto a la caja de música.

Cuando desperté, me encontré sobre una cama, tapado con una sábana muy blanca. No reconocía el lugar donde estaba. Una habitación relativamente grande, con mucha luz. Reinaba un gran silencio y una sensación de paz muy agradable. Todo respiraba orden. Las paredes blancas, limpias. El suelo liso, blanco, impoluto. Era un ambiente muy higiénico, aséptico, podría decirse. Desde luego no sería el infierno. Pero ¿dónde estaba? Me levanté con muchas dificultades de la cama y me di cuenta de que iba vestido con una bata blanca, abierta por detrás, de las que llevan los enfermos en los hospitales. Pero yo no estaba enfermo.

Recordé claramente la interpretación perfecta de la cantata de Bach. Habría rejuvenecido muchos años, seguro. Me miré las manos y las vi arrugadas, mucho más arrugadas que antes de tocar la melodía. Sentí un pinchazo en el corazón. Mis brazos parecían pellejos resecos, muy delgados. Me dirigí con gran pesadez hacia una puerta y la abrí. Era el lavabo. Entré y me miré en el espejo. No podía creerlo. ¡Había envejecido por lo menos treinta años! ¿Qué edad podría tener yo ahora, ochenta años, ochenta y cinco? Y una barba blanca y espesa, espesísima, que aún me daba un aire más

decrépito. Quise gritar con fuerza, pero no pude. No tenía energías ni para eso.

Salí del lavabo muy debilitado y casi me caí. Algo había salido mal. Pero yo había interpretado la melodía a la perfección, y no fue un sueño. Aquel hombrecito achinado y con la oreja negra. ¿Quién había enviado a aquel hombrecito achinado y con la oreja negra? Seguramente fue aquel maldito ángel Serafín que ya me avisó días atrás. Pensé que si ese instrumento de música podía envejecer a quien lo manipulara, seguro que también podría rejuvenecerlo, simplemente siguiendo las instrucciones al revés.

Llamé repetidas veces al timbre que había junto a la cama. Un instante después entró una enfermera joven, vestida de blanco. Reclamé mi caja de música y exigí que me la devolvieran al momento. Ella me respondió que estaba en una residencia de ancianos, Luces de Bohemio, la mejor de la ciudad. Me hicieron muchas pruebas sin ningún resultado, no sabían qué me había sucedido, y finalmente me mandaron allí la semana pasada, pensando que, quizá, ya no despertaría. Enseguida entraron los médicos y me revisaron completamente. Mi estado físico era perfecto, todo lo perfecto que puede estar un abuelo de más de ochenta años. No era posible y no parecía un sueño. Me pellizqué y lo único que conseguí fue dolor y un enrojecimiento de la piel.

Me explicaron que Natasha me encontró tendido en el suelo de casa, ya con aquel aspecto tan decrepito. El resto ya lo sabía. Pedí hablar urgentemente con mi mujer, se alegró mucho de que hubiera despertado, y le pedí que trajera inmediatamente aquella caja con el instrumento musical. Llegó pronto y me abrazó cariñosamente, pero yo noté que le daba cierto reparo acariciar mi cuerpo tan arrugado. Me entregó la caja, pero únicamente contenía la maldita partitura, el instrumento musical había desaparecido, ella no sabía dónde estaba, ni siquiera llegó a verlo. En silla de ruedas me acompañaron a la biblioteca de la residencia, tenía que desvelar aquel misterio incomprensible. Y lo desvelé, para mi desgracia.

Pude confirmar que aquella partitura contenía un error, una trampa malintencionada. En las dos últimas estrofas, la partitura correcta dice así:

... da _ _ rum lass' _ ich Je _ _ sum nicht (por eso no quiero a Jesús
aus dem Her _ zen und Ge _ _ sicht fuera de mi corazón y mi vista)

Sin embargo, en la partitura de la caja de música había una pequeña diferencia, mínima e inapreciable para quien no conoce la melodía con detalle ni sabe alemán:

... da _ _ rum lass' _ ich Je _ _ sum (por eso quiero a Jesús
aus dem Her _ zen und Ge _ _ sicht fuera de mi corazón y mi vista)

La partitura original dice: «Por eso **NO** quiero a Jesús fuera de mi corazón y mi vista». Y en la partitura de la caja ponía: «Por eso quiero a Jesús fuera de mi corazón y mi vista». Una diferencia de una simple nota, la blanca, de doble duración que las notas negras precedentes. Y una única sílaba, **NO**, que daba un sentido contrario a la intención del texto.

Quedé muy abatido y reflexioné sobre mi vida de juez. Quizá me excedí en algunas sentencias, solo para mi propio beneficio, y ahora recibía un cruel castigo por mis malas artes; el ángel ya me avisó. Me arrepiento de todo, pero eso no será suficiente, seguro.

La lectura del manuscrito del juez Agapito me dejó perplejo. Sin duda, aquella era una historia fantástica, ¿una maldición? ¿Quién puede creer en maldiciones en pleno siglo XXI? Que el juez merecía un castigo estaba claro: sentencia sin recurso posible, devolución de todo lo robado, cárcel incluso. Pero ¿aque- llo? ¿Un envejecimiento prematuro y radical por la acción de un instrumento musical? ¿Un cuadro que tomaba vida? ¿Una venganza del conocido ángel Serafín? ¿Qué relación tendría el juez con este ángel que mencionaba Barrabás en su manuscrito?

Lo sorprendente del caso, pero sin duda verosímil, era la descripción perfecta de Melitón, aquel viajero de Sopitas Carvajal que no regresó. Poquita cosa, achinado, con gafitas redondas, una oreja negra, aquellos ruiditos tan peculiares, «goooochi-gooo, gooochi-oooochi-oooochi-gooo». Y dirigirse a Agapito en castellano antiguo. ¿Esta no era una particularidad de Braulio-

Barrabás? ¿No se habían cometido ya los siete asesinatos? ¿Era Melitón entonces el asesino? ¿Qué hacía con una caja de música que envejecía a su ejecutor? En realidad, Agapito no había muerto, pero creo que aún fue peor para él.

Llamé a la residencia Luces de Bohemio y pedí hablar con el juez. Me respondieron que no tenían permiso, las llamadas estaban muy restringidas, era un paciente muy especial y únicamente el director del centro podía autorizar los contactos. Si quería, me pasaban con él. Respondí que no hacía falta, era solo un amigo de Agapito y quería saber su estado, nada más. La telefonista aún fue comprensiva y me dijo que el juez estaba cada día peor, perdía su fuerza y era totalmente dependiente.

Por un momento pensé que, quizá, todo aquello tendría explicación si dejaba la razón y el sentido común fuera de la investigación y abría mi mente a otros planos. Y ¿si realmente el ángel Serafín existía en verdad? Y ¿si Braulio también existía? Y ¿si se trataba de posesiones de espíritus? ¿Habían poseído a Barrabás? Y ¿a Melitón también? Todo esto era muy difícil de creer, pero también debía contemplarlo en mi investigación.

Entonces pensé en Matilde. ¡Claro!, me dije. ¡Angelita Tweres! Ella podía ser la clave, una mujer experta en el más allá, una de las ganadoras del premio Sopitas Carvajal que tampoco regresó del viaje. Además, era amiga de mi querida compañera, me recibiría con los brazos abiertos, no haría falta que me hiciera pasar por el ridículo Margarito Farnesio, abogado. Pero tendría que ir a Italia, al sur, a San Giovanni in Fiore, y rebuscar. Desde allí, quizá, también podría aclarar algo sobre los Piccolissimi Borromei, el padre Celestino, Pilarín, sus hijos Mario y Darío, la Ndrangheta, y quién sabe si más información sobre el achinado Melitón, no sé dónde anda. Y sobre Enrique y Rosita, también desaparecidos. En fin, podría ser un viaje muy productivo. Me sentía cómodo investigando; igual equivoqué mi profesión.

VI. EL VIAJE AL SUR DE ITALIA

REGRESÉ A CASA Y MATILDE aún no había vuelto; daba un curso de numerología que la tendría ocupada toda la semana, y estábamos a martes. Fui al dormitorio y encontré el libro de Angelita, *Conversaciones con los del más allá*, y empecé a leer. Ciertamente se trata de un libro muy curioso, una serie de entrevistas a personajes de relieve que ya traspasaron, pero accedían a responder las preguntas formuladas por Angelita mediante una tabla ouija.

Aparte de Jesusina Bodoque, «la bella maronita», aquella bailarina de variedades que comentó el policía Sebas, en el libro aparecían otros protagonistas, todos muertos recientemente: deportistas, músicos, literatos, artistas, militares, periodistas, religiosos y aún un científico, un agnóstico confeso que realmente se sorprendía de su situación de traspasado, nunca la había imaginado.

Del libro de Angelita me hizo mucha gracia un personaje que se le coló en una sesión de ouija. Pero no pudo obviarlo, él insistió mucho en aparecer en la obra. Se trataba de un hombre llamado Antonio de Solís que vivió allá por el siglo XVI. Era, sin duda, un personaje muy particular, pues el brazo derecho lo tenía entero hasta la muñeca, pero en lugar de mano le salía solo un dedo como el índice, y el brazo izquierdo solamente le llegaba hasta el codo, sin tener desde allí nada más. Lo que más admiración podía causar es que con falta de miembros tan

principales barajaba los naipes para jugar, y con mucha libertad los repartía. Este personaje preguntaba a Angelita si aún se jugaba a las cartas, y ella le respondía que sí, incluso había quien se jugaba el sueldo o las propiedades y a veces lo perdía todo. Antonio respondía aliviado que eso también pasaba en su época, así que en 500 años no habían cambiado tanto las cosas.

1. San Giovanni in Fiore

Llegó Matilde muy atareada, concentrada en su curso. Le dije que se sentara conmigo, tenía una buena noticia: «Ay, Margarito, ¿qué será? Últimamente me das miedo, pareces un tiovivo, todo rueda muy rápidamente contigo y no paran de pasarte cosas extrañas».

Expliqué a mi pareja que por la mañana me habían llamado tres editores italianos, todos del sur, proponiéndome los derechos de traducción de tres obras importantes. No podía perder aquellos contratos, pero tenía que ir allí urgentemente a negociarlos, en vivo, mañana o pasado mañana, no más tarde: «Y he pensado, si te parece bien, que podemos aprovechar y ver a tu amiga Angelita Tweres, supongo que vive por allí. Y le das una sorpresa, hace tiempo que no la ves. Yo creo que en tres o cuatro días lo tendré todo bien resuelto y hacemos turismo por la zona, ¿qué te parece?».

«Joder, Margarito, ¿no puede ser la próxima semana? Tengo el curso de numerología y es importante para mí.» «Lo sé, pero si demoro mi viaje, perderé a esos tres autores, son muy vendidos.» «Pues yo no puedo aplazar el curso, tendrás que ir tú solo. Pero me gustaría que visitaras a Angelita y le dieras recuerdos, ¿cómo sabes que vive allí?» «Supongo que vive allí porque no volvió con el resto de viajeros de Sopitas Carvajal. Pero, dime, ¿cómo contactaré con ella?» «No te preocupes, Margarito, tengo su correo y esto no se cambia por más lejos que te vayas. Pero ¿sabes algo de Sopitas Carvajal?» Le respondí que algo sabía, pero solo los preliminares, nada definitivo, y volví a mentir.

Por la noche, Matilde recibió respuesta de Angelita. No regresó del viaje a San Giovanni porque intimó con Fridolino, hijo de Mamma Lucia, dueña del hotel Benvenuti Amici. Él es un traficante de poca monta que se impresionó cuando Angelita le tiró las cartas y le predijo que tendría una pésima noticia que cambiaría su vida de forma radical, pero para bien. Efectivamente, así fue; aquella misma noche hubo una tormenta muy intensa y un rayo cayó sobre el techo de su granja, donde vivían hacinados cerdos, vacas y gallinas sin registro sanitario. El recinto se incendió, quedó completamente calcinado y él, arruinado, no tenía ningún seguro. Totalmente desesperado, pidió soluciones a Angelita, quien le tiró las cartas nuevamente y le aconsejó jugar en el sorteo Tuttobiancho, Tuttonero. Fridolino no podía creerlo, ganó el primer premio, mucho más dinero del que perdió en la granja.

Sin dudarlo, el hijo de Mamma Lucia, supersticioso como todos los calabreses, propuso a Angelita que se quedara con él, la cuidaría y no debería preocuparse por nada mundano. Le ofrecía cualquiera de las dos suites de su hotel. Ella prefirió la Gioacchino da Fiore, aunque antes debía limpiarse a fondo, reparar las humedades y rociar con insecticida.

Angelita asegura que vive muy bien y Fridolino es un hombre cada vez más rico. En dos meses ha engordado mucho, pues la dieta de pasta favorece el aumento de peso. Ahora trabaja en la televisión comarcal, Cosenza TV, donde tiene un programa de adivinación que está ganando prestigio y audiencia, *Angeletta Tweres: il suo futuro nella mia manina*.

Yo no entendía que con aquellos poderes no fuera capaz de visualizar su futuro y sí en cambio el de los demás. Matilde explicó que esto sucedía muy a menudo con los videntes, predicen lo ajeno y fallan lo propio. Angelita tuvo una mala experiencia sentimental y dice que ahora ha aprendido. Si yo quería, tenía disponible la suite Monongah. Y acepté, iría gustoso mañana o pasado mañana.

Así pude organizar mi viaje al sur de Italia, el mismo lugar donde fueron los pobres diablos de Sopitas Carvajal. El billete

lo compré solo de ida, para el 18 de julio, jueves. No iría en un Embraer Legacy, pero llegaría a la hora prevista. Pasé todo el día siguiente en mi despacho, poniendo en orden mi trabajo de editor que tanto había abandonado.

Llegué sin complicaciones al aeropuerto de Cosenza a las 13:15 horas. Comí algo en la ciudad, pasta por supuesto, y luego cogí un autocar de línea hacia San Giovanni in Fiore, una bonita población montañesa en el corazón de Calabria. Me dirigí al hotel Benvenuti Amici y pude confirmar lo que habían dicho todos los viajeros, que era muy justito. Me recibió Mamma Lucia, vestida completamente de negro, y en mi pobre italiano me hice entender que buscaba a Angelita, una buena amiga. Aquella mujer me llevó a la suite Monongah para que dejara mi equipaje, una simple maleta de mano, no necesitaba más. Ya se veía que también habían arreglado aquella habitación, pero seguía siendo muy precaria. Mamma Lucia me dijo que su hijo y Angelita ya no vivían allí, habían comprado una casa muy cerca. Que me cambiara de ropa, si quería, y me aseara un poco. Luego me acompañaría para encontrarme con Angelita.

Cuando salimos, pasamos por delante de la tienda del hotel, destartalada, rancia, antigua y muy oscura. En fin, todos los adjetivos que inclinan a uno a pasar de largo y evitar cualquier compra. Vi a un chico cojo jugando con una peonza e imaginé que sería el vendedor de aquel local; un negocio que, en todos los sentidos, es una completa ruina. Incluso vi que tenían sobres de Sopitas Carvajal a la venta. Me fijé en la fecha de caducidad y comprobé que todos ellos habían superado los ocho meses.

Llegamos a la casa de Fridolino. Por la puerta salía una mujerona alta, de piel oscura y rasgos extraños. Vestía una túnica azul eléctrico y en una mano llevaba una bola de cristal. Sin duda se trataba de Angelita. Mamma Lucia le dijo que yo era el amigo que esperaba y se fue por donde vino. La adivinadora me abrazó, hacía tiempo que no veía a Matilde, la apreciaba mucho y, por tanto, estaba a mi disposición. Pero no en ese momen-

to, tenía que ir a Cosenza a grabar un programa de televisión. Le pedí si podía acompañarla y asintió contenta, así no viajaría sola por aquellas carreteras solitarias y con curvas del parque nacional de la Sila. Eran 61 kilómetros, una hora de viaje.

Subimos al coche, un Fiat Seicento muy usado, y regresé a Cosenza. Al principio hablamos de Matilde y le expliqué sus proyectos, manteníamos una relación amorosa y vivíamos juntos desde hacía dos meses, sesenta días de felicidad. Respondió que se alegraba, siempre sería mejor que vivir con el cretino de Victorino. Entonces preguntó por mi trabajo de editor y cuáles eran aquellos autores que quería contratar. Había llegado el momento crítico.

Dejé pasar unos segundos, aspiré profundamente y le conté la verdad, toda la verdad: el caso de Espuelitas, los siete asesinados, las investigaciones preliminares, primero de Victorino y después de Jacinto, a quien ella ya conocía. Y el viaje miserable que hicieron con Sopitas Carvajal. La extraña relación de los Piccolissimi Borromei con sacerdotes de la iglesia de San Sulpicio y su probable implicación en un tema de drogas. La desaparición de Enrique y Rosita, la muerte del pobre Salomón, la decisión tan extraña del juez Agapito de dejar libre a Barrabás y la presunta implicación de Melitón. Finalmente, le expliqué que Matilde no sabía nada de aquella historia, no quería ponerla en peligro. Le había mentado para no implicarla y esperaba que me perdonara.

Angelita escuchó atenta toda mi explicación. Cuando terminé, paró el coche en una pradera hermosísima, muy verde. Me miró a los ojos y preguntó qué tenía ella que ver con todo eso. Le respondí que yo estaba muy espeso, no sabía cómo seguir con la investigación y acudía a ella como insigne vidente. Había leído su libro *Conversaciones con los del más allá*, y pensé que, quizá, podría ayudarme y contactar con aquellos fallecidos, con toda seguridad asesinados, y saber si implicaban a Barrabás en sus muertes.

Le dije que durante toda mi vida había sido un rabioso defensor del método científico; lo que no pudiera demostrarse a partir

de las matemáticas, la física, la química o la biología simplemente no existía. Pero tras investigar aquel caso me había convencido de que no todo es ciencia. Es más, esta no contempla otras realidades, profundas, esotéricas, si se quiere, pero tan reales como una margarita o un vaso de agua. Es un error, por tanto, llamarlas paranormales. Y Matilde fue la primera en abrirme los ojos cuando realizó un simple estudio numerológico de los sospechosos y asesinados y concluyó que Barrabás era el asesino.

«Margarito –respondió–, voy a ayudarte, me caes bien, y eres sincero, esto es primordial, y, además, eres amigo de Matilde. No es frecuente que un espíritu científico acepte estas realidades tan cotidianas. Quizá pueda serte de utilidad en el caso de Espuelitas, pero con el tema de la droga yo no puedo involucrarme. Fridolino es miembro activo de la Ndrangheta, aunque de bajo perfil. Pero hay alguien que quizá podría ayudarte, Valerio Massimo Pigafiglia, periodista de la *Gazzetta Cosenzana* y amenazado de muerte desde hace tiempo.

»Sería conveniente que alquilaras un coche para tener autonomía en tus investigaciones, yo solo podré inmiscuirme en el caso de los asesinados, y es seguro que tendrás que viajar. Piensa que los Piccolissimi Borromei se encuentran en las montañas del Pollino, cerca de Castrovillari, a más de dos horas de San Giovanni.

»Ahora son las 17:30 horas y estamos a punto de llegar a Cosenza. La grabación de mi programa durará una hora más o menos. No vale la pena que estés presente, solo leeré el futuro de algunos escogidos del público, pero adivinaré únicamente pequeños asuntos sin trascendencia. Si quieren hacerse ricos, que paguen como es debido. Lo que hice con Fridolino fue especial, no quería volver a la calle de Espuelitas, él me ofrece protección y seguridad. Ahora vivo como me da la gana, tengo lo que quiero y estoy muy a gusto. Si te parece bien, consigue un coche de alquiler. Ven a buscarme a las ocho a Cosenza TV y regresaremos los dos a San Giovanni. Esta noche veremos qué podemos hacer con los difuntos asesinados, a veces los llamas y no vienen, no es tan sencillo.»

Hice caso a Angelita y alquilé el coche, en la misma estación de tren. Otro Fiat Seicento, no tan viejo, de color negro, me gusta este color. Pregunté por la *Gazetta Cosenzana*, estaba cerca, pero me perdí por infinidad de callejuelas y me costó horrores encontrar el edificio. No hubo manera de aparcar y finalmente lo hice sobre la acera. Pregunté al recepcionista por Valerio Massimo Pigafiglia. La respuesta fue contundente, quién era yo y para qué quería verlo. Respondí que era Margarito Micifú, editor extranjero que estaba interesado en su trabajo. Me contestó que no era posible hablar con él directamente, era un hombre amenazado y su seguridad estaba en peligro. En todo caso, que dejara mis señas y Valerio ya consideraría si merecía la pena contactar conmigo. Le dejé mi tarjeta verdadera y salí.

Dos carabinieri estaban multando mi vehículo y fue imposible hacerlos entrar en razón. Si quería llevarme el coche, debía pagar la multa en efectivo. La primera toma de contacto con aquella región no fue demasiado alentadora. Me marché muy molesto y volví a perderme por otras callejuelas, o quizá las mismas, hasta que encontré Cosenza TV, a las afueras de la ciudad. Eran las 19:30 horas, pero no me importó esperar, bien aparcado y dentro del coche.

A las ocho en punto salió Angelita y regresamos a San Giovanni, cada uno en su coche. Llegamos al Benvenuti Amici, pero la vidente dijo que mejor cenara en su casa; la comida del hotel no sentaba bien a los estómagos poco acostumbrados a las comidas pasadas de fecha. Allí me presentó a Fridolino, un hombre alto y enjuto, cerca de los sesenta, con una cicatriz que le cruzaba toda la mejilla izquierda, una reyerta a navajazos. Fue relativamente amable conmigo, un poco hosco quizás, y dijo que podía sentirme como en casa, los amigos de su compañera eran también amigos suyos. Le respondí que estaría solo tres o cuatro días, pero yo prefería alojarme en la suite Monongah, era suficiente para mí.

Fridolino me explicó que aquel nombre se puso para conmemorar el fatal accidente que tuvo lugar el 6 de diciembre

de 1907 en la ciudad minera estadounidense de Monongah, en el estado de Virginia, cuando se produjeron una serie de explosiones en las galerías número 6 y 8 y murieron 425 personas. La mayoría, 171, eran mineros italianos, treinta de ellos de San Giovanni in Fiore. Durante varios días madres, mujeres, novias y hermanas esperaron el rescate de sus familiares de forma angustiada, gritando, rezando y llorando. La tragedia tuvo tal efecto entre la comunidad calabresa que aún hoy en día, cuando se quiere indicar el dramatismo de un suceso, se dice que «*é una minonga*».

Cenamos los tres en la gran cocina, pasta calabresa, la pasta *'ncasciàta*, y vino Donnici. Fue una cena exquisita, preparada con arte por Fridolino. Después, el compañero de Angelita se fue a ver la televisión al salón y nos quedamos ella y yo. Me contó lo mismo que Mary, Paulino o Benito, la experiencia del viaje fue horrible, muy rancio, un verdadero castigo, pero ella ya lo había olvidado y gracias a Sopitas Carvajal conoció a Fridolino.

El padre Celestino y Pilarín llegaron a San Giovanni un día después del entierro del padre Borromeo, que fue el 5 de mayo; Enrique y Rosita fueron al sepelio desde aquí, pero ya no regresaron, y el sacerdote dijo que le sorprendía, pues quedaron en verse en el hotel. El cura y Pilarín se veía descaradamente que estaban liados, solo estuvieron dos días con el grupo y se fueron sin despedirse ni dar explicaciones.

Melitón tampoco regresó del viaje de Sopitas Carvajal. Un día fueron de excursión a la ciudad marinera de Crotone, para tomar el sol en la playa. Pero el tiempo fue muy tormentoso y llovió con gran intensidad. Comieron en el restaurante chino Il Paradiso di Huangshan. Aquel muchacho tan extraño vio camareros con ojos rasgados y dijo que de allí no se movía, estaba muy cerca de Japón. No quiso levantarse de su silla, cerró los ojitos y empezaron los ruiditos de palomo, «gooochi-gooo, gooochi-ooochi-ooochi-gooo».

Como el grupo no se iba ni con agua caliente, apareció alterado Li Yu, el dueño del restaurante. Angelita le explicó la ob-

sesión que tenía Melitón por ir a Japón. Li Yu vio la oportunidad de contratar a un camarero con sueldo basura y propuso al muchacho que trabajara durante un tiempo, se hospedaría en el piso de arriba con el resto de los empleados: «*Se le plestazioni del camaliele soddisfatto Li Yu, io mandelò Melitón Shanghai con la mia famiglia*». Y desde el restaurante de su familia fácilmente podría ir a Japón, estaría cerca.

«Desconozco si Melitón aún trabaja en ese lugar, allí se produjo un grave incidente hará un mes y medio. Leí en el periódico que Li Yu había muerto accidentalmente, apareció hervido dentro de un enorme puchero.» «Qué curioso –respondí a Angelita–. Y ¿si no fue un accidente? He visto tantos que lo parecen y no lo son... Iré a investigar Il Paradiso di Huangshan, quizás encuentre aún a Melitón. Recordaré que debo llamarle Miroku Sake. Y hablando de otro tema, Angelita, ¿qué te parece la idea de contactar con los muertos del caso Espuelitas? Desde luego, podrían implicar definitivamente a Barrabás y tendríamos las pruebas concluyentes, ¡inculpado por sus propias víctimas!»

La vidente respondió que podía intentarse, pero sería complicado. Muy a menudo los contactados se superponen unos a otros y es un galimatías saber quién dice qué. Además, en ocasiones se presentan otras almas sin que se les pida su presencia y esto aumenta el desconcierto de toda la sesión: «Es seguro que se presentará Antonio de Solís, el jugador de cartas del siglo XVI, es un clásico. Tiene unas ganas de protagonismo fuera de lo común y no hay manera de retirarlo de la conversación. Pero, sabiéndolo, le daremos cancha, no sea que se enfade y encabrone al resto de los espíritus». Angelita me pidió nombre y apellido de cada uno de los fallecidos, también sucede que pueden aparecer diversas presencias que se llamen igual. Yo no debía tener miedo: «Ellos lo notan y entonces intentan confundirte. Esta noche pensaré cómo podemos hacerlo, pero tendrá que ser mañana por la tarde. A primera hora he de acompañar a Fridolino al notario, firmamos la compra de una casa, a nombre de los dos. He tenido malas experiencias en mi vida y finalmente he aprendido».

2. *Il Paradiso di Huangshan*

Al día siguiente, cuando me levanté, tuve la convicción de que sería un día importante. Almorcé pasta y me fui a Il Paradiso di Huangshan, una hora de viaje. Llegué poco después del mediodía y pedí el menú. La comida china fue correcta, pero la comí desganado. Fui al lavabo y vi que la cocina tenía dos niveles: en la parte superior montaban los platos, y en la inferior, en los bajos del local, se encontraban cinco pucheros muy grandes, todos ardiendo, donde se cocían los alimentos. Se bajaba por una escalerilla y los dos niveles estaban protegidos por una gruesa baranda de acero y una malla metálica. El suelo estaba muy sucio, contenía restos de materia orgánica y era extremadamente resbaladizo.

Pregunté por el dueño, un tal Yu Li, de edad inconcreta. Me presenté como Margarito Micifú, autor de la guía *Restaurantes chinos con encanto de la vieja Europa*. Creo que casi no me entendió porque hizo venir a un camarero, también chino, pero con un dominio más fluido del italiano. Le dije que era un autor conocido que había escrito sobre restaurantes chinos de Francia y Alemania, y ahora le tocaba el turno a Italia. El menú de su restaurante era verdaderamente atractivo, gran equilibrio entre precio, calidad y cantidad, y lo recomendaría en mi obra como uno de los mejores del sur de Italia. Yu Li se puso muy contento y se ofreció a enseñarme el local.

Le pregunté por la peculiaridad de los dos niveles de la cocina y me respondió que las ollas eran fundamentales. Debían estar en el fuego todo el día y casi toda la noche para que en cualquier momento la comida estuviera disponible, pues el local está abierto de siete de la mañana a tres de la madrugada, ininterrumpidamente. Me explicó que la malla metálica se puso porque hubo un terrible accidente. El anterior dueño, un primo suyo, murió con las botas puestas, en la cocina, cuando resbaló de la parte superior a la inferior, falló la protección y se coció como si fuera un vulgar cerdo agridulce.

En ese momento no había nadie allí y su cuerpo se locali-

zó más tarde, cuando uno de los camareros vio que de aquel puchero salían dos pies calzados con chancletas. Fue horrible. Tras la inspección sanitaria pertinente, se les obligó a hacer reformas para evitar que el local fuera cerrado. Yu Li me enseñó muy orgulloso que ahora tiene incluso vomitorios de última generación, hay clientes que los reclaman. Finalmente, añadió que para los buenos y exclusivos comensales, su restaurante dispone de una salita con capacidad para diez clientes donde se practican finales felices a pedir de boca. Esta práctica felatoria la realizan cinco bellas señoritas y tres bellos señoritos de origen chino, camareros del propio restaurante o trabajadores a tiempo parcial de la cercana peluquería Tsian-Lao. Al ser un servicio muy apetecido, dijo, es posible que se formen colas. Para tratar de aligerarlas y que la espera sea agradable y dispendida, la dirección del restaurante pone a disposición de sus clientes unos guantes de goma para que estos inicien sus tocamientos íntimos de la forma más higiénica posible. Así, cuando les llega el turno se presentan medio servidos y a puntito de caramelo.

Le pregunté si el personal era de origen chino y respondió que sí, aunque en ocasiones, por necesidades del trabajo, se había contratado a algún demandante de la zona. Por ejemplo, hacía poco había trabajado un tal Melitón, de rasgos chinos, pero en realidad caucásico. Era un muchacho muy especial y particular, lo contrató el malogrado Li Yu porque le salía muy barato y el muchacho estaba obsesionado con ir a Japón. El anterior propietario le prometió que si cumplía con su trabajo, lo mandaría a Shanghái, donde la familia tiene otro restaurante. Pero fue un completo fracaso, no se relacionaba con el resto del personal, confundía los platos y no ponía voluntad en aprender los nombres.

Fue definitivo que no practicara ningún final feliz de manera satisfactoria. Todos los clientes se quejaron de su poca predisposición y alguno de ellos salió dolorido de sus partes y se negó a pagar el servicio. Li Yu estaba muy harto de él, y cuando este murió, simplemente lo despidieron. Desde entonces

no se lo ha vuelto a ver y Yu Li reconoce que no hay nadie como los chinos para trabajar en un restaurante chino. No volverá a contratar a ningún trabajador que no sea de esta raza. Me despedí repitiendo que me había gustado mucho la visita y que le mandaría un ejemplar de mi libro cuando estuviera publicado.

3. Las sesiones espiritistas

Eran las tres de la tarde y regresé a San Giovanni, otra hora de camino. Fui a ver a Angelita, ya había acondicionado una habitación para la sesión espiritista, pequeña, cuadrada, sin luz natural y con una bombilla de baja potencia. Todo eran sombras y el aspecto, realmente tenebroso. La vidente insistió en que no debía tener miedo. En el centro de la sala había una mesa con dos sillas, una frente a la otra. Y nada más. Encima de ella puso una tabla ouija, grande, de madera. Curiosamente había ocho fichas, igual que las de parchís, de color rojo, amarillo, verde, azul, naranja, marrón, blanco y negro. Debajo de cada ficha puso etiquetas con el nombre de los fallecidos, para no confundirnos. La negra era para Antonio de Solís, seguro que aparecía. Podía suceder que alguna de las presencias prefiriera hablar por boca de Angelita, pero era impredecible.

La médium vestía una túnica azul eléctrico muy ancha, con dos bandas amarillas que la cruzaban, y se había pintado los labios de negro. Dijo que era bueno que la vidente vista extremada, así los espíritus piensan que la sesión es de calidad, que no los llama cualquiera. Antes de empezar quemó aceite de sándalo, un purificador extraordinario; luego colocó una cámara de vídeo en un trípode, apuntando directamente a la tabla, y otra más apuntándola a ella: «Muchas veces mueven las fichas a la vez, o hablan a través de mí y no te enteras. Será necesario grabar toda la sesión y analizarla luego». Entonces señaló la silla donde yo debía sentarme y dijo que no hiciera nada, solo observar y obedecer sus órdenes. A continuación

salió de la habitación y regresó con una garrafa de cinco litros de agua y un vaso.

Todas las fichas estaban en el centro de la tabla, en una casilla en blanco. Uno a uno, Angelita fue llamando en voz alta a todos los fallecidos y les indicó cuál era el color de su ficha. Que no se equivocaran, fueran por orden y no se interrumpieran entre ellos, que así no se podía trabajar. No había prisas, que estuvieran tranquilos.

Una vez dichos los nombres, puso el dedo en cada una de las fichas, así con su poder les daría la energía suficiente para enlazar este mundo con el más allá. Al cabo de unos segundos se movió la ficha negra y, tras recorrer letra a letra, pude saber qué decía: «Buenas tardes, gentil damisela, soy Antonio de Solís». Angelita resopló y corrió la ficha para decirle a este espíritu que seguían jugándose partidas de naipes en el mundo real. Él respondió que era buena noticia, no habían cambiado tanto las cosas en cinco siglos.

El resto de las fichas permanecían inmóviles. Angelita llamó al padre Borromeo, pero no respondía. Insistió, sin obtener ningún resultado: «No hay manera de que salga el sacerdote, no está aquí o no quiere salir, a veces ocurre. ¡Padre Borromeo, muéstrese ante nosotros! ¡Padre Borromeo, salga de las tinieblas, reclamamos su presencia!». Entonces, la ficha roja se movió, lentamente, hacia el signo de interrogación. Angelita preguntó: «Padre Borromeo, ¿qué no entiende?». Al momento, la expresión de la vidente cambió radicalmente, parecía un hombre, con los labios arrugados y muchas patas de gallo. Incluso parecía tener sombras en las mejillas, como si fuera barba.

Cambió también la voz y yo quedé clavado en la silla, aterrado. Angelita habló, o habló quien fuera, y dijo: «Soy fray Félix Cantalicio, amigo del padre Borromeo. No lo llamen más. No quiere salir ni hablar, está a disgusto porque lo mandaron aquí antes de hora y, además, los angelillos se ríen de él y lo pinchan. Yo ya llevo aquí muchos años y me he acostumbrado, pero al principio es duro. Está rabioso porque no pudo ir

de viaje; si pudiera nos pegaría a todos, suerte que los difuntos no estamos compuestos de materia sólida».

Angelita, con aquel semblante, pero con su voz natural, pidió a fray Félix que preguntara a su amigo si sabía los motivos de su muerte. Se produjo un largo silencio y luego respondió, con voz grave y masculina: «El padre Borromeo estaba jodidillo de salud, pero resistía bien hasta que un tipo odioso que hablaba en castellano viejo insistió en ser confesado. Él se negó en redondo y un día le dio una patada en el estómago. Entonces empezó su declive. El farmacéutico de la iglesia no le creyó y poco después murió echando pestes de todo y de todos». Ya teníamos bastante, Angelita dio las gracias a fray Félix y le dijo que se retirara, que descansara en paz. Entonces, la expresión de Angelita cambió y volvió a ser ella misma.

La ficha negra se movió de nuevo. Antonio de Solís dijo que estaba junto a Providencia, ella seguía ciega igual que en vida y muy desorientada, no entendía qué hacía allí. Un día fue a vender cupones, cruzó la calle y de pronto apareció en un lugar extraño que tampoco puede ver. Después, Antonio de Solís dijo que ya estaba cansado y se iba con Providencia a otra parte. Yo alucinaba con aquellas presencias, parecían jugar a un juego de mesa.

De pronto se movió la ficha azul, la de Froilán, y la naranja de Jesús Nicodemo, las dos a la vez. Iban muy deprisa y en ocasiones coincidían en la misma casilla, la misma letra. Al poco tomó vida la ficha blanca de Cenicienta. Al ser más lenta, pudimos entender lo que decía: quería saber por qué la llamábamos, no eran horas de molestar, le quedaban muchos rezos por escribir. Angelita le preguntó, escuetamente: «Cenicienta, ¿sabes cómo se produjo tu muerte?». Ella respondió con su gracejo sudamericano y no escatimó las faltas de ortografía: «Pues no sé yo cómo se produjo, que *hiba* a por *natiyas* para *ofreser* al señor que *ablaba* como los conquistadores y de repente perdí el *conosimiento* y ya más no sé, que *aparesí* en otra dimensión, creo. Y aún no perdí el frío, que lo siento muy dentro de mí».

Angelita agradeció su presencia y puso esta ficha en el centro del tablero, dando por finalizada la conversación. Rápidamente, la vidente movió la pieza azul de Froilán y la naranja de Nicodemo para hacer las mismas preguntas: «¿Sabes cómo se produjo tu muerte?, ¿conoces a Barrabás Rabasa o Braulio San?».

Las dos fichas, de golpe, volvieron a moverse solas, con gran rapidez, pero en aquel momento no pudimos saber qué decían porque la cara de Angelita volvió a transformarse, esta vez de manera muy extraña. Se le levantó la cabeza y se le hincharon las mejillas y la nariz, y las dos manos las puso sobre el pecho, como si le doliera. Realmente tenía una expresión desencajada y sentí un gran temor. Angelita me tranquilizó, estaba con Julio y sor Rebeca, los dos a la vez. En ocasiones, los espíritus prefieren la posesión momentánea en lugar de mover fichas, creen que este es un acto demasiado banal y no están para juegos. Les hizo la misma pregunta: «Julio y sor Rebeca, ¿sabéis cómo se produjo vuestra muerte?».

Sor Rebeca y Julio hablaban a la vez, y la voz de Angelita cambiaba continuamente, de mujer a hombre y de hombre a mujer, no era posible entender qué decía. A Angelita se le secaba la boca y bebió varios vasos de agua que yo le rellené oportunamente. De pronto, Angelita despidió a sor Rebeca y le cambió la expresión de la cara y durante un rato solo habló con Julio. El conocimiento completo de la conversación pude saberlo más tarde al visualizar las grabaciones.

La ficha negra de Antonio de Solís volvió a moverse sola. Entonces, la vidente, ya muy agotada por la sesión de doble posesión, movió la ficha de aquel espíritu tan insistente e innecesario para decirle adiós en tres ocasiones y ponerla en el cuadro blanco. Aún se movió unos instantes antes de detenerse por completo. Las fichas azul y naranja de Froilán y Nicodemo estaban quietas. Angelita las movió preguntando si aún estaban ahí, pero no hubo respuesta, las dos presencias se habían ido, probablemente cansadas de esperar. Así terminó aquella espectacular sesión; yo también tenía la boca seca y bebí directamente de la garrafa.

Justo en aquel momento sonó mi teléfono y me alarmé, ¡qué inoportuno! ¿Sería alguna presencia que quería hablar directamente conmigo? Era Valerio Massimo Pigafiglia, el periodista de la *Gazetta Cosenzana*. Preguntaba a qué era debida mi visita; no era frecuente que un editor se interesara por su trabajo. Le corté rápidamente diciéndole que no podía atenderlo, estaba reunido con un montón de gente y ya lo llamaría más tarde. Respondió molesto que estaba en una cabina pública, él no podía contactar desde teléfonos fijos o móviles, estaba amenazado, ¿no lo sabía? Le contesté con la mayor educación si sería tan amable de llamarme más tarde, a las ocho, por ejemplo, ya estaría disponible. Sería importante para él. Dijo que así lo haría y colgó, un golpe seco.

Angelita y yo salimos de la habitación. Me miró fijamente y sonrió: «No te imaginabas que esto fuera posible, ¿verdad? La tabla ouija tiene un origen impreciso y parece ser que se patentó en 1890 como consecuencia de la moda espiritista que inundaba Occidente. Pero hay muchos detractores que solo tratan de ridiculizar los contactos con el más allá.

»Recientemente se llevó a cabo el experimento Bayou, en el cual los participantes no veían las letras que señalaban y no se formó ni una sola palabra coherente en el tiempo que duró la prueba. Esto parecía demostrar que son los propios participantes quienes realmente crean las palabras y, por lo tanto, necesitan ver el tablero. Este experimento dio pie a la teoría de la acción ideomotriz, que el movimiento de la pieza que sirve de marcador es movida por pequeñas presiones de los dedos. Pero, Margarito, tú has visto lo mismo que yo, y no se puede negar la evidencia, los espíritus te hablan y te preguntan desde otra dimensión. Ahora déjame tomar una ducha y cambiarme de ropa, estoy muy sudada. Luego veremos las imágenes grabadas y comprenderemos lo que nos han dicho Froilán, Jesús Nicodemo, sor Rebeca y Julio; será sencillo, ya verás».

Me quedé solo en el comedor y al poco sonó el teléfono. Descolgué y era Matilde, quería saber cómo me encontraba. Todo iba a la perfección y había atado los contratos de dos

autores, pero me faltaba el tercero, el más complicado. Probablemente necesitaría uno o dos días más, aunque ya tenía muchas ganas de volver, la echaba de menos.

Poco después miré atentamente, junto a Angelita, la grabación de la cámara que enfocaba a la tabla ouija. Parando la imagen y rebobinando transcribimos el mensaje de Froilán y de Jesús Nicodemo. El abogado fue muy breve y dijo que no sabía cómo se había producido su muerte: él estaba tomando unas copas en un bar, se sintió muy mal y perdió el conocimiento. No entendía qué hacía en el más allá recibiendo latigazos. Por supuesto que conocía a Barrabás Rabasa, un antiguo amigo de la facultad, aunque allí se inscribió como Tobías Lusían.

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, hasta que últimamente recuperó el contacto, y fue muy desagradable. Resulta que una monja, que dijo estar a su lado intentando coger frutas de los árboles, le pidió ayuda para deshacerse de Barrabás, un vendedor muy insistente de las pulseritas Cleofás: «La monja fue consciente de que esta mercancía no podía venderse en las tiendas de moda y quiso retirarlas de aquel mercado. La oposición de Barrabás fue terrible y tuve que emplearme a fondo para hacerle comprender que él no mandaba en aquel asunto. Pero no se dio por vencido hasta que el juzgado emitió la orden de retiro de la mercancía». Luego, Froilán preguntó si existía alguna relación entre Barrabás y su muerte, él creía que sí. Insistió en esta pregunta en cuatro ocasiones, hasta que se enfadó porque no le respondíamos. Dijo muy molesto que no era de recibo obtener información y luego guardarse la propia. Finalmente, se despidió mandándonos a tomar viento.

Jesús Nicodemo fue también muy breve. Al principio nos saludó y deseó larga vida. Tras la pregunta de Angelita, él se alteró mucho y afirmó que conocía a Barrabás, el provocador activo de su muerte: «El *corazón* lo tenía muy frágil y aquel anormal me puso la presión por las nubes. Mis empleados le aplicaron un severo correctivo y lo echaron a patadas. Yo estaba gozando a gustito en Quito con mis dos conejitos cuando sonó el celular. El jodido pinche me dijo: “Ahí tiene vos el rezo, don Jesús,

disfrútelo para sí”, y del teléfono surgió una luz brillante y tomó la forma de un hombre muy hermoso. Fue demasiado para mi *corazón*, no resistió tal acoso a *traiisión*. Me desplomé y ya no recuperé el *conosimiento* hasta ver *lus* al fondo del túnel». Tras una larga pausa, Jesús Nicodemo pidió por Chimbo y Claudio Joaquín. Quería darles instrucciones para «dar vire al Barrabás» y mandarlo con él, a recitar bobadas y sus contrarios durante todo el día. Además, le darían una muerte atroz. Pero nosotros no contestamos, el traficante se cansó de esperar y abandonó la sesión muy airado, insultándonos de manera muy soez, irreproducible.

Julio Penitas estuvo muy parlanchín y dicharachero, aunque confesó sentirse muy cansado, todo el día saltando y saltando para no quemarse. Explicó que a él y a su hermana los había contratado la compañía Títeres con Cabeza, un trabajo de envergadura, pues no se trataba de simples marionetas, sino de actores de carne y hueso, de tamaño real. Debían confeccionar la ropa para diez personajes y los dos hermanos se encerraron en el taller día y noche. En este momento tan delicado, con la sala de trabajo terriblemente desordenada, «se presentó Barrabás, al que no hicimos demasiado caso. Llevaba una tela blanca para que le confeccionáramos un traje. Tenía una entrevista con un marchante de arte y quería causarle buena impresión. Le dijimos que ya teníamos sus medidas y que dejara la tela sobre la mesa, todo se andaría; que volviera en dos días y lo tendría acabado.

»Barrabás regresó en el plazo indicado, cuando ya terminamos nuestro trabajo para la función de aquella misma tarde. Sobre su encargo ya fue otra cosa: mi hermana y yo nos pusimos las manos a la cabeza, pero supimos reaccionar. Le dijimos que luciría un traje moderno, atrevido y distinguido, y daría una excelente imagen. En realidad, con el desorden y el maremagno que vivimos aquellos días, hubo una terrible confusión: confeccionamos dos trajes idénticos para el personaje Cristóbal Polichinela. Uno de ellos con la tela correcta; el otro, con la que trajo Barrabás. El diseño, el mismo: traje largo, es-

trecho, cruzado, sin solapas, mangas cortas, bolsillos enormes y medio descosidos, botones muy aparatosos y una bolsa de tela enorme por detrás, en la base del cuello, que se alargaba hasta media espalda y servía para encasquetar la joroba de Cristóbal Polichinela.

»Barrabás se probó el traje y se miró en el espejo. Le explicó que era la moda más rabiosa, la bolsa servía para poner sus pertenencias, y los bolsillos descosidos y los botones aparatosos hechos adrede, simulando las excentricidades de los fang, la tribu que aparece en las películas de Tarzán. El gorro terminado en punta era para darle el toque definitivo: en la selva llueve mucho y esta forma puntiaguda favorece el deslizamiento del agua y resiste el empapado de la tela. Cuando lo viera, el marchante quedaría absolutamente sorprendido. Barrabás nos creyó y marchó así vestido, y cuando salió de nuestra sastrería, mi hermana y yo reímos histéricamente». Lo que sucedió después, Julio no se lo explica. Justo antes de empezar la representación, alguien lo empujó y lo mandó al centro del escenario, en el mismo momento en que el Capitán se giró y le clavó el sable en el pecho.

La conversación con sor Rebeca fue realmente breve y solo dijo que los perdonaba a todos, al hipopótamo, a Barrabás y a las galletas atragantadas. Echaba de menos el convento y a sus queridas monjitas grugrú. Rogó que diéramos recuerdos a sor Catalina, imaginaba que sería la actual madre superiora, y avisáramos a sor Leopolda de que no olvidara repartir las pulseritas Cleofás de manera gratuita: «Todos los rezos son bienvenidos aquí, en el más allá».

Aquella sesión fue realmente espectacular y Barrabás fue inculcado por la mayoría de los fallecidos. Todo quedó grabado y constituiría, sin duda, la prueba definitiva que ningún juez podría refutar, con independencia de que creyera, o no, en hechos paranormales. La ciencia debería plegarse a esta evidencia, aunque no le encontrara explicación. Quién sabe si se iniciaría una nueva etapa a la hora de contemplar la vida y la muerte; que la segunda es, efectivamente, prolongación de la primera.

Y que el crimen sin resolver pasaría a mejor vida, por así decirlo. Las grabaciones estarían a disposición judicial si las requerían.

4. Los Piccolissimi Borromei

Estaba meditando sobre esta cuestión y sonó el teléfono. Era el periodista Valerio Massimo Pigafiglia, llamaba desde la cabina de un lugar inconcreto. Preguntó qué quería yo de él y le hablé con total franqueza. Sabía que investigaba las acciones criminales de la Ndrangheta calabresa, estaba amenazado de muerte pero él seguía con su trabajo, era un valiente, un héroe del siglo XXI, una personalidad poco frecuente. Yo era editor, tenía cierta información que me gustaría contrastar con él y pensaba publicar un libro donde explicaría un hecho delictivo, tráfico de drogas, el cual había sucedido un par de meses atrás durante un accidentado viaje de avión hasta Cosenza. En él viajaron algunos pasajeros sospechosos y necesitó dos escalas para llegar a su destino.

Valerio Massimo no dejó que continuara. Me cortó diciendo que ya conocía esa historia, era el caso Embraer, un avión de lujo donde fue transportado un alijo de más de 100 kilogramos de cocaína pura en el féretro de un cura. «Efectivamente –le respondí–, ¡en el ataúd del padre Borromeo!» Le expliqué que en aquel caso estaba implicado un sacerdote de la iglesia de San Sulpicio, el padre Celestino Piolín, su presunta amante Pilarín y los dos hijos de ella, Mario y Darío. Y probablemente también un inventor que trabajaba en la misma iglesia, Enrique Riquelme, en realidad, Enric Riqué.

El periodista entendió que debíamos vernos lo antes posible. Él conocía una parte de la historia y yo, quizá, podría completarla. Entre los dos posiblemente desenredaríamos aquel nudo gordiano tan particular. Pero yo debía ser muy precavido, la Ndrangheta tiene ojos detrás del cogote y podría ser peligroso para mí. Que no hablara con nadie. Su consejo fue definitivo: «*Omertá, Margarito, omertá!*».

Nos veríamos al día siguiente, sábado 20 de julio, a las 11 de la mañana, en Diamante, una población turística al noroeste de Cosenza. Estaba cerca de Castrovillari y de la provincia de la Basilicata, donde esta organización delictiva ya no tiene tanta influencia. Cuando llegara me dirigiría a la cabina pública de la plaza del Ayuntamiento y esperaría nuevas instrucciones. Para reconocermme, yo llevaría un periódico doblado bajo el brazo.

Realmente todo salía a pedir de boca. Con Angelita resolví la culpabilidad de Barrabás y con Valerio esperaba descubrir la trama mafiosa con implicaciones religiosas. Di un fuerte abrazo a Angelita por aquella sesión tan espectacular y me despedí hasta el día siguiente, ella se ofreció a continuar el encuentro paranormal contactando esta vez con Salomón y con Yu Li. Le expliqué que por la mañana tenía un asunto relacionado con aquel tema delicado que ella conocía, mejor no comentarlo. Recogí el DVD con la grabación, las pruebas contra el asesino de Espuelitas, y me marché al hotel. Cené pasta y me fui directamente a la cama. Antes llamé a Matilde. Le dije que la echaba de menos, fui sincero. Ella ya había acabado el curso de numerología y quería que volviera pronto, también me echaba de menos.

Por la mañana me levanté temprano, desayuné más pasta y agarré el volante. Dos horas después llegué a Diamante y aparqué el vehículo en la plaza del Ayuntamiento. A las 11 en punto entré en la cabina con un periódico bajo el brazo y esperé. Una persona mayor me preguntó, desde fuera, si estaría mucho rato, él también tenía que llamar. Entonces descolgué el teléfono, marqué números al azar e hice ver que mantenía una conversación. Aquel hombre era insistente y no se movía de la cristalera de la cabina, hacía carantoñas y aspavientos de desespero. Poco después vino otro hombre, se paró frente a la cabina y me miró fijamente. Sacó un papel y escribió: «*Sei Margarito Micifú?*».

Yo respondí afirmativamente y me pidió que saliera. Entonces colgué el teléfono y el señor impaciente entró sin esperar que yo dejara libre la cabina, y solo conseguí abandonar

el pequeño habitáculo a golpes y empujones, una escena muy desagradable. El hombre del papel me dijo su nombre, Conrado Grazi, comisario de policía, y pidió que lo acompañara.

¡Conrado Grazi, el comisario de Cosenza que tanto cooperó con el policía Jacinto Galí! Quizás el periodista desconfió de mí, yo podría pertenecer a la Ndrangheta y quería tenderle una trampa. Acompañé a Conrado y a otros dos agentes por unas callejuelas y entramos en un aparcamiento. Allí me dijo que debía ponerme una bolsa de tela negra en la cabeza. No podía ver adónde nos dirigíamos, era por la seguridad del periodista Pigafiglia.

Antes de entrar en el coche, pedí hacer una llamada. Jacinto se puso al segundo tono y le expliqué que estaba cerca de Castrovillari. Frente a mí tenía a una persona que él conocía y apreciaba. Le pasé mi móvil a Conrado y le dije que el policía Jacinto Galí estaba al otro lado. El policía italiano abrió los ojos, sorprendido, cogió el aparato y habló un buen rato con mi autor. Luego me lo devolvió y dejó la bolsa negra en el maletero; no hacía falta que me la pusiera, podía fiarse de mí, no era ningún infiltrado mafioso.

Salimos del aparcamiento andando y entramos en el edificio que había enfrente, bastante antiguo. Conrado llamó al 4º 2ª por el interfono, dijo su nombre y se abrió la puerta. Subimos los cuatro pisos andando, no había ascensor y fue realmente cansado. Valerio Massimo nos esperaba en el rellano y nos hizo entrar en su apartamento, sencillo, sin iluminación exterior y repleto de libros. Conrado explicó al periodista que yo era de confianza y se podía hablar con total claridad.

Les expliqué los asesinatos de Espuelitas, el probable caso de drogas transportadas en el féretro, la implicación del padre Celestino, Enric Riqué, entre otras cosas, y mi vivo interés como autor y editor para desenredar la madeja. Valerio Massimo contó que ya sabían que los Piccolissimi Borromei eran una tapadera de la Ndrangheta y que en realidad se dedicaban al tráfico de cocaína y a la custodia de secuestrados: «Ellos se encuentran en las cercanías de la comuna de Sant’Onofrio,

a unos 19 kilómetros de Castrovillari, en el Pollino, una agreste zona montañosa. En realidad, viven en las grutas diseminadas por aquí y por allá, y no existe un edificio principal. Pero no pasan ninguna penuria, son confortables, están adaptadas y acceden a tecnología punta. Esta comunidad fue iniciada por el padre Borromeo hace ya muchos años. Él vivía solo en estas cuevas y dependía prácticamente de la caridad de los vecinos. No tenía más adeptos que un muchacho que le tomó cariño, Ferdinando Bognigni, un pastor que cuidaba rebaños cerca de las grutas. La familia del joven tenía fuertes vínculos con la mafia calabresa, cuyo epicentro se sitúa más al sur, cerca de Locri; de hecho, formaba parte inseparable de ella y en muchas ocasiones se han utilizado estas guaridas para retener a los secuestrados, normalmente de larga duración».

Entonces, el policía Grazi interrumpió al periodista para decir que casualmente, a primera hora de la mañana, se había iniciado una redada policial en la zona. Allí estaba secuestrado John Canicas, hijo, vástago del poderoso magnate estadounidense John Canicas, uno de los cien hombres más ricos del mundo. El joven se paseaba por la playa de Diamante y una noche, hace poco más de un año, simplemente desapareció. Un mes más tarde, su padre recibió una nota con la petición de rescate, la cual iba acompañada por el mugrón sanguinolento de la tetilla derecha de John, hijo.

La policía supuso que se trataba de un secuestro de la Ndrangheta, pero no hubo manera de localizar el escondrijo. Sin embargo, ayer se recibió el soplo de un infiltrado en la organización mafiosa: que John Canicas, hijo, estaba secuestrado en Sant'Onofrio, junto a los Piccolissimi Borromei.

Valerio Massimo prosiguió su explicación afirmando que posiblemente el padre Borromeo no tuvo conocimiento de las actuaciones de Ferdinando. Ahora, él es el máximo responsable de la comunidad religiosa, pero nunca ha podido ser inculcado en ningún acto delictivo. El viejo sacerdote se conformaba con tener la vida medio regalada y con creerse el líder espiritual de unos acólitos que lo temían por su mal carácter

y su mano rápida y precisa. Pero cuando ya fue muy mayor, en Sant'Onofrio no quisieron cuidarlo más y lo mandaron a San Sulpicio. Él marchó desencantado y con la promesa de regresar, igual que hiciera MacArthur.

Lamentablemente, no pudo cumplirlo en vida, pero hizo un magnífico y último servicio a la organización. Grazi y Pigafiglia explicaron que el tráfico de cocaína es la especialidad de la Ndrangheta y que la mercancía proviene habitualmente de Colombia. Las rutas son variadas y modificables, pero, sin duda, el padre Celestino debía ser cómplice necesario.

El caso del Embraer había sido bien investigado: la compra del avión fue encargada por los mafiosos a un industrial con posibilidad de escamotear el número de ejemplares vendidos. Ya estaba listo para volar en su bautismo de fuego, pero no se había decidido aún su utilidad. Fue entonces cuando ocurrió la muerte del padre Borromeo, la cual coincidió con la tenencia del alijo de cocaína en la propia iglesia de San Sulpicio, unos 100 kilos.

Fue casualidad que el viejo sacerdote ganara el viaje de Sopitas Carvajal y luego muriera, todo lo cual fue aprovechado por la Ndrangheta. Ramoneta había contratado a un tal Zósimo Zarzuela, propietario de una compañía de bajo coste, un Dornier 228 para 14 pasajeros, muy tronado y con miles de kilómetros recorridos. Sus aeroplanos ya habían transportado en otras ocasiones pequeños correos de droga para la mafia calabresa.

La Ndrangheta sustituyó el Dornier por el Embraer Legacy y para pilotar el vuelo fue designado Cornelio, que sería acompañado por Ana, su azafata habitual. Sin duda, ellos no sabían nada, lo que fue confirmado por el policía Grazi, que los interrogó en Cosenza y los dejó en libertad. Los dos regresaron por sus medios y el Embraer quedó confiscado.

Grazi explicó que Ramoneta fue despedida de Sopitas Carvajal por fraude, pero no fue denunciada por ser familiar del dueño. Ahora trabaja en la compañía de Zósimo como asesora turística; los dos eran amantes y favor con favor se paga. De

todos modos, el viaje a San Giovanni se había programado con anterioridad a la muerte del padre Borromeo, por lo que es claro que el montaje de la droga fue pura improvisación. No es seguro que Ramoneta supiera el cambio del Embraer por el Dornier, y probablemente la Ndrangheta tampoco sabía que la policía investigaba a los viajeros del premio Sopitas Carvajal.

Conrado y Valerio Massimo imaginaban la procedencia de aquella mercancía, y sin duda resultaba fundamental la presencia del padre Celestino y de los dos hijos de Pilarín en Cosenza. El caso es que el ataúd con los restos mortales del padre Borromeo fue relleno con el alijo de cocaína y es seguro que más sacerdotes de San Sulpicio estuvieron implicados en esta acción delictiva. El Embraer no podía aterrizar en Cosenza alegremente, Conrado y su equipo policial vigilan extremadamente todas las entradas y salidas de este aeropuerto crítico, pequeño y de segunda categoría. Por tanto, era necesario realizar una escala en Nápoles, donde la Ndrangheta colabora con la Camorra. Allí, el avión aterrizó de forma anónima y esquivó los controles de rigor.

Nadie pudo prever la avería que obligó a hacer escala en Marsella. Pero como su itinerario era seguido por los calabreses, el Embraer fue recibido por miembros de la mafia marsellesa, también compinches suyos, que protegieron al lujoso aeroplano de miradas indiscretas. Por eso la comida fue de primera categoría, no debían levantarse sospechas.

Una vez en Nápoles, los viajeros fueron desalojados sin contemplaciones. Su lugar no fue ocupado por presuntos ejecutivos de la ONU, sino por catorce «hombres virtuosos», miembros de la organización criminal comandada por Giuliano Giardinelli, conocido como «*il bello uomine*». Aquel grupo tomó el avión con la droga en el féretro del padre Borromeo y voló hacia Nuoro, una pequeña ciudad de Cerdeña. Allí, en un antiguo pero lujoso *nuraghi* con aeropuerto privado, los mafiosos debían reunirse con el cártel colombiano de Bucaramanga, emergente en los negocios de la cocaína, para realizar el intercambio de droga por dinero y acordar nuevas colaboraciones.

La verdadera importancia del Embraer Legacy es que podía adaptarse a un sistema informático que lo hacía invisible a los radares del ejército italiano, que no detectó el vuelo entre Nápoles y Nuoro, ni su regreso. Valerio Massimo explicó que existe la posibilidad de conectarse y desconectarse al programa de seguridad de la OTAN, Betamax Alfa-priority, sincronizado con cambios de posición del satélite de navegación artificial BBH-43, de órbita geocéntrica.

La Ndrangheta aún tuvo la deferencia de que Gianfranco Così, uno de sus esbirros, atendiera a los premiados en la sala de espera de Nápoles y les ofreciera la posibilidad de viajar a San Giovanni en autocar. Sin embargo, el policía Jacinto Galí se dio cuenta de que el ataúd del padre Borromeo no había sido bajado del avión y exclamó que aquello no podía consentirse. Además, Salomé se presentó como policía y todo se complicó. Pero el padre Celestino reaccionó rápidamente, como lo haría un profesional del teatro, pareció ponerse rojo de ira y gritó a Gianfranco que debía recuperarse el ataúd a toda costa.

El mafioso llamó al padre Bognigni de los Piccolissimi Borromei y el padre Celestino le explicó lo sucedido. Luego, el sacerdote italiano llamó al capo Giardinelli a bordo del Embraer y este habló con el sacerdote viajero para asegurarle que en dos horas el avión regresaría de su «misión» y llevaría al grupo hasta Cosenza. Todos se tranquilizaron y nadie llamó a seguridad.

La policía supo lo que había sucedido en Nuoro gracias a un agente infiltrado. Él contó que allí debía tener lugar una reunión con el cártel de Bucaramanga, dirigido por Fabio Nilson Escobar, apodado comandante Lucifer, un traficante sanguinario, y hacerse efectiva una importante partida de cocaína. Pero los colombianos se presentaron sin la droga, había desaparecido y no sabían dónde estaba; sin duda, el robo lo habrían cometido los dos hijos de Pilarín, Mario y Darío. Ellos son dos camellos cuya función era transportar la cocaína desde la costa atlántica, donde llegó procedente de Colombia, hasta el

nuraghi de Nuoro. Pero en algún lugar del trayecto la droga se esfumó y los intentos de los narcotraficantes por encontrarla fueron infructuosos.

Giardinelli tenía la droga en su poder, bien escondida, y les dijo a los sudamericanos que la Ndrangheta solo pagaría si aparecía el alijo; todo aquello era muy irregular. Los de Bucaramanga sumaban diez personas, fuertemente armadas. Los calabreses contaban con doce de los catorce mafiosos que aterrizaron en el Embraer y diez más que vivían encargados del mantenimiento del *nuraghi*.

El infiltrado explicó que la conversación fue subiendo de tono, pero Giardinelli rebajó la tensión, no quería dar la orden de disparar a discreción, los colombianos estaban muy nerviosos y dispuestos a morir matando. Finalmente, le dijo a Escobar que un robo podía tenerlo cualquiera, y más perdían los colombianos si no podían vender un alijo inexistente. Pero seguramente podría existir una colaboración futura, esto era solo el principio.

Escobar se tranquilizó y soltó una risotada, dijo que sus plantaciones de cocaína eran infinitas y el alijo robado era un pequeño aperitivo de lo que podía servir en la siguiente remesa. Giardinelli supo que había llegado el momento del relajo y la diversión. Llamó a su servicio, que trajeran bebida y comida y entraran las chicas, una fiesta no es tal sin ellas. Escobar pidió un *whisky* doble y un par de mujeres para él solo, «tengo mucha hombría acumulada en los bajos y debo liberarla *resién*», exclamó.

Aquí terminó el relato del policía y del periodista. Entonces, Valerio Massimo nos invitó a comer: pasta, mucha pasta, siempre pasta. Durante los postres, el policía Conrado recibió una llamada. La operación contra los Piccolissimi Borromei había sido un éxito. Se contó con un gran despliegue de la fuerza de carabineros, ocuparon la zona y registraron todas las grutas. Detuvieron a veinte personas sin un solo disparo. Fueron pillados de improviso y ya estaban a disposición judicial en las mazmorras del cuartel de Castrovillari. Además,

liberaron a cuatro rehenes, entre ellos al hijo de John Canicas, que presentaba un estado bastante deteriorado, pero sano y salvo.

Conrado sonrió alegre y nos dijo que renunciaba al café, tenía que ir a Castrovillari. Valerio Massimo le rogó que dejara que lo acompañara, sería una buena noticia para su periódico. Y yo no me quedé atrás y también pedí permiso para ir; me interesaba saber si entre los detenidos estaban el padre Celestino y los hijos de Pilarín. El policía estaba muy satisfecho y aceptó nuestras peticiones. Pero teníamos que ser muy prudentes y guardar silencio, debíamos pasar por policías de su brigada. ¡Qué emoción!, pensé, el día anterior había sido testigo de una sesión espiritista alucinante y hoy iba camuflado de policía que investigaba a la Ndrangheta. Realmente había equivocado mi profesión. Un editor se conmueve cuando ve la obra impresa de su autor. Pero, en realidad, la emoción no está en el papel, sino en las vivencias que preceden a la composición de la obra. Definitivamente, me convertiría en autor.

Y ¡en aquel momento recordé la cita que tenía pendiente con Angelita! ¡No podría acudir! La llamé desolado y ella respondió que no me preocupara, no me necesitaba para contactar con las presencias. Ella grabaría la sesión para que yo pudiera verla. Colgué muy aliviado, realmente Angelita era una buena amiga y tendría un papel principal en mi obra.

El cuartel de los carabinieri se encuentra en las afueras de Castrovillari. Es un edificio grande, cuadrado, de hormigón, desagradable a la vista. Las mazmorras, cuatro jaulas metálicas, están situadas en los sótanos, prácticamente no tienen luz, en verdad asustan. Allí vimos a los veinte detenidos, doce hombres y ocho mujeres, de edades variadas. Algunos de ellos, al vernos, se pasaron el índice por la garganta, pretendían amedrentarnos con una futura muerte por degollación. Entre aquellos mafiosos no me pareció ver al padre Celestino, al menos según la caricatura que realizó su cuñado Benito durante el viaje en avión. Sin embargo, un hombre vestía larga sotana, presumiblemente sería sacerdote.

Conrado, el periodista y yo entramos en un anexo a la sala de interrogatorios, donde había el típico cristal transparente solo de un lado. Poco después entraron allí cuatro personas, los secuestrados, con John Canicas, hijo, al frente, que llevaba una larguísima melena. Lo más sorprendente fue que también entró un sacerdote, ya mayor, más de sesenta años y apariencia bondadosa, vestido igualmente con larga sotana, muy sucia.

Al rato, el cura que vimos en la mazmorra fue conducido a la sala de interrogatorios. Se trataba del padre Bognigni, tenía la cara hinchada, muy roja. Conrado comentó que se habría opuesto a su detención y algún carabinero lo entraría en razón a golpes. Un policía inició el interrogatorio, pero el sacerdote no respondía, como si fuera mudo. Al otro lado del cristal, los cuatro secuestrados reconocieron a Ferdinando, el capo de aquella organización delictiva, falsamente divulgada como congregación religiosa.

El policía se ponía nervioso con Ferdinando y entonces el cura secuestrado dijo que él tenía autoridad para interrogar a cualquier religioso. Explicó que era el padre Eulogio de Recebo, rector de la iglesia de San Sulpicio Redentor, y estaba libre de cumplir los derechos legales de cualquier civil. Un cura se debe a su superior, y él lo era de Ferdinando. Que ataran al mafioso a la silla, le quitaran los zapatos y le pusieran los pies sobre la mesa. En un minuto cantarían más que el mejor de los canarios.

Lo que sucedió a continuación fue muy sorprendente. El policía que estaba al mando del interrogatorio aceptó la sugerencia del rector y, efectivamente, ataron al padre Bognigni. Él se resistió con fuerza y le cayeron más golpes en la cara y donde le pillaron desprevenido. Una vez sacados los zapatos y los calcetines, sucios y con diversos tomates, entró en la sala el padre Eulogio y pidió quedarse a solas con el detenido.

Realmente, el rector tuvo un gran aplomo y todos aplaudimos su fantástica actuación. De su bolsillo sacó un objeto punzante, al principio no supimos qué era. Entonces se lo enseñó al religioso mafioso, que abrió los ojos sin entender nada, y le

explicó que era un utensilio de una gran callista, maravilloso. Él lo llevaba siempre consigo y como no lo registraron en el momento del secuestro, se lo quedó durante todo el tiempo infame que pasó en la gruta, sin apenas alimento ni mínimo lavado: «Mira, Ferdinando, me has tenido aquí como un cerdo y vas a pagarlo. De entrada, explicaré a todos los policías que nos observan cómo llegué aquí, tú bien lo sabes. Ya intuíamos que los Piccolissimi Borromei que tú diriges eran una tapadera, pero desconocíamos de qué. El pobre padre Borromeo tenía un carácter imposible pero era de buen corazón; si él hubiera sabido todo esto, te habría aplicado un severo correctivo. Pero ahora ya no está y os aprovechasteis de su muerte, tú y Celestino.

»Yo descubrí aquel embrollo el 6 de mayo. Después de oficiar misa entré en la habitación del padre Borromeo para guardar en cajas sus pertenencias, y allí encontré unas bolsitas de plástico con polvo blanco, las olvidasteis meter en el ataúd. Fui un gran iluso y se lo comenté a los tres peores seminaristas que hemos tenido jamás en nuestra congregación, los que trajo Celestino de Colombia: Aureliano, Nelson y Wilfredo.

»Poco podía yo imaginar que aquellos tres estaban confabulados con Celestino y junto con él metieron la droga al lado del cuerpo caliente de tu cura tan querido, que finalmente viajaría para reunirse con los Piccolissimi Borromei. Como comprendieron que yo los había descubierto, les entró miedo y actuaron como lo hacen los cobardes, a traición.

»Aprovecharon una distracción y me cogieron entre los tres, son jóvenes y fuertes, y me ataron y amordazaron con la cinta aislante que tenía preparada para montar las cajas de cartón. Te llamaron y les dijiste que no me dejaran libre, demasiado arriesgado, que me trasladaran urgentemente a Sant'Onofrio. Me metieron en el baúl donde el padre Borromeo guardaba su ropa sacerdotal, yo casi no cabía y quedé doblado. Por la noche salieron de la iglesia sin ser vistos y me introdujeron en el maletero de un coche que imagino que fue conducido por alguno de tus esbirros, pues ellos tres se quedaron en San Sulpicio para no levantar sospechas. Sin darme comida ni agua,

me trajeron aquí contigo, un viaje muy largo. Cuando abristeis el baúl encontrasteis a un sacerdote medio muerto, rígido y sin poder moverse, deshidratado y casi ahogado por la falta de oxígeno. Me fijé en que todos os tapasteis la boca, el hedor sería insoportable, ciertamente. Pero no me matasteis, quizás habría sido lo mejor para ahorrarme más sufrimiento, y me encerrasteis en aquella gruta infecta».

Entonces, el padre De Recebo le dijo a Ferdinando que respondería a todas sus preguntas, él quería saber dónde estaba el padre Celestino: «Y tú me lo vas a decir, con dolor o sin dolor. ¿Sabes lo que es la cuchilla cortapellejos? Pues mira, es este instrumento de acero, me lo dio una callista de primera que alivió mis doloridos pies con sus espectaculares “manitas de Rosita”. Pero yo me dormía y cuando terminaba la sesión no había manera de despertarme. Entonces metía ligeramente esta cuchilla bajo la uña y el dolor era tan sentido que me despertaba al instante. A mí me da igual que tú estés despierto, vas a ver qué padecimiento te espera si no respondes a todo lo que te pregunte».

Ferdinando gritó desesperado que tenía derecho a un abogado, en democracia aquello no podía hacerse. El rector no escuchó su petición y le puso la cuchilla cortapellejos por debajo de la uña del pie. El aullido del sacerdote mafioso fue espectacular, se le desencajó la cara y le cayeron dos lagrimones grandes como dos garbanzos. El padre Eulogio sacó la cuchilla y se la metió debajo de otra uña. El nuevo aullido fue aún superior, hasta dio lástima ver el estado de aquel cura criminal. Luego se repitió la misma acción en el resto de las uñas de cada pie. Ferdinando se desmayó en una ocasión y fue abofeteado furiosamente por el rector. Entonces despertó y prosiguió con el trabajo de aquella terrible cuchilla.

Cuando terminó con el último dedo, Ferdinando estaba bañado en sudor y no parecía él, lloraba y pedía piedad. El padre De Recebo le preguntó si hablaría o empezaba otra sesión de pies completos. Él respondió gimiendo y balbuceando que confesaría, aunque sabía que si lo hacía, era hombre muerto,

quien delata a la Ndrangheta no sobrevive. El rector se sentó en una silla y le dijo que empezara a hablar.

El padre Bognigni explicó que Mario y Darío, los hijastros de Pilarín, eran traficantes, «caravaneros», en el argot delictivo, encargados de recibir los estupefacientes en el Atlántico y transportarlos hasta el Mediterráneo, listos para ser distribuidos por toda Europa a través de redes más sofisticadas. El padre Celestino contactó en uno de sus viajes misioneros con el cártel de Bucaramanga y acordó una entrega para servir a la Ndrangheta, una gran partida de cocaína. No era la primera vez que mediaba para la organización calabresa, él también estuvo implicado en el caso de Nimiedades SL y las moscas que transportaban cestitos con droga. Pero en esta ocasión el sacerdote sabía que los narcotraficantes colombianos eran noveles en el negocio.

Escobar, el comandante Lucifer, había sido durante toda su vida guerrillero del grupo «14 de febrero, San Valentín», una rama de las FARC. En realidad, era un campesino con pocos escrúpulos y muy sanguinario, con muchos muertos a cuestas, siempre en enfrentamientos directos con el ejército regular y en la selva amazónica. Tras el acuerdo de paz por el que se disolvía su grupo armado, tuvo que buscarse otros horizontes para seguir viviendo sin trabajar, y el tráfico de drogas internacional fue el camino escogido; controlaba numerosas plantaciones de producción de coca.

Siendo conscientes de que los narcotraficantes que se inician en este negocio necesitan redes locales y seguras para el reparto de su mercancía, y como era la primera ocasión que colaboraban con la Ndrangheta, decidieron acompañar la droga y supervisar la entrega. La cocaína llegó sin incidencias, por mar desde Colombia, a la costa oeste. Y entonces sucedió lo que no imaginaban: Mario y Darío los esperaban y los ayudaron a descargar la mercancía y cargarla en una furgoneta. Pero antes de que los miembros del cártel, soñolientos por un viaje tan largo, reaccionaran, los hermanos encendieron el contacto del automóvil y emprendieron la fuga a toda velocidad hasta el otro extremo

del país. Y allí escondieron el alijo en la iglesia de San Sulpicio, custodiado por tres seminaristas colombianos de confianza, a la espera de decidir cómo transportarlo hasta Nuoro. El padre Celestino llegó de misiones y al día siguiente se produjo la muerte del padre Borromeo. Entonces vieron la ocasión magnífica de mandar la droga sin riesgos hasta Nápoles, y entregarla limpia de costes a la mafia calabresa.

Los de Bucaramanga iban locos por encontrar a Mario y Darío, pero no lo consiguieron. Incluso llegaron hasta la casa de sus padres, pero lo hicieron tarde y comprobaron que aquellos dos desgraciaditos no sabían nada y les respetaron la vida para no empeorar su situación. En la noche del 2 de mayo, «Mario y Darío viajaron hasta Sant’Onofrio en coche. Celestino les había informado del plan para transportar la droga en el féretro del padre Borromeo. Y al día siguiente, yo los llevé por la noche a Cosenza para reencontrarse con Celestino y su madrastra Pilarín; ella no tenía ni idea de aquella historia. Regresamos a Sant’Onofrio y los cuatro se quedaron allí para asistir al sepelio del padre Borromeo. Entonces, Celestino cobró la excelente comisión que le pagó Giardinelli por su servicio y decidió abandonar aquel trabajo. Con el dinero cobrado más el que tenía ahorrado podría vivir cómodamente durante muchos años, varias generaciones.

»Sé bien que Celestino no ha vuelto a la iglesia de San Sulpicio y ya no trabajará más como misionero de sustitución. Me informó que pasaría unos días con los premiados en San Giovanni y luego se iría a vivir con Pilarín a una aldea, un lugar recóndito perdido en la jungla angoleña. Dijo que es más satisfactorio convertir negritos que indios amazónicos, estos son muy díscolos y contrarios a la fe de Cristo».

El padre De Recebo volvió a hundir la cuchilla cortapellejos bajo otra uña del pie del cura y preguntó en qué aldea había ido a vivir Celestino. Ferdinando rugió como un león de la selva y respondió cinco veces que no lo sabía. Entonces el rector retiró la cuchilla y le preguntó por los dos hijos de Pilarín. Ferdinando respondió que ellos se quedaron con los Piccolissimi

Borromei, querían formar parte de la Ndrangheta. Pero tuvieron mala suerte, también los detuvieron en la redada y estaban en la mazmorra del sótano.

Para terminar, el rector quiso saber si Rosita y su esposo Enrique estaban implicados en aquella trama. Era mucha casualidad que les tocara el mismo premio que al padre Borromeo. Ferdinando respondió con voz muy bajita, casi no tenía aliento, que la mujer compró tres sobres premiados. Se lo comentó a su marido y este le regaló uno al viejo sacerdote, estaba muy mayor y pensó que le iría bien un viaje de placer, ellos lo cuidarían.

Los dos se sorprendieron mucho al ver el féretro en el aeropuerto, pero Celestino le explicó a Enrique lo ocurrido, con pelos y señales. Este inventor, el encargado de mantenimiento de la iglesia de San Sulpicio, había colaborado ocasionalmente con la trama de droga de Celestino y la Ndrangheta. Además, tenía un oscuro pasado que esconder y sospechaba que la policía le seguía la pista. Así que el viaje le fue de maravilla para escapar, también cobraría una buena comisión por aquella droga, formaba parte del equipo.

Rosita le había explicado a Ferdinando que ella amaba a Enrique y se iría con él al fin del mundo, no le importaba dejar toda su vida atrás. Lo único que sabía el sacerdote mafioso era que el lugar escogido estaría cerca de una iglesia donde hubiera la imagen de san Hilarión Careca, a quien ella se encomienda para que le dé suerte y felicidad en su vida.

Realmente me sentí muy afortunado al presenciar aquel fantástico «interrogatorio» entre religiosos, poco tuvo que envidiar al que realiza cualquier policía siniestra. El padre Eulogio terminó su intervención y dejó la cuchilla cortapellejos al policía para que siguiera con su trabajo, quedaban muchos detenidos por interrogar. Él solo pidió regresar a casa, a su querida iglesia de San Sulpicio, y olvidar aquel triste asunto. Conrado me miró sonriente y preguntó si tenía bastante con toda aquella información. Por supuesto que sí, más de lo que yo podía esperar. Mi trabajo en el sur de Italia había conclui-

do y podía volver a casa con mi querida Matilde. Conrado me propuso lo siguiente: dormiría en Castrovillari y al día siguiente la policía nos llevaría al padre De Recebo y a mí a Cosenza. Tomaríamos el primer vuelo hacia nuestro hogar, él se encargaba de los billetes.

Pero faltaba un pequeño detalle, yo tenía que pasar por San Giovanni y recoger mis pertenencias, eran muy valiosas para la investigación. El policía asintió, pasaríamos por aquella población, aunque no estaba de camino. Dejé a Valerio Massimo en el cuartel, él debía ver el resto de los interrogatorios y conocer al detalle las actividades de la Ndrangheta en aquella región del norte calabrés. A continuación me presenté al padre Eulogio y lo felicité por su actuación tan efectiva. Él estaba muy cansado y quería retirarse a un lugar tranquilo y dormir en libertad. Conrado le explicó que pasaría un control médico rutinario para confirmar que su estado de salud era bueno, como así parecía, y a continuación lo llevarían a un hotel a descansar. Al día siguiente lo trasladarían hasta Cosenza y tomaría el avión de regreso acompañado por mí.

Yo estaba igualmente cansado y quería poner en orden todo lo vivido aquel día, tomar notas para no olvidar nada. Me despedí de Conrado y de Valerio con un fuerte abrazo, ya no volveríamos a vernos. Un coche policial me llevó a un hotel de Castrovillari, infinitamente mejor que el de San Giovanni. Una vez en la habitación me duché y me quedé en *slips*, no tenía ropa de repuesto. Llamé a Angelita y me excusé por mi ausencia, pero la información recogida había sido óptima. Ella respondió que no debía preocuparme, la sesión espiritista había sido completa y me interesaría verla, lo había grabado todo. Solo me adelantó que Antonio de Solís apareció de nuevo y preguntó si seguíamos teniendo afición por los naipes. Pero eso ya podía imaginármelo, y nos pusimos a reír los dos.

Le expliqué que al día siguiente, por la mañana, pasaría por San Giovanni. Pero sería una visita fugaz, tan solo recoger mi equipaje y despedirme, marcharía hacia Cosenza para tomar el vuelo de regreso. El coche de alquiler lo dejé en Castrovillari,

la policía se encargaría de retornarlo a su lugar de origen. Después llamé a Matilde y le pedí que me esperara con los brazos abiertos, en unas horas estaría en casa, como ella quería y yo deseaba.

Por la mañana almorcé un desayuno continental, en verdad lo añoraba. Después, el padre Eulogio y yo subimos a una furgoneta policial que nos llevó hasta San Giovanni. Allí recogí mi bolsa de viaje, donde guardaba la primera grabación con Angelita, y ella me entregó el DVD que recogía la segunda sesión. Nos abrazamos fuertemente, le agradecí su gran predisposición y prometí llamarla cuando visualizara su último contacto con el más allá.

Llegamos al aeropuerto de Cosenza a las 12 del mediodía y el vuelo salió cuarenta minutos más tarde, sin retrasos ni incidencias. La conversación con el padre De Recebo giró sobre el tema de la droga y la iglesia de San Sulpicio, el padre Borromeo, el padre Ferdinando y el padre Celestino. Aquel sacerdote estaba realmente dolido por todo lo sucedido: «Entre los religiosos no deberían pasar estas cosas, pero ya se sabe que Satán utiliza todo su arte para corromper el bien». El rector aseguró que los tres seminaristas colombianos de San Sulpicio pagarían cara su fechoría. Pero aún tenía que pensar la dulce venganza, que si es justa, cuenta con la aprobación divina.

El padre Eulogio estaba seguro de que el padre Celestino y Pilarín estaban en Angola. Ella nació en la aldea Os Portos das Saudades, cerca del río Cuanza, era hija de un comerciante portugués y de una nativa africana. El rector conocía esta historia por Ludovico, el marido de Pilarín, un fiel creyente que acudía regularmente a la iglesia cuando su estado de salud se lo permitía. Cuando las cosas se complicaron en Angola, el padre de Pilarín regresó a Lisboa con la niña, muy blanquecina, nadie diría que mulata, y la madre se quedó en la aldea. Años más tarde, mientras Pilarín trabajaba de modista en una tienda de ropa de segunda mano, conoció a Ludovico, mayor que ella, un tendero viudo que quería comprar una partida de ropa usada. Los dos se gustaron enseguida, estaban necesi-

tados. Pilarín llevaba una vida triste y solitaria, y él también, con dos hijos pequeños a cuestas, Mario y Darío. Ludovico y Pilarín regresaron juntos y poco después se casaron.

El padre De Recebo sospechaba que ahora el pobre marido estaría solo en casa sin nadie que lo atendiera. Su mujer pecando en Angola con un cura libidinoso y los dos hijos detenidos, acusados de tráfico de drogas. El sacerdote lo visitaría y lo ayudaría si fuera necesario.

Finalmente, el avión aterrizó y llegué a casa a las 15:30 horas. Matilde tenía preparada una succulenta paella, la disfruté como nunca, la pasta quedó atrás. Sin embargo, aseguró que me pondría a régimen, en cuatro días había engordado tres kilos. La tarde la pasamos tranquilamente en casa, fue muy agradable. Volví a mentir y le expliqué que los autores italianos que había contratado darían un gran impulso a mi editorial.

1. Las sesiones espiritistas (2)

A la mañana siguiente me dirigí a mi despacho, tenía mucho material por ordenar y quería visionar la segunda sesión espiritista de Angelita. Quedé nuevamente impresionado. La ambientación era la misma, la habitación sin apenas luz, la mesa cuadrada y una silla frente a ella. Sobre la tabla ouija puso tres fichas de colores negro, rojo y verde. Angelita vestía la conocida túnica de color azul eléctrico con dos bandas amarillas y se había pintado los labios de color negro. Antes de iniciar la sesión quemó aceite de sándalo, las dos cámaras lo filmaban todo: una de ellas apuntaba a la tabla y la otra a ella misma.

Cuando Angelita lo tuvo todo preparado, puso su dedo índice sobre las tres fichas para darles energía suficiente y llamó en voz alta a Salomón, su ficha sería la roja. Pero la primera ficha en moverse, cómo no, fue la negra, que letra a letra escribió: «Buenas tardes, gentil damisela, soy Antonio de Solís». Mi admirada vidente hizo un gran bufido y apartó la ficha del tablero y la puso fuera.

La cara de Angelita volvió a sufrir una transformación espectacular: el labio inferior se le superpuso al superior y parecía belfo; se introdujo el dedo índice de la mano derecha en la boca, se le hincharon las mejillas, sus ojos adquirieron una expresión bobalicona de pez hervido, y con la mano izquierda

se mesó el cabello con delicadeza, como si no supiera que lo tenía largo, grueso y frondoso. Realmente no fue una sorpresa cuando exclamó que Salomón estaba dentro de ella, con aquel aspecto de tontito inconfundible. Angelita, con su propia voz, le preguntó si sabía cómo había muerto.

Salomón respondió balbuceando y medio lloroso por boca de la vidente. Dijo que él no lo sabía, que estaba solito en el lavabo, sentado en la taza del váter, haciendo cacas, sin su peluquín, indefenso y temeroso. De pronto, escuchó aquellos ruiditos tan particulares, «goooochi-gooo, gooochi-ooochi-ooochi-gooo», sin duda emitidos por Melitón. Él lo llamó varias veces como Miroku Sake, pero no contestó. Entonces, la voz de aquel muchacho achinado habló con claridad: «Ay Salomón, poquita vida te queda, castigo merecido vas a sufrir por desmerecer a san Hilarión Careca: si naciste pa martillo, del cielo te caen los clavos». De pronto, el tontito Salomón escuchó un ruido sobre su cabeza, alzó la vista y solo tuvo tiempo de ver la cisterna que caía a peso encima de él. Simplemente se desmayó, y cuando medio recobró el conocimiento se encontró tumbado sobre la puerta de un váter, con las piernas levantadas: «Y con mucho dolorcillo en mi cabecita, que aumentó cuando aplaudieron los amiguitos del viaje al verme aparecer por la sala de espera. Dijeron que debía esperar allí a una ambulancia y yo me enfadé mucho, no quería quedarme solito. Al final me llevaron al avión y me pusieron sobre el ataúd del sacerdote muerto. Me entró pánico, si él quisiera salir no podría, yo estaba encima. Así que me incorporé y me fui hasta mi asiento. Y allí quedé tumbado, no recuerdo más, solo aquella intensa luz que parecía guiarme. Ahora estoy aquí, no sé qué hacer, me aburro mucho, y hay más personas que pasan el día igual que yo, sin saber qué hacer».

Angelita lo cortó y le agradeció su presencia, ya podía irse. Él rogó que no lo dejara aún, estaba muy a gustito así. La vidente no tuvo paciencia para tonterías de niño y le explicó que se acababa la transmisión, había interferencias. Entonces Salomón respondió que lo entendía, pero quería saludar,

era muy importante. Angelita se lo permitió: «Pues envió un saludito a mi padrastro Samuel y a mi querida Bernardina, la madre de mi asesino Melitón». La médium recuperó su apariencia física y entonces llamó a Li Yu, el chino que murió escaldado en el puchero de aquel restaurante de Crotona. Lo que sucedió fue espectacular, su cara volvió a desencajarse, pero esta vez tuvo una apariencia variable, labios gruesos, delgados, belfos; mejillas estiradas, anchas, hinchadas; cejas arqueadas, caídas, curvas, y los ojos siempre rasgados, achinados. Las fichas roja y verde empezaron a moverse vertiginosamente, y también lo hicieron las otras que estaban guardadas fuera de la tabla ouija, dentro de una caja. Todo estaba en movimiento y ya se veía que Angelita no podría resistirlo durante mucho tiempo. Finalmente gritó: «¡Bastaaaa!», muy fuerte, y giró la cabeza con fuerza de un lado a otro, como expulsándose de encima las presencias indeseadas.

Angelita, muy sofocada, explicó ante la cámara que Li Yu es nombre y apellido muy común en China. Actualmente, miles de ellos están vivos, pero otros miles Li Yu de épocas pasadas ya traspasaron. Por tanto, cuando Angelita reclamó aquel nombre se presentaron centenares de presencias llamadas igual. Entre las posesiones temporales y las fichas que se movían a su antojo pudo reconocer campesinos, artistas de kanji, granjeros, músicos, constructores de cometas, alfareros, verdugos, fabricantes de brújulas, militares, prensadores de hojas de té, religiosos de Confucio, asesores demográficos, dibujantes sobre papel de arroz o profesores de taichi. Pero el dueño del restaurante Il Paradiso di Huangshan no apareció; o quizá sí, pero Angelita no lo reconoció, era fácil pasar desapercibido entre tanto ectoplasma.

Así terminó aquella sesión de Angelita, no menos impresionante que la presenciada por mí dos días antes. La llamé y le agradecí todos los esfuerzos realizados. Realmente, las dos sesiones espiritistas resultaron fundamentales para aclarar lo sucedido: Barrabás era asesino y Melitón también. Probablemente, ambos habían sido escogidos por el ángel Serafín

para llevar a cabo sus ajustes de cuentas contra pretendidos pecadores.

2. El juez Agapito y Melitón

Era hora de comer y había quedado con Matilde. Por la tarde regresaría a la editorial, analizaría qué quedaba por investigar. Había llegado el apasionante momento de iniciar la escritura. Era 22 de julio y las vacaciones estivales estaban muy cercanas. Matilde no perdonaría ningún retraso.

De camino a casa me fijé en el periódico de un quiosco; en la portada aparecía una noticia pequeña con su imagen correspondiente, una fotografía de Agapito Amor. El titular me sorprendió: «El juez Agapito Amor se quita la vida». Compré aquel periódico y leí el artículo completo. La noticia era en realidad escueta y solo informaba de que, tras padecer una enfermedad de origen extraño, el juez había quedado recluido en la residencia para ancianos Luces de Bohemio. Allí se suicidó ayer por la tarde al tirarse de cabeza por la claraboya que comunica el terrado con la cocina. La muerte fue instantánea.

La capilla ardiente estaría abierta hoy, a partir de las 17 horas, en el Tanatorio Centro de Espuelitas. La ceremonia tendría lugar mañana a las 10. Llegué a casa, comí y busqué en internet más noticias sobre la muerte del juez, pero no hallé nada nuevo. Yo también iría al entierro, no sabía si para rendir homenaje al fallecido, para ver de incógnito a Natasha, o para tentar a la suerte y ver si esta me era propicia y me seguía ayudando en aquel caso.

Lamenté que el juez no hubiera muerto dos o tres días antes, Angelita habría podido hablar con él directamente y conmigo de testigo. Pero no molestaría otra vez a la querida vidente si no era realmente imprescindible. Aquella tarde la dediqué exclusivamente a anotar todas las circunstancias vividas en este caso; luego iniciaría el escrito, no sería fácil. También tendría que corregir los manuscritos de Victorino y Jacinto, darles

forma y estilo sin borrar ni añadir ningún pasaje. Este trabajo sería más ligero, no eran muchas páginas y ya estaban escritas, es más fácil la corrección que la creación, sin duda.

Por la noche, Matilde me preguntó cómo tenía el tema de Espuelitas, pasaban los días y no le explicaba ninguna novedad. Le respondí, sin mirarla a los ojos, que ni Victorino ni Jacinto me habían entregado el informe sobre sus actuaciones y yo estaba perdiendo la paciencia. Además, y en esto dije media verdad: «Al comisario jefe, a tu exmarido, le he pagado unos buenos dineros y a cambio él se retrasa». Ella giró la cabeza y dijo lamentarlo, pero Victorino era así, vago por naturaleza. No había más remedio que irle detrás y reclamarle las cosas. Respondí a Matilde que así lo haría, no había en el mundo nadie más insistente que yo. Le daría de plazo dos semanas y luego denunciaría el contrato por incumplimiento, que devolviera el adelanto más daños y perjuicios, esto lo haría entrar en razón.

Al día siguiente salí de casa hacia la editorial y allí me cambié convenientemente de ropa, no quería que nadie me reconociera en el tanatorio, tenía que pasar desapercibido. Me puse peluca, barba y bigote postizo, un cojín en el estómago, gafas oscuras y un sombrero Panamá. Todo ello me hacía parecer mucho mayor y creo que nadie habría podido relacionar aquel personaje que interpreté con Margarito Micifú, editor de Marasmo.

A las 9:30 llegué al tanatorio, había bastante gente alrededor de la puerta de entrada de la capilla número 4, la del juez Agapito. Se veían hombres trajeados y mujeres elegantes, imaginé que empleados del juzgado, abogados y a saber quién más. Había una corona enorme con una banda blanca donde se leía «Seguros Merpaf, por tus grandes servicios prestados». Quise ver el cadáver del juez, puro morbo, lo sé, pero también útil para la investigación, la confirmación del envejecimiento prematuro. La capilla estaba llena, quizá familiares. Natasha estaba sentada en un sofá junto a otras personas; vestía un traje negro largo, muy comedido, no querría dar la nota. Y en un butacón alejado había una señora mayor, vestida de negro, imaginé con acierto que era la madre del juez.

Me dirigí a ella y me presenté como Margarito Farnesio, abogado, admirador de su hijo, coincidimos en diversos casos judiciales y siempre fue un placer. La madre del juez dijo: «Véalo si quiere, señor Farnesio, despídase de él, pero verá que está muy desmejorado». Di la mano a aquella buena mujer y entré en la salita donde estaba el cuerpo presente de Agapito. Realmente daba cosa verlo, parecía que tuviera más de 90 años, arrugadísimo, casi en los huesos y con la cara totalmente negra, como calcinada.

Esperé allí simulando que rezaba y dejé pasar el tiempo por si podía oír alguna conversación interesante. Efectivamente, tuve suerte: detrás de mí había un hombre de unos cincuenta años y le comentó a otro más joven que, afortunadamente, su hermano se había suicidado en el siglo XXI y no era necesario enterrarlo en tierra santa. Lo incinerarían y se acabó Agapito. Explicó que lo había visitado dos días antes y fue impresionante, casi no podía hablar ni moverse. Pero en cuanto sus cuidadores se despistaron cogió fuerzas de donde no las tenía. Se tiró por la claraboya y cayó encima de los fogones encendidos: «Espero que muriera del golpe, porque el cuerpo se chamuscó hasta que lo retiraron. Realmente no se oyó ni un grito ni un lamento. Vaya final para el gran Agapito.

»Mira, era mi hermano, pero estaba hecho un cabronazo de mucho cuidado. Ahora veremos qué pasa con la herencia, imagino que se lo habrá dejado todo a esa puta rusa. Para su verdadera familia, solo la legítima y gracias. A sus dos sufridas exmujeres, ni eso. Pero tampoco han venido al entierro, fíjate el cariño que podían sentir por él. Y a mi madre aún le da pena, tendrá cojones la cosa».

Entró un funcionario de la funeraria y avisó de que fuéramos hacia la sala mayor, en cinco minutos empezaría la ceremonia, y sería religiosa, por voluntad expresa del finado. Su hermano se sorprendió, Agapito no había sido nunca creyente. Entré en aquella estancia, bastante llena, habría un centenar de personas. Me puse muy atrás para que no me vieran, y a mi lado se sentó un muchacho joven. Le presté atención y vi que tenía los ojos

achinados, una oreja negra y sonreía plácidamente. Y muy flojito se oía aquel sonido inconfundible, «goooochi-gooo, gooochi-oooochi-oooochi-gooo». ¡Era Melitón, había vuelto de Italia y tenía el valor de acudir al entierro de su víctima! Yo nunca he estado tan cerca de un asesino, que yo sea consciente, y fue un momento realmente excitante.

La ceremonia fue muy fría, ya se intuía que el fallecido no se había granjeado grandes amistades. No vi ni una lágrima ni una cara apenada. Ni en su propia madre, que estaba seria, serena, pero no parecía afligida. Natasha permanecía en primera fila y miraba al suelo sin mostrar ningún sentimiento, como esperando a que terminara aquella pantomima.

Aparte del sacerdote que ofició la ceremonia de una manera realmente rápida, no duró ni diez minutos, solo una persona pidió la palabra y habló ante el féretro. Se presentó como el administrativo que ayudaba al juez en las instrucciones de los casos y quiso dar testimonio de la valía de Agapito. A modo de anécdota, quiso recordar una sentencia que dictó el finado y le pareció ejemplar, magnífica, pues consiguió que demandante y demandado salieran satisfechos del juzgado. Se trataba de un juicio por faltas leves. Dos vecinos se habían denunciado mutuamente al haberse enfrentado entre sí con el resultado de insultos graves y pequeñas lesiones. La causa era que uno subía el volumen del televisor porque estaba cansado de oír los ronquidos del otro, y este se molestaba porque el ruido del televisor lo despertaba y no podía seguir durmiendo.

La sentencia fue la siguiente: al que roncaba lo obligó a dormir con la televisión encendida y puesta la misma cadena que el televisor del vecino. Y al otro lo sancionaba obligándolo a roncar mientras veía la televisión. Así nadie podría molestarse, pues los dos se hacían la puñeta con la misma intensidad. Ninguno de ellos se quejó de la resolución y la aceptaron de buen talante. Se dieron la mano y finalmente se abrazaron cariñosamente.

No hubo ni música ni oraciones, salvo un padrenuestro rezado a toda castaña, no duró ni quince segundos; ni las pulse-

ritas Cleofás habrían conseguido aquella proeza. Después, el sacerdote nos dijo a todos que nos fuéramos en paz. Pero justo en aquel momento ocurrió un incidente ciertamente atípico: antes de que saliera la gente de la sala entró un hombre en silla de ruedas con una pancarta sobre el pecho donde se podía leer: «Muérete, Agapito, hijo de puta». Se acercó al féretro, escupió sobre él y empezó a lanzar octavillas por toda la sala. El servicio de seguridad del tanatorio lo empujó, más bien cabría decir que empujó la silla de ruedas, y lo sacó hacia el exterior.

Cogí una de aquellas hojas y en ellas se explicaba su historia: había tenido un terrible accidente de tráfico que lo dejó parapléjico. La relación con la aseguradora Merpaf y con Agapito como juez fue una auténtica pesadilla. Mandaron a su casa a un médico de la compañía para verificar que efectivamente estaba paralítico. Este le pidió que se bajara los pantalones y le pinchó las piernas con un punzón para comprobar si sentía dolor, fue muy humillante. En el juicio, el abogado de Merpaf reprochó a la víctima que quisiera lucrarse al pedir un coche adaptado para desplazarse. La sentencia fue vergonzosa. Agapito condenó a pena mínima a Merpaf con la excusa de que con ejercicios físicos apropiados, el inválido podría recuperar la movilidad y entonces debería revisarse el caso. Aquel pobre hombre pidió justicia durante años, sin fortuna, a pesar de que no consiguió dar ni un paso tras asistir regularmente a un gimnasio de segunda categoría. Todos los que leímos la octavilla comprendimos la clase de hombre que era Agapito.

A las 10:30 horas estábamos en la calle y observé que, excepto la madre del juez, nadie quiso acompañar el féretro a la incineradora: ni su hermano, ni su actual esposa, ni ningún otro familiar o amigo; muy triste. Yo no me separé de Melitón y lo seguí a unos pasos de distancia. En cuanto pude, me deshice de la peluca, la barba, el bigote y el cojín, para que no se diera cuenta de que lo seguía la misma persona que había estado junto a él en el funeral de su víctima. El sombrero Panamá lo arrugué y lo guardé en el bolsillo. Pero, de hecho, no fue necesaria aquella puesta a punto, Melitón no se giró hacia atrás

y simplemente caminó durante unos minutos hasta que entró en un edificio, en la avenida del 29 de Febrero, 32. Yo ya sabía el piso, 3º 2ª. Melitón seguía viviendo con su madre, seguro. Ahora que lo había encontrado no quise perder la ocasión de seguir investigando y llamé al interfono. Me respondió una voz femenina. Me presenté como de costumbre, Margarito Farnesio, abogado de Sopitas Carvajal. Enseguida se abrió la puerta que daba acceso a la escalera.

Bernardina, la madre de Melitón, es una mujer aún joven, cordial y con cierto atractivo, parece normal. Preguntó por el motivo de mi visita y le expliqué la misma historia de siempre, el maltrato durante el viaje y la posibilidad de demandar a la organizadora. Llamó a su hijo, estaba en otra habitación, pero no respondió: «Es que este niño es la leche, Margarito, se le ha metido en la cabeza que es japonés y solo responde por un nombre inventado. Miroku, por favor, hay un señor que quiere hablar contigo».

El muchacho achinado dijo que estaba muy ocupado y no podía salir, que no lo molestará. Bernardina contó que Melitón es extremadamente extraño, y ahora trabaja, afortunadamente. Lo contrataron en Traspasos Calimocho como «maniquí fúnebre», en realidad, probador de mortajas, y están encantados con él. Pidió unos días de vacaciones para irse a Italia y allí encontró trabajo de camarero. Pero la experiencia fue pésima y regresó: «No dijo nada en el trabajo de aquí y pensaron que no volvería. Pero, cuando lo hizo, su dueño, el señor Calimocho, lo readmitió. Allí no hace nada, simplemente se pone una mortaja, se tumba en el féretro y duerme, así durante siete horas, de lunes a viernes. Los clientes creen que en realidad ven a un difunto, y esto es muy positivo para la venta».

Bernardina estaba harta de su hijo, un tormento con las cataratas, tenía cortes por todos lados, y últimamente se había puesto a escribir, él que no sabía casi ni leer. Reaccioné deprisa y le dije que, quizás, ahora le llegaba la fortuna. Aparte de trabajar para Sopitas Carvajal, yo también era editor. Si viera lo que había escrito su hijo, podría decirle si valía como literato. A veces me

he llevado grandes sorpresas y he publicado obras de autores totalmente noveles que han sido un gran éxito de ventas: «Dios lo quiera, Margarito, mi hijo sueña con irse a Japón y a mí me haría una ilusión bárbara, pero lo que ha escrito es tan poquito que ni el papel de folio debe valer para envolver un bocadillo».

Le expliqué que la grandeza de un libro se percibe en las primeras cien líneas, allí queda contenida la esencia, el alma del trabajo. Pero no conseguí convencer a Bernardina, ella no había leído el manuscrito y sin el permiso de su hijo no podía entregármelo. Que hablara con Melitón por si le podía interesar, pero en otro momento, ahora no estaba de humor. Luego iba a trabajar, igual sería buena idea esperarlo a la salida, a las siete de la tarde.

Bernardina conocía a Salomón, un chico tontito y bobalicon. Ella se dio cuenta de que el joven sentía algo más que simpatía y merendaban juntos los martes. Pero de ahí no pasaron. Le supo muy mal su muerte, la caída de una cisterna sobre su cabeza. Para el feriante, Melitón sería un amiguito y los dos se iban de viaje, colonias colegiales. Poco imaginaba Bernardina que aquel «amiguito», su hijo, fue su asesino. Me despedí de la madre de Melitón con la promesa de interesarme por el tema de Sopitas Carvajal. Estaba demostrado que el trato a los ganadores del viaje había sido pésimo y la denuncia sería inapelable. Le informé de que iría a buscar a Melitón al trabajo y le haría una propuesta, realmente me interesaba su manuscrito.

A las siete en punto me presenté en Traspasos Calimocho. Pero enseguida comprendí que sucedía algo grave; junto a la puerta del negocio, en la acera, había una ambulancia aparcada. Entré y en la recepción todo eran gritos y mucho movimiento. Al fondo estaba concentrada mucha gente, y me acerqué. No fue agradable, intentaban reanimar a alguien que permanecía en el interior de un féretro. Pero no lo conseguían, ni con masajes cardíacos ni con el desfibrilador. Finalmente desistieron y lo dieron por muerto.

Efectivamente, se trataba de Melitón, fallecido de un ataque agudo al corazón. El señor Calimocho, desencajado, explicaba

que avisaron a su empleado para que cambiara de ataúd y siguiera con su trabajo de maniquí fúnebre, aquel ya había sido vendido. Lo zarandearon, pero no lograron que se moviera. Avisaron a la ambulancia, pero ya fue tarde, aquel pobre muchacho había muerto, qué terrible tragedia. Además se perdió una venta, el comprador del féretro anuló la compra, le daba mal fario.

Salí apesadumbrado, había completado prácticamente todas las piezas del caso Espuelitas y de pronto surgía un acontecimiento que me dejaba perplejo. Enseguida llegó la madre de Melitón y se abrazó a mí. Le pregunté si podía hacer algo, yo también estaba apenado, y me pidió que la acompañara al hospital, exigiría una autopsia. Melitón nunca había sufrido del corazón y su muerte era muy extraña. Accedí de buena gana, pero antes tenía que realizar una llamada. Le dije a mi querida Matilde con voz muy afligida que uno de mis autores italianos estaba en la ciudad y solicitaba cenar conmigo. Yo no podía negarme, era su editor. Lamentaba mucho el imprevisto, pero hay que cuidar los negocios. Matilde lo comprendió, me mandó un sonoro beso y añadió que, si no llegaba tarde, la encontraría con los brazos abiertos y las piernas también, toda una declaración de intenciones.

Subimos a la ambulancia, junto al cuerpo de Melitón, y nos llevaron a la policlínica La Esperanza. Tras identificar al fallecido, dijeron que esperásemos, vendría un médico a informarnos. Poco después se presentó ante nosotros el patólogo forense, él se encargaría de hacer la autopsia al hijo de Bernardina. Era absolutamente necesaria para descartar cualquier causa sospechosa en aquella muerte tan injusta por tratarse de un joven.

Dos horas después, el forense nos entregó su informe. Se trató de una muerte natural muy desgraciada, un caso extremo si teníamos en cuenta la edad del fallecido. De todas maneras, era una afectación relativamente conocida en deportistas de élite.

«Melitón Chispitis, varón, 28 años, ingresa en policlínica La Esperanza en estado de muerte. Para practicar autopsia se efectúa reconocimiento cardíaco.

»El fatal desenlace se ha producido por ateromatosis, y se observan lesiones en la pared de las arterias derecha e izquierda con infiltrado graso, proliferación celular, material trombótico, tejido cicatricial y calcificación. Al ser individuo no fumador, ni diabético ni hipertenso, y no habiéndose observado microorganismos ni sustancias tóxicas, se concluye que la causa única del síndrome isquémico, infarto de miocardio agudo, ha sido debida a la infiltración lipídica. El colesterol de la sangre ha penetrado en exceso en la pared arterial y ha dado lugar a una placa de ateroma, y se aprecian estrechez severa u oclusión arterial aguda. Se determina que el paciente padecía una enfermedad degenerativa coronaria que solo podía detectarse *postmortem*».

Bernardina quedó consternada por la noticia. Su hijo se iba de viaje, el definitivo, mucho más allá de Japón; igual desde las estrellas podría ver su querido país y quién sabe si se reencarnaría en samurái o luchador de sumo. Cené con ella una comida frugal, un bocadillo y una cerveza, que dejé a medias, y la acompañé hasta el portal de su domicilio. ¿Realmente había sido una causa natural? No lo sabía, y pensé que probablemente no lo descubriría nunca.

La madre de Melitón me dijo que esperara un momento en la calle, quería darme un par de cosas. Al cabo de pocos minutos regresó y me entregó el manuscrito de su hijo. Que lo analizara y valorara si existían los «mimbres» que yo había comentado anteriormente. Además, también me dio una pulsera: «Es muy particular, Melitón la trajo de Italia, no sé de dónde la sacó. Lleva un altavoz que reproduce oraciones. Mi hijo se encerraba con ella en su habitación y escuchaba los rezos repetidamente, y a mí me sorprendió, él no era religioso. Fue entonces cuando le entraron ganas de escribir. Quizás a ti te sirva, Margarito, sin duda es el origen de su inspiración».

Efectivamente, ¡se trataba de una pulserita Cleofás! Quizá Melitón se divertía escuchando sus rezos, imaginando que era música japonesa. Quién sabe lo que podía pasar por la mente

de un tipo tan extraño y cómo consiguió aquel objeto. Le di un beso y un sentido abrazo a Bernardina y me fui a casa. Era ya tarde, Matilde dormía con los brazos cruzados y las piernas abiertas. No quise molestarla y me puse a leer aquel manuscrito, tenía mucha curiosidad. Su título y su contenido me eran muy conocidos, *Siete crímenes por cópula*:

Aparecióseme de pronto un bello ángel en *toilette* de ingenio volador. Respondía a nombre de Serafín Bacuetas, que así se llamó en vida y tras santo traspaso. Con voz muy dulce y fina díjome ser enviado celestial con encargo muy especial: que su buen amado Braulio San Emiliano de los Lopezosa y Cardamín mensaje solícito para mí tenía, que fui graciosamente escogido como su ejecutor y a quien llamaría «Braulio, bien amado hijo». Escribir debía sus explicaciones y sus nobles órdenes obedecer; y negarme non pude ni redactar distinto a como él me habló o inspiró. Empezó así, bien lo recuerdo, a hablar Braulio por boca de Serafín:

«Nacido soy, señores, en localidad pedregosa, caliente y seca, donde vegetación escasa crece y sin fuerza, y tan esquivada es esta a nuestros ojos como estos lo son con aquellas gentes que poco nos prodigan y arriban de tierras ajenas y alejadas. Fue el año en que Braulio San Míndos, padre mío, estrenó paternidad, y madre mía, Evelina Emiliano de los Lopezosa y Cardamín, maternidad. Y que fui yo el primero, el primogénito, es cosa segura; y a quien dudare dello pocas gracias recibiría de los San. Más bien ánimo revanchista y justo castigo.

»Braulio, bien amado hijo, que el Padre Celestial en ti percibe grandes dotes y a buena prueba ponerte quiere. Cumple sus deseos sin más y triunfal en el Reino de los Cielos entrarás. Por el fin de los siglos paz eterna disfrutarás entre goces y suspiros a cual más. Braulio, bien amado hijo, gran revelación se te aparecerá mediante el buen ángel Serafín, non desesperes porello: siete crímenes a cometer contra malignos e impíos personajes y porello gran premio alcanzarás: a tu Japón querido viajarás y en maestro de catana te convertirás. Ten confianza y cumple designios del Señor, hazlo sin resquemor, que nuestro buen Padre te ampara y mujeres ardientes a ti se acercarán, que estamos en ti».

En terminando estas palabras, revelación tuve del nombre de primera alma impía y malvada. Mandarla debía al averno, que ajustara sus cuentas con el Sumo Hacedor. Salomón, feriante fondón, tontito y calvito, pretendiente a amador de madre progenitora. Disgustábame hartamente y non imaginarme pudiere que en padrastro convirtíese. Non supo agradecer honor concedido por san Hilarión Careca, protector benéfico de pelos caídos. Poco viósele en iglesia de San Sulpicio cuidando pies del padre santo. Paliar su dolor poco le importó y el final se buscó sin perdón.

Aprovechéme que premiados reunidos estaban en sala de espera y Salomón escondido en lavabos, tristón y lloroso por pérdida de peluquín fornido. El buen ángel Serafín guió mis actos con precisión, y solo en mirando cisterna que alzábase sobre testa calva, cayó esta a peso sola, sobre frente del bobo, que ni lamento profirió y muerto pensé que quedó. Gran desilusión afectóme en viendo salir con vida tan malvado espíritu, mas justicia insiste y por fin traspasó Salomón.

Li Yu, propietario de restaurante chino, déspota y tirano, a empleados obligaba a vil servidumbre en artes amatorias que a ver poco tienen con yantares cantoneses. Ni un atisbo de arrepentimiento en sus formas y actuaciones. Condenado por avaricioso y soberbio, su fin encontró. Empujado con justo acierto en puchero hirviendo cayó y a fuego lento consumiose. Vime en situación harto comprometida, sin trabajo y en país extranjero, y resolví regreso a hogar materno. Camionero de buen corazón, tocado por gracia divina, ofrecióse a mi repatriación.

Recién arribado a Espuelitas, supe del nuevo malandrín al que debía dar vía y pronto traspaso. Era el juez Agapito, pendejo donde los hubiere, interesado, tramposo y de corazón negro y pernicioso. Gran favor hizo al buen ángel en caso judicial de Barrabás, mas comportamiento non enmendó y final vital le llegó. Sencilla fue mi acción, transporte y entrega de extraña caja con desconocido contenido. Desentendime de consecuencias funestas y en ceremonia de traspaso presenteme, confundido entre público que ni desolado ni emocionado escuchaba a cura desangelado.

Tres muertes dignas y necesarias llevo en mi haber, un humil-

de casillero. Cuatro más faltarán para obtener gran fin prometido y presto estoy ante nueva aparición angelical.

No había duda, el ángel Serafín había encontrado otra víctima propiciatoria para llevar a cabo sus venganzas divinas, pero yo no sabía cómo los escogía ni por qué. Realmente, pensé, Barrabás y Melitón no fueron más que los medios necesarios para cumplir unos fines que se escapaban a la razón humana. Los asesinatos se produjeron, sin duda, pero yo no era capaz de valorar si se trataba de actos de justicia.

3. La confesión de Barrabás

Aquella noche me costó mucho dormir, repasé todo el caso, era realmente excepcional, pero aún faltaba algo: necesitaba interrogar a Barrabás con la grabadora encendida y que respondiera la verdad, sin ambigüedades ni subterfugios. Debía hacerlo de buena gana, sin que se sintiera obligado ni coaccionado. Entonces recordé el curso de hipnosis que me dio el profesor Spasmos, pero de eso hacía muchos años y solo recordaba los fundamentos.

Pero no es posible practicar la hipnosis a quien no quiere ser hipnotizado. No sirve la voz melosa ni los chasquidos de los dedos. Reducirlo e inmovilizarlo es también inútil, su mente se cierra en banda. Tenía que pensar en otra alternativa para que su mente cediera a mi voluntad. Di vueltas y más vueltas en la cama, hasta que a las cinco de la mañana se iluminó mi mente: en Arabia Saudí, cuando cortan la mano o el pie a un ladrón, le administran un narcótico, la «droga de todos los sueños», o *timuhaddarat el-ahlam*. Esta le hace perder el control y el dominio de la mente y se presenta al suplicio desenfadado y alegre, incluso riendo. El verdugo le corta su extremidad con la espada, pero el condenado no siente ningún dolor, no se da cuenta de lo sucedido hasta un par de horas más tarde.

El nombre científico de esta droga es *Papaver arabiensis*, una planta herbácea emparentada con la adormidera o planta del opio, con unas características particulares: es un analgésico muy potente, antiespasmódico, sedante e hipnótico. Soy muy aficionado a la botánica y casualmente un colega editor yemení me trajo tiempo atrás unas pocas semillas de esta especie vegetal. Yo las planté en el pequeño jardín de mi terraza y han crecido fuertes y robustas. Tanto dar vueltas en la cama y la solución la tenía a menos de cinco metros de ella.

Pensé que si machacaba las hojas de aquella planta y las convertía en pasta podría elaborar algo parecido a las barritas de incienso; y si las quemaba en presencia de Barrabás lo tendría tan drogado que no podría oponerse a mi hipnosis. La emoción pudo más que el sueño y me levanté para preparar aquella *Alexipharmaka*, como la definiría el bueno de Nicandro de Colofón. Matilde dormía profundamente y no se dio cuenta de mi estado de agitación.

Trituré cinco hojas de aquella planta y las mezclé con agua hasta conseguir una pasta de cierto grosor, a la que di forma de barrita, y la sequé al horno. La llevé a mi estudio, la puse en un portavelas y la encendí. A los pocos segundos salió un humo espeso que inhalé sin la menor cautela y el efecto no se hizo esperar: empecé a reír, primero de manera ligera y poco después a carcajadas, no podía parar. Matilde se despertó y preguntó qué pasaba, qué hora era. Le dije que viniera, me hacía mucha gracia una cosa. Ella acudió molesta, no le gusta que le interrumpen su sueño y me vio allí riendo sin control. Le pedí que se acercara y le enseñé lo primero que vi, una revista de música clásica que tenía encima del escritorio.

Sin darse cuenta, ella también inhaló aquel gas y tuvo el mismo efecto: primero sonrisas y luego grandes carcajadas. Los dos nos mirábamos y reíamos sin parar, llorando incluso y con un dolor de barriga insoportable, casi no podíamos respirar. Eché agua sobre aquella barrita y dejó de sacar humo, pero nosotros seguimos riendo descontroladamente durante al menos una hora más, sin saber por qué. Finalmente, el efecto del

Papaver arabiensis cesó y las risas fueron espaciándose hasta que fuimos capaces de controlar nuestra histeria.

Matilde volvió a enfadarse conmigo, ¿qué era aquella droga?, preguntó. ¿Estaba chiflado? Había reído como nunca y se sentía extraordinariamente bien, pero no teníamos edad para probar alucinógenos y menos de que yo la involucrara sin su consentimiento. Reconocí que tenía razón, pero existía una explicación: uno de los autores italianos que contraté había escrito una obra bajo los efectos de aquel humo, la combustión de pasta de una planta procedente de la antigua Arabia con extraordinarios efectos benéficos para la salud mental. Provocaba unas risas irresistibles que liberaban toda la tensión acumulada. La relajación producida era extraordinaria, mayor que la acupuntura.

No hacía falta decir que la obra de aquel autor era excepcional y el lector se contagiaba abiertamente del buen humor que impregnaba cada página de su escrito. Él me regaló una barrita de aquel producto y mi querida y yo comprobamos que era realmente balsámico. Matilde asintió, eran las siete de la mañana, el despertador sonaría a las ocho, de manera que aún tenía una hora más para dormir o para lo que surgiera. Me apeteció su propuesta, nos acostamos juntos, pero el sueño no apareció. Fue un final realmente feliz.

Más tarde, cuando Matilde se marchó al trabajo, salí a la terraza y arranqué todas las hojas de aquella fantástica planta y preparé cinco barritas. Después me marché al despacho y desde allí llamé al laboratorio Uremial preguntando por Barrabás. Me dijeron que esperara un momento, estaba atendiendo a un paciente. Me interesé por su horario y me respondieron que trabajaba hasta las tres de la tarde, jornada continua. Y colgué.

La segunda llamada fue a Bernadette. En la aduana internacional me informaron de que su jornada laboral finalizaba a las 17 horas. Hice una tercera llamada, al domicilio de Barrabás. Como esperaba, respondió el contestador automático.

La cuarta y definitiva llamada fue a Bethsabé, la madre de Barrabás, que sí respondió. Le pregunté por su hijo y contestó

que estaba en el trabajo, quién lo llamaba. Pues se trataba de Margarito Farnesio, abogado de Sopitas Carvajal; tenía una buena noticia para Barrabás y Bernadette, una sorpresa. Ella tragó el anzuelo y quiso saber de qué se trataba, su experiencia con esta empresa no era buena en absoluto.

Le expliqué la misma historia de siempre, el pésimo trato que recibieron los ganadores durante el viaje y también la vergonzosa detención por parte de la policía. Sopitas Carvajal había despedido a Ramoneta, la organizadora del premio, la había denunciado y, además, existía un seguro que cubría precisamente los casos de insatisfacción por parte de los clientes. En realidad, era una modesta cantidad de dinero, pero la firma que yo representaba quería quedar bien y hacer un buen regalo. En el caso de los pasajeros Mary, Paulino y Benito ya había conseguido hacerme una idea de sus gustos y preferencias a través de amigos y familiares. La madre de Barrabás respondió que «esto es una gran alegría, ellos lo han pasado muy mal y están en proceso de recuperación. Puedo decirle que a mi hijo le gusta el trabajo, la natación y los temas religiosos. Bernadette es científica y le gustan las materias relacionadas con la naturaleza, sobre todo los insectos».

«Verá –le dije–. Tengo un catálogo con numerosos regalos, pero quizá sería conveniente que usted los viera antes y me aconsejara sobre el que le parezca más idóneo. No hay nada como el consejo de una madre o una suegra para acertar plenamente. Si a usted le parece bien, puedo desplazarme a su domicilio y enseñarle el muestrario.» Bethsabé se mostró muy cooperadora y apuntó que la mejor hora era por la mañana, ellos dos trabajan y no nos descubrirían.

Su hijo se independizó hace unos meses, pero vive en el mismo edificio, en la puerta de enfrente, y come cada día con ella. «Bueno, entonces, ¿qué le parece si voy hoy mismo a su casa, a las doce del mediodía, y arreglamos este asunto?» La madre de Barrabás accedió ilusionada.

Pasé por una tienda de regalos y agarré un catálogo con los productos que tenían a la venta, las mejores propuestas, y lo metí dentro de una pequeña bolsa de deporte. A las doce en

punto llamé al timbre. Bethsabé me abrió la puerta y me dejó pasar confiada. Nos sentamos en la sala de estar y le expliqué nuevamente lo que ya le había adelantado por teléfono. Le enseñé el catálogo y que ella decidiera, teníamos un acuerdo con aquel comercio y un presupuesto de 500 euros para su hijo y 500 más para su novia. Ella podía escoger lo que mejor le pareciera, o varias cosas si prefería, hasta llegar a la cantidad acordada. Bethsabé miró con interés aquella extensa propuesta y rápidamente se decidió, un televisor y un ordenador.

«Excelente –respondí–, tomo buena nota. Ahora solo falta un pequeño detalle. El premio se entregará en las oficinas de Sopitas Carvajal y allí son extraordinariamente pulcros con los olores y el medio ambiente, tienen la costumbre de quemar resinas aromáticas en todas las dependencias. En realidad, se trata de una manía de su dueño, viaja con frecuencia a Nepal y cree que estas sustancias purifican los ambientes y sus empleados trabajan más a gusto y rinden mejor. Sin embargo, él es consciente de que existen muchos tipos de resinas y algunas pueden ofender al olfato más exigente. Por tanto, aunque él prefiere el incienso procedente del olíbano, también puede escogerse mirra, copal, canela, sándalo, almizcle, benjuí, ruda, almáciga, goma arábiga o ámbar.»

Si le parecía bien, dije a Bethsabé, podía hacerle una demostración y que ella escogiera: «Pues no sabía yo que hubiera tantas resinas, solo conozco el ámbar, y me gusta mucho, levanta el ánimo. Pero estaría bien conocer otros tipos, todas tienen unos nombres muy sugerentes, míticos, diría». Le respondí que era cierto. Mi preferida era la mirra, si quería empezábamos la «degustación olfativa» con esta gomoresina aromática compuesta por goma, resina y el aceite esencial mirrol. Antiguamente se utilizó para la elaboración de incienso, perfume y ungüentos y, además, fue uno de los regalos que los tres Reyes Magos ofrecieron a Jesús cuando nació. Estaba demostrado que la mirra protegía el hogar, favorecía la meditación, potenciaba los rituales y confería poder personal. Bethsabé estaba emocionada y confesó que le gustaba mi visita, sabía hacer la

vida agradable a las personas. Afortunadamente, yo no era el tal Manolito Cifuentes, otro empleado de Sopitas Carvajal. Antes del viaje de su hijo la sometió a un interrogatorio que parecía de tercer grado. Francamente, no le gustó aquel individuo, era inquietante, hasta parecía policía.

Puse la barrita encima de la mesa del comedor, dentro de un vaso largo y estrecho que ella me dejó. Pero antes de encenderla, le dije que tenía que llamar urgentemente para reservar los dos regalos, que no se acabaran las existencias. Ella se incomodó ligeramente y me pidió que le dejara las cerillas, iniciaría sin más pérdida de tiempo aquella «liturgia» tan estimulante. La dejé hacer, cogí mi bolsa de deporte y salí al balcón, haciendo ver que llamaba a Sopitas Carvajal. Aquella mujer encendió la varilla de *Papaver arabiensis* e inhaló profundamente sus efluvios. A los treinta segundos, Bethsabé empezó a reír a carcajadas y me rogó que volviera con ella, la mirra era fantástica, se sentía como nunca.

Entonces saqué de mi bolsa la máscara de gas que recogí de mi oficina, un objetopreciado usado durante la Primera Guerra Mundial que había comprado en un anticuario. Me aseguraron que el filtro estaba en perfecto estado y su disco con microporosidades filtraba maravillosamente las partículas de pequeño tamaño.

Entré nuevamente en el comedor y cuando Bethsabé me vio volvió a carcajearse sin poder contenerse, yo estaba graciosísimo, parecía una mosca chupadora. Me senté delante de ella, saqué un péndulo de mi bolsillo y lo hice girar frente a sus ojos sin que pudiera resistirse. Al mismo tiempo, le hablé muy lentamente, con una voz melosa, pero autoritaria: «Bethsabé, relájate, observa el péndulo y escucha mis palabras. Descansa. Estás a mi merced y no puedes luchar, deja ya de reír y obedece mis órdenes. Relájate, Bethsabé, observa el péndulo y escucha mis palabras. Piensa lo que te pregunto y contesta sin protestar». La madre de Barrabás cerró los ojos y se relajó completamente. Entonces saqué mi grabadora del bolsillo, la puse en marcha e inicié mi particular interrogatorio.

Bethsabé contó que su hijo tenía una libido muy subida y como nunca había tenido novia apaciguaba sus ansias sexuales de la única manera que sabía: masturbándose de manera desenfrenada y continuada. Ella se daba cuenta de que esto no era normal y en diversas ocasiones le aconsejó que fuera al prostíbulo a desfogarse. Sin embargo, él no quiso, sus ideas religiosas se lo impedían: «Pero algo le pasó a mi hijo hace unos meses, su comportamiento libidinoso cambió de forma radical. No solamente no volvió a meneársela, al menos que yo tenga constancia, sino que su devoción religiosa disminuyó mucho y se normalizó. En una ocasión me dijo que estaba tocado por la gracia de Dios. En el cielo ya lo conocían y le habían encargado una misión. Un ángel dulcísimo se le había aparecido y su futuro estaba garantizado. No debía preocuparse por nada, simplemente esperar acontecimientos y mantenerse casto y puro. Yo pensé que mi hijo había enloquecido, pero la verdad es que su comportamiento se serenó».

Pregunté a Bethsabé si su hijo se había matriculado en la Facultad de Derecho y ella lo confirmó. Barrabás falsificó su identidad, se inscribió como Tobías Lusián, el nombre de su padre y el apellido de su madre, un humilde tributo a sus progenitores. Allí conoció a Froilán. Con el tiempo fueron distanciándose y Barrabás le confesó a su madre que no era un tipo de fiar. Solo le interesaban el poder y el dinero. Finalmente, abandonó la carrera en el segundo curso, ya no soportaba ni a Froilán ni al resto de los estudiantes.

Su hijo le explicó que «pronto sería un hombre como los demás. Más aún, pues la promesa que tendría muchas mujeres a su disposición se iba a cumplir rápidamente. Antes, sin embargo, tenía una misión, vender unas pulseritas, no recuerdo su nombre, pero apretabas un botoncito y se oía una oración. Barrabás estaba convencido de que se trataba de un invento llegado directamente del cielo, serviría para difundir la palabra del Señor y ayudaría al tomador a conseguir el perdón divino. Pero no pudo ser. Las pulseritas no cuajaron en el mercado y para él significó una terrible decepción.

»Yo pensé que mi hijo necesitaba ayuda de un profesional, un psicólogo o mejor un psiquiatra. Además, observé que había cambiado su personalidad y su manera de hablar. En ocasiones se dirigía a mí como si fuera una dama venerable de un siglo remoto, decía que hablaba así para practicar. Todo resultaba muy extraño, pero es cierto que estaba más alegre, como esperando un gran regalo. Se encerraba en su cuarto, escuchaba las oraciones de la pulserita y se ponía a escribir, un recordatorio, me dijo, unas pequeñas memorias.

»Y así de raro se comportaba mi hijo. Por suerte le tocó el premio de Sopitas Carvajal, fui yo quien compró el sobre, él nunca ha pisado la tienda de Paulino. Enseguida pensé que le iría bien un cambio de aires, relacionarse con otras personas. Afortunadamente, allí conoció a Bernadette y empezaron a salir juntos, yo estaba muy ilusionada, su primera novia, por fin todo parecía normal.

»Nunca pude imaginarme que sería detenido acusado de siete asesinatos, pero salió libre sin cargos, Barrabás es bueno de espíritu e incapaz de matar a nadie. ¿Si me suena el nombre de Braulio? Por supuesto que lo reconozco, cuando Barrabás hablaba de aquella forma tan extraña y tan antigua decía que lo hacía por boca del ángel Serafín y que lo llamaban “Braulio, bien amado hijo”. Pero desde que terminó la ridícula acusación, Barrabás no ha vuelto a hablar de esa manera. Se limita a trabajar en Uremial y vive con Bernadette, los dos juntos en su casa, aquí enfrente.

»Hay otra cosa que también me sorprende. Creo que Bernadette no lo sabe y yo no se lo diré, desde luego. Resulta que mi hijo es muy desastrado con la ropa y tiene un pésimo gusto por vestir, así que de vez en cuando iba a la sastrería de los hermanos Julito y Mariauxi Penitas, él murió en un desgraciado accidente. Ellos tenían que confeccionarle un traje, quería estar muy presentable, tenía una entrevista importante para vender aquellas pulseras. Pero sin duda se equivocaron de pedido y le endosaron un vestido que no había por dónde cogerlo: un traje largo sin solapas, mangas cortas, bolsillos enormes

y una bolsa de tela enorme por detrás, parecía una joroba. Ya le dije que así no podía salir a la calle, hacía el ridículo, que fuera a reclamar a la sastrería, aquello era un error. Pero no me escuchó y fue a la entrevista. Obviamente, fue un desastre, no sé exactamente qué ocurrió, pero mi hijo volvió magullado y con un mal genio insoportable. Por la tarde volvió a salir vestido de aquella guisa. El traje lo guardó durante unos días, hasta que finalmente me hizo caso y lo tiró al contenedor de basuras.

»Mariauxi desapareció poco después de la muerte de su hermano. Nadie sabía dónde marchó, pero ha vuelto. Barrabás lo supo, le reclamó un traje nuevo y ella aceptó. Hace unas dos semanas que sucedió este encuentro y sé que se ven con cierta frecuencia. Él la llama desde mi teléfono, no quiere que Bernadette se entere de esta relación. Al final he pensado que sería verdad lo que dijo aquel ángel, que mi hijo tendría muchas mujeres a su disposición. Esto, Margarito, te lo cuento como un gran secreto, no se lo digas a nadie».

Por mi parte, el interrogatorio había finalizado. El puzle del caso Espuelitas estaba casi completo. Solo tenía que esperar a Barrabás, a Bernadette no la necesitaba para nada. Yo estaba seguro de que el asesino de Espuelitas confirmaría lo que ya sabía, pero sería bueno oír su confesión y registrarla en la grabadora: sus víctimas ya lo habían incriminado, ahora confesaría el propio verdugo. Eran las 13:30 horas y aún debía esperar. La barrita de *Papaver* se había consumido, saqué otras dos y las puse en el mismo vaso, pero sin encenderlas. Bethsabé seguía hipnotizada, los ojos cerrados y esperando instrucciones. Le ordené que durmiera, ya la despertaría en el momento oportuno. Entonces se mantendría sentada en el sofá e inspiraría aquel aroma como si fuera la primera vez. Debía recordar momentos felices de su vida e invitar a su hijo a oler el humo profundamente.

Dos horas se hacen largas cuando uno no tiene nada que hacer y está fuera de su entorno. Llamé a Matilde y le expliqué que había cerrado los tres contratos con los autores italianos. Se

puso muy contenta y dijo que lo celebraríamos con una cena romántica. Después consulté el correo electrónico a través de mi móvil y allí estaba el archivo con las poesías de mi amigo cerrajero, y eran muchas. Le respondí que publicaría su obra, pero no podía comprometerme en el plazo. De todos modos sería pronto, un máximo de seis meses.

Para distraerme, encendí el televisor. Emitían el programa titulado *Corta, pega y viste*. En esta ocasión, el concursante era un hombre negro muy musculoso que se desnudó por completo. Entonces cortó la larga cabellera de su pareja y se la encasquetó a modo de taparrabos. Las mujeres del plató aplaudieron rabiosamente aquella escena, pero los hombres la abuchearon sin disimulo. El jurado fue implacable y lo descalificó. Además, lo regañaron duramente por tomar también el pelo a todos los espectadores de la cadena.

Se acercaba la hora en la que debía llegar Barrabás y me entraron nervios. Eran casi las tres, así que lo preparé todo. Apagué el televisor, encendí las dos barritas de *Papaver*, desperté a Bethsabé, le ordené que oliera el incienso y me escondí en su habitación, junto al comedor. Pocos segundos después, aquella mujer empezó a reír otra vez. Sobre las tres y cuarto escuché ruido de llaves y se abrió la puerta, era Barrabás. Oyó las carcajadas de su madre y le preguntó qué sucedía, si estaba bien. Ella le respondió que, efectivamente, era uno de los mejores momentos de su vida, aquella mirra era maravillosa, que la oliera. Barrabás no sospechó nada e inspiró profundamente. Poco después los dos reían sin control y aparecí yo con la máscara antigás. Ellos dos se miraron, Bethsabé le dijo a su hijo que yo era una mosca cojonera y él estalló en una nueva carcajada. Había llegado el momento definitivo.

Me senté ante Barrabás. Saqué el péndulo del bolsillo y lo hice girar frente a sus ojos, no se resistía. Al mismo tiempo, le hablé muy lentamente, con una voz melosa, pero autoritaria: «Barrabás, relájate, observa el péndulo y escucha mis palabras. Deja de reír. Estás a mi merced y no puedes luchar. Relájate, observa el péndulo y escucha mis palabras. Piensa lo que te pre-

gunto y contesta la verdad sin protestar. Y tú, Bethsabé, mantén los ojos cerrados y no escuches, se acabaron las risas para ti. Espera nuevas órdenes».

Al cabo de un par de minutos ya se veía a Barrabás derrotado, sin tensión en su cara ni expresión en los ojos, que finalmente se cerraron, la hipnosis también había funcionado. Le hice varias preguntas y respondió con lentitud pero con seguridad: nombre, edad, profesión, etcétera. Así empezó el interrogatorio. Lo transcribo íntegramente, grabé la conversación.

«¿Recuerdas el caso Espuelitas, en el que se produjeron siete asesinatos?»

«Sí.»

«¿Quieres contarme toda la historia, por favor?»

«No lo sé...» (entonces volví a girar el péndulo durante unos segundos más para profundizar el grado de inconsciencia de Barrabás, que aún se resistía levemente a mi dominio mental).

«¿Quieres contarme toda la historia, por favor?»

«Sí.»

«¿Cómo asesinaste a las siete personas?»

«A Providencia la atropelló un autobús porque yo le tiré una piedra al cogote del conductor y este perdió el control del vehículo. A Cenicienta le tiré encima una estantería; quedó sin conocimiento y murió congelada en el refrigerador de un supermercado. Yo dejé que unas pulgas saltaran al plato de Froilán y lo contaminaran mortalmente con los gusanos que llevaban en sus abdomenes. Julito murió por las heridas de una espada porque yo lo empujé con rabia hasta el centro del escenario. El hipopótamo que mató a sor Rebeca escapó del zoológico porque yo le abrí la puerta y le di galletas como reclamo para que me siguiera; no para comerlas, que el animal era herbívoro, sino porque su colorido amarillento lo atraía poderosamente. Jesús Nicodemo murió de un ataque al corazón al escuchar una oración de la pulserita Cleofás y aparecérsese el ángel Serafín. El padre Borromeo murió días después de propinarle yo una merecida patada.»

«¿Por qué debían parecer accidentales todos los asesinatos?»

«La policía no debía investigar unas muertes que se debieron a decisiones celestiales.»

«¿Fue justa la decisión que tomó el juez Agapito Amor de dejarte libre?»

«No».

«¿Qué pasó cuando el juez te tomó declaración en la comisaría de Espuelitas?»

«Llegué esposado a la sala de interrogatorios acompañado por dos policías y Bernadette. Ella gritaba que yo era inocente, que dejaran libre a su amor, de allí no se iba sin mí. Daba patadas y arañaba. Estiró de los pelos a un policía y estuvo a punto de arrancarle la oreja a otro de un mordisco. Tuvieron que reducirla, atarla y sedarla. La desalojaron a la fuerza y me quedé solo con el juez. Mi abogado defensor, de oficio, no estaba aún presente. Yo dije que podíamos empezar la sesión, no necesitaba abogados. El juez aseguró que yo era el autor confeso del manuscrito *Siete crímenes por cópula* y el autor de siete crímenes ocurridos en el barrio. Las pruebas eran abrumadoras, no solo de las cuatro muertes relatadas en mi escrito, sino también de sor Rebeca, Jesús Nicodemo y el padre Borromeo.»

«¿Te mostraste cooperador?, ¿qué dijiste?»

«Yo estaba tranquilo. El juez aseguró que si confesaba, todo terminaría pronto. Dijo que era Agapito Amor, el “juez de la orca”. Yo no me inmuté y respondí que no me asustaba, más miedo debía tener él por lo que pudiera sucederle. Además, la pena de muerte no está contemplada en el código penal. Él respondió, un punto alterado, que yo no estaba en condiciones de chulearlo; todas las pruebas me inculpaban como el asesino de Espuelitas. Pena de muerte no había, pero podrían condenarme a treinta años, el premio máximo.»

»Yo me reí y le respondí que no tenía ni idea de lo que hablaba. Le pregunté si había leído mi manuscrito y si recordaba la aparición del ángel Serafín y su revelación divina. Le hizo gracia mi alusión y añadió que no pretendiera hacerme pasar por demente. Que yo era un psicópata lo tenía claro, pero él se encargaría de mandarme a la cárcel y no a un centro psiquiátrico.»

Y entonces pasó lo que él nunca habría imaginado. Se notaba que al principio sintió pánico, no podía dar crédito a sus ojos.»

«¿Qué sucedió, Barrabás?»

«Yo pensaba en el ángel Serafín y me sentía seguro. Segundos más tarde surgió un resplandor, una luz intensa, muy brillante, que lentamente tomó el aspecto de un hombre muy hermoso vestido con una túnica. El juez no creía lo que veía y le dije que se trataba del ángel Serafín.»

«Impresionante, Barrabás. Está demostrado que el hipnotizado no puede mentir. Aunque esto que cuentas es francamente alucinante. Prosigue, por favor.»

«El ángel se dirigió al juez en estos términos: “Señor juez Agapito, aquí presento mi humilde persona a vuecencia con total respeto y consideración. Sepa que soy Serafín Bacuetas. Nacido fui muchos años atrás, que desto non voy a hablar, y tras obligado traspaso convertíme en dulce ángel transmisor de los buenos designios del Dios Padre Celestial.

»Barrabás es hombre de buena fe, creyente en extremo y Nuestro Señor lo tiene en gran estima. Realizado ha gran obra en su honor y justo premio se le ha concedido, non lo dude, y vuecencia non va a impedir su disfrute. Barrabás, mi bien amado Braulio, cumplió misión divina y válgame el cielo que eficiencia puso en ella. Tenemos cuatro muertes confesas por escritas, cierto es, mi bien amado juez. Mas, qué poco representan ellas si Dios en su dulce forma decide que son menester. ¿Acaso pudiérese dudar de sus designios? ¡Pues claro que non, que enllo coincidimos!

»Permiso tengo, señor juez, de mi buen Señor, para iluminar su mente y questa comprenda con claridad asaz: ¿parécenle muertes aleatorias todas ellas? Pues non lo son, maese Agapito, hay un sentido en el conjunto de la obra. Ponga atención, que repetición non hallare: las muertes debidas son obra y gracia de Barrabás, sustracciones de vida abyecta, que non merecían alargar presencia terrenal. Castigo divino, sabido es, implacable y sin perdón posible. Todos pecadores mortales que alimentaban condenación eterna. Ni una simple contrición mostraron por

malvados actos. Y por orden los listo, que intención mía non es que hallare dudas ni vacíos en mi explicación.

»1. Providencia aplastada murió y condenada fue por envidia. Reside agora en purgatorio sin ojos, cociéndose estos a fuego lento para non sentir placer en ajenas penas.

»2. Cenicienta frío atroz sufrió y condenada fue por pereza. Reside agora en purgatorio donde obligada es a penoso ciclo: escribir letanías, palabras sumar y en voz alta recitar.

»3. Julio a hierro murió y condenado fue por lujuria. Reside agora en purgatorio como vulgar penitente que entre flamas anda para asimismo purgarse.

»4. Froilán, comido por gusanos, condenado fue por soberbia. Reside agora en purgatorio. Camina con cabeza gacha y fustigado es por látigo que indúcelo a sentimientos humildes.

»5. Sor Rebeca condenada fue por gula. Reside agora en purgatorio, obligada a pararse entre árboles, incapaz de alcanzar y comer frutas que cuelgan de ramas destos.

»6. Jesús Nicodemo murió tras ver mi presencia y condenado fue por avaricia. Reside agora en purgatorio obligado a recitar ejemplos de su pecado y sus virtudes opuestas.

»7. Carlos Borromeo condenado fue por ira, murió de cierta coz que adelantó fracaso vital. Reside agora en purgatorio obligado a soportar querubines que diviértense a su costa, pinchándolo y riéndose dél.

»Ya ve, señor juez, que non hay asesinato, sino sustracción de vida por decisión divina. Desconozco si en vigente código penal existiere punto que posibilite archivo deste caso por causa mayor. Sea como fuere, ruégole tome medidas oportunas para que Barrabás dormite en presente noche con su amada, merecido lo tiene y cálido lecho le aguarda».

Barrabás explicó que el juez estaba desencajado, pero explicó al ángel Serafín, con todo respeto, que no era posible conseguir lo que pedía, las pruebas eran irrefutables. Pero no pudo seguir, el ángel lo cortó secamente diciendo que sus palabras no eran sugerencia ni petición. Era una orden en toda regla y si no obedecía, se atendería a las consecuencias.

El buen ángel añadió: «Agapito, todos los pecados tú tienes, y este es primer aviso para enmendar comportamiento. Eres lujurioso, pecas de gula a costa de terceros, eres avaricioso y sometes a quien de frente se te pone, tu ira non tiene límites y tus sentencias son desmedidas, pecas de orgullo y prepotencia y envidias todo lo ajeno. Y, por último, eres perezoso y ahuyentas el trabajo. Agapito, poca vida te queda si non cambias actitud. Mal lo tienes en verdad, el Sumo Hacedor te vigila».

«¿Y qué sucedió entonces, Barrabás?»

«La luz intensa se difuminó lentamente y desapareció por completo. El juez no me dirigió la palabra mientras meditaba y finalmente dijo que me pondría en libertad sin cargos, sería un gran punto positivo en su expediente. Cambiaría vicios por virtudes, pero lo haría sin prisas y con pausas. Aquel mismo día salí libre y se archivó el caso. Cuando llegó mi abogado defensor, quedó muy sorprendido por la decisión del juez, igual que los agentes de policía, que me sacaron las esposas de muy mala gana. Aquella noche dormí con Bernadette y continué mi vida normal. Yo cumplí con el ángel Serafín, estoy libre de pecado y todo funciona de maravilla, como él prometió.»

«¿Por qué fuisteis tú y Bernadette a la policía con aquella historia de que te sentías amenazado y alguien puso una cabeza de caballo en tu refrigerador?»

«Yo sospeché que la policía seguía mis pasos. Pronto me descubrirían y sería detenido. Así que me avancé a sus pesquisas y los desconcerté. Yo quería irme de viaje, lo demás no importaba. La cabeza de caballo la compré en la carnicería del mercado, a dos manzanas de casa. Bernadette no sabe nada ni nunca lo sabrá.»

«Existen diversos aspectos de esta historia que no me quedan claros. ¿Por qué fuiste con la carpeta a Garbanzos Betanzos y por qué no regresaste para recuperar tu manuscrito? ¿Has escrito la historia completa?»

«Antes de la entrega del premio fui con el manuscrito a un trapero y compré la carpeta. No estaba seguro de que la hu-

biera perdido en el colmado, pero preferí no volver. El escrito no me involucraba directamente y yo podría reescribirlo. Pero no lo hice, los acontecimientos fueron vertiginosos y llegó la fecha del viaje. Desde que fui puesto en libertad no he sabido nada más del ángel Serafín y pensé que no hacía falta escribir la historia entera.»

«¿Te gusta Josimar de Moure?»

«Es uno de mis actores preferidos y he visto todas sus películas. La mejor, sin duda, *Rabinos y beduinos codo con codo*, el amor y la aventura se mezclan maravillosamente. Fui al estreno del filme y me regalaron una pegatina alusiva, que enganché en la carpeta cuando la compré. Me supo mal perderla.»

«¿Cómo se te ocurrió la idea de matar a través de pulgas, o ir a buscar un hipopótamo?»

«Yo solo sabía que las pulgas pueden transmitir la peste, desconocía que fueran portadoras de gusanos parásitos, pero simplemente seguí las indicaciones del ángel Serafín, igual que en el caso del hipopótamo.»

«¿Por qué os llamasteis Bárbara Abrasas y Carolina Michel-Fidoh en el *Carcelín*?»

«Fue idea mía, siempre me han gustado los juegos de palabras.»

«¿Cuándo hablabas en castellano antiguo? ¿Cuándo eras Braulio y cuándo Barrabás?»

«Hablabas en castellano antiguo cuando trataba sobre algún tema relacionado con el ángel Serafín, como las pulseritas Cleofás o su justa venganza. A veces yo lo hacía para practicar, me hacía gracia aunque no era necesario, el ángel entraba en mí y me orientaba a la perfección. Entonces, Braulio San inspiraba al ángel Serafín, y este a mí.»

«¿Cómo convenciste a sor Rebeca de que te aceptara como director comercial de las pulseritas Cleofás?»

«Vi la pulserita en la iglesia de San Sulpicio y me interesó mucho, y robé la muestra. Pregunté por ella al padre Eulogio de Recebo y me informó de que el tema lo llevaba sor Rebeca, una monja que yo no conocía. La llamé y fue fácil convencerla.»

Me presenté como Braulio y le aseguré que tenía muchos contactos donde podría venderse la pulsera, sería la bomba. Ella respondió que ya tenía un vendedor, Chechi, y era suficiente. Pero insistí, le dije que si me contrataba, tendría vendidas todas las pulseritas y podría fabricar muchas más, la palabra de Dios se extendería por todo el mundo. Al final aceptó, le hizo ilusión la venta masiva y me nombró director comercial de las pulseritas.»

«¿Por qué las muertes se produjeron en un día distinto de la semana?».

«Porque los pecados capitales son siete y cada uno de ellos es distinto del otro. Por eso los asesinatos se produjeron en días diferentes, todo formaba parte de un plan bien meditado.»

«¿Por qué te reservaste sexualmente ante Bernadette durante tantos días?»

«La patada que le di al padre Borromeo era mortal de necesidad, según me informó el ángel Serafín. Pero la muerte no sucedió al instante y tenía que esperar acontecimientos. Cuando vi su féretro en el aeropuerto supe que había cumplido con el acuerdo y era libre para efectuar mi primera cópula.»

«¿Está implicada Bernadette en casos de droga? ¿Sabes que había trabajado para la compañía Nimiedades SL, una sociedad delictiva?»

«Bernadette es una científica especializada en insectos y solo le preocupa la investigación. Desconozco qué es Nimiedades SL, pero si alguna vez estuvo relacionada con ellos, dudo que supiera cuáles eran sus actividades reales.»

Ya tuve suficiente con aquella confesión. Toda la sesión quedó grabada y aclarado el escandaloso comportamiento del juez Agapito. El sorprendente caso de Espuelitas estaba resuelto. ¡El ángel Serafín existía en verdad, y era temible!

Apagué las dos barritas de incienso y abrí todas las ventanas del piso para que hubiera corriente de aire y no quedara rastro de la droga. Eran las cuatro de la tarde y Bernadette no tardaría en regresar del trabajo. Ordené a Bethsabé que fuera a su cama y durmiera plácidamente hasta las cinco. Entonces se

despertaría, no recordaría nuestro encuentro y tendría una dulce sensación de bienestar. Vería a su hijo dormido en el sofá y lo despertaría disculpándose, no le había preparado la comida. Aquella mujer me hizo caso al instante, se levantó y se tendió en la cama de su habitación. A los pocos segundos ya roncaba.

A Barrabás le ordené que podía quedarse dormido en el mismo sofá y tampoco recordaría nada de nuestra conversación. Simplemente regresó cansado del trabajo, encontró a su madre en la cama y no quiso despertarla. Se tumbó y se durmió viendo la tele, se despertaría cuando escuchara la voz de su madre. Encendí nuevamente el televisor, el infame concurso *Corta, pega y viste* había concluido. A las 16:30 horas salí de aquella casa inmensamente satisfecho y por fin pude quitarme la máscara antigás, muy incómoda y sofocante, estaba muy sudado. Tenía hambre. Compré un bocadillo y dos cervezas y me fui a la editorial, quería estar solo saboreando mi triunfo.

4. Serafín y Braulio: el ángel y el vengador divino

Escuché la grabación de aquella fantástica sesión y recordé que el comisario Victorino no encontró nada relevante de Serafín Batuecas ni de Braulio San. Sin embargo, ocurrió que en su manuscrito Barrabás escribió mal el apellido del ángel. Por la grabación supe que en realidad no era Batuecas sino Bacuetas, como así escribió también Melitón en su manuscrito. Investigué sobre el nuevo apellido y descubrí su historia, igualmente sorprendente.

Según el monumental *Diccionario etimológico de apellidos y su significado*, obra de la insigne profesora Hortelano, el apellido Bacuetas es muy antiguo, anterior al siglo xv. Procede del latín *Baccuetum*, el nombre de una pequeña aldea desaparecida, ubicada en la comarca de Ragamatos. *Baccuetum* es una reducción de *Baccus est nostrum*. Explica la leyenda que, en cierta ocasión, pasaban por aquel lugar dos amigos, Serafinus y Braulius, pastores de ovejas, trashumantes que dirigían el rebaño hacia

mejores pastos. Ya se acercaba el tórrido verano y había que alimentar a aquellas bestias. Era cercana la noche y estaban a punto de detener la marcha cuando de pronto vieron un objeto colgando de una higuera.

Se acercaron y descubrieron que era una bota de vino de media cántara de capacidad, unos seis litros, completamente llena. Pensaron que se trataba de un milagro y Serafinus gritó, emocionado: «*Baccus est nostrum, Baccus est nostrum!*», como queriendo decir que Baco, también conocido como Dioniso, el dios tracio del vino, les enviaba aquella bota.

Empezaron a beber sin medida. Braulius tenía dificultades en el habla, sin llegar a ser tartamudo, pero aquel vino aumentó su defecto. Quiso decir «*Sanctus, sanctus est Domine*» esto es, «Santo, santo es el Señor», pero no pudo pasar de la primera sílaba, «Sanc». Y por mucho que lo intentaba no lo conseguía, lo cual provocó una gran carcajada en Serafinus y en el propio Braulius. Finalmente quedaron tendidos en el suelo, junto a la higuera, con la bota vacía y absolutamente embriagados.

Al día siguiente despertaron con un terrible mareo producido por la resaca y con las ovejas desparramadas por el campo. Pero vieron que en el árbol seguía colgada la misma bota, otra vez llena de vino. Aquello era la providencia y una señal inequívoca de que debían fijar allí su residencia permanente. Así que construyeron dos casas cercanas al árbol, una para Serafinus y otra para Braulius. La primera tomó como nombre «Baccuetum», y la segunda, «Sanc».

Los dos hermanos se casaron con dos mujeres de aquella región y tuvieron varios hijos. Con el paso del tiempo, sucesivas generaciones continuaron viviendo en aquel lugar. El árbol seguía en pie con la bota de vino siempre llena. A su izquierda residían los Baccuetum, y a su derecha, los Sanc. Las dos casas fueron el origen de dos pequeñas aldeas, separadas por la higuera, compuestas por dos familias: los Bacuetas y los San, que a principios del siglo xvi mantenían encendidas dieciséis hogueras, unos setenta habitantes.

Los primogénitos de cada familia se llamaban respectiva-

mente Serafín y Braulio. Cada uno de ellos estaba destinado a dirigir aquella pequeña comunidad, situada geográficamente en una zona pedregosa, seca y muy calurosa, alejada de los pastos apropiados para las ovejas.

Así se explican los dos apellidos, Bacuetas y San, y la relación entre ellos. Sin embargo, quedaba por saber lo más importante, quién era el ángel Serafín y la otra presencia, Braulio, lo cual descubrí tras la lectura de la gran *Enciclopedia patrológica, o estudio de las vidas y las obras de los padres de la Iglesia, ángeles y tocados por la gracia divina*, en siete tomos, del padre Anselmo de los Matariles, obra publicada en 1773.

Allí se cuenta que un Serafín Bacuetas y un Braulio San pasaban la vida pastoreando al cuidado de sus ovejas. Eran los hijos mayores de otros Serafín y Braulio, y ya tenían edad para emanciparse de la casa paterna y buscarse una mujer con la que procrear. Era el verano de 1532 cuando los dos amigos se dirigieron con sus rebaños al norte, tierra de lluvias y oasis de vegetación. Coincidió que pararon en un pequeño pueblo que celebraba sus fiestas tradicionales, dedicadas a san Palomino, santo varón muy venerado en la zona por haber eliminado la terrible plaga de langostas que asoló esas tierras durante el otoño de 1471.

Era costumbre en aquel pueblo que las dos mujeres núbiles más bonitas se ofrecieran como esposas a los dos mozos solteros, vecinos del pueblo o forasteros, que fueran capaces de ingerir mayor cantidad de vino y mantenerse en pie sin ayudas externas. Aquel año, las dos muchachas más hermosas del pueblo eran las hermanas gemelas Teresita y Evelina Emiliano de los Lopezosa y Cardamín, de familia noble y pudiente, con una dote nada despreciable.

Ya hacía años que sus padres, Manuel Emiliano y Concepción de los Lopezosa y Cardamín, presagiaban el devenir de sus hijas, pues fueron bellas en todas las edades. No sabían qué mozos se las llevarían como esposas, pero era seguro que no sería ningún educado bachiller o licenciado con próspero futuro. Y así fue.

Los dos pastores estaban habituados al vino, nunca faltó la milagrosa bota colgada de la higuera. En aquella competición lo bebieron como si fuera agua de manantial y mantuvieron una encomiable entereza mientras el resto de los mozos caían beodos y rendidos a sus pies. El último rival, Antoñito, llamado «el ceporro de la viña», se desplomó redondo tras ingerir cuatro cuartillos de vino, unos dos litros. Serafín y Braulio ya iban por el sexto cuartillo. Se los declaró vencedores y se terminó el concurso, podían peligrar las reservas de la posada.

Manuel Emiliano, el padre de las muchachas, ofició la entrega de trofeos mientras su esposa lloraba desconsolada. Una hija para cada bebedor, por sorteo: a Serafín le tocó Evelina y a Braulio, su hermana Teresita. El padre les pidió a los dos pastores, como un favor personal, que a los hijos que tuvieran con sus hijas les pusieran como segundo apellido los dos apellidos completos de estas: Emiliano de los Lopezosa y Cardamín. Que todo el mundo supiera que aquellos vástagos procedían de dos honrosísimas estirpes. Braulio y Serafín aceptaron la petición de su suegro y regresaron a su aldea tan ricamente casados.

Pero la felicidad no dura eternamente, ni brevemente tampoco, y al cabo de pocos meses sucedió una tragedia. La epidemia de peste bubónica que asolaba la comarca se cebó en la aldea y diezmó la parte izquierda de la higuera. Toda la familia Bacuetas quedó extinta, excepto Evelina, que se salvó milagrosamente. Antes de morir, Serafín Bacuetas pidió a Braulio San que fuera a verlo y le dijo lo siguiente: «Braulio, amigo, que tú sobrevivirásme, escucha bien qué te digo: has sido un hermano para mí. Juntos hemos vivido todas las etapas de nuestra vida y ahora llega el momento de la separación, pues maldita peste se me lleva. Soy el último Bacuetas, los otros ya murieron y non tengo descendencia. Y pídate un favor, una gracia: que te quedes con Evelina, es fuerte y buena mujer, y tan guapa como la tuya, sin hijos tampoco. Trátala con amor y haz della una buena madre. Teresita lo comprenderá, es hermanísima suya de sangre. Non te preocupes por mí, que muero en paz y

con la seguridad de una vida postrera, gran y hermosa revelación me ha arribado en entrada esta mañana. Ha sido nuestro amado Señor quien me llama a su lado para que le sirva en sus menesteres hasta el día del Juicio Final. Buen y dulce ángel Serafín me ha nombrado y así lo serviré. Braulio, querido amigo, cuida de Evelina y promesa te hago de que el hijo Braulio San que tengas con ella será recordado por toda la eternidad». Braulio asintió y en ese momento expiró Serafín. Era el 15 de febrero del año 1533.

El pastor hizo lo que su buen amigo, también pastor, le pidió. Tuvo cuatro hijos con Teresita y cuatro más con Evelina, no quería que una fuera más que la otra. Pero solo hubo un varón, el primogénito Braulio San Emiliano de los Lopezosa y Cardamín, hijo de Evelina. La aldea de Bacuetas quedó sin habitantes y, curiosamente, ya no volvió a llenarse la bota de vino de la higuera. La aldea de San permaneció en su lugar, pero aquel Braulio varón, hijo de Evelina, quedó sin descendencia. Y el día 7 de mayo de 1573, un terrible terremoto borró la aldea del mapa y engulló a todos sus habitantes. Se dijo que esta se hundió sin más, aunque aquella higuera permaneció erguida en medio de la nada. Y se aseguró que al día siguiente del terremoto apareció colgada en una de sus ramas otra bota completamente llena de vino.

Según la mencionada *Enciclopedia patológica* del padre de los Matariles, el último Braulio San entró en el reino de los Cielos por la puerta grande y fue nombrado «vengador divino», encargado de ordenar e infligir castigo a las almas indignas que enseñorean la tierra. Pero no podría comunicarse directamente con los mortales, no está permitido a un «vengador divino»: «Para ello debe utilizar un intermediario, un ángel, una presencia habituada a escuchar los rezos humanos y que sea tolerante, pues es sabido que, por lo común, las almas traspasadas son ariscas y malcaradas con los vivos. Su presencia incomoda y atemoriza a los mortales, incluso a los más valientes». No hace falta añadir que Braulio escogió como intermediario al querido amigo de su padre, Serafín Bacuetas, el buen ángel Serafín.

5. *Barrabás y la modista Mariauxi*

Miré el reloj, las siete y media de la tarde, y sentí cansancio. La felicidad, cuando es extrema, también puede causar fatiga. Tenía tiempo sobrado para llegar a casa y cenar con Matilde y me apeteció andar por Espuelitas, de camino a casa. Tropecé con mucha gente y me satisfacía pensar que ninguno de ellos sabía aún que yo había desenredado toda la madeja, que aquel caso estaba completamente resuelto. Me daban ganas de gritarlo a los cuatro vientos, pero me contuve; si querían satisfacer su curiosidad, que compraran mi libro.

La casualidad quiso que pasara por delante del edificio donde vivían Julio Penitas y su hermana Mariauxi. Ya que estaba allí, no desaprovecharía la ocasión, me entraron ganas de continuar con mi labor detectivesca, mi reciente afición. Llamé por el interfono al piso 2º 2ª, ponía «Mariauxi, modista», y me respondió una voz masculina que me pareció familiar. Yo respondí que quería tratar con Mariauxi para hacerle un encargo de confección. Me abrieron y subí hasta el segundo piso. La puerta estaba abierta y entré. Me recibió una muchacha joven, risueña y bonita. Le dije que yo era Margarito Farnesio, abogado, y quería un traje a medida. Me habían hablado muy bien de ella en el barrio, pero ya pensaba que tendría que buscar otro profesional, pues llamé en diversas ocasiones, pero nadie respondió.

«Es cierto, Margarito, he estado un tiempo fuera. Por desgracia, ocurrieron simultáneamente dos infortunios: la muerte accidental de mi hermano y la de mi padre por enfermedad. Este último nos abandonó de pequeños, pero se acordó de nosotros al final de su vida. Mi hermano Julito se marchó de este mundo el 17 abril. Dos días después, yo tomé un avión hacia el extremo de nuestro mundo, Irian Jaya. Mi padre me había dejado su granja en la pequeña población de Jiwika, en medio de la jungla. Al principio me gustó aquello, tan exótico y exuberante, con una población extraña, los yali, muy distintos a nosotros. Me trataron muy bien, pero no entendía su lengua,

el calor era sofocante y yo no tengo ni idea de cultivar la tierra ni criar ganado. Finalmente acepté la oferta de una comunidad protestante que quería ampliar el territorio de su misión. Les vendí la granja y regresé a casa con una buena suma de dinero.

»Ya ves, volví hace tres semanas y estoy trabajando como modista, es lo único que sé hacer. Echo en falta a mi hermano, pero he empezado a salir con una persona adorable, Barrabás, y soy feliz. Tras mi llegada, fue el primero en visitarme, y fue por una reclamación. Hubo una confusión en su traje y le endosamos el vestido duplicado de una marioneta. Pero pasa al taller y te lo presento. Nunca habría imaginado enamorarme de él, era casi tan raro como los yali; ciertamente, el amor es ciego y ahora siento por él una extrema atracción.»

Saludé a Barrabás como si no lo conociera, y él tampoco me reconoció, la hipnosis es maravillosa. Ayudaba a su otra querida cortando patrones y se los veía muy acaramelados. No creo que Bernadette supiera nada de aquella doble vida de Barrabás, él no le habría contado la promesa del ángel Serafín sobre las «hembras dispuestas y ardientes». Yo no desvelaría su secreto, no era de mi incumbencia, ya se enterarían si leían el libro.

Dejé que Mariauxi me tomara las medidas. Le dije que quería un traje gris marengo, serio, con tres botones en la americana, el resto según la moda. Ella me hizo el presupuesto y yo lo acepté, en tres días debía volver para la primera prueba. Dejé una paga y señal y me marché, deseándoles mucha felicidad a los dos.

Salí de aquella casa con una sensación agridulce. La investigación había terminado definitivamente y solo me restaba escribir lo vivido, hacer las correcciones oportunas y publicar la obra. Pero mi papel como investigador formaría parte del recuerdo, unos días excitantes que ya no volverían. La cena con Matilde en el restaurante romántico fue bien, pero ella se dio cuenta de que yo estaba pensativo, en otra dimensión, y le mentí a medias. Por un lado, le expliqué que las traducciones de los tres autores italianos iban a buen ritmo y estaba contento por ello. Y, además, tenía otra buena noticia: el

caso Espuelitas lo tenía casi resuelto, pero no podía avanzarle los pormenores, se trataba de aquella manía mía que da mala suerte explicar las cosas antes de hora. Podía avanzarle, eso sí, que Barrabás era, sin duda, el asesino de siete personas, estaba demostrado. Ella fue comprensiva, como siempre. Me dio un beso y dijo que esperaría a leer mi trabajo cuando yo lo considerara.

6. El ángel Serafín ataca de nuevo

El día siguiente, 25 de julio, me lo tomé libre, quería que mi mente descansara del caso que había absorbido mi sesera durante semanas. Dormí más de la cuenta y rezongué por casa sin hacer nada más. Aquella noche volví a pensar en todo lo vivido, pero faltaba algo. Entonces comprendí que la presencia del ángel Serafín seguía siendo un misterio. Me levanté de la cama, nervioso, y a primera hora de la mañana fui a la editorial. Repasé mis notas, los textos de Victorino y Jacinto, revisioné las sesiones espiritistas de Angelita y escuché nuevamente las confesiones de Bethsabé y de su hijo Barrabás. Y en aquel momento presté atención a las palabras del asesino cuando estuvo frente al juez: «Pensaba en el ángel Serafín y me sentía seguro. Segundos más tarde surgió un resplandor, una luz intensa, muy brillante...».

Lamentablemente, no había valorado el comentario de Barrabás. No entiendo por qué no le pregunté exactamente qué hizo para que surgiera aquel resplandor, el ángel Serafín, en definitiva. Tuve que aceptar que yo no era detective y tenía lagunas. Entonces recordé que el inventor Enrique le contó al policía Jacinto, en el avión, que sor Rebeca lo obligó a quitar una oración del prototipo, aducía que no pegaba con la liturgia tradicional, y él la obedeció. Solo entonces la monja aceptó que se fabricaran las quinientas pulseritas.

Tomé la pulserita Cleofás que me dio la madre de Melitón y la inspeccioné. No vi nada especial y la comparé con la que

había comprado en la iglesia de San Sulpicio. A simple vista las dos parecían iguales, los mismos botones y treinta y cinco cuentas con treinta y cinco oraciones, sin determinar; allí estaría la clave, sin duda. Puse en marcha las dos pulseritas a la vez y dejé que sonaran las oraciones una tras otra, siguiendo el mismo orden. Yo supuse que tanto la pulsera de Melitón como la otra serían de «segunda generación», y los rezos, los mismos, pero tenía que comprobarlo. Solo sabía que la pulserita del padre Eulogio de Recebo fue robada y la de sor Rebeca, destruida. La curiosidad pudo más que el miedo y maquiné lo que haría si por casualidad aparecía el ángel Serafín; no me cogería desprevenido.

Uno tras otro sonaron al unísono los distintos rezos: padre-nuestro, avemaría, kirieleisión, *Yo pecador, Jesucristo de mi vida, Salve Regina*, credo, *Gloria*, etcétera. Aquella audición se hacía realmente insoportable y sonaban las mismas oraciones en cada pulserita. Pero, de pronto, hubo un cambio que detecté al instante. La pulserita comprada por mí reprodujo el *Angelus Domini nuntiavit Mariae*, en latín, y la que me dio la madre de Melitón, la *Invocación al Santo Ángel de la Guarda*, que decía así: «Santo Ángel, mi consejero, inspírame; Santo Ángel, mi defensor, protégeme; Santo Ángel, mi fiel amigo, intercede por mí; Santo Ángel, mi consuelo, confórtame; Santo Ángel, mi hermano, defiéndeme; Santo Ángel, mi maestro, instrúyeme; Santo Ángel, testigo de todas mis acciones, purifícame; Santo Ángel, mi auxilio, sosténme; Santo Ángel, mi guía, orientáame; Santo Ángel, mi luz, ilumíname; Santo Ángel, que fuiste designado por Dios para guiarme, condúceme».

Justo cuando terminó aquella oración, delante de mí surgió un resplandor, una luz intensa, sin forma concreta al principio, pero lentamente tomó el aspecto de un hombre vestido con túnica, todo ello muy brillante. Con toda seguridad se trataba del ángel Serafín y temí por mi vida, quizá lo incomodaba mi trabajo detectivesco.

Fui rápido de reflejos y actué según había previsto: puse la grabadora en marcha, encendí las dos últimas barritas de

Papaver arabiensis y me puse la máscara antigás. Estaba seguro de que las moléculas de gas que emana esta planta afectarían a las moléculas del ectoplasma y conseguiría el efecto apetecido. Con voz muy dulce y fina, aquella presencia dijo: «Non temas, yo te inspiraré, te protegeré, intercederé por ti, te confortaré, te instruiré, te purificaré, te sostendré, te orientaré, te iluminaré y te conduciré. Soy el ángel Serafín Bacuetas, enviado celestial con encargo muy especial: que mi buen amado Braulio San Emiliano de los Lopezosa y Cardamín mensaje solícito tiene para ti, Margarito, que fuiste graciosamente escogido como su ejecutor en la tierra y a quien llamará a partir de ahora “Braulio, bien amado hijo”. Escribir debes sus explicaciones y sus nobles órdenes obedecer».

«Nacido soy, señores, en localidad pedregosa, caliente y seca, donde vegetación crece escasa y sin fuerza... je, je... ¿No te lo crees, Braulio bien amado hijo? Pues sí, fue el año en que Braulio, mi padre, estrenó paternidad, y mi madre, je, je... ¿cómo se llamaba...? Ah, sí, Evelina Emiliano... Y que fui yo el primero es cosa segura, o eso creo, je, je... Braulio, bien amado hijo..., qué bueno es este olorcillo, cómo me gusta, ya entiendo por qué el Padre Celestial ve en ti grandes dotes, je, je..., cumple sus deseos y triunfal entrada obtendrás, je, je..., non desesperes porello, gran nueva tendrás: siete crímenes contra malignos e impíos, je, je..., y porello gran premio alcanzarás, que los autores solo querrán a Margarito como editor preferido y en Marasmo publicar y triunfar, ha, ha, jua, juaaaa, juaaa...»

Yo ya conocía aquella historia. Pero el ángel no me atraparía como hizo con Barrabás y Melitón. No podía dejar que el ectoplasma marchara con el mensaje entregado y yo quedara ligado a su voluntad. Me armé de valor y fui yo quién le habló al ángel, quedó un poco sorprendido, pero sin parar de reír, una risa muy especial, gutural. Era seguro que la hipnosis no serviría, así que solo podría beneficiarme de los efectos del gas para que respondiera a mis preguntas, si él quería, no podía forzarlo.

Y entre risas y carcajadas, contó que hacía muchos años que nadie rezaba aquella letanía que abría una puerta con el más

allá; por tanto, nadie invocaba al Santo Ángel de la Guarda. Hasta que por fin llegó el día ansiado. Sor Rebeca había entregado la pulserita Cleofás, que inventó Enrique Riquelme, a sor Ana Rita, portera del convento, quería saber su opinión. En su garita de trabajo y a solas, la monja accionó la maravillosa pulsera. Sonó el extraño rezo, la *Invocación al Santo Ángel de la Guarda*, y se le apareció el ángel Serafín. Pero este bien pronto descubrió que la monja no era una alma limpia, los ángeles tienen la capacidad de conocer el fondo de las personas. Sor Ana Rita había sedado a la abadesa sor Rebeca para que firmara el documento en el que contrataba a su sobrino, Pedro Netoxas, como músico conventual.

El ángel Serafín reprendió a sor Ana Rita por su acto criminal y la condenaba al infierno si no mataba a siete malignos por él escogidos. Pero la monja, asustada, no obedeció y pensó que se le había aparecido el demonio. Se arrepintió de sus pecados y se colgó de una soga; prefirió rendir cuentas con el Sumo Hacedor. Sor Rebeca leyó la nota que dejó sor Ana Rita explicando los motivos del suicidio y también accionó la pulserita Cleofás. Se le apareció igualmente el ángel y le pidió que cometiera siete crímenes. A cambio, comería lo que le viniera en gana y los famosos dulces crisostos y nicodos del convento serían los pastelitos más conocidos del universo. Pero la monja tampoco creyó que aquel ángel fuera un emisario celestial y tiró la pulserita al horno del convento. El ángel Serafín se quedó sin ejecutora terrenal, pero se vengó de ella a través del hipopótamo que le arrancó la cabeza.

Poco después, el ángel tuvo más suerte. Barrabás fue a la iglesia de San Sulpicio y al pasar por delante de la sacristía vio la otra pulserita Cleofás que fabricó Enrique y la robó. Una vez en casa, accionó el ingenio, y ya sabemos el resto. Barrabás se llevó la pulserita al viaje de Sopitas Carvajal, pensó que, quizás, la necesitaría. Pero al comprobar que el padre Borromeo había muerto se desprendió de ella y la dejó en el lavabo del Embraer. Allí la recogió Melitón, que tuvo curiosidad por la pulserita y la accionó. Se le apareció el ángel Serafín y, siguiendo sus

instrucciones, mató al pobre Salomón. Aquel ectoplasma, entre risas cada vez más estruendosas, se lamentó de que el joven achinado hubiera muerto de un ataque al corazón fortuito, y lo sentía porque era disciplinado y eficiente. En el encuentro que tuvo con el juez Agapito, Barrabás ya no tenía la pulsera, pero invocó a viva voz al ángel, y este acudió raudo y veloz, pues la puerta con el más allá había quedado abierta para él.

Ahora el ángel esperaba que yo cumpliera con la misma diligencia que los dos últimos vengadores terrenales, buenas razones tendría para hacerlo, sería el editor más famoso de toda la historia. Pero yo no estaba dispuesto a obedecerlo. Antes de que intentara terminar su discurso, al pobre ya no se le entendía lo que decía con tantas risas, saqué las pilas de la pulserita Cleofás y se acabaron los rezos, el aparato dejó de funcionar. Lentamente, la figura brillante del ángel Serafín fue desapareciendo, así como sus risas. Aún pude oírlo como decía flojito que lo dejara un «poquitito más con aquestos gases que maravillan, maese Margarito, que las risas me han sido ajenas durante siglos y hacen más llevadera mi triste vida de ejecutor celestial». Pero fui inflexible. Eché agua en el portavelas donde había colocado las barritas de *Papaver arabiensis* y el gas dejó de emanar, se acabó la función. Finalmente, el ectoplasma desapareció por completo y en aquel momento supe que estaba liberado de cualquier obligación con los del más allá. Ya me los encontraría cuando llegara el momento, espero que sea muy tarde. Abrí las ventanas para airear el despacho, me saqué la mascarilla antigás y apagué la grabadora.

EPÍLOGO

HOY ES DÍA 15 DE AGOSTO. Hace una semana que estoy de vacaciones con Matilde en una casita de montaña. Dormimos cuando tenemos sueño, comemos cuando tenemos hambre, tomamos el sol, paseamos o leemos cuando nos apetece, y si surge la pasión, la aprovechamos. En vacaciones suelo jugar al ajedrez *online*, soy un buen aficionado. Y utilizo el mismo enlace que comentó Enrique, buho21.com. Y ¡cuál fue mi sorpresa al ver una partida entre una tal Rosicler y una tal Ana! Entré en ella como observador y enseguida reconocí a dos expertos ajedrecistas. Por los comentarios que se hacían en el chat, comprendí que se trataba del inventor, que usaba el nombre de su mujer, y de la azafata de vuelo. Sin embargo, yo no quería seguir las evoluciones del juego, estaba interesado en otra cuestión. El *nickname* de la tal Rosicler se había dado de alta el 15 de mayo desde San Miguel de Tucumán, al norte de Argentina.

Con estos datos, me puse en contacto con el artista y fabricante de las imágenes de san Hilarión Careca. Ya cerró el negocio, es muy mayor y recibía muy pocos encargos. No pudo precisar con exactitud qué iglesias tenían aquel santo, pero no son muchas, y están repartidas por algunos países sudamericanos: Chile, Argentina, Perú, Ecuador y Bolivia. Aquel artista recordaba perfectamente que la figura más imponente de un san Hilarión, más de dos metros de altura, había sido encargada

por la iglesia del Nazareno, una pequeña parroquia situada en un barrio obrero de San Miguel de Tucumán.

Pero no me conformé con este gran descubrimiento. Me di de alta en buho21.com con el nombre de Margarito Farnesio y ciudad, San Miguel de Tucumán. Reté a la tal Rosicler a una partida de ajedrez. ¡Qué casualidad, le dije, ella era sin duda Rosita Rosicler! Yo le dije que era el monaguillo de la iglesia del Nazareno y me hacía mucha ilusión jugar contra ella, la salvadora de mis pies doloridos. Enrique cayó en la trampa y se hizo pasar por su mujer.

Entre jugada y jugada, a cual peor, ya estaba a punto de perder, le dije que la pulserita Cleofás era en verdad un gran bien para todos los creyentes, aunque encontraba a faltar alguna oración, tipo *Benedictio mensae*, *Memorae* o *Invocación al Santo Ángel de la Guarda*, todas ellas rezadas por mi abuela materna. Entonces, la tal Rosicler, el temible doctor Felicitas en definitiva, explicó que las treinta y cinco oraciones de la pulserita se habían copiado de un misalito muy antiguo. Y, efectivamente, en los dos prototipos que diseñó al principio había incluido la *Invocación al Santo Ángel de la Guarda*.

Sin embargo, la monja le obligó a quitar aquella oración. Según ella, no se adecuaba a la liturgia ortodoxa católica y le sugirió sustituirla por el *Angelus Domini nuntivait Mariae*, mucho más ligera y con menos pretensiones. A Enrique le sorprendió la explicación, pero hizo caso a la monja, no buscó más razones, tampoco había escuchado la oración y estaba pensando en otro invento. Ahora está trabajando en la llamada «peltera de la goma», un recipiente especial con el que dice, conseguirá que los berberechos salgan de manera voluntaria de su concha y se introduzcan solos en la lata de conservas, listos para ser puestos a la venta. Ahora ya sabía que aquella oración había sido puesta por casualidad en la pulserita y que el ángel Serafín no se apareció a Enrique, simplemente, porque este no escuchó la *Invocación al Santo Ángel de la Guarda*.

El ángel Serafín no se me ha vuelto a aparecer ni creo que lo haga. Aquella pulserita Cleofás que pasó por las manos del

padre De Recebo, de Barrabás, de Melitón y por las mías está depositada en la caja de seguridad de un banco solvente; y esto es noticia, la solvencia de un banco. Y no pienso sacarla de allí, de alguna manera es la caja de Pandora del siglo XXI.

Tras unas jornadas de trabajo muy intensas, el 3 de agosto terminé definitivamente la obra, las tres partes del libro, la de Victorino, la de Jacinto y la mía. Las galeradas ya fueron revisadas y corregidas y mandé el texto a la imprenta, solo falta añadir este epílogo que acabaré hoy mismo y lo enviaré al impresor por correo electrónico. He decidido editar quince mil ejemplares, voy fuerte. En tres semanas el libro estará disponible para ser distribuido y puesto a la venta, esto será a principios de septiembre.

Hablé con el expolicía Jacinto Galí y le conté toda la historia, de cabo a rabo. Al principio pensó que lo engañaba, que estaba de broma. Entonces le entregué una copia de mi manuscrito, únicamente la tercera parte, y le pedí que la leyera. Me llamó al día siguiente excitado, aquello no podía ser, si yo me había vuelto loco. Me puse serio y le dije que tenía pruebas sobre todo lo escrito, vídeos, grabaciones, la confesión de Barrabás, la aparición del ángel Serafín, no había inventado nada, todo era realidad. Jacinto quedó muy sorprendido y finalmente me felicitó, yo era un portento de la investigación.

A Victorino no le he dado ninguna copia de la edición no venal ni le he comentado que el libro está terminado. Él simplemente escribió la primera parte de la obra y cobró por ello. Ya le mandaré los ejemplares que le corresponden como autor cuando el libro esté impreso. También enviaré gratuitamente dos libros a la iglesia de San Sulpicio Redentor, uno a la atención del provincial de la orden, el padre Recesvinto, y otro al rector, el padre Eulogio. Este último me llamó hace unos días confirmando el pésimo estado de Ludovico, marido de Pilarín, que ha sido trasladado a una residencia de ancianos. Lo encontraron deshidratado, anémico, muy desorientado y desvariando terriblemente. Le explicó que sus dos hijos Mario y Darío estaban detenidos en Italia y pasarían una buena temporada

entre rejas por traficar con droga. Pero Ludovico no entendió el alcance de la información y solo acertó a balbucear que «si la temporada es buena, la noticia también lo es».

El padre Eulogio añadió que los tres seminaristas, Nelson, Wilfredo y Aureliano, habían sido castigados con dureza. Él personalmente les aplicó con saña la cuchilla cortapellejos en todas las uñas de los pies y luego los mandaron por separado a convertir mahometanos en países donde el islamismo radical está bien implantado. En la iglesia de San Sulpicio no han vuelto a saber de ellos ni tienen noticias sobre sus progresos.

Mandaré otros tres ejemplares a Italia, a mi querida Angelita Tweres, al policía Grazi y al periodista Pigafiglia. Asimismo, otro libro irá destinado a la Audiencia Provincial, por si sus responsables consideran que deben iniciar algún tipo de acción judicial contra Barrabás. Otro ejemplar será enviado a la Interpol, para que detengan y extraditen a Enric Riqué de San Miguel de Tucumán y al padre Celestino de la selva angoleña.

Finalmente, Benigno Carvajal, dueño de Sopitas Carvajal, también recibirá otro libro. Por mi parte, yo he cumplido mi promesa para que indemnicen a los premiados por daños y perjuicios: hace unos días llamé al jefe de personal de Sopitas Carvajal. Me presenté como Margarito Farnesio, abogado y representante legal de Ramoneta. Ella me había contratado para que la defendiera por causa de su despido, sin motivo aparente y sin cobrar ningún tipo de indemnización. Esto contravenía la legislación laboral y era demandable.

El jefe de personal fue muy directo y me habló claramente. Ramoneta era sobrina de segundas del señor Benigno Carvajal. Se le había encargado la organización de un viaje para los trece clientes que compraran un sobre de sopitas premiado. El presupuesto era ambicioso, Sopitas Carvajal es un negocio serio y quería que los ganadores tuvieran un excelente recuerdo. Pero sucedió justamente lo contrario, Ramoneta no invirtió ni el cinco por ciento de esa cantidad y se quedó con la diferencia. En la empresa ya sospechaban de sus malas artes y una auditoría interna descubrió todo el pufo. Ramoneta firmó vo-

luntariamente el despido y su tío decidió no denunciarla por ser familiar. Podía quedarse con lo robado, era su generoso finiquito. Este ejecutivo añadió que si Ramoneta pretendía sacar más dinero o ser readmitida en Sopitas Carvajal, podría terminar en prisión. Agradecí muy sinceramente su explicación y comenté que hablaría con ella, que reconsiderara sus quejas, tenía el caso perdido.

Después llamé a Ramoneta, me hice pasar por Margarito Farnesio, abogado contratado por Sopitas Carvajal. Sin vacilar, le dije que su tío segundo, el señor Carvajal, la había despedido sin poner denuncia por fraude. Y, además, le permitió quedarse con todo lo robado. Pero ahora las cosas habían cambiado: tres premiados habían denunciado a la empresa, pedían una indemnización por daños y perjuicios, y Sopitas Carvajal no estaba dispuesta a pagar ni un euro de su bolsillo. Yo le reclamaba, amistosamente, que retornara la diferencia entre los costes del viaje y el presupuesto inicial, 50.000 euros. Así evitaríamos ir a juicio.

Ramoneta respondió de forma chulesca que yo no pintaba nada en aquella historia. Se había acordado su despido amistoso con la condición de quedarse con aquel dinero. Su tío segundo era un hombre de palabra y esto no lo movía ni Dios. Había llegado el momento crucial y le dije muy resuelto: «Si tú no pagas, Sopitas Carvajal te denunciará por fraude y deberás explicar al juez por qué se cambió el Dornier contratado a la compañía de Zósimo Zarzuela por el Embraer. Además, autorizaste el embarco del féretro con los restos del padre Borromeo, un ataúd que contenía cien kilos de cocaína. Sabemos que Zósimo, tu amante, está relacionado con la Ndrangheta calabresa».

Entonces, igual que hiciera durante el interrogatorio a que la sometió Victorino, Ramoneta rompió a llorar, balbuceó que la perdonara, que no volvería a hacerlo, había aprendido la lección. Ramoneta aseguró que ella se enteró del cambio del Dornier por el Embraer en el mismo aeropuerto y no tenía ni idea de que el féretro del padre Borromeo fuera lleno de droga. «Y

¿ahora qué hago? Yo no puedo explicarle esta historia a Zósimo, lo detuvieron la semana pasada y hago ver que no sé nada de sus historias delictivas. Él me contrató, pero la empresa está suspendida y yo tengo que sobrevivir dignamente, soy una Carvajal de rompe y rasga.» No me alteré por su pretendida pena ni por su acto de contrición. La solución era sencilla, 45.000 euros en concepto de «donación», y que anotara el número de cuenta donde debía hacer el ingreso, era urgente. Ella respondió que debía meditarlo, ya me diría algo.

Efectivamente, Ramoneta me llamó y hace dos días recibí en mi cuenta bancaria la cantidad reclamada. Esta «donación» irá íntegramente a la Fundación Prodamnificados por el Viaje de Sopitas Carvajal que crearé cuando regrese de mis merecidas vacaciones. Con este dinero creo que quedarán resarcidos los malos tratos a que fueron sometidos Mary, Benito, Paulino y, por extensión, la comunidad de San Sulpicio Redentor, el padraastro de Salomón y la madre de Melitón. Así quedará lavada mi mala conciencia por manipular y engañar a todos ellos. He informado a Angelita Tweres de esta buena noticia, y como ya suponía, ella renuncia a la indemnización, no la necesita.

Matilde terminó hace unos días la lectura de la edición no venal. Quedó fascinada por la resolución del caso y me felicitó, aunque reconoce que se ha sentido defraudada por mis constantes mentiras y espera que no vuelva a suceder. Me perdona porque entiende mis silencios prolongados sobre el caso, pero la he utilizado y no le ha gustado.

En cuanto acabe el epílogo y lo mande al impresor, iré a buscar a Matilde, ahora está tomando el sol. La tomaré de la mano, le diré que suba al coche y la llevaré hasta la ermita de San Pedro Trocánter, un marco incomparable donde se funden las altas cimas y los verdes prados. Allí le entregaré el anillo de prometida que compré hace unos días. Espero que no lo rechace, la quiero con locura.

Margarito Micifú, 15 de agosto

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Nota del editor, de lectura obligada	9

PRIMERA PARTE

El caso Espuelitas a través de Victorino Delicado	13
I. Los orígenes del caso	17
II. El manuscrito	20
III. Garbanzos Betanzos y Sopitas Carvajal.	26
IV. Las investigaciones policiales	34
V. Las investigaciones sobre los ganadores del premio	67
VI. Las conclusiones previas al viaje	92

SEGUNDA PARTE

Continuación del caso Espuelitas a través de Jacinto Galí	103
I. Llegada y embarque	107
II. Primer despegue	118
III. Espera en el aeropuerto de Marsella	132
IV. Segundo despegue	142
V. Espera en el aeropuerto de Nápoles	152
VI. Llegada al aeropuerto de destino	165
VII. Detención de Barrabás y acción judicial	171

TERCERA PARTE

¡Hágase la luz! La resolución del caso Espuelitas

a través de Margarito Micifú 189

I. El regreso del viaje de Sopitas Carvajal 197

II. Iglesia de San Sulpicio Redentor 204

III. Salomón Quiriqui 212

IV. Enrique Riquelme 215

V. El juez Agapito Amor de Paz 222

VI. El viaje al sur de Italia 237

VII. ¿Los medios justifican el fin? 274

Epilogo 317

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados
de recoger sus comentarios sobre este libro.
Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:
www.plataformaeditorial.com

«Cada ser amado es el centro de un paraíso.»

NOVALIS

Siete crímenes por cópula acabó de imprimirse
en los talleres de Romanyà Valls en junio de 2015.
Para su composición se ha empleado
la tipografía Adobe Garamond Pro.

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





Adrián Díaz está aparentemente viviendo un sueño. Está a punto de convertirse en Hamlet sobre los escenarios y va a abandonar la hostelería para dedicarse a tiempo completo a su verdadera vocación, actuar. Lo que casi nadie sabe es que Adrián está «tocado» o, dicho de otro modo, padece trastorno obsesivo-compulsivo. Cuando sufre su última crisis de ansiedad durante un ensayo, el director le da un ultimátum: o busca ayuda profesional de forma inmediata o será reemplazado por un sustituto...

